

LEXI THURMAN

MIKHAIL

AMARLA ERA UNA TRAICION, PERO DEJARLA
IR SERÍA MI SENTENCIA DE MUERTE



Capítulo 1

Isabella

Había muchos lugares en el mundo que me gustaban. Muchos de ellos, eran destinos pendientes que esperaba poder conocer algún día. Pero estaba completamente convencida de que, aunque conociese todos los rincones del planeta, ninguno podría asemejarse a Bellagio.

Porque Bellagio tenía algo especial, casi mágico. Era un lugar al que nunca me cansaba de regresar.

A finales de abril, el clima no era tan cálido ni tan idílico como en los meses de verano, pero no vagaban por sus calles las multitudes de turistas que solían hacerlo en temporada alta, algo que detestaba. Todos con sus móviles, sacando fotos sin ton ni son y provocando que moverse por el pueblo fuese tedioso.

Aunque no vivía allí, me sentía como una más de sus habitantes. Como si el pequeño pueblo fuese mi hogar, y en parte lo era, ya que mis padres poseían una casa en una de las orillas del lago de Como. La compraron cuando yo apenas tenía unos pocos meses de vida, debido a que la mayor parte de nuestra familia vivía en diferentes partes de Italia y Bellagio era el pueblo donde nos reuníamos.

A pesar de mi amor por Bellagio y todas las veces que me quejaba del mal tiempo de Dublín, sabía que no podría vivir todo el año allí, ya que me gustaba volver a la rutina. Y mi rutina estaba en Dublín. Por esa misma razón, las despedidas nunca eran tan tristes. Sin embargo, ese último día en Bellagio era diferente a los otros.

Como cada fin de las vacaciones, habíamos realizado una cena de despedida en el Grand Hotel Villa Serbelloni. En esta ocasión, mi padre y algunos de nuestros familiares no habían acudido. Había escuchado algo sobre unos negocios, aunque, honestamente, ni siquiera había prestado atención. Supuestamente, luego se iban a unir a tomar algo. No había sido ninguna sorpresa para mí que ese momento no hubiera llegado nunca. Era algo que sucedía continuamente; bien sabía que las reuniones de negocios solía alargarse.

Estaba acostumbrada a las ausencias de mi padre.

Cuando era pequeña, no entendía por qué no podía venir a las funciones de mi colegio o por qué nunca estaba en los eventos más importantes de mi vida. Me dolía que ni siquiera se molestase en venir a la mayor parte de mis cumpleaños. Con los años, dejé de preguntar el motivo de sus ausencias, ya que sabía que la respuesta sería siempre la misma: «negocios importantes». Y a medida que fui creciendo y asumí que los negocios siempre serían mucho más importantes que yo, dejé de importarme.

Porque *la famiglia* lo era todo para mi padre.

—Te voy a echar de menos —me dijo Serena—. Todos los años se me hace tan difícil este momento...

Serena era mi prima pequeña por parte materna. Vivía en Turín, por lo que nos veíamos pocas veces al año, pero teníamos un contacto casi diario por mensajes y llamadas, especialmente por llamadas. A Serena le encantaba pasarse horas y horas al teléfono. Menos mal que solía rechazar la mitad de ellas, pero Serena nunca se rendía. Aunque debía reconocer que, de la extensa lista de primas y primos que tenía, ella era la única que me caía bien.

Por esa razón me había quedado con ella tomando algo en la terraza del hotel después de

que la cena hubiera terminado.

—Yo también me lo he pasado bien —respondí, lo que provocó que Serena arqueara una ceja rubia—. Es todo lo que vas a obtener de mí, Rena —le dije mientras le daba un trago a mi aperol spritz—. Ya sabes que *esas cosas* no me van.

—¿Esas cosas? —repitió Serena—. ¿Tan difícil es decirme que me quieres mucho y me vas a echar de menos cada segundo del día? —No contesté. Ella tampoco esperaba que lo hiciese, ya que me conocía demasiado bien. Negó con la cabeza, como si me diera por imposible, y después, su expresión adquirió un toque más serio—. ¿Qué tal estás, Bella?

Estaba esperando esa pregunta. Porque, de nuevo, mi prima me conocía demasiado bien.

—Bien, estoy bien.

Las palabras salieron creíbles para todo el mundo; o casi, porque no lo hicieron para Serena. Nunca lo hacían para ella.

—¿Pero...? —Mi prima se inclinó hacia delante para coger una gominola en forma de osito del cuenco de cristal que se encontraba en medio de la mesa—. Vamos, suéltalo Bella, sé que hay algo.

Pensé en negarlo, pero sabía que no serviría de nada. Mi prima no lo dejaría estar.

—Vuelvo a estar comprometida —dije con un resoplido bajo.

No lo había compartido con nadie hasta ese momento. Aunque era cuestión de tiempo que Serena se enterase.

—Oh, Bella...

Mis dedos se aferraron alrededor de la copa que sostenía en mi mano derecha al ver *esa mirada* en los ojos azules de mi prima.

Compasión. La detestaba.

—No lo hagas.

No me gustaba que nadie sintiera lástima por mí. La lástima no tenía cabida en un mundo como el nuestro. Mi prima terminaría aprendiéndolo con el tiempo.

—No había escuchado nada —continuó, ignorándome—. Pensé que después de lo... —Ella se calló, incapaz de terminar la frase.

—Yo tampoco creí que pasaría. No tan rápido.

Porque sería una estupidez pensar que mis padres no me comprometerían con nadie. No en un mundo como el nuestro, en el que los matrimonios de conveniencia eran normales. No cuando era algo que sabía que sucedería desde siempre, algo que había aceptado.

—¿Y cómo se lo ha tomado la familia de Yaroslav? —preguntó Serena, pronunciando su nombre con temor, como si fuera una maldición.

Yaroslav. Mi exprometido.

Habíamos estado comprometidos prácticamente desde que tenía uso de razón. Nuestros padres llegaron a un acuerdo para que nos comprometiéramos cuando ambos éramos unos niños.

A lo largo de todos estos años, su nombre se había convertido en familiar para mí, pese a que tan solo nos habíamos visto en unas pocas ocasiones, y ninguna de las veces a solas.

Nuestro compromiso se rompió hacía menos de un mes cuando terminó con su propia vida. Habían encontrado su cuerpo sin vida colgado del techo del salón del apartamento en el que vivía en Moscú. Esos eran los pocos datos que tenía de su muerte. No sabía qué le había llevado a terminar con su vida. En realidad, tampoco había preguntado. Como nunca había preguntado nada sobre él. No sabía cuál había sido su comida favorita, o si prefería el mar a la montaña. No lo había hecho porque nada de eso me importaba.

—Bien —respondí, con una carcajada seca carente de humor brotando de mis labios—. Ha

sido su propio padre el que ha propuesto a mi nuevo prometido. —Mi prima arrugó el ceño, confusa—. Me voy a casar con su hermano pequeño, Rena.

—Bella... —La expresión de Serena se frunció en una mueca de horror, como si no fuese capaz de asimilar lo que le estaba contando—. Eso es... —balbuceó—. Eso es...

¿Retorcido? ¿Cruel? ¿Repulsivo?

Lo sería para aquellos que no pertenecían a la mafia, pero no lo era para los que habíamos nacido en ella.

—Según papá, una estrategia inteligente —contesté con una sonrisa mordaz.

Y muy a mi pesar, en lo más hondo de mí, sabía que así era. Si mi matrimonio con Yaroslav iba a ser beneficioso para las dos familias, ¿por qué no seguir adelante con ello con su hermano? No era como si tuviera que guardar luto, ya que no amaba a Yaroslav; ni siquiera era mi amigo. Nuestro matrimonio había sido por conveniencia. Nadie esperaba que sintiera su muerte.

—¿Y tu madre? —probó Serena mientras masticaba otra golosina—. Igual si hablas con ella...

—Mamá está de acuerdo. Ella siempre está de acuerdo con las decisiones que toma papá. —O, al menos, hacía ver que así era—. Dice que es por mi bien.

Serena fue a estirar su mano para agarrar la mía a modo de consuelo, pero se detuvo a mitad del camino.

—¿Cuándo se va a hacer oficial?

—No lo sé, papá no me lo ha dicho todavía.

—No sabía que Yaroslav tenía un hermano.

—Poca gente lo sabe —contesté, porque yo lo desconocía hasta hacía menos de dos semanas—. Su hermano lleva años viviendo en Estados Unidos, pero va a mudarse a Dublín antes de la boda —repetí la poca información que mi padre me había proporcionado—. Viviremos allí, por supuesto. —Al menos, aquello era un consuelo, ya que, tras la muerte de Yaroslav, temía que me comprometieran con un hombre por el que tuviera que mudarme lejos de Dublín.

Serena frunció el ceño.

—¿Ya tenéis fecha de boda?

—Nos casamos a finales de este año.

Serena me miró, sorprendida.

—Eso es muy pronto.

—Mi padre y el suyo no se quieren arriesgar. Al fin y al cabo, ya no le quedan más hijos... —A pesar de que pronuncié aquellas palabras con sarcasmo, no dudaba que se alejaran mucho de la realidad.

El funeral de Yaroslav se había celebrado hacía dos semanas. Yo no había asistido, ya que papá no me había pedido que lo hiciera, y lo conocía lo suficientemente bien para saber que, cuando quería que hiciera algo, lo ordenaba expresamente. Fue ahí donde mi padre y el de Yaroslav negociaron el nuevo acuerdo.

O quizá tan solo lo habían cerrado. Había posibilidades de que el mismo día que encontraron el cuerpo de Yaroslav el trato ya estuviera sobre la mesa.

—¿Y cómo es él?

—¿Quién?

—El hermano de Yaroslav. —Serena mordió su labio inferior, como si se sintiera culpable de pronunciar su nombre—. Tu nuevo prometido.

—No lo sé —respondí con indiferencia mientras jugueteaba con la pajita de mi bebida. Lo

cierto era que si apenas conocía a Yaroslav, de su hermano no sabía absolutamente nada. Ni siquiera había visto una fotografía de él—. ¿Acaso importa?

—¡Claro que lo hace! —exclamó Serena, enrojeciendo cuando una pareja que estaba sentada a unas mesas de distancia ladeó la cabeza hacia nosotras para mirarnos—. Él va a ser tu futuro marido, el hombre de tu vida —dijo, bajando la voz—. Cualquier cosa sobre él importa.

Me reí ante las palabras de mi prima. Y si no fuera porque la conocía, hubiera pensado que eran sarcásticas.

—El hombre de mi vida —repetí, entornando los ojos—. Sí, claro. —Le di un último trago a mi bebida, terminándomela—. Compartiremos casa, Rena. Con suerte, pasará la mayor parte de su tiempo fuera. De vez en cuando, cuando sea necesario, compartiremos cama. Lo de casarnos solo es un trámite que hay que pasar.

—¿No te quieres casar? —me preguntó Serena con sorpresa.

—Nunca he querido casarme, Rena —contesté, pese a que nunca había pensado demasiado en ello. No lo había hecho porque no tenía otra opción. Como con la mayor parte de las decisiones de mi vida—. ¿Tú quieres comprometerte con un hombre al que no conoces y pasar el resto de tu vida con él?

—Claro que quiero —dijo con casi indignación, como si le ofendiera que pudiera dudar de su respuesta—. Puede que él aún no lo sepa, pero el hombre de mi vida está por ahí, esperándome. Quizá está tardando un poco, pero papá lo acabará encontrando. Él sabe qué es lo mejor para mí. —Con dieciocho años, era extraño que mi prima aún no estuviera comprometida. Lo que a mí me parecería un alivio, ella lo consideraba una desgracia—. Papá tiene buen ojo, encontrará para mí al hombre perfecto —añadió, cogiendo otra golosina del cuenco y dándole un mordisco con nerviosismo—. ¿Sabes que, en el instante en el que vio a mamá, se enamoró de ella?

Por supuesto que lo sabía.

No solo porque mi prima me lo había contado cientos de veces, sino porque su padre tendía a contarle hasta la saciedad en cada comida familiar.

Los padres de Serena estaban perdidamente enamorados. Eran de los pocos matrimonios de la mafia que conocía que parecían tener una relación basada en el amor. Aunque dudaba que su historia fuera tan idílica como le habían hecho creer a Serena.

Aquello había hecho que mi prima tuviera unas expectativas pocos reales de su futuro matrimonio. Ella creía que el hombre que su padre le buscara se enamoraría de ella según la viese y ella de él. Sería un amor a primera vista, un cuento de hadas que solo pasaba en las comedias románticas que a mi prima tanto le gustaban ver.

Podía habérselo dicho en ese momento, pero preferí guardar silencio. Porque, desgraciadamente, lo acabaría descubriendo, y no quería ser yo quien rompiera sus ilusiones. Además, tampoco me creería.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó Serena.

—¿Qué voy a hacer? —repetí con incredulidad, sin entender su pregunta—. Casarme —respondí, como si fuera obvio. Porque para mí, lo era. Con los años había aprendido a saber elegir qué batallas merecía batallar y cuáles no. Y esa era una guerra perdida antes de empezar, porque papá no estaba dispuesto a ceder—. Al menos, no es un viejo.

Era un consuelo de tontos, pero una de nuestras primas había tenido que casarse con un hombre que le doblaba la edad. Por lo menos, mi progenitor había tenido la decencia de buscarme un prometido de una edad similar a la mía.

Aunque, ¿a quién quería engañar? Bien sabía que eso tan solo era casualidad. Que Leonid

hubiera tenido cincuenta años no hubiera cambiado nada. No si a mi padre el acuerdo le beneficiaba.

—Ya, eso sí... —murmuró Serena, mordiendo su labio inferior.

—Venga, te invito a una copa —le ofrecí, cambiando de tema.

—Estoy bien —negó Serena, señalando su limonada casi intacta.

—Puede que hoy sea la última vez en la que me veas siendo una mujer soltera. ¿Me vas a negar una pequeña despedida?

Antes de que mi prima pudiera responder, llamé a uno de los camareros que pasaba por ahí para pedir un aperol spritz para mí y un bellini para ella.

Desgraciadamente, mis palabras eran más reales de lo que me gustaría. Dentro de poco, sería una mujer casada. Pero prefería no seguir pensando en ello. No en ese momento. Esa noche quería olvidarlo todo y divertirme.

Durante las siguientes horas, me limité a conversar con mi prima y a disfrutar de unas cuantas copas más. Esa era mi última noche en Bellagio antes de regresar a mi realidad. Además, me gustaba pasar tiempo con Serena. Ella era una de las pocas personas en mi vida con las que de verdad me agradaba estar. Quizá, por esa misma razón, si viviéramos en la misma ciudad, tendería a evitarla más.

Sin embargo, no sería yo la que se lo diría. Porque, aunque sabía que esa personalidad brillante sería apagada con el tiempo, no quería que mi prima cambiase. No quería ser yo quien apagase su luz.

Era lo mismo que me pasaba con mi hermano; con mi pequeño Ivo.

¿Eso me convertía en una persona egoísta?

Oh, claro que lo era. Era igual de egoísta que mi padre.

—Creo que estoy borracha —reconoció Serena, señalando su copa casi vacía—. No sé si voy a ser capaz de levantarme.

—¿Cómo vas a estar borracha? Tan solo has tomado dos cócteles. Nadie tiene tan poca tolerancia al alcohol; ni siquiera tú.

—Aunque tengo que reconocer que el bellini está buenísimo, creo que... —Serena se quedó callada durante unos instantes mientras su mirada se fijaba en un punto detrás de mí. Ella tragó saliva con fuerza, pero después, volvió a centrar su atención en mí— voy a tomarme el último —terminó.

Observé la sonrisa nerviosa que se dibujaba en sus labios. Algo no iba del todo bien. Mi prima era demasiado fácil de leer como para no darse cuenta. Era la décima vez en nuestra conversación que dirigía sus ojos hacia una dirección concentra de la terraza en la que nos encontrábamos. Al principio, no le había dado importancia. No hasta ese momento.

—Rena, ¿qué pasa?

Pero no esperé a que mi prima me contestara, porque me giré para mirar en la misma dirección en la que ella había estado mirando.

Y entonces, lo vi.

Era la única persona aparte de nosotras que quedaba en la terraza.

Estaba sentado a unas mesas de nosotras mientras sostenía un vaso con un líquido blanquecino que no reconocí. Tenía el cabello negro como la medianoche, con unos pocos mechones que caían desordenadamente sobre su frente, y que contrastaban con su piel blanquecina; tan blanco como la porcelana. No, la porcelana no era un adjetivo adecuado para él, porque ese hombre no tenía un aspecto frágil. Todo lo contrario, rezumaba poder en cada poro de su piel. Puede que muchas personas no pudieran verlo, pero como hija de un Don de la mafia,

sabía detectar a aquellos que estaban acostumbrados a mandar, y ese hombre lo estaba. Podía afirmarlo con toda la seguridad por la manera en la que estaba sentado en la silla de mimbre, como si fuera su trono y todos los demás sus súbditos; como si él hubiera nacido para dar órdenes.

Estaba acostumbrada a rodearme de chicos guapos, con sus bellezas inmaculadas y cuerpos atléticos, pero ese hombre tenía un atractivo salvaje; uno que nunca antes había visto. Más primitivo.

El chico misterioso, como decidí apoderarlo, tenía sus ojos grises fijos en mí. Y lejos de desviar mi mirada, me enfrenté a él. Lo miré fijamente, porque hacía muchos años que había aprendido que lo peor que podías hacer ante un monstruo era mostrar miedo. Pero, joder, esos ojos... Eran fríos, profundos y metálicos, aunque también hipnóticos.

Los ojos más bonitos y crueles que había visto en toda mi vida.

—¿Lo conoces? —La voz de Serena sonó tan amortiguada en mi mente que apenas registré sus palabras—. Ey, Bella. —No fue hasta que no sentí su mano agarrando mi hombro con la presión suficiente para que la prestara atención, que no me di la vuelta, rompiendo el contacto visual con aquel extraño—. ¿Lo conoces?

Aún un poco aturdida, me incliné hacia delante para sostener mi copa y darle un largo trago, aliviando la repentina sequedad de mi garganta. Dejé la copa casi vacía sobre la mesa, sintiendo la tentación de darme la vuelta y volver a mirar a ese hombre.

Pero no lo hice. Porque aquel desconocido no era tan importante como para llamar mi atención.

—No, no lo conozco.

—¿Seguro? —Serena sonaba dubitativa.

—Es la primera vez que lo veo —contesté sin un ápice de duda. De pocas cosas estaba tan segura cómo de eso—. Créeme, me hubiera dado cuenta si nos hubiéramos visto antes. —Aquel hombre no era uno que pasaba desapercibido para los ojos de cualquiera. Ni siquiera para los míos.

Serena asintió, como si mi razonamiento la hubiera convencido.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó, pero sonó más como una petición desesperada.

Estreché mis ojos.

No quería irme. Ahora menos que antes.

—¿No querías tomarte un último bellini? —sugerí, recordando sus palabras de hace unos minutos.

Mi prima apoyó sus manos sobre la mesa, aunque no tardó ni un segundo en alzar su mano derecha y enroscar un mechón de su cabello rizado entre sus dedos, como si no pudiera estar quieta.

Ella estaba nerviosa.

—Mejor no, se está haciendo tarde. Y todavía tengo que preparar la maleta...

—¿Qué pasa, Rena?

Serena se removió en su sillón. Fue a inclinarse hacia mí, pero después, cambió de opinión y se mantuvo erguida.

—Él sigue mirándote —bajó tanto la voz que tuve que inclinarme hacia ella para poder escucharla.

—¿Él?

—Ese hombre... —dijo, tragando saliva—. Lleva mirándote desde que ha llegado hace más de media hora. Al principio pensaba que eran sensaciones mías. Pero él sigue haciéndolo... He

intentado ignorarlo, pero...

Era imposible.

A pesar de que Serena no terminó la frase, supe que era lo que quería decir.

No, aquel hombre no era alguien a quien se pudiese ignorar. Él demandaba atención.

Me di la vuelta para ver al chico misterioso. Mi prima no mentía, él seguía mirándome fijamente. Y lejos de avergonzarse porque lo había pillado, alzó el vaso que sostenía en su mano derecha y le dio un sorbo a su bebida con una sonrisa inquietante en sus labios. No pude evitar seguir el movimiento lento de su garganta.

—Será descarado —mascullé mientras me levantaba de la silla.

—¿Dónde vas?

—A enfrentarlo.

—¿Qué? —Mi prima estaba lívida, observándome como si hubiera perdido la cabeza—. ¿Estás loca, Bella? No puedes...

Pero no seguí escuchando a Serena, porque ya me había levantado y me estaba dirigiendo hacia el chico misterioso. Él me siguió con la mirada hasta que me detuve frente a su mesa. Si mis reacciones lo sorprendieron mínimamente, no lo mostró. De hecho, parecía casi desinteresado, casi como si mis movimientos fueran lo esperable.

—Si quieres algo, puedes decírmelo a la cara —espeté en inglés. Por alguna razón, pese a que yo tenía un dominio perfecto del italiano, ya que era mi lengua materno, tuve la sensación de que no me entendería. Porque él no parecía italiano.

El chico misterioso no me respondió de inmediato. Se recostó lánguidamente en la silla en la que estaba sentado y le dio otro sorbo a su bebida mientras su mirada me recorría lentamente, con una intensidad que casi quemaba. Sus ojos vagaron por mi cuerpo con lentitud, como si estuviera absorbiendo cada curva, cada detalle. Como si quisiera devorarme.

—¿Por qué querría algo de ti? —preguntó, con un tono gélido y una voz profunda con un marcado acento que hizo que me diera cuenta de que el inglés no era su lengua materna.

—No has dejado de mirarme.

Él arqueó una ceja y torció los labios en lo que me pareció un atisbo de sonrisa.

—¿Quién dice que no la estaba mirando a ella? —Señaló con un movimiento de cabeza a mi prima, quien tenía la mirada fija en nosotros, pero cuando el chico misterioso la apuntó, apartó la mirada y la fijó en un sitio cualquiera.

¿Era Serena quien había captado su interés y no yo?

—¿Te gusta ella?

De alguna manera, aquello despertó una sensación desagradable en el fondo de mi estómago. No debería importarme, no cuando estaba acostumbrada a tener la atención de decenas de hombres. ¿Por qué me importaría él?

Serena era una chica muy guapa, no era tan extraño que le hubiera llamado la atención.

Entonces, ¿por qué seguía allí esperando una respuesta?

Una sonrisa burlona bailó en los labios de él y tuve la sensación de que acababa de caer en una trampa.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú has dicho que... —me interrumpí a mí misma al darme cuenta de lo absurda que sonaba esa conversación—. ¿Sabes qué? No importa, déjalo. —Hice un gesto con mis manos. Y en ese momento fue cuando tendría que haberme dado la vuelta y regresar con mi prima, pero no me moví ni un solo ápice. Me quedé allí, frente a él—. No eres de aquí, ¿verdad? —pregunté, porque su acento me sonaba vagamente, pero no podía reconocer de dónde.

Y en el mismo instante en el que formulé esa pregunta en voz alta me di cuenta de por qué su acento me sonaba tan familiar.

Él era ruso.

Como mi exprometido. Como mi actual prometido.

Mi estómago se retorció.

—¿Acaso tengo pinta de venir habitualmente?

Lo miré de nuevo.

Me fijé en la camiseta de licra negra que llevaba y sus vaqueros desgastados del mismo color. Poco tenía que ver con los hombres de trajes costosos que solían frecuentar aquel hotel.

No, él no tenía pinta de pertenecer allí. Me había dado cuenta desde el primer instante en el que lo había visto.

—¿Estás de vacaciones?

Por la manera en la que sus labios se curvaron en una sonrisa divertida, algo en mi pregunta debió resultarle gracioso.

—Podría llamarlo así —contestó, encogiéndose de hombros.

Fruncí mi ceño con irritación.

¿Eso era un sí o un no? ¿Así que estaba haciéndose el enigmático? ¿Acaso creía que hacerse el chico malo le funcionaba para ligar?

Aunque sabía que no estaba haciéndose el chico malo. No era un papel, ese hombre era peligroso, pero no por ello me resultaba menos atrayente. Sabía que debía regresar con Serena, pero me sentía atraída hacia su luz, o más bien, hacia su oscuridad, porque no había nada de luz en él. Aunque tampoco la había en mí.

—Yo también estoy de vacaciones —añadí, sin saber por qué estaba siguiendo aquella conversación y por qué le estaba contando mi vida.

El chico misterioso movió su cabeza en un asentimiento como respuesta antes de darle un último trago a su bebida, terminándosela. Ahora que estaba cerca de él, me parecía que era vodka. Él sacó su cartera negra de sus vaqueros gastados y dejó unos cuantos billetes sobre la mesa. Después, guardó su cartera y se levantó de la silla.

Dios santo, él era alto. Pese a que yo, con mi metro sesenta y cinco no era precisamente bajita y, además, llevaba unos botines con tacón, él me llevaba dos cabezas.

—¿Te vas? —pregunté, tratando de camuflar la decepción que me invadió.

—Ya no tengo nada más que hacer aquí —musitó, guardándose la cartera de nuevo en el bolsillo de sus vaqueros—. ¿Te vienes?

No supe lo que me sorprendió más, si la manera en la que formuló aquella pregunta, haciéndola parecer una afirmación, o la palabra que salió de mis labios antes de que fuera consciente de ello.

—Vale.

Él cogió la cazadora que había dejado sobre el respaldo de la silla de mimbre en la que había estado sentado y yo le hice un gesto para que me diera unos minutos. Me di la vuelta y me dirigí hacia mi prima, quien había cogido su móvil para disimular, pero que sabía que no nos había quitado el ojo de encima.

—Bella. —Serena pronunció mi nombre en forma de un suspiro de alivio, tan bajito, que apenas pude escucharlo.

—Rena, necesito que me hagas un favor. —No era una persona que pedía favores, pero tampoco era alguien que aceptara invitaciones de extraños—. Me voy a ir durante un rato, necesito que me cubras. Si alguien pregunta, estoy contigo. —Nadie dudaría de la palabra de la

buena de mi prima.

Todo el alivio de Serena desapareció y observé cómo palidecía.

—¿Cómo que te vas? —preguntó, levantándose de golpe—. ¿Con él? —Serena alzó la mano para señalar un punto detrás de mí, pero la bajó antes de poder llegar a hacerlo. Aunque sabía a quién se refería.

—Tan solo va a ser un rato —me excusé, inclinándome para coger el bolso que había dejado sobre la silla vacía—. Tomamos una copa y vuelvo.

Era lo suficientemente inteligente como para saber qué era lo que aquel extraño quería de mí y que no era tomarse una copa y una charla amigable. Y, por la misma demente razón por la que había aceptado su propuesta, era porque esa opción no me sonaba tan descabellada como debería.

—Bella, no lo conoces —me advirtió Serena, que estaba a punto de entrar en pánico—. Él parece peligroso. ¿Y si te pasa algo?

—No te preocupes, no saldré del hotel —traté de tranquilizarla—. ¿Me vas a ayudar? —pregunté, más bien demandé, como si Rena tuviera la obligación de hacerlo, aunque realmente no tenía por qué hacerme ningún favor. Cuando no respondió, dije: —Necesito esto. Necesito una noche libre.

No era una explicación coherente, pero era la verdad.

Lo necesitaba. Necesitaba ese respiro, aunque no supiera exactamente qué significaba.

Y Serena pareció entenderlo, porque asintió lentamente. Podía ver la duda reflejada en sus ojos, pero supe que la había convencido.

—Escríbeme, por favor.

—Lo haré.

Con esa promesa, me despedí de ella y me di la vuelta para dirigirme hacia mi inesperado acompañante. Él estaba apoyado sobre la puerta acristalada de la terraza, sosteniéndola con su pie. Cuando me vio, se incorporó y me hizo un gesto para que pasara.

Lo seguí hasta dentro del hotel, manteniendo la suficiente distancia con él y sin poder evitar mirar compulsivamente hacia todos los lados, esperando que ni mi padre, ni alguno de mis familiares o sus hombres me vieran. No sabía si seguían allí reunidos en uno de los salones o ya se habían marchado, pero podía meterme en un gran problema si me descubrían.

Afortunadamente, no había nadie a nuestro alrededor. Ni siquiera vi a ni un solo trabajador del hotel. Me detuve cuando el chico misterioso abrió una puerta, que en ese instante descubrí que era una de las puertas traseras del hotel, una que daba hacia un callejón.

Espera, ¿nos estábamos yendo?

—¿No te hospedas aquí?

Él dirigió una mirada despectiva al hotel y se echó a reír.

—¿Crees que yo me hospedaría aquí?

—No —respondí.

Porque si lo hubiera pensado durante un instante, un solo instante, yo sola hubiera llegado a la respuesta acertada. Sin embargo, no había pensado. Y eso había sido un error. Un error que pagaría más caro de lo que alguna vez hubiera imaginado.

—¿Vienes? —me preguntó.

Esa era mi oportunidad de echarme atrás.

Porque una cosa era escabullirme a las habitaciones de un hotel que mi familia solía frecuentar, donde me sentía segura. Y otra muy diferente era marcharme a saber dónde con un completo desconocido. Eso no solo era una locura, era una irresponsabilidad.

Yo no era una joven corriente que se pudiera permitir hacer ese tipo de cosas. Las jóvenes corrientes no eran las hijas de un Don de la mafia y tampoco solían ir rodeadas de guardias de seguridad la mayor parte del tiempo.

Y aun sabiendo a todos los peligros me exponía, di un paso al frente, siendo recibida por la frialdad de la noche. Tampoco me detuve cuando el extraño me guio hasta su Lamborghini naranja aparcado en el callejón.

No lo hice por las mismas razones por las que debería no hacerlo.

Porque, por una noche, quería olvidarme de todo. Porque, por una noche, quería dejar de ser Isabella Carbone.

Capítulo 2

Isabella

El trayecto en coche lo realizamos en silencio. Él no parecía tener nada que decir y yo tampoco hice ningún intento para romper el hielo. Era consciente de la locura que estaba cometiendo. Iba en el coche de un desconocido voluntariamente y ni siquiera me había molestado en preguntar adónde íbamos, porque, en realidad, me daba igual.

¿Era una imprudencia? Estaba claro que sí. Algo que alguien como yo no se podía permitir el lujo de cometer, pero esa noche no quería ser la hija de un Don, esa noche tan solo quería ser una chica normal que había conocido a un chico atractivo en una discoteca y se iba con él. Un chico del que no sabía absolutamente nada: ni su nombre, ni su edad, ni a qué se dedicaba. Y quizá eso era lo que lo hacía todo más emocionante: el peligro, la intriga, el dulce vértigo de lo desconocido

Maldita sea, me había vuelto oficialmente loca.

A pesar de que no debían ser más de la una de la madrugada de un sábado a la noche, no había ni una sola persona por la calle y apenas había tráfico. Aunque si lo hubiese habido, no hubiéramos tardado demasiado en llegar a nuestro destino, ya que estaba relativamente cerca.

No conocía esa parte de Bellagio. Por lo que podía ir observando por la ventana del coche, deduje que era una zona donde residía la gente de clase obrera. No era el sitio en el que me imaginaba que alguien que conducía un Lamborghini se hospedaría.

El chico misterioso aparcó frente a una casita de dos plantas. El motor del coche se apagó con un suave ronroneo, y en un movimiento rápido, él descendió sin apenas mirarme. Esperé a que me abriese la puerta, pero no tardé en darme cuenta de que eso no iba a suceder. Estaba acostumbrada a chóferes que lo hacían por obligación o a hombres que lo hacían por educación. Pero al chico misterioso no le importaba la educación, o tal vez me estaba dejando claro que las normas las ponía él.

Cuando descendí del coche, él me estaba esperando. Manteniendo mi mirada con la de él, cerré la puerta del copiloto con más fuerza de la necesaria y él esbozó una sonrisa extraña. No sabía por qué lo hice; tal vez era mi manera de decirle que no era buena siguiendo órdenes. Aunque, en realidad, sí lo era. Pero no esa noche, esa noche me estaba saltando todas.

Sin decir una palabra, él comenzó a andar por el camino de piedra que atravesaba un pequeño y descuidado jardín. A pesar de que la luz tintineante de la única farola que se encontraba a unos metros de nosotros no me permitía ver demasiado, la fachada amarillenta de la casita parecía gastada.

Un lugar que contrastaba con el lujo que derrochaba el Lamborghini en el que me había traído y el reloj de diamantes que llevaba alrededor de su muñeca derecha. El chico misterioso podía ir de humilde, pero era evidente que nadaba en dinero.

Me pregunté si había una razón detrás por la que había alquilado ese lugar para la estancia en el pueblo mientras sacaba una llave del bolsillo derecho de sus vaqueros y la introducía en la cerradura. Giró la llave, y un segundo más tarde, cuando la puerta se abrió, la empujó levemente. Él se hizo a un lado mientras quitaba la llave de la cerradura y me hizo un gesto para que pasara que poco tenía de caballeroso; era más bien burlón. Lo ignoré y entré en la estancia.

—Así que este es tu...

Antes de que pudiera terminar la frase, sus labios se estamparon contra los míos. Sin previo aviso, sin ningún tipo de preliminar. Su lengua devoró la mía sin pedir permiso. Aunque debería haberlo sabido, aquel hombre no pedía permiso, él mandaba y esperaba que los demás obedecieran. Mi boca se sometió a él, permitiéndole que tomase el control del beso. Nunca me habían besado de esa manera tan arrolladora y, aunque todo mi cuerpo ardía en llamas, me sentí un poco abrumada. Ya que, aunque no era tan ingenua como para pensar que no era así como terminaríamos, había esperado que me hubiera invitado a tomar una copa y una breve charla trascendental antes de que metiera su lengua en mi boca.

Los chicos fingían interesarse en ti y te regalaban el oído para llevarte a la cama. Esa era una enseñanza que mi madre me había dado cuando tan solo era una preadolescente, y ella no se equivocaba. Porque, a pesar de que mi entorno siempre había sido muy protegido, no había tardado más que unos pocos años en darme cuenta de la razón que mi madre tenía.

Así era cómo conquistaban.

Sin embargo, aquel hombre era muy diferente a todos los chicos que había conocido. Porque él no conquistaba, él dominaba.

Y pese a ser un completo desconocido, mi cuerpo reaccionaba al suyo como si se conocieran de toda la vida. Nunca había tenido esa conexión con nadie.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con el aliento entrecortado cuando mi boca se separó de la suya para poder respirar.

Él aprovechó ese momento para posar una de sus manos detrás de mi cabeza y enredar un mechón de mi cabello entre sus dedos. Tiró levemente de mi cabeza hacia atrás y se inclinó para recorrer la piel expuesta de mi cuello con su lengua.

—Sin nombres. —Sus palabras retumbaron contra mi mandíbula, que mordió levemente, provocando que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

Sin nombres sonaba bien.

El chico misterioso y yo no volveríamos a vernos después de esa noche. Esa noche era el último momento de libertad que experimentaría antes de regresar a Dublín y casarme. Una noche de pasión con un desconocido del que no conocía ni su nombre. Una de esas locuras de las que cuando eres anciana te alegras de haber hecho; una anécdota que poder contar a mis nietos, o mejor, poder guardarme para mí misma. ¿Por qué así sería, no?

Cualquier duda desapareció de mi mente en el instante en el que el chico misterioso volvió a atacar mis labios. Me levantó, colocando sus manos en mi trasero, e instintivamente, rodeé su cintura con mis piernas y él comenzó a caminar sin dejar de besarme. Sentí que subía unas escaleras, pero no fue hasta que mi espalda golpeó con fuerza contra una pared que me di cuenta que nos encontrábamos en el segundo piso de la casa.

Separé mi boca de la suya rompiendo el beso. Con un rápido vistazo a mi alrededor, por la luz de la luna que entraba por la ventana, pude percibir que estábamos en una habitación.

Sentí sus manos vagando por mis piernas cubiertas por unas medias negras hasta desaparecer debajo de la falda de mi vestido. Antes de que mi cerebro pudiera registrar lo que estaba sucediendo, sentí un crujido, y cuando bajé la mirada, mis medias estaban rotas sobre el suelo.

—Ey —me quejé—, podías haber preguntado. —No era como si le tuviera una gran estima a esas medias, pero no había necesidad de romperlas.

Él colocó sus manos a ambos lados de mi cabeza, atrapándome en una cárcel de músculos. Sus ojos grises estaban fijados en los míos, mirándome con una intensidad penetrante.

—Zayka, no te equivoques, yo no pido permiso, tomo lo que quiero. Cuándo y dónde yo

decido.

Fui a contestarle, pero él agarró mi cintura con uno de sus fuertes brazos y me separó de la pared, acercándose a su cuerpo. Movié la cadera y sentí su erección, dura y preparada para mí. No pude evitar el jadeo que se escapó de mi boca y él esbozó una sonrisa arrogante.

El chico misterioso sabía lo que hacía. También parecía saber lo que mi cuerpo necesitaba; incluso más que yo misma.

Me soltó y dio un paso hacia atrás y un sollozo que reprimí a tiempo mordiendo mi labio inferior amenazó con brotar de mi garganta al sentir la pérdida de su calor. Él guio sus manos hasta el dobladillo de su camiseta y tiró de ella hacia arriba, lanzándola al suelo de su habitación. Un instante más tarde, sus pantalones siguieron el mismo camino.

Aunque hubiese querido, era incapaz de dejar de mirarlo. Era como algo hipnótico. No era el primer hombre que veía desnudo, pero sí el primero que no perdía sin ropa. Observé sus hombros anchos y sus abdominales marcados, fruto de horas en el gimnasio. Su piel blanquecina estaba cubierta de tinta negra y, aunque debido a la oscuridad no podía admirar los detalles de sus tatuajes, me llamaron la atención las dos figuras que comenzaban a cada lado de su clavícula y que recorrían todo su pecho hasta terminar ocultas debajo de la tela de sus calzoncillos negros.

—¿Tienes a dos serpientes apuntándote el pene? —El calzoncillo me impedía poder ver la cabeza de cada uno de los reptiles—. ¿Se puede ser más arrogante? —me burlé.

Aunque, joder, me moría por ver lo que ocultaban esos calzoncillos, y no precisamente porque quisiera terminar de ver a las serpientes. Lo que me moría por saber era si su erección era tan grande como me había parecido al sentirla contra mí.

—Hablas demasiado —espetó él. Una de sus manos rodeó mi cuello, apretando con la suficiente presión para no quitarme la respiración, aunque sí para que no pudiera pronunciar una sola palabra más. Aquello debería haberme disgustado, pero tan solo consiguió que una vergonzosa ola de calor recorriera mi cuerpo—. ¿Ves? —susurró contra mis labios—, estás más guapa callada, *zayka*.

Gilipollas.

Estaba tan perdida en sus palabras que no me di cuenta de que su otra mano estaba debajo de la falda de mi vestido hasta que no tiró con fuerza del elástico de mi ropa interior, rasgándola, de la misma manera que había hecho minutos antes con mis medias.

Él se estaba comportando como un animal salvaje, uno imposible de domesticar, y aquello me excitaba, pero a la vez provocó que campanas de alarma comenzaran a sonar en mi cabeza. Habían estado sonando desde el instante en el que me había acercado a él en la terraza, pero las había ignorado hasta ese momento.

Él me iba a follar.

No me gustaba utilizar palabras tan groseras, pero no había otra manera de describirlo.

¿De verdad iba a dejar que un desconocido me follara contra la pared de una habitación? Ni siquiera se iba a molestar en utilizar la cama a pesar de que estaba a pocos metros de nosotros. ¿Así quería que fuera mi primera vez?

A diferencia de muchas de las hijas de otros mafiosos con las que me rodeaba, no tenía idealizada la primera vez. No fantaseaba con que fuera en una cama de matrimonio cubierta de rosas después de una cena romántica en mi restaurante favorito. Porque para las chicas de la mafia el romanticismo no merecía la pena. Yo no era tan ingenua como para creer en él.

Siempre había creído que no me importaba cómo fuera. De hecho, aunque mi padre se había asegurado de que mi entorno fuera muy protegido, me las había apañado para ligar con aquellos chicos que me habían gustado. Porque yo no sería esa esposa casta que esperaría hasta el

matrimonio a un prometido al que no conocía y que se estaba acostando con todas las mujeres que quisiera. Yo no sería lo que mi padre esperaba de mí.

Todos eran hombres relacionados con la mafia, que respetaban lo suficiente a mi padre como para estar segura de que nunca estaría en peligro con ellos, pero que eran tan idiotas como para arriesgarse a una muerte segura por no ser capaces de guardarse la polla en los pantalones. Sin embargo, a lo más lejos que había llegado era a practicar sexo oral con Mattia, uno de los soldados de mi padre. Una experiencia poco satisfactoria y que pocas ganas tenía de repetir.

No sabía cómo quería que fuera mi primera vez, pero, en el instante en el que el chico misterioso alzó su mano derecha y atisbé un preservativo en ella, me di cuenta que no la quería de esa manera. Por muy atractivo e irresistible que fuera ese hombre, no podía hacerlo.

No así.

Apoyé mis manos en sus hombros y tiré con fuerza hacia atrás. No conseguí que se moviera ni un solo ápice, pero sí logré captar su atención. Él debió ver algo en mi expresión, porque soltó el agarre de mi cuello y echó su cabeza hacia atrás para mirarme fijamente.

—Necesito ir al baño —dije.

Él me observó durante unos instantes con intensidad, como si estuviera buscando algo en mi expresión, aunque no tenía ni idea de qué era o si lo encontró, pero dio un paso hacia atrás y señaló con su barbilla a través del marco una puerta que se veía al final del pasillo.

Afortunadamente, esa habitación no tenía baño adherido.

Moví mi cabeza en un asentimiento, y por un momento, al sentir la pérdida de su cuerpo sobre el mío, casi me arrepentí de alejarme de él. Sin embargo, me obligué a mí misma a cruzar el marco de la puerta y dirigirme por el pasillo oscuro hasta la puerta que él había señalado. Encontré mi bolso tirado en el suelo y me agaché para recogerlo. Ni siquiera me había acordado de él. Se me debía haber caído mientras él me llevaba hasta la habitación.

Cerré la puerta del baño, apoyando mi espalda en ella.

Inspiré profundamente. Espacio. Eso era lo que necesitaba. Un poco de distancia de ese hombre para poder pensar con claridad.

¿Qué estaba haciendo?

Me gustaba pensar que era una persona valiente que se enfrentaba a los problemas. Huir no era una palabra que estaba en mi diccionario.

No hasta esa noche, porque me escapé por la escalera de incendios.

Capítulo 3

Mikhail

Había nacido para ser el Pakhan.

Ese era el derecho que me merecía por nacimiento, por mucho que a mi padre hubiera hecho todo lo posible para que no fuese así. El ego de ese cabrón no le permitía aceptar que estaba más que preparado para ese puesto. En una de las pocas ocasiones que nos habíamos visto, él me había asegurado que solo él muerto podría tener su puesto, y así es cómo había sucedido.

Aunque me hubiera encantado terminar con esa escoria humana que había tenido la desgracia de tener como padre, yo no había tenido nada que ver con su muerte. Era lo mejor que le podía haber pasado a la familia. Sin él al mando, la Bratva prosperaría.

Yo me encargaría de ello. Llevaba desde que tenía uso de razón anhelando el momento en el que tomaría el poder, pensando en todos los cambios que haría cuando llegase ese momento. Sin embargo, no estaba siendo cómo había creído.

Porque sin Yaroslav, se sentía extraño.

—¿No corremos peligro? —me preguntó Georgy por décima vez, mirando hacia todos los lados y tocando la funda de su pistola colocada en el cinturón de su pantalón de traje marrón, escondida debajo de una chaqueta del mismo color.

Desde el instante en el que Georgy había llegado a la discoteca, estaba inquieto. Esa era la razón por la que le había ordenado al hombre que lo había traído hasta aquí que no le diese información alguna.

A pesar de que Georgy había pasado la mayor parte de su vida en Rusia, había venido las suficientes veces a Dublín como para saber a quién pertenecía este territorio.

—No lo hacemos, Georgy —le aseguré—. ¿Crees que si no estuviera seguro de que no corres ningún peligro, te hubiese traído aquí?

Jamás arriesgaría la vida de ninguno de mis hombres. Y menos, la de él.

Yo no era como mi padre.

—No, y eso es lo que me preocupa. ¿Cómo es que los O'Donell te han dado permiso para estar en su territorio? ¿Y a quién pertenece este lugar?

Georgy dejó de mirarme para observar la estancia en la que nos encontrábamos. El suelo estaba reluciente, al igual que las paredes recién pintadas. Las mesas se hallaban apiladas contra la pared, esperando a ser colocadas, y la pista de baile aún estaba a medias. Una sección del parque estaba pulida y lista, mientras que otra permanecía cubierta de herramientas y materiales que habían dejado los obreros después de que les ordenase que se tomasen un descanso.

La barra frente a la que nos hallábamos no dejaba lugar a dudas de cuál sería el uso que se le daría. Detrás de ella, las botellas de alcohol se encontraban perfectamente alineadas en las estanterías.

—Me pertenece a mí —dije, consiguiendo que Georgy centrase su atención de nuevo en mí.

—¿Has montado un *pub* en el territorio de los O'Donell? ¿Con qué fin?

—Es una discoteca. Por lo menos, los dos primeros pisos —le corregí, señalando el piso de arriba donde estaban los reservados. No hacía falta que le explicase qué uso tenía pensado darle al sótano—. Y espero que sea un negocio muy lucrativo —añadí con una sonrisa.

Georgy puso los ojos en blanco. Aunque mi padre había hecho un mal uso de las ganancias de la familia, el dinero no era un problema para nosotros.

—Mikhail, soy demasiado mayor como para que no me hables con claridad.

Por supuesto que él se había dado cuenta de que un local como ese no se construía en unas pocas semanas, y aún menos estando en un territorio que no nos pertenecía. Llevaba tiempo negociando con los O'Donnell a espaldas de mi padre. Su muerte solo hizo que las cosas se aceleraran.

Pero era algo que no iba a tratar con Georgy.

—Para hablar de negocios mejor esperamos a tu hijo, ¿no, Georgy? Al fin y al cabo, va a ser mi segundo.

Georgy era consciente de que estaba eludiendo su pregunta, pero ahora era el Pakhan y no tenía por qué responderle si no me daba la gana y él lo sabía. Aunque por la manera en la que suspiró, no estaba de acuerdo con ello.

—Sí, claro.

Observé el reloj de madera maciza con péndulo que colgaba en la pared frente a mí. Era el único mueble que estaba allí cuando llegué. Decidí conservarlo, aunque su lugar estaría en mi despacho, en el piso superior.

—Llega tarde.

Georgy miró la pantalla de su teléfono.

—Él suele ser bastante puntual. Está a punto de llegar.

Mentira. Él no tenía ni la más puta idea de dónde estaba su hijo.

Georgy era un buen mentiroso; tenía que serlo para haber logrado un puesto tan alto en la Bratva, pero yo era mejor detectando mentiras y conocía a Georgy lo suficientemente bien como para saber que estaba mintiendo.

—No me gusta esperar. Nunca espero. A nadie.

Tenía cosas mejores que hacer que esperar al incompetente de su hijo.

—Mik...

—Corta la mierda, Georgy —bufé—. Sabía que sería una mala idea.

Tras la muerte de Yaroslav hacía casi dos meses, Georgy me pidió que Leonid ocupara su puesto. Yaroslav no solo había sido mi segundo, también había sido mi mejor amigo, como un hermano para mí.

En mis circunstancias, no tenía ninguna obligación de aceptarlo. Nadie lo cuestionaría demasiado teniendo en cuenta el comportamiento de Leonid, pero lo acepté. Lo hice por Georgy y porque, me gustara o no, apenas tenía hombres de confianza.

Y aunque no confiaba en Leonid, sí lo hacía en Georgy. Al fin y al cabo, él era como un padre para mí.

—Puedes confiar en él, Mikhail.

—Ni siquiera está preparado para el puesto —resoplé—. ¿Sabes cuántos años llevamos Yaroslav y yo preparándonos? —Era una pregunta irónica, Georgy lo sabía, por supuesto que lo hacía. Él mismo nos había preparado.

A pesar de que Yaroslav y yo prácticamente habíamos crecido juntos, tan solo había visto unas pocas veces a Leonid. Y la última vez, él tenía dieciséis y yo diecisiete.

Aunque Yaroslav y yo estudiábamos en uno de los internados más exclusivos de Rusia, Leonid nunca acudió a él. Desde los diez años, él estudió varios años en el extranjero, hasta que, finalmente, a los dieciséis, se mudó definitivamente a Los Ángeles.

Georgy jamás le hubiera permitido algo así a Yaroslav, por lo que nunca entendería por qué

lo hizo con su hijo pequeño. En realidad, nunca me había importado demasiado lo que hiciera Leonid, hasta ese momento.

—Tal vez lleve un poco de tiempo, pero él será tu hombre de confianza —me aseguró Georgy con convicción. O lo que él creyó que lo era, porque pude ver su nerviosismo en la manera en la que se guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta de traje—. Como lo fue... —Él no fue capaz de terminar la frase.

—Nadie puede sustituir a Yaroslav, Georgy. Nadie.

La expresión de Georgy cambió al escuchar mi frase.

Desde que Yaroslav se suicidó, Georgy evitaba hablar de él. Casi como si no hubiera existido.

Porque que su hijo mayor hubiera decidido quitarse la vida no era algo que Georgy viese venir. Ni algo que él fuese capaz de asimilar. En nuestro mundo suicidarse era algo prohibido. Una salida de cobardes.

Tal vez sustituirlo por su hijo pequeño era su manera de salir adelante. Pero no era la mía.

—No pretendo hacerlo, Mikhail. Jamás haría algo así. —No dije nada, aunque tenía mis dudas, pero apreciaba lo suficiente a Georgy como para concederle el beneficio de la duda—. Él está estudiando un máster en finanzas. Él será un gran activo, Mikhail.

Una risa carente de humor brotó de mi garganta.

—¿Acaso sabe hablar ruso?

—Tal vez no lo preparé de la misma manera que a ti y a Yaroslav. No tan duramente, pero eso no quiere decir que no lo hiciera en absoluto. Él es consciente de que pertenece a la Bratva y está orgulloso de ello.

Por alguna razón, dudaba de eso último. Un soldado orgulloso hubiera luchado por un puesto en su familia, pero él se había limitado a vivir su vida alejado de la Bratva.

Suspiré, porque a cada segundo que pasaba, más dudaba que fuese una buena decisión.

—¿Eres consciente de lo mucho que nos jugamos, Georgy? —le pregunté, con los dientes apretados—. ¿Eres jodidamente consciente?

Estaba en una posición vulnerable. Acababa de ser nombrado Pakhan, y después de lo que había hecho mi padre, no podía jugármela. Sus socios habían dejado de confiar en él; incluso su propia familia lo había hecho. Y aunque no tenía nada que ver conmigo, tenía que demostrar que no era como él. Además, apenas me conocían, ya que mi padre siempre me había mantenido oculto, alejado. Como si de esa manera, tal vez, todos se olvidasen de que tenía un heredero.

¡Cómo si yo fuese a olvidarlo! Menudo gilipollas.

—Por supuesto que lo sé. Jamás hubiera propuesto a Leonid si no estuviera seguro de que él podrá ejercer el puesto. ¿Confías en mí, Mikhail?

Georgy había ejercido como el padre que Zinov nunca fue para mí. Cuando mi abuelo falleció, cuando tan solo tenía siete años, era a la casa de Georgy adonde iba a pasar las vacaciones del internado. Fue él quien siguió el entrenamiento que mi abuelo empezó. Y fue él quien se aseguró de que la última voluntad de mi abuelo se cumpliera.

—Sabes que lo hago. Jodidamente lo hago. A cualquier otro, le habría metido una bala en la sien cuando me hiciste esa propuesta.

Georgy sonrió.

—Estás haciendo lo correcto, Mikhail.

Georgy fue a decir algo más, pero unos nudillos tocando la puerta lo interrumpieron. Pude ver el alivio en sus ojos castaños, y la chispa de decepción cuando indiqué que pasaran, y vio quién era la persona que estaba al otro lado. Aunque no tardó ni un solo segundo en disimularlo.

—¡Orel! —lo saludó Georgy, acercándose a él y dándole un abrazo—. ¡Cuánto tiempo!

—Más de dos años sin verte en persona —respondió Orel, dándole una palmadita amistosa en la espalda a Georgy—. Siento mucho lo de tu hijo, y siento no haber podido acudir al funeral.

—Bastante tenías con lo tuyo, Orel.

La mujer de Orel llevaba años luchando contra un cáncer y había fallecido una semana más tarde que Yaroslav. Orel no tenía hijos, por lo que su mujer lo era todo para él.

—No han sido buenos tiempos.

—Pero lo serán mejores.

Orel le respondió con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Todo está listo, Mikhail —me dijo.

Asentí.

Orel Novikov era uno de los hombres de mi padre. Aunque él vivía en Dublín, siempre había mantenido cierto contacto con él. Me caía bien, no solo porque compartíamos nuestro odio mutuo hacia mi padre, sino porque el progenitor de Orel había sido uno de los mejores amigos de mi abuelo; prácticamente, habían sido como hermanos.

Y a pesar de que Orel nunca soportó a mi padre, le fue leal, tal y como se esperaba de él. Y hombres leales ante cualquier circunstancia era lo que necesitaba. Sin embargo, a diferencia de mi padre, yo sería digno de su lealtad.

Porque mi padre tan solo había querido que sus hombres no pensasen por sí mismos. No buscaba soldados con honor, sino marionetas a las que poder controlar. Pero, a pesar de sus intentos por deshacerse de Orel, especialmente cuando este comenzó a ascender, no pudo hacer nada. Porque mi abuelo siempre protegió a Orel a la distancia; especialmente cuando el progenitor de este murió unos años antes que él. Y para cuando mi abuelo falleció, Orel ya se había ganado el respeto de los hombres que estaban a su cargo en Dublín y mi padre no pudo hacer nada.

Orel había hecho tan buen trabajo, que fue él quien consiguió muchos de los socios de los que mi padre se benefició ampliamente. Orel fue el que logró que confiaran en mi padre. Algo que había sido un error para ellos, ya que mi padre no había sido un hombre de fiar. Él no tenía palabra ni honor, pero Orel no era culpable de ello. Había hecho lo que debía hacer, aunque, probablemente, en muchas ocasiones, hubiese deseado no hacerlo.

—Orel me está ayudando a que la traición de mi padre a las familias de la mafia irlandesa no me afecte —le expliqué a Georgy—. Aún queda un gran camino, pero conseguiremos que nuestra familia se afiance en Dublín. —No solo reharíamos el camino que mi padre destrozó, sino que ampliaríamos nuestro poder.

Georgy asintió.

Él sabía cuánto necesitábamos eso. En Rusia nuestra familia estaba bien posicionada, pero conseguir lo mismo en Dublín era un reto que ninguna otra familia de la Bratva había conseguido; uno que mi padre hubiera logrado sino fuera porque, con su ambición, lo jodió todo.

La puerta de la discoteca se volvió a abrir. Esta vez, fue Alexei quien estaba vigilando en el exterior para asegurarse de que nadie que yo no hubiera autorizado antes se acercara.

Alexei era un soldado de bajo rango, los que usaba para ese tipo de misiones. Era más fácil así. No hacían preguntas y estaban agradecidos de la oportunidad que se les había dado. Ninguno de ellos se había criado en la Bratva, y ascender no parecía estar entre sus prioridades.

Lo miré y enarqué una ceja.

Él tragó saliva con fuerza, aunque trató de mantenerse erguido.

—Leonid está fuera —dijo.

—¿Y por qué no entra?

—Él ha dicho que tenía que presentarlo primero.

Maldije en voz alta. Orel se colocó una mano en la boca para no soltar una carcajada.

—¿Quién cojones se cree que es, el rey de Inglaterra?

—Es culpa mía —se excusó Georgy, con una sonrisa que pretendía ser diplomática, pero que no era más que una mueca nerviosa—. Le dije que no debía molestarte sin tu permiso.

—Y no debe, pero he sido yo quien... —me interrumpí a mí mismo—. No importa una jodida mierda —mascullé—. Alexei, dile que entre y que se deje de gilipollices.

Alexei no tardó ni un segundo en obedecer a mi orden. Desapareció, pero volvió a entrar un instante más tarde.

—Mikhail —dijo con cautela, tratando patéticamente que su voz no le temblara—, pensaba que estaba fuera, pero no está. Estaba en la entrada, pero debe haber salido fuera junto a Vadim —me explicó, nombrando a otro de mis soldados que estaba haciendo guardia afuera.

—¿Y qué haces aquí? —me quejé. Menuda puta panda de incompetentes—. ¡Ve a por él de una puta vez!

Alexei salió corriendo.

—¡Hola!

Afortunadamente para él, no fue mi soldado el que volvió a entrar por la puerta.

La última vez que estuve con Leonid este apenas era un adolescente. Su parecido con Yaroslav nunca había sido muy notorio, pero, ahora, era prácticamente inexistente. Y eso, por alguna razón que desconocí, me cabreó. Quizá, en el fondo, esperaba que algo en Leonid me recordara a Yaroslav; como una forma de seguir teniéndolo presente. Sin embargo, el único parecido que tenían eran los ojos verdes.

Me fijé en su cabello rubio, ligeramente ondulado y despeinado, aunque estaba convencido de que pasaba horas frente al espejo para lograr ese efecto. Y eso era justo lo que menos necesitaba, un hombre más preocupado por su aspecto que por los negocios. Mi ceño se arrugó profundamente a medida que seguía observándolo. No exigía que mis hombres se vistiesen de una manera formal, no cuando ni yo mismo lo hacía, pero la camisa blanca de manga corta con un estampado de palmeras y unas bermudas negras rozaban la falta de respeto.

No dije nada, porque no me importaban esas cosas, pero cuando me fijé en sus pies, no pude evitar enarcar una ceja. Llevaba unas Havaianas de color negro.

Unas malditas Havaianas.

¿De verdad Georgy creía que ese niño podía ser mi segundo? Parecía más un surfero que un mafioso. Todo un niño de papá que nunca había tenido que mover un dedo para conseguir nada.

¿Qué narices pensaba Georgy que iba a hacer con él?

—Mikhail —me llamó Georgy—, él es mi hijo, Leonid. —Señaló a su hijo, pero no lo saludó.

—Lo sé, Alexei lo ha presentado —dije con burla, pero si Leonid se dio cuenta, no lo demostró. Aunque las presentaciones eran una maldita estupidez. Puede que hace años que no nos viéramos, pero ya nos conocíamos.

—Es un placer volver a verte después de tantos años. —Leonid soltó el asa de la maleta que sostenía para estirar su mano hacia mí. Sus palabras eran una mierda; a ese chico ni siquiera le agradaba mi presencia. No importaba su sonrisa o la falsa cordialidad, ni siquiera se estaba esforzando en fingirlo.

No dije nada. Ni tampoco hice ningún amago por estirar mi mano y apretar la suya.

Las cordialidades no iban conmigo.

—¿Por qué no nos sentamos para hablar más tranquilamente? —sugirió Georgy, observando las mesas apiladas contra la pared, aunque no había ninguna silla cerca.

—Claro —respondió Leonid sin borrar la sonrisa y bajando la mano.

Miré a Georgy.

—No hay necesidad de sentarse.

—¿Puedo tomar una bebida caliente? —preguntó Leonid, mirando detrás de la barra—. No me puedo creer que le llaméis primavera a esto —se quejó, frotándose las manos—. Estoy congelado.

—Yo también necesito una bebida —coincidió Orel, rodeando la barra. No supe si estuvo de acuerdo con la sugerencia de Leonid por conciliar o simplemente por entretenimiento. Quizá, ambas—. ¿Quién quiere un vodka?

Yo necesitaba algo aún más fuerte para no sacar a ese niño a patadas de allí, pero nunca bebía cuando estaba en reuniones de negocios.

Hice un ademán con la mano y Georgy negó.

—Preferiría un vaso de leche caliente —dijo Leonid—. Y si puedes echarle unas cucharadas de cacao a la leche, mejor que mejor. ¿Por qué chocolate no hay no?

Resoplé. ¿Qué estaba de puta coña?

Orel evitó mi mirada y pude ver cómo se mordía el labio inferior. No sabía si le divertía esa situación, pero yo estaba empezando a cabrearme. La furia se arremolinaba en mi estómago y estaba a punto de sacar mi cuchillo. O ese niño era un puto desastre o se estaba riendo de todos.

Seguramente, ambas

Fui a abrir la boca para mandarlo a tomar por culo, pero Georgy inteligentemente me interrumpió.

—¿Por qué no hablamos de negocios? —sugirió, tratando de reconducir la conversación—. Estoy seguro de que Mikhail tiene cosas importantes que hacer.

Leonid me miró y sonrió.

—Por supuesto.

Miré a Georgy y pude ver en sus ojos cómo me pedía paciencia. Pero él sabía mejor que nadie que la paciencia no era precisamente una de mis virtudes.

—Mi objetivo es que nuestra familia sea importante en Dublín —comencé, alzando mi mano y cerrándola en un puño—. Quiero recuperar lo que perdimos y obtener mucho más de lo que teníamos.

—Quieres recuperar lo que Zinov perdió por culpa de su traición a las familias irlandesas —afirmó Leonid, apoyando su espalda sobre la barra—. ¿Y cómo vas a conseguir que confíen en ti? A fin de cuentas, eres su hijo. ¿Cómo saben que no buscas venganza?

Georgy se tensó. Sabía que mi padre era un tema complicado para mí. Pero no tenía que preocuparse, lo que su hijo acababa de decir era lo único sensato que había dicho desde que había aparecido en la discoteca. Y al menos, estaba al tanto de lo que sucedió con mi padre. Algo que ya estaba empezando a dudar que supiera.

—Su legado es el mío —respondí. Eso era algo que mi padre detestaba con toda su alma, pero contra lo que no podía luchar—. Nuestros hombres no tienen la culpa de sus faltas de honor. Han sido expulsados como unos perros; han perdido sus casas y sus trabajos. —Muchos de nuestros hombres llevaban años viviendo en Dublín; incluso gran parte de ellos habían nacido allí, y tras la traición de mi padre, fueron expulsados por las familias de la mafia irlandesa—. Nos lo han quitado todo y nos han dejado sin nada. Se han repartido nuestros territorios. Quiero

resurgir el legado de mi padre y duplicarlo. Les demostraré que no busco venganza. Me han hecho un favor matándolo.

Y eso era así. Aunque mi padre había sido un ser humano miserable y detestable, el honor me impidió matarlo. Mis hombres no confiarían en un hombre que asesinara a su propio padre. Sin embargo, después de todo lo que habían sufrido por su culpa, no esperarían que lo vengara.

—Recuperaremos lo que es nuestro, Mikhail —me aseguró Georgy, acercándose a mí para apretar mi hombro—. Esos irlandeses nos las pagarán por robarnos lo que es nuestro —masculló con rabia.

—Como acabo de explicar, no busco venganza, Georgy. Cian Maccarthy tenía razones de peso para asesinar a mi padre. Él se lo buscó.

—Esos buitres carroñeros se quedaron con nuestros territorios —insistió Georgy, apretando su mandíbula.

Orel se mantuvo en silencio, limitándose a dar un sorbo del vaso de vodka que se había preparado. Él, que había vivido todo lo sucedido, entendía mejor la situación. Él había estado en Irlanda mientras Georgy había continuado en Rusia.

—Mi padre los traicionó y ellos aprovecharon el momento. Es lo mismo que nosotros hubiésemos hecho en su lugar.

—¿Y esa es razón suficiente para dejar que se salgan con la suya?

—Por supuesto que no, pero tenemos que ser diplomáticos. Aunque estamos en su ciudad, les demostraremos que no pueden echarnos, que nos necesitan. Seremos más poderosos que nunca, pero lo haremos con honor, no con actos deshonorosos. Yo lucho por lo que me pertenece y no me tiembla el pulso. No temo a la muerte, pero no haré nada que ponga en peligro a nuestra familia.

Georgy suspiró. Aunque sabía que no estaba del todo de acuerdo conmigo, él respetaba mi decisión.

—No lo vas a tener fácil, Mikhail. Ninguna de esas ratas querrá negociar con nosotros después de lo de Zinov.

Georgy omitió lo que hizo mi padre. De alguna manera, siempre lo tapaba. Nunca entendí por qué Georgy siempre justificaba a mi padre cuando él, mejor nadie, conocía qué tipo de persona era.

—No estoy tan seguro, Georgy —repliqué con una sonrisa ladina—. Para empezar, esta será nuestra discoteca. —Señalé a mi alrededor con orgullo, porque ese sería el comienzo de nuestro imperio.

—Una discoteca —repitió Georgy, como si estuviera asimilando la información—. En el territorio de los O'Donell.

—Exactamente.

Era un negocio completamente diferente a los que mi padre hacía. Y por eso me resultaba más atractivo. Además, era una buena manera de blanquear dinero.

—Dudo que te hayan dado permiso a cambio de nada.

Sonreí.

—No lo habría aceptado si fuese así. Ellos tienen algo que necesitamos y nosotros tenemos algo que ellos quieren. De eso se tratan los negocios.

No iba a darle más explicaciones, no tenía que hacerlo, no tenía que dárselas a nadie. Y no aceptaría que nadie me las pidiese ni que me llevase la contraria. Georgy era como un padre para mí, pero yo ahora era el Pakhan y él respondía ante mí.

—Está bien —aceptó con un suspiro—. Si no necesitas nada más, me gustaría llevar a mi

hijo a su nueva casa.

Georgy le había comprado a Leonid un apartamento a tan solo dos calles del *penthouse* que yo había adquirido un mes atrás. El muy pesado había creído oportuno que ambos estuviéramos cerca. Y me había librado de no tenerlo en el mismo edificio porque, afortunadamente, no vendían ningún piso allí.

—Claro —respondí, haciendo un gesto con mi mano.

Georgy asintió y miró a Leonid.

—Vamos, tienes que ducharte y cambiarte de ropa. Hemos quedado con Isabella y sus padres en menos de una hora.

Isabella Carbone había sido la prometida de Yaroslav hasta su fallecimiento, y ahora lo era de Leonid. No la conocía personalmente, y Yaroslav rara vez me había hablado de ella. Era la hija de un Don de la mafia italiana de Dublín.

Pese a que no podía negar que era una alianza que nos interesaba, y más en el momento en el que me encontraba, los matrimonios por conveniencia no iban conmigo. Si quería algún trato beneficioso, había otras maneras de conseguirlo sin necesidad de pasar por el altar con una niña mimada y caprichosa cuyo padre usaba como mercancía.

—¿Qué tiene de malo mi vestimenta? —le preguntó Leonid a Georgy, señalándose de arriba a abajo con inocencia.

Georgy lo ignoró y lo agarró del brazo mientras le repetía una y otra vez que tenían que llegar a tiempo. Prácticamente, arrastró a su hijo hasta la salida mientras a este apenas le daba tiempo de llevarse su maleta. Una maleta en la que podía haber entrado todo el mobiliario de la discoteca.

—Si sirve mi opinión, yo creo que vas bien. Las Havaianas le dan un toque de originalidad —dijo Orel cuando ambos estaban a punto de cruzar la puerta de entrada.

Georgy no respondió, pero soltó un bufido lo suficientemente sonoro como para que tanto Orel como yo nos diéramos cuenta de que lo había escuchado.

—Estamos jodidos, no está preparado para el puesto —murmuré cuando se fueron.

Orel me miró.

—Lo estará, lo lleva en la sangre.

Lo dudaba mucho, pero esperaba que fuera así. Porque lamentaría que Georgy perdiese a otro hijo.

Capítulo 4

Isabella

Pasé el cepillo de madera por mi cabello, deshaciendo nudos invisibles. Hacía tiempo que había perdido el número de veces que repetía ese movimiento. De alguna manera, el suave sonido de las cerdas contra mi pelo me resultaba relajante.

No me detuve hasta que el resultado no fue perfecto.

Observé mi cabellera oscura, densa y brillante, cayendo en cascada por mis hombros desnudos, en el espejo rectangular de mi tocador. Dejé el cepillo sobre la encimera blanca, y en un gesto casi inconsciente, peiné mi flequillo abierto con los dedos.

No me sorprendió escuchar el sonido de unos nudillos golpeando la puerta con suavidad. Lo estaba esperando.

—Bella.

—Adelante.

Me levanté del taburete de terciopelo de color rosa pastel en el que estaba sentada en el instante en el que mi madre abrió la puerta y entró en mi habitación. Me di la vuelta hacia ella y sentí su mirada evaluadora recorriéndome de arriba a abajo. Por la mueca de satisfacción que se formó en sus labios cubiertos de carmín supe que había pasado la prueba.

Mi madre era muy exigente con la ropa que me ponía y con mi aspecto. Para ella, tenía que lucir perfecta en todo momento, y más en uno como ese.

—Buena elección.

Por supuesto que mi madre aprobaría mi atuendo. Con los años había aprendido a lucir tal y como ella esperaba, tal y como se esperaba de mí. Había escogido un chaleco sin mangas de color crema con botones dorados con un escote en V, que combinaba perfectamente con mis zapatos de tacón bajo. Y una falda negra de tablas que se adhería a mi cintura y mostraba mis piernas, pero sin ser demasiado reveladora.

Lo suficientemente sofisticado para dejar claro que era una Carbone, la hija de un importante Don, pero lo suficientemente sensual como para captar el interés de mi futuro marido.

Todo en mi aspecto había sido perfectamente calculado. Desde mi maquillaje hasta los pocos accesorios que había decidido utilizar.

—Lo sé —respondí mientras mi madre se acercaba a mí para echar mi cabello suavemente hacia atrás—. Lo compré para impresionar a mi prometido. Aunque en ese momento pensaba que era otro. Pero eso es lo que menos importa, ¿verdad? —dije, con el sarcasmo inundando mis palabras.

No solía cuestionar las decisiones de mi padre; no solía hacerlo porque sabía que no merecía la pena. Sin embargo, en ese momento, no pude evitar el comentario que escapó de mis labios. Porque pese a que hubiera normalizado ciertos comportamientos, una parte de mí deseaba que mi madre se hubiera rebelado ante mi padre. Deseaba que, por una vez, me hubiese elegido a mí sobre él, pero ella ni siquiera lo había cuestionado.

Nunca cuestionaba las decisiones de mi padre. Y tampoco iba a ser diferente en esta ocasión.

Prometerme con el hermano de mi exprometido unos pocos días después de la muerte de este era demasiado macabro. Aunque nada era demasiado macabro para la mafia.

Fui a caminar hacia la puerta de mi habitación cuando mi madre me lo impidió, apoyando su mano sobre mi abdomen. Un movimiento suave, pero lo suficientemente firme como para que me detuviera.

—Bella —ella pronunció mi nombre con esa ternura que tan solo obtenía de ella—, tan solo estoy intentando protegerte. —Me liberó de su agarre para colocar ambas manos sobre mis hombros y girar mi cuerpo hacia el espejo de cuerpo entero que se encontraba apoyado sobre una de las paredes de mi dormitorio—. Esta —señaló mi reflejo con su dedo índice— es la mejor arma que tienes. Los hombres de nuestro mundo son peligrosos, pero también son pasionales y temerarios. Si sabes utilizarla, ese hombre hará cualquier cosa por ti; congelará el infierno si es necesario y te abrirá las puertas del cielo si se lo pides. Y si alguien puede conseguir eso, esa eres tú, cariño.

Sonreí con amargura.

Como la mayor parte de las mujeres de mi familia, había sido entrenada para ser un bonito trofeo que acompañara a mi marido a los eventos. Algo de lo que presumir, de lo que llevar colgado de su brazo. Algo y no alguien, porque así era cómo nos trataban; como un objeto.

Esa era la razón por la que no me tomaba a mal las palabras de mi madre. Porque ella no mentía, estaba tratando de protegerme. Sus palabras no eran mentira, pero a mi madre se le olvidaba una gran cualidad para sobrevivir: la inteligencia.

Sin embargo, no repliqué.

Observé mi reflejo por última vez y me di la vuelta para mirarla.

—¿Lo conoces? —pregunté. No pronuncié su nombre, porque ni siquiera lo sabía.

—No —respondió, negando con la cabeza. Seguramente, al igual que yo, mi madre ni siquiera sabía que Yaroslav tenía un hermano pequeño—, pero es un hombre.

Fui a contestar cuando una voz masculina pronunciando mi nombre me lo impidió.

—¡Isabella!

Era mi padre.

—Vamos, cariño —me dijo mi madre, haciéndome un gesto con su mano para que la siguiera.

Asentí y ambas salimos de mi habitación para dirigirnos por el largo pasillo que nos llevaba hasta las escaleras. Con pasos decididos y firmes descendí los escalones con destreza.

Mi padre se encontraba en medio de la entrada. Él me dedicó una mirada rápida, no tan interesada como la de mi madre, pero sí lo suficientemente exhaustiva como para comprobar que mi aspecto no lo avergonzaría ante mi prometido.

—Georgy y su hijo acaban de pasar la garita de control —nos informó mi padre.

Aunque la mafia irlandesa reinaba en Dublín, nuestra familia tenía el suficiente poder como para tener grandes enemigos. Enemigos que podían intentar atacarnos en cualquier momento, por eso mi padre se aseguraba de que varios guardias vigilaran la entrada de la casa las veinticuatro horas del día.

Con un gesto de la barbilla, mi padre nos indicó que lo siguiéramos. Caminó con paso firme hacia uno de los pasillos principales mientras mi madre y yo lo seguimos en silencio. Se detuvo frente a una puerta de madera oscura, la abrió con un movimiento decidido, y nos hizo un leve gesto con la mano para que entráramos.

Una vez dentro, eché un vistazo a la habitación. Nuestra casa era tan grande que muchas de sus estancias me resultaban casi desconocidas, y esta no era la excepción. Había estado allí en contadas ocasiones. Era la sala que mi padre utilizaba para sus *reuniones informales*. Aquellas que no eran lo suficientemente formales como para realizarlas en su despacho, pero que tampoco

eran consideradas tan desenfadadas como para reunirse en el salón en el que mi madre solía juntarse con sus amigas.

Y esa era exactamente la sensación que se percibía en aquella estancia. Era amplia, aunque no tanto como las habitaciones principales de la casa. Un ventanal dominaba una de las paredes, enmarcado por unas cortinas blancas que estaban descorridas para que la luz del sol entrase. En su parte inferior, una puerta de cristal conectaba directamente con el jardín trasero de la casa. Las paredes estaban pintadas de un gris pulido, de un color ligeramente más claro que los dos sofás gris oscuros que reinaban en la sala, colocados uno en frente del otro. Contemplé la mesa baja de cristal en forma rectangular que se encontraba entre ellos, muy similar a la que mi madre había escogido para el salón, pero esta no estaba decorada con ningún jarrón con bonitas flores.

Mi padre hizo un gesto con su mano, señalando uno de los sofás. Él se sentó en el extremo derecho, mi madre en el izquierdo, y yo en medio de ambos. Como siempre sucedía en ese tipo de eventos, mi madre y yo esperábamos las órdenes de mi padre.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Las palabras de mi padre podrían ser dirigidas a cualquiera, ya que ni siquiera estaba mirando en mi dirección, pero sabía que iban hacia mí.

Asentí.

—Lo vas a hacer muy bien, cariño. —Si mi madre pretendía animarme, no lo consiguió. Ella apoyó su mano en mi rodilla, pero la apartó rápidamente cuando la puerta se abrió.

Mi padre se levantó lentamente y mi madre y yo lo imitamos.

—Buenos días. —Georgy cruzó el umbral de sala para dirigirse hacia nosotros. Rodeó la mesa y se acercó a mi padre para estrechar su mano con fuerza—. Edoardo, qué alegría volver a verte.

—Es un placer recibirte en mi casa —respondió mi padre con una sonrisa cordial.

Los ojos castaños de Georgy se fijaron en mí.

—Isabella —él me dio dos besos a modo de saludo—, a cada día que pasas estás más hermosa.

—Gracias —contesté con una sonrisa ensayada, que ya se esbozaba de forma de natural en mis labios—. Es un placer volver a verte.

Había visto a Georgy en contadas ocasiones durante mi vida, pero siempre se había mostrado muy agradable y cercano. Por supuesto que no era tan ingenua como para dejarme engañar por su fachada amable, ya que bien sabía la clase de hombre que era. La clase de hombres que eran todos.

Georgy no se diferenciaba en absoluto de otros hombres de la mafia. Y eso era algo que había demostrado recientemente. ¿Qué clase de padre negociaba el matrimonio de su hijo en el funeral de su otro hijo difunto?

Un hombre de negocios. Un mafioso.

—Isabella, es un honor para mí presentarte a mi hijo, Leonid. —Georgy hizo un gesto detrás de él y se apartó hacia mi izquierda para dejar paso a un chico rubio.

Mi prometido.

Leonid. Así que ese era su nombre.

A pesar de ser hermanos, él no se parecía en nada a Yaroslav. Tenía el cabello rubio y ondulado. Su piel era bronceada, dejando ver que a Leonid le gustaba pasar horas tomando el sol, o quizá en un centro de bronceado, aunque su bronceado parecía natural. Con sus ojos verdes, casi cristalinos, su nariz recta y sus facciones suaves, tenía que admitir que aquel chico era muy atractivo.

Yaroslav no era feo, aunque tampoco destacaba por su belleza, pero su hermano parecía un modelo o un actor de Hollywood. De esos que solo ves por la televisión y estás segura de que nunca te encontrarás por la calle. Y por la sonrisa encantadora que se dibujó en los labios y la forma confiada de moverse, Leonid era consciente de ello. Sin embargo, no provocó nada en mí.

Porque, por alguna razón, esa belleza inmaculada no despertó nada en mi interior. Porque sus facciones eran demasiado simétricas, demasiado perfectas; tanto, que no parecía real.

Leonid parecía un muñeco de porcelana, perfecto en apariencia, pero carente de esa chispa que hacía a un hombre real. Yo prefería a los hombres con imperfecciones, más auténticos. Sin darme cuenta, unos ojos grises invadieron mis pensamientos, intensos y familiares de una manera que no debería sentir. Solo había visto a su dueño en una ocasión, pero en el último mes había aparecido en mis sueños más veces de las que estaría dispuesta a admitir.

¿Por qué estaba pensando en él? Me sacudí la cabeza con frustración, como si ese simple gesto pudiera arrancarlo de mi mente. Aunque era consciente de que no funcionaría.

—Isabella, es un verdadero placer conocerte por fin —dijo Leonid, agarrando mi muñeca con suavidad y tirando de ella para acercarme a él y darme dos besos. Su gesto emanaba una confianza que no teníamos. Pude notar cómo mi padre lo observó con el ceño ligeramente fruncido, y solo por eso esboqué una sonrisa.

Mi padre era un hombre conservador, pero muchas líneas rojas tenía que rebasar Leonid para que rompiera el compromiso.

—El placer es mío.

La sonrisa de Leonid se amplió.

Él era alto, y aunque era delgado, podía ver que tenía un cuerpo atlético; seguramente, practicaba con frecuencia algún tipo de deporte. Me fijé por primera vez en su vestimenta. Llevaba una camisa abierta con estampado de palmeras de colores vibrantes de manga corta, aunque por debajo llevaba una camiseta de color blanco, y unas bermudas negras. Mis ojos terminaron en sus Havaianas negras.

No era para nada el estilismo que me hubiera esperado de mi prometido. Puede que no fuera un evento de gala, pero esperaba un poco más de elegancia. Y por la forma en la que el ceño de mi padre se arrugó aún más, con su mirada fija en el calzado de mi prometido, supe que él también.

Georgy también se dio cuenta, porque nos dio una mirada de disculpa.

—Leonid acaba de llegar a Dublín. Con las prisas no ha podido meter en la maleta ropa adecuada. Decidimos no pasar por una tienda para no llegar tarde, algo por lo que os pedimos disculpas.

Leonid, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros, mostrando que no estaba demasiado preocupado por su aspecto.

—Lo importante es que, por fin, los prometidos se han conocido —dijo mi padre, aunque era evidente que no estaba del todo satisfecho con el estilismo de Leonid.

Pero aquello era algo más que no tendría problemas en pasar por alto. Todo, con tal de asegurar que el trato de negocios llegase a buen puerto. Porque eso, en definitiva, era nuestro futuro matrimonio: un negocio.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó mi madre, rompiendo el momento incómodo que se había formado. Ella era experta en reconducir las situaciones—. Seguro que estaréis sedientos.

—Me encantaría, Ele —respondió Leonid con una sonrisa—. Perdona por las confianzas, ¿puedo llamarte Ele, verdad? —inquirió, utilizando uno de los diminutivos del nombre de mi madre, que era Eleonora.

—No me llamaban así desde que era joven. Por supuesto, al fin y al cabo, vamos a ser familia.

—¿Desde qué era joven? —repitió Leonid, arqueando una ceja rubia exageradamente—. Oh, vamos, sigues siendo joven. De hecho, al principio he pensado que Isabella y tú erais hermanas.

Mi madre se rio, encantada con el piropo.

Leonid era un encantador de serpientes. No necesitaba pasar más de cinco minutos con él para darme cuenta. Era carismático y sabía cómo tratar a las personas. Acababa de meterse a mi madre en el bolsillo. No le sucedía lo mismo con mi padre, a quien no se estaba molestando en agradar. Pero Leonid sabía que no necesitaba hacerlo.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió Georgy con una sonrisa conciliadora.

Mi padre movió su cabeza en un asentimiento seco, y mi madre, mi padre y yo ocupamos los mismos lugares en los que habíamos ocupado antes mientras que Georgy y Leonid se sentaron en el sofá frente a nosotros.

No pude evitar preguntarme si alguien le había explicado a Leonid cuál era el clima de Dublín. Puede que estuviéramos a finales de mayo, pero si pasaba mucho rato así en la calle, se iba a congelar. Tuve que morder mi labio inferior para no reírme cuando me fijé en las gafas de sol que colgaban de su camiseta.

Por favor, si llevaba sin salir el sol hacía una semana.

Amanda, una de nuestras empleadas del hogar, entró por la puerta.

—¿Qué os apetece beber? —preguntó mi madre.

—Tenemos uno de los mejores vodkas de importación —ofreció mi padre.

Georgy sonrió.

—Entonces, tendré que probarlo.

—¿Tu también, no, Leonid? —preguntó mi padre.

—No, yo prefiero un té helado con limón —dijo Leonid, cruzando sus piernas—. Aún no he tomado el chocolate que me prometiste —añadió, mirando a su padre—, pero aquí dentro hace calor.

Georgy esbozó una sonrisa, quitándole importancia. Aun así, bajo su fachada, pude ver que no estaba satisfecho con su hijo.

Mi padre abrió la boca para decir algo, y por la expresión de su rostro, supe que no iba a ser algo agradable. Leonid no pareció darse cuenta, ya que lo miraba con una sonrisa, animándolo a que hablara. Y entonces, un pensamiento pasó por mi cabeza: casi parecía una provocación, como si estuviera esperando que mi progenitor reaccionara. Como si hiciera todo aquello a propósito.

Pero eso no tenía ningún tipo de sentido. ¿Por qué se opondría a nuestro matrimonio? Leonid era el primer interesado en que nuestra alianza fuera hacia delante. Con la muerte de Yaroslav, él heredaba el puesto que le había pertenecido a su hermano por ser el mayor. Él heredaba todo el poder y conocía lo suficiente de la mafia como para saber que Leonid estaba feliz por eso. Cualquier segundo hijo varón lo estaría.

Mi padre pareció pensárselo mejor y apretó los labios en una fina línea, guardándose su pensamiento para él mismo.

—Isabella y yo queremos un té verde —pidió mi madre, hablando antes de que mi padre volviera a cambiar de opinión.

—En realidad, yo también quiero un té helado con limón —corregí a mi madre con una sonrisa.

No, no quería un té helado con limón. No me gustaban los refrescos azucarados, pero detestaba que hablaran en mi nombre.

Amanda se retiró con un asentimiento.

—Vaya, además de ser una belleza, también tienes buen gusto —me aduló Leonid, guiñándome un ojo.

Batí las pestañas en un gesto coqueto y sonreí tímidamente ante su alago. Dos movimientos ensayados que no formaban parte de mi personalidad. Tan solo lo hice porque era cómo mi padre esperaba que me comportara. Y como a la mayor parte de los hombres de mi alrededor les gustaba que reaccionara a sus cumplidos. Por supuesto, hacía falta mucho más que un alago tan simple y un guiño de ojo para conseguir que me sonrojara.

Sin embargo, no encontré en Leonid la sonrisa complacida que esperaba.

—Deberíamos empezar a fijar una fecha de boda —comenzó mi padre, yendo directo al grano.

Amanda entró en la estancia con una bandeja en sus manos. Dejó nuestras bebidas sobre la mesa de cristal y se dio la vuelta, desapareciendo silenciosamente.

—Por supuesto —secundó Georgy—. Tal y como acordamos, cuanto antes, mejor. Noviembre podría ser una buena fecha. —A pesar de que tuvo la decencia de mirarme durante unos segundos, no me creí ni por un instante que estaba haciéndome partícipe de esa decisión.

—La boda será aquí, en Dublín —dijo mi padre, aunque era evidente que eso era algo que ya habían acordado entre Georgy y él en una conversación anterior.

—Las fechas son un poco precipitadas, pero, dadas las circunstancias, lo mejor es que el matrimonio se celebre lo antes posible.

Mi padre asintió, de acuerdo con Georgy

Como se esperaba de mí, permanecí en silencio. No se esperaba lo mismo de Leonid, por eso me extrañó que no hablase. Él sostenía su bebida con su mano derecha y jugaba distraídamente con la pajita, como si la conversación que se estaba manteniendo en esos momentos no fuese con él.

—Aunque es cierto que seis meses no es demasiado tiempo, sí el suficiente para poder hacer una boda espectacular —intervino mi madre—. Conozco a una *wedding planner* que puede hacer maravillas. Se llama Rachel Moreau. —Ladeó la cabeza hacia mí—. Isabella, ¿te acuerdas de su nombre? Ella fue la que organizó la boda de Giorgia el año pasado —me recordó, nombrando a una de mis excompañeras de colegio.

—No he tenido el placer de conocerla personalmente, pero tengo entendido que ella es fantástica. Hizo un buen trabajo en la boda de Giorgia. Aunque debe tener una lista de espera de dos años —respondí.

Mi madre esbozó una sonrisa brillante.

—Lo sé, pero tengo mis contactos.

Por supuesto que los tenía. Y por supuesto que yo había pronunciado aquellas palabras con una falsa tristeza para que mi madre pudiese lucirse.

—Dejemos que las mujeres se encarguen de estos asuntos —comentó mi padre, alzando su vaso de vodka a la vez que Georgy y chocándolo con él antes de darle un trago.

—Isabella —me llamó Leonid, inclinándose ligeramente hacia delante—, estoy deseando verte vestida de blanco.

—Oh. —Mi madre se llevó una mano al corazón—. ¿No es él encantador?

Sonreí.

—Lo es.

Realmente, Leonid se estaba comportando como un verdadero caballero; como el prometido ideal. Totalmente diferente a lo que Yaroslav había sido. Porque, aunque Yaroslav se había mostrado muy correcto en sus interacciones conmigo, siempre había procurado mantener un distanciamiento entre nosotros, una frialdad que Leonid no tenía.

Y, sin embargo, sentí que Yaroslav era mucho más real que Leonid.

La calidez que transmitían los ojos verdes de Leonid, sus bonitas palabras y esa sonrisa gentil que se curvaban en sus labios cuando me miraba, parecían gestos genuinos. Así sería para cualquier persona que no estuviera tan acostumbrada como yo a fingir, pero no para mí.

Para mí había algo en ellos que no se sentía real. Quizá eran los movimientos perfectamente ensayados, parte de su personalidad, que salían de manera natural, aunque no lo fuera. O quizá tan solo era una sensación absurda. Porque no podía justificarlo con una razón coherente.

—Aprovechando que estamos todos reunidos, hay una cosa de la que me gustaría hablar —comenzó mi padre. Sus palabras casuales, su tono desenfadado y su postura relajada hizo que me pusiera alerta. Porque conocía lo suficiente a mi progenitor como para darme cuenta de que lo que estaba a punto de decir era importante. Y, por la forma en la que Georgy se tensó levemente, él también se dio cuenta—. Creo que sería una buena idea realizar una fiesta de compromiso para presentar en sociedad a la bonita pareja.

Georgy se inclinó hacia delante para dejar el vaso que sostenía en su mano derecha sobre la mesa de cristal y tuve la sensación de que tan solo hacía ese movimiento para ganar tiempo, como si no supiera qué contestar. O, tal vez, sí que lo sabía, pero la respuesta no sería del agrado de mi padre y estaba buscando la manera de salir de allí sin tener un conflicto.

Me decantaba por la segunda opción.

—Me encantaría que Leonid e Isabella tuvieran una fiesta de compromiso. Ya lo sabes, Edoardo. —Georgy se dirigió a mi padre mientras se acomodaba en el sofá—. Pero las circunstancias son bastante atípicas, y teniendo en cuenta que tan solo quedan seis meses para la boda, es un poco complicado.

—Soy consciente, Georgy. Pero mi gente está deseando conocer al prometido de mi hija. Sería una fiesta pequeña, algo improvisado, a la que tan solo asistirían nuestro círculo más cercano.

—Eso sería genial, pero, como ya hemos hablado —con una sonrisa, Georgy enfatizó las últimas palabras—, la situación en nuestra organización es un poco compleja. Va a ser prácticamente imposible organizar a nuestros hombres para que acudan al evento.

—Lo entiendo, por eso no será necesario. Como te he dicho, será una pequeña reunión. Mi hija Isabella es muy querida en nuestros círculos y todos están deseando conocer a su prometido.

Mentalmente puse los ojos en blanco. En nuestros círculos a nadie le importaba yo. Fingían que sí, pero no era así. En realidad, ninguna de esas personas me importaban a mí. Lo que mi padre quería era demostrar que mi prometido me respetaba lo suficiente como para hacer público el compromiso ante los hombres de mi padre. Era una cuestión de honor para él.

—Isabella es una joven estupenda, pero te puedo asegurar que todos quedarán encantados con mi hijo cuando lo conozcan. No será necesaria una fiesta de compromiso.

Mi padre frunció el ceño, poco dispuesto a darse por vencido. Ellos estaban hablando como si ni Leonid ni yo estuviéramos allí. Siendo yo una mujer, era normal, pero no lo era en el caso de los hombres, a quienes no solía gustarles que hablasen por ellos ni aunque lo hiciese su padre. Sin embargo, Leonid estaba bebiendo su té helado aparentemente despreocupado.

—Estoy seguro de que lo estarán —insistió mi padre—. Por eso sería adecuado que la presentación se celebre el próximo sábado. Más que una fiesta de compromiso será una reunión

de amigos.

Georgy suspiró. Él se estaba dando cuenta de que iba a tener que ceder.

—Tengo que regresar a Rusia esta misma noche y no podré volver a Dublín hasta dentro de unas semanas. Tengo asuntos que atender en Rusia que, aunque me gustaría, son imposibles de evadir para mí. Espero que lo entiendas.

—Claro que lo entiendo, Georgy. Por eso había pensado que el nuevo Pakhan podría acudir en tu lugar.

Así que ahí estaba...

Mi compromiso con Leonid se había llevado a cabo entre nuestros padres. El jefe de su organización no tenía nada que ver en ello. Daba por hecho que estaba de acuerdo. Sin embargo, para mi padre era crucial que este respaldara el acuerdo públicamente, frente a sus hombres. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que asistiendo a la fiesta de compromiso?

—Es muy poco tiempo. No sé si Mikhail podrá...

—Él se encuentra en Dublín, ¿verdad? Leonid es su segundo, su hombre de confianza. No creo que haya problemas.

Leonid soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, Edoardo —respondió, interviniendo por primera vez—. Mikhail no tendrá ningún problema en acudir si yo se lo pido. De hecho, está deseando conocer a mi preciosa prometida y volver a reencontrarse contigo.

—Maravilloso entonces —dijo mi padre, complacido. Georgy abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero después, miró a Leonid y a mi padre y se lo debió pensar mejor—. ¡Vamos a brindar por la nueva familia! —exclamó con entusiasmo, satisfecho de haberse salido con la suya, mientras se levantaba. Con una sonrisa radiante, alzó su vaso.

Todos levantamos nuestros vasos para brindar. Ver a Leonid alzando su vaso de té helado casi me hizo soltar una carcajada, pero me contuve. Mi madre se había encargado de enseñarme a controlar mis emociones en público.

Curiosamente, tanto mi madre como yo también estábamos brindando con té, pero había algo desconcertante en la imagen de Leonid, un hombre de la mafia, sosteniendo una bebida sin alcohol. Era algo que, por más que intentara, no lograba encajar del todo.

—¿Queréis quedaros a comer? —ofreció mi madre, mirando la hora en su reloj de muñeca.

—Me encan...

—No podemos. —Georgy interrumpió bruscamente a su hijo. Compartió una mirada con Leonid que no comprendí—. Aunque sería un placer para nosotros —Georgy suavizó su tono de voz—, mi vuelo sale en unas pocas horas.

—Es una lástima —dijo mi madre.

—Lo es —coincidió Georgy mientras se levantaba del sofá—. Vamos a tener que irnos ya.

Leonid, quien también se había levantado, sujetó la mano de mi madre y le dio un beso en el dorso.

—Ha sido un placer conocerte, Ele. —Mi madre asintió, completamente derretida ante los encantos de mi prometido—. Isabella —Leonid soltó la mano de mi madre y se acercó a mí para despedirse con dos besos—, contaré las horas hasta el sábado —susurró mientras se separaba de mí.

Aunque sus palabras eran serias, tuve la sensación de que escondían un pequeño deje de burla. Pero pronto lo deseché, porque eso no tenía ningún sentido.

Leonid me estaba conquistando, tratando de ser el prometido perfecto para mí. Y debía decir que lo estaba haciendo realmente bien.

—Yo también —mentí con una sonrisa.

Mi padre acompañó a ambos hombres hasta la puerta de entrada y mi madre y yo nos quedamos en la sala.

—Es encantador —me dijo mi madre cuando se aseguró que estaban lo suficientemente lejos como para no escucharnos.

—Y aunque no lo fuera, tampoco es que importase, ¿verdad?

La expresión de mi madre se suavizó y un pequeño suspiro brotó de sus labios.

—No, no lo haría, pero es una suerte que lo sea. Es un buen hombre, Bella.

A pesar de que apenas conocía a Leonid, y mi madre tampoco lo hacía, podía afirmar con total seguridad de que no era un buen hombre. Porque ningún hombre de la mafia lo era. Si en algún momento de su existencia había tenido algún tipo de bondad, ya no le quedaría nada de ella.

Todo en él sería oscuridad, de la misma manera que también lo era en mí. No hacía falta mancharse las manos de sangre para que la mafia te arrancara y exterminara cualquier resto de luz que hubiera en tu interior. Eso era lo que conseguía el mundo en el que ambos vivíamos.

Y eso estaba bien para mí. Porque no era una joven crédula que buscaba casarse con un buen hombre; uno que la amase por encima de todo. Había asumido a una edad demasiado temprana que eso era algo a lo que las chicas como yo, las hijas de un Don, no podían aspirar.

Un hombre peligroso, con el alma negra, era lo que obtendría.

Pero no fue Leonid a quien me imaginé, sino mis pensamientos regresaron de nuevo hacia esos profundos ojos grises.

Maldita sea, ¿por qué no podía dejar de pensar en él?

—Supongo que tendré que ir de compras —dije, tratando de apartar de mi mente recuerdos que ya debería haber olvidado—. Necesito un vestido para el sábado.

En realidad, no lo necesitaba; tenía cientos de vestidos. Pero una ocasión como aquella requería que estrenase vestido uno de diseño. Me gustaba ir de compras y me gustaba la ropa de marca, así que eso era lo único bueno de todo aquel asunto.

Mi madre asintió. Ella no permitiría que me pusiese un vestido que había usado en otra ocasión, aunque hubiera sido solo para probármelo en casa.

—Deberías ir hoy mismo. Pero no puedo acompañarte porque tengo que acudir a un evento.

Ella no me dio más datos y yo no se los pedí. Me conformaba con que no me obligase a ir con ella.

—No pasa nada. Soy capaz de comprar un vestido sola.

Las palabras salieron con más decepción de la que deseaba. Mi madre, aunque no tanto como mi padre, solía estar demasiado ocupada como para pasar tiempo conmigo, que no fuese para instruirme o asegurarse de que me comportaba adecuadamente en cada ocasión. Y aunque era algo que tenía asumido, que ya no me molestaba, en una parte muy escondida de mí, aún lo hacía.

¿Era tanto pedir una tarde, madre e hija de compras? Una que, para cualquier otra chica de mi edad, sería habitual.

—En diez minutos, Amanda servirá la comida —me recordó mi madre—. ¿Por qué no vas a avisar a Ivo?

Asentí, con una sonrisa dibujándose en mis labios. La primera sonrisa genuina que esbozaba ese día. Porque mi hermano pequeño era una de las pocas cosas buenas que tenía. El único por el que cualquier sacrificio que tuviese que hacer merecía la pena.

Subí las escaleras que dirigían hacia la segunda planta de nuestra casa y caminé por el pasillo hasta llegar a la puerta que se encontraba al lado de mi habitación. Sin molestarme en tocar, giré el pomo y me adentré en el dormitorio.

Esbocé una sonrisa al ver a mi hermano sentado en el suelo de su habitación. Estaba tan concentrado buscando la pieza correcta del *puzzle* que estaba haciendo que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia.

Ivo expresó un sonido de felicidad cuando encontró la pieza que buscaba entre todas las piezas que estaban desperdigadas sobre la alfombra azul en la que se encontraba sentado y la encajó en el centro del *puzzle*.

—Este es nuevo —le dije mientras me sentaba a su lado.

Él ladeó la cabeza para mirarme de esa manera tan adorable que tenía. No se sorprendió al verme, ya que estaba acostumbrado a que apareciese por su cuarto. Lo hacía siempre que tenía ocasión. Mi hermano era mi lugar seguro, lo único real que tenía en mi vida.

—Mamá me lo compró la semana pasada cuando fuimos de compra al centro —me respondió Ivo con una sonrisa antes de volver a centrar su atención en el *puzzle*.

Esperaba que mi padre no lo descubriese. Lo último que me apetecía era que mis padres discutiesen. Ellos rara vez discutían; al menos, que yo lo supiese, ya que mamá solía acatar todas las órdenes de papá. Sin embargo, últimamente estaba empezando a romper esa norma con Ivo.

Ella nunca había roto ninguna por mí. Ese pensamiento me provocó una punzada de dolor, pero no me permití que perdurara. Me alegraba por mi hermano. Siempre me alegraría por cualquier cosa buena que le sucediese.

—Esta vez, has elegido un cuadro.

Aunque mi hermano apenas había comenzado a completar el *puzzle*, sí que podía ver el cuadro completo en la imagen de referencia que estaba extendida a unos metros de nosotros.

—*La noche estrellada* de Van Goth —me dijo él, aunque yo lo conocía—. Me gusta.

No me sorprendió que mi hermano, con tan solo siete años, conociera el nombre de aquel cuadro. A pesar de su edad, Ivo estaba comenzando a interesarse por el arte. Algo que a mí me parecía muy positivo, pero que a nuestro padre no le hacía ninguna gracia.

Ivo tan solo era un niño. Estaba en su más tierna infancia. Pero mi padre ya veía al futuro heredero de la familia. Lo había visto desde que Ivo era un recién nacido; incluso desde que les confirmaron que el bebé que mi madre esperaba iba a ser un niño. Porque, a pesar de que yo era la mayor, al ser el único varón, el puesto de Don lo heredaría mi hermano. En la mafia, las mujeres no heredábamos puestos de poder, tan solo éramos monedas de cambio con las que negociar.

Y a pesar de lo injusto que era eso, ni en mis peores pesadillas querría heredar toda la violencia, sufrimiento y responsabilidad que venía con aquel cargo. Como tampoco quería que lo hiciera mi hermano.

Él era demasiado dulce como para ser un hombre de la mafia. Y, menos aún, un Don.

Aunque sabía que no me quedaba otra alternativa más que resignarme. Porque, al igual que yo, Ivo no tenía otra opción. Las decisiones de nuestro futuro habían sido tomadas antes de que nosotros naciéramos.

—Mil piezas —observé, viendo la caja—. Eso va a ser todo un récord, ¿verdad?

—Sí —me contestó Ivo con orgullo.

Mi hermano era un aficionado a los *puzzles*. Mientras que la mayor parte de los niños preferían jugar al fútbol o a los videojuegos, a él le encantaban los rompecabezas. Y era muy bueno en ellos.

Ivo era extremadamente inteligente. Una cualidad que, lejos de alegrar a mi padre, lo preocupaba. Ladeé mi cabeza para mirar la PlayStation 5 intacta que le regaló por su séptimo cumpleaños o la pelota de fútbol con la que había insistido en que jugase con los hijos de sus amigos.

Ivo era muy bueno en los deportes, pero a él no le gustaba practicarlos, aunque mi padre le obligaba a hacerlo.

Su hijo, el próximo Don, no podía ser un *rarito*. Algo que nos había dejado muy claro a mi madre y a mí. Incluso nos había reprochado el estar fomentando este comportamiento.

A veces, mi padre era un completo gilipollas.

—Tenemos que bajar a comer —le informé a mi hermano mientras cogía una pieza y la encajaba con otra. Ivo hizo un mohín que me pareció adorable—. Pero luego seguimos, ¿vale? —me ofrecí—. Ya he terminado todos los trabajos de la universidad y hoy no tengo nada que hacer. —Tenía un vestido que comprar, pero podría hacerlo en otro momento. Hasta el sábado todavía tenía tiempo—. Puedo pasar toda la tarde ayudándote.

Ivo esbozó una gran sonrisa y se acercó a mí para darme un abrazo, emocionado.

Me importaba una auténtica mierda lo que mi padre dijera. Puede que en un futuro no pudiera evitar que mi hermano se convirtiera en el sanguinario hombre de la mafia que estaba destinado a ser, pero mientras fuera un niño, me aseguraría de protegerlo, de que disfrutara de la infancia que todo niño se merecía tener. Porque Ivo era tierno, cariñoso y genuino. Era luz y no iba a dejar que se apagase antes de tiempo. Lo protegería todo lo que estuviese en mi mano.

—Venga, vamos, que ya sabes cómo se pone papá cuando no bajamos a tiempo.

Separé con suavidad a mi hermano de mí.

Él asintió y fue hasta el pequeño zapatero de madera que estaba colocado a un lado de su habitación para escoger sus zapatillas de color negro y ponérselas. Esperé pacientemente a que se atara los cordones y cuando terminó, agarré el pomo de la puerta y lo giré, pero antes de que pudiera abrir la puerta, sentí su pequeña mano agarrando mi muñeca, deteniéndome.

—Bella.

—¿Sí, *piccolino*?

Mi hermano me miraba fijamente. Tenía el ceño fruncido y sus labios apretados en una fina línea, con una expresión seria.

—Hoy has conocido a tu nuevo prometido, ¿no?

Me sorprendió que mi hermano me preguntara por Leonid. Aunque Ivo sabía que yo había estado comprometida con Yaroslav, tendía a ocultarle ese tipo de temas. Ni siquiera le había contado que me había vuelto a comprometer, y mucho menos, lo que había sucedido con Yaroslav. Él era demasiado pequeño y prefería mantenerlo al margen.

Pero mi hermano era muy inteligente; probablemente, él había escuchado a mis padres hablar.

—Sí —respondí, porque tampoco podía negarle lo evidente.

—¿Lo quieres?

Mordí mi labio inferior, sin saber qué responder.

No sabía de dónde había sacado mi hermano esa idea. Tal vez de las películas de dibujos que mi padre decía que ya era mayor para seguir viendo y yo veía con él siempre que tenía ocasión.

—Te quiero tanto a ti que no hay amor para nadie más —dije con una sonrisa tierna que solo reservaba para él, evadiendo su pregunta. Porque, ¿cómo le iba a decir que no podía querer a un hombre que no conocía?

Ivo arrugó su ceño.

—¿Vas a ser feliz, Bella?

¿Iba a serlo?

Eso era algo que para lo que ni siquiera tenía una respuesta. Suponía que lo sería, tal y como lo era en ese momento. No sabía si esa era la felicidad plena, pero sí todo lo feliz que una mujer de la mafia podía ser. Todo lo feliz que una joven que se veía obligada a contraer un matrimonio por conveniencia podía ser.

—Muy feliz —contesté. Porque era mi hermano pequeño, mi tesoro, con el que estaba hablando, y no podía contestarle otra cosa.

Ivo se quedó en silencio durante unos instantes, como si estuviera pensando en mis palabras.

—Si él te hace daño, cuéntamelo. Yo me encargaré de él —dijo con convicción, cerrando sus pequeñas manos en puños. Y antes de que pudiera reaccionar, se giró y empujó la puerta para salir hacia el pasillo.

Me quedé petrificada, observando cómo mi hermano se acercaba hacia la escalera. Jamás hubiera esperado que él me dijera algo así; ni siquiera que lo pensase. Era demasiado pequeño, tan solo era un niño para que estuviera pronunciando amenazas como esa. Entonces, en ese momento, me di cuenta de que, tal vez, no lo estaba protegiendo tanto como creía. Que, tal vez, él se estaba convirtiendo en un hombre de la mafia antes de lo que debería.

Y ese pensamiento rompió una parte de mí.

Capítulo 5

Mikhail

Mi despacho estaba completamente insonorizado, lo que aseguraba que los trabajadores encargados en ultimar los detalles para que la discoteca estuviera lista a tiempo para la inauguración no pudieran escuchar nada de lo que ocurría allí dentro. Aun así, tuve que contenerme para no lanzar contra la pared el portátil y todo lo que había sobre el escritorio frente al que me encontraba sentado.

Tenía expectativas mucho más altas para el encuentro que estaba teniendo en ese momento. Había pensado que, por fin, obtendría algo concreto; algo que despejara todas las dudas que llevaban meses carcomiéndome por dentro.

Pero no estaba siendo así. Hice acopio de todo mi autocontrol para mantener la calma y poder llevar una conversación civilizada. No era algo que se me diera especialmente bien, ya que cuando quería algo, dialogar para lograrlo estaba en lo más debajo de mi lista. Se me daba mucho mejor usar mi cuchillo.

Era más rápido y más efectivo.

—¿Esto es todo lo que tienes? —pregunté mientras señalaba las fotografías que tenía frente a la mesa de mi despacho.

Cedric Abernathy me observó durante unos instantes antes de contestar. A pesar de que su expresión era habitualmente estoica, por un leve tic en su ojo derecho pude darme cuenta de que no era el tipo de respuesta que esperaba de mi parte.

—En estas fotografías se puede ver a Yaroslav entrando en el Sunset Oasis —dijo, señalando una de las imágenes. Era una ampliada y la única en la que se lograba distinguir claramente el rostro de mi amigo. Yaroslav nunca había sido hábil ocultando sus emociones, algo que, en ese momento, me beneficiaba, pues podía leer su expresión inquieta. Sin embargo, teniendo en cuenta que no tenía la menor idea de lo que había ocurrido en los últimos días de su vida, tal vez era mejor guardando sus sentimientos de lo que yo había imaginado.

Apoyé mis manos sobre la mesa de mi despacho y me incliné hacia atrás en la silla desgastada de cuero.

—Eso ya lo sabía.

—Pero no tenías las imágenes que confirmaban tus sospechas —insistió Cedric, como si fuese a convencerme con esos argumentos baratos—. He conseguido sacarlas de las cámaras de seguridad del casino. Pertenecen a una de las entradas traseras del Sunset Oasis. Son de la noche del treinta y uno de marzo. —Cinco días antes de la muerte de Yaroslav—. Un contacto que trabaja allí me las ha proporcionado. No ha sido fácil conseguir esas instantáneas.

—¿Y pretendes que te dé una medalla por hacer tu trabajo, Cedric? —me burlé, comenzando a perder la paciencia. Lidiar con inútiles nunca había sido mi fuerte—. ¿Acaso no te pago lo suficiente?

Esbocé una sonrisa peligrosa, una que invitaba a desafiarme. La ira comenzaba a apoderarse de mí, una sensación que crecía con fuerza. Quería dejarla salir, pero sabía que no debía. La violencia podía ser útil en muchas situaciones, pero no en esa.

Cedric tragó saliva y se desajustó el nudo de su corbata gris con finas rayas blancas. Él era consciente de que estaba a punto de traspasar una línea a la que no debería acercarse. No si

quería seguir con vida.

Con su traje gris hecho a medida, su cabello negro teñido perfectamente peinado hacia atrás, y sus zapatos marrones de marca, Cedric Abernathy no era el tipo de personas con las que acostumbraba a trabajar. Constantemente acompañado de su maletín de cuero, más que un detective parecía un hombre de negocios o un abogado de lujo.

Del tipo de personas que se dirigían a mí de usted. Casi lo reventé a patadas la primera vez que se dirigió a mí por mi apellido, lo único que alguna vez había compartido con mi padre. No me lo había cambiado porque también era el apellido de mi abuelo. Un apellido al que, a diferencia de mi progenitor, él había hecho honor. Y yo iba a recuperar la grandeza del apellido Andreyev, pero no por eso deseaba que lo usasen para dirigirse a mí.

Uno de mis hombres de confianza en Rusia me había recomendado a Cedric, por eso me había puesto en contacto con él. Confiaba en su criterio; siempre había sido acertado. Aunque ahora no estaba tan seguro de ello.

—No es lo que quería decir, Mikhail —se corrigió, tratando de que su voz sonase firme. Al menos, tenía que reconocer que no se estaba meando en sus pantalones—. Lo que estaba intentando explicarte era que puedo conseguirte la cinta de seguridad completa...

—No es suficiente, Cedric —le corté—. Quiero saber qué cojones estaba haciendo Yaroslav allí esa noche. Con quién se reunió y cuál era la puta razón por la que estaba allí. Quiero todos los movimientos que realizó durante los cuarenta minutos que estuvo dentro; hasta cada bebida que tomó. Eso es lo que quiero, Cedric.

No hizo falta más que darle una mirada a Cedric para saber que no me lo conseguiría.

—Me temo que eso no es tan fácil...

—Pídele a tu contacto que te consiga esa información. Tira de los hilos, Cedric.

—El Sunsent Oasis es de difícil acceso... Los dueños... —Cedric se calló, dejando la frase a medias, pero yo supe a lo que se refería. El Sunset Oasis era uno de la decena de casinos que la familia O'Donnell poseía—. No puedo arriesgarme —terminó—. Espero que lo entiendas.

Me incorporé en la silla, apoyando mis manos sobre la mesa, encima de la carpeta cerrada, e impulsándome hacia delante. Mis movimientos fueron deliberadamente lentos, disfrutando del terror disfrazado en el rostro de Cedric.

—No, no entiendo una puta mierda. No entiendo por qué razón no puedes arriesgarte a que te pillen, pero sí puedes arriesgarte a no hacer lo que te ordeno.

Él se puso aún más lívido. Mis palabras no dejaban lugar a dudas. Quería dejarle claro que no era a los O'Donnell a quienes debía temer.

Los nudillos de una mano resonando en la puerta interrumpieron nuestra conversación. Los ojos castaños de Cedric brillaron con alivio, como si fuera su salvación, pero era lo suficientemente inteligente como para no moverse. No hasta que yo no se lo permitiera.

—Mikhail —entrecerré los ojos cuando reconocí la voz que pronunciaba mi nombre. Ese inconfundible e irritante acento americano. Si no supiera que había pasado hasta su adolescencia en Moscú, ni siquiera diría que era ruso—, ¿puedo pasar?

No respondí. Mi mirada centrada en Cedric.

—No quiero más pérdidas de tiempo —mascullé, con los labios apretados—. No vuelvas a contactarme hasta que no tengas información que merezca la pena. Olvídate de cobrar lo que queda de tus honorarios hasta que no me traigas lo que te pido. Y más te vale darte prisa si no quieres pagarme tu incompetencia con tu vida. —Cedric bien debía saber que no estaba bromeando. No eran amenazas vacías—. Ahora, lárgate. —Hice un gesto con mi mano.

Vi en sus ojos que había comprendido mis palabras a la perfección, que había visto con

claridad el monstruo que habitaba dentro mí. Uno que no me molestaba en ocultar. ¿Por qué hacerlo si eso me beneficiaba? ¿Por qué hacerlo si estaba orgulloso de él?

—Por supuesto, Mikhail —respondió, asintiendo con rapidez más de tres veces.

Cedric se levantó de la silla en la que estaba sentado tratando de ocultar el ligero temblor de su cuerpo. No tenía la menor duda de que después de mis amenazas haría todo lo que estuviese en su mano para conseguir la información, pero dudaba que lo lograra. Si los O'Donnell estaban involucrados de alguna manera con lo que le había sucedido a Yaroslav, mantendrían esa información bajo llave.

Los O'Donnell eran una de las familias irlandesas que gobernaba Dublín. Por mucho que me jodiera, eran poderosos.

Habíamos llegado a punto muerto. No podía...

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó la voz al otro lado, interrumpiendo mis pensamientos—. Si estás ocupado puedo...

—Pasa —dije con voz queda, cerrando mis manos en puños, porque me sacaba de mi puto quicio.

La puerta se abrió y Leonid casi se tropezó con Cedric, que se estaba dirigiendo hacia la puerta como si fuera su salvación. Aunque trataba de disimularlo con sus pasos confiados, podía ver su desesperación, y por la mirada curiosa que le dio Leonid, él también pudo verlo.

—Insisto —Leonid entró en mi despacho y se hizo a un lado para que Cedric pudiera irse—, si te pilló en mal momento, puedo volver otro día.

—No me toques los huevos, Leonid —le advertí. Si quería que las cosas funcionasen entre nosotros, más le valía no hacerlo. Pero tenía la sensación que no era eso lo que el hijo de Georgy buscaba—. Tenemos mierda que arreglar. —Me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta.

Salí y escuché cómo Leonid cerraba la puerta tras él, siguiéndome. No me importaba si se quedaba abierta, ya que no guardaba nada importante allí. Y además, tenía cámaras instaladas tanto en mi despacho, como en cualquier zona de la discoteca.

Bajé al primer piso, saludando con un ademán de barbilla a los trabajadores que se encontraban allí. Uno de ellos fue a decirme algo, pero cuando vio mi expresión cambió de opinión y bajó la mirada, fingiendo que rebuscaba algo en el bolsillo de su mono de trabajo. Chico listo, se había dado cuenta de que no estaba de humor. Tampoco lo estaba para aguantar al inútil de mi segundo. Afortunadamente, Leonid fue lo suficientemente inteligente como para seguirme en silencio hasta mi coche y montarse en el asiento del copiloto sin pronunciar ni una sola palabra.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó Leonid mientras se bajaba de mi vehículo.

Él miró a su alrededor y arrugó el ceño, como si no le gustara lo que veía, como si fuera un turista al que el autobús le había dejado en el lugar equivocado. Y para mi maldita desgracia, eso era lo que Leonid parecía. Al menos, había tenido la decencia de ponerse una chaqueta bomber de color verde militar por encima de esas camisas de palmeras que le gustaba llevar, pero seguía llevando unas Havaianas.

Y ese era mi segundo. Estaba bien jodido.

Estaba acostumbrado a que mi Lamborghini negro captara miradas allá adónde iba, pero mi vehículo llamaba mucho más la atención en un barrio como el que estábamos. Aunque en la calle había tres farolas, tan solo funcionaba una de ellas y la luz era tintineante. Había unas pocas casas, una al lado de otra, sus estructuras apenas se tenían en pie y alguna de ellas tenían sus ventanas rotas.

—Ya te lo he dicho —dije mientras me guardaba las llaves de mi coche en el bolsillo trasero de mis vaqueros negros—. Arreglar la mierda. —Unos chicos que estaban montados en sus bicicletas a unos pasos nuestros miraban embelesados mi coche. No podía ver sus caras escondidas detrás de las capuchas, pero intuía que ni siquiera serían mayores de edad; tal vez, catorce. Pero serían lo suficientemente espabilados para no ser tan gilipollas como para intentar robarme. Quien se criaba en un barrio como ese sabía que si aparecía una persona con un Lamborghini no debía meterse con él. Y más si el que salía del coche era alguien como yo. Podían no saber quién era, pero si seguían vivos en las circunstancias en las que vivían, eran lo suficientemente listo para saber que era alguien con quien era mejor no meterse.

Caminé junto con Leonid a lo largo de la calle. Leonid hizo una mueca de asco cuando sus Havaianas casi pisaron un líquido amarillento que provenía de una de las basuras abiertas que había tiradas en la calle.

—¿Es que aquí no pasan los basureros? —se quejó en voz alta.

Me pasé una mano por la cara con desesperación.

Puto niño rico.

Me preguntaba si sabía utilizar siquiera un arma. Georgy me había asegurado que así era, pero tenía serias dudas al respecto.

—Eres consciente de que estas son nuestras calles, ¿verdad?

Aquellas calles era de lo poco que había logrado recuperar. Nos pertenecían solo a nosotros. No eran gran cosa, pero sí suficiente para comenzar.

Leonid se encogió de hombros, como si no entendiera cuál era la relación entre mi pregunta y su queja. Lo peor de todo era que ni siquiera estaba fingiendo.

Giré hacia la derecha hasta llegar a un callejón sin salida. Aunque estaba oscuro, pude reconocer la figura alta que se apoyaba descuidadamente sobre una de las paredes cubiertas de grafitis. Por supuesto que estaría allí. Conocía sus horarios. Ahora, era su maldito jefe.

Un aroma inconfundible invadió mis fosas nasales y observé con desaprobación cómo le daba una calada a un porro. No me gustaba que mis hombres consumiesen ningún tipo de droga, pero no me podía poner exquisito. No en el momento en el que me encontraba.

—Pakhan. —Roman soltó el porro que tenía en sus manos, que cayó sobre el suelo sucio del callejón. Se incorporó, apartándose de la pared y apagando el porro con el suelo de su deportiva—. No esperaba verte hoy aquí.

Roman no era mucho más mayor que yo, pero llevaba lo suficiente en el negocio como para saber que mi presencia inesperada no podía significar buenas noticias.

Hijo de inmigrantes rusos, Roman había llegado a Dublín cuando tan solo tenía un año. Su vida, al igual que la mayor parte de nuestros hombres, no había sido demasiado buena. A los doce había comenzado a hacer trabajos para la Bratva. Pequeños recados que habían ido evolucionando hasta la venta de drogas. Era tan leal y bueno en su trabajo que había terminado encargándose de recolectar el dinero que recaudaban nuestros camellos. Un trabajo que no le encomendábamos a cualquiera. Y los pocos que lo conseguían eran conscientes del privilegio que se les otorgaba y del riesgo que corrían si lo hacían mal.

—Falta dinero, Roman —le dije, yendo al grano.

En las dos últimas semanas había desaparecido dinero de la venta de drogas. Estábamos recaudando menos del que deberíamos. Menos de lo que se vendía.

No era demasiado. Pequeñas cantidades que se habían ido repitiendo en los últimos días. Para mí era algo casi irrisorio, pero no podía dejar que alguien me robara. Y menos en el momento en que estábamos. No era por el dinero, sino porque no podía mostrar debilidad. No

podía permitir que pensarán que era descuidado. Todos mis hombres tenían que entender que impartiría castigos ejemplares por la más mínima infracción. De otra manera, a alguno podía ocurrírsele la brillante idea de que era fácil de derrocar y podría encontrarme con una insurrección. Obviamente, la atajaría de raíz si eso pasase, como si tenía que matar hasta al último de mis hombres, pero era preferible que eso no llegase a suceder.

—Lo sé, Pakhan —reconoció, tragando saliva.

—¿Y por qué no me has informado? Ese es tu trabajo, Roman.

—Estaba intentando resolver el asunto por mi cuenta. Pensaba que estarías lo suficientemente ocupado como para perder el tiempo en estas chorradas.

Roman no me estaba diciendo toda la verdad. Él pensaba que no me daría cuenta y podría solucionarlo sin que yo me involucrase. Porque los peces gordos no se juntaban con la *escoria* como él. Puede que esa hubiera sido la política del cabronazo de mi padre, pero no la mía.

Yo era muy diferente a Zinov. Y eso era algo que pensaba demostrarle desde ese momento.

—¿Chorradas? —repetí en un tono peligroso, dando un paso hacia él—. ¿Crees que me roben es una chorrada, Roman?

—No, por supuesto que no —aclaró de manera atropellada—. Pero no es demasiado dinero...

—¿Me estás robando, Román? ¿Esa es la razón por la que no me lo habías contado?

Roman abrió los ojos.

—¿Qué?! —Casi sonó ofendido por mi pregunta. Podía ser una actuación o de verdad. En realidad, dudaba que Roman fuese tan gilipollas como para arriesgarse por esas cantidades tan absurdas. Aunque quizá formaba parte de algo más grande. No podía fiarme de nadie, y menos cuando mi credibilidad como Pakhan pendía de un hilo gracias a mi padre—. Por supuesto que no. Jamás haría algo así. Soy fiel a ti, Pakhan. Soy un hombre de honor, siempre lo he sido.

Atisbé por el rabillo del ojo cómo Leonid observaba nuestra interacción en silencio. Él se encontraba a mi lado, pero un paso por detrás de mí. Por un instante, me recordó a Yaroslav, a cómo solíamos hacer las cosas. Sin embargo, Leonid no se parecía en nada a su hermano.

—La fidelidad es algo que valoro. La palabra para mí lo es todo. Un hombre sin palabra no me sirve para nada, e imagino que sabes lo que hago con los hombres que no me sirven.

Roman tragó saliva.

—Soy fiel a ti, Pakhan. Jamás te traicionaría —dijo, intentando controlar el temblor de su voz. Él no quería que yo me diese cuenta de que me temía.

En realidad, no necesita disimular, porque no me molestaba que mis hombres me temiesen, siempre y cuando fuese a la única persona que temían. Un hombre cobarde no tenía cabida en mi organización.

Buscaba hombres que prefiriesen la muerte antes de traicionarme. Quería que fuese por lealtad, pero, en esos momentos, me conformaba si lo que les movía a serme fieles era el miedo. Esperaba que la lealtad llegase con el tiempo.

—Eso espero, Roman —afirmé—. Porque no perdono la traición. Y tampoco doy segundas oportunidades.

Roman asintió.

Sabía que la traición se pagaba por la muerte. Y si lo había dudado antes, esperaba que, en ese momento, tuviese claro que no me iba a temblar el pulso en matarlo. Ni a él, ni a ninguno de mis hombres que intentase jugármela.

—Voy a averiguar quién es la persona que te está robando.

—Confío en que lo harás.

Roman sonrió.

—Por supuesto —me confirmó con convicción

Terminé la conversación con un asentimiento de barbilla y me di la vuelta. Le hice un gesto a Leonid para que me siguiera, pero no había dado ni un paso cuando me detuve. Había algo más que tenía que dejarle claro. Algo que casi se me olvida, pero que, para su mala suerte, recordé a tiempo. Deslicé mi mano derecha hacia el bolsillo interior de mi chaqueta, donde llevaba oculto mi cuchillo de caza.

—Por cierto, Roman —dije distraídamente mientras sostenía la empuñadura del cuchillo con fuerza.

Roman me miró.

—¿Sí, Pakhan?

—Que sea la última vez que me ocultas información —Me giré hacia él nuevamente, y con un movimiento rápido y que tantas otras veces había hecho, le clavé el cuchillo en su muslo derecho. Ni siquiera me inmuté cuando sus patéticos jadeos llenaron el silencio del callejón—. No permito que mis hombres no sean sinceros conmigo sobre lo que sucede en mis calles. —Aquella no era solo una advertencia para él, lo era para todos. Sabía que el rumor se esparciría rápidamente. Todos mis hombres debían entender que los errores no tenían cabida bajo mi mando; al menos, no sin consecuencias.

Los ojos de Roman se abrieron en su máxima extensión y un chillido ahogado similar al de un animal herido rasgó el aire a su alrededor.

Menudo niño... ¿Qué clase de hombres trabajaban para mi padre?

Joder, no sabía ni de qué me sorprendía.

Giré la empuñadura, retorciendo el cuchillo lentamente durante unos instantes, antes de extraerlo de su piel justo antes de que Roman cayera con un ruido sordo de rodillas al suelo.

—Ya no trabajas para mi padre, Roman —le recordé, por si se le había olvidado—. Los errores se pagan. Esta vez, has tenido suerte. Créeme que no habrá una segunda vez. Si no me traes en bandeja de plata al traidor será tu cabeza la que cortaré.

No era una amenaza vacía.

Me agaché y Roman, se removió en el suelo patéticamente, como si quisiese escapar de mí, como si pudiese hacerlo si realmente quisiese acabar con él. Metí mi mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero y saqué su teléfono. Lo dejé en el suelo y lo chuté con fuerza. El móvil se deslizó rápidamente gracias a la suciedad y la sangre que comenzaba a deslizarse a borbotones por el pavimento de piedra.

—Llama a la ambulancia.

Un jadeo que no provenía de Roman resonó en las paredes del callejón. Dos ojos marrones que creían haber pasado desapercibidos me observaban con cautela desde la oscuridad. Aunque tenía que ser ingenuo para no saber que yo lo veía todo.

—Date prisa si no quieres que se desangre en el suelo.

La figura que se escondía en la oscuridad, al lado de unas cajas de cartón, dio un paso hacia delante. El chico se quedó quieto durante un instante, como si estuviera esperando un movimiento por mi parte. Cuando vio que no le iba a hacer nada, caminó hasta el móvil y se agachó para alcanzarlo.

Escuché cómo Roman, entre sollozos, le daba su contraseña. Las manos temblorosas del chico trataban de teclear en la pantalla.

Perdiendo el interés, limpié el cuchillo en mi camiseta negra y lo guardé en su funda para meterlo de nuevo en el bolsillo. Me di la vuelta y le hice un gesto a Leonid para que me siguiera

hacia mi coche.

Leonid no pronunció ni una sola palabra. Se mantuvo en silencio hasta que llegamos a mi vehículo.

—Tan solo era un crío. —Cuandoladeé mi cabeza hacia él y arqueé una ceja, añadió: —El chico que estaba con Roman. ¿Qué tendría, doce?

Cómo mucho. Quizá hasta menos.

—¿Y? —pregunté, sin entender sus palabras mientras encendía el motor del coche.

Leonid fue a decir algo, pero luego pareció pensárselo mejor e hizo un gesto con sus manos a la vez que negaba con la cabeza.

—Nada.

Pero su mirada no parecía que fuese nada. Me miraba casi con reproche. ¿Qué cojones?

—Ese chaval es uno de nuestros camellos. ¿Cuánto te crees que tienen la mayor parte de nuestros camellos más jóvenes? Él enviará el mensaje a todos los demás —dije mientras me adentraba en la carretera.

Leonid no respondió. El silencio se apoderó del automóvil el resto del trayecto y la verdad era que lo prefería así. Quizá Leonid no estaba de acuerdo con mis métodos, pero él tenía que aprender a aceptarlos sin cuestionarlos.

Aparqué el coche frente a la discoteca, pero cuando iba a salir él, Leonid me detuvo con sus palabras.

—¿Tú también crees que Yaroslav no se suicidó?

La pregunta me hizo congelarme. Porque aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación. Y no tuve ninguna duda de ello cuando me giré hacia él y vi la expresión decidida en su rostro.

¿Pero cómo? No había manera de que lo supiera, a menos que...

—¿Me has estado espiando? —¿Había escuchado la conversación a escondidas con Cedric?

Leonid no se molestó en negarlo.

—A veces, el fin justifica los medios —murmuró, y tuve la sensación de que aquello iba más para él que para mí—. Yaroslav nunca se suicidaría. No así. Él no era un cobarde. No terminaría con su vida.

Era la primera vez que hablaba con alguien sobre la muerte de Yaroslav.

Había intentado hablar con Georgy sobre ello, pero él me había cortado antes de poder comenzar a sugerir la idea. Para él, su hijo se había suicidado. No había ninguna duda al respecto.

Ni siquiera había intentado ocultarlo a los miembros de la organización. Cuando la muerte de uno de nuestros hombres no era demasiado honrosa; en especial, cuando se trataban de altos cargos, solía encubrirse la razón de su fallecimiento. El suicidio haría ver a Yaroslav como alguien débil, y eso era lo que menos necesitábamos después de lo que pasó con mi padre. Pero Georgy se negó a dar otro motivo de la muerte de Yaroslav que no fuera el real.

Y yo había respetado su decisión. Porque se lo debía por todo lo que había hecho por mí. Eso no quería decir que me conformase con esa explicación. Ni por un puto segundo lo hacía.

—No, no lo haría —expresé en voz alta.

Los ojos verdes de Leonid brillaron con alivio, como si acabara de encontrar un aliado para solucionar algo que lo estaba atormentando.

—¿Qué has averiguado?

—¿Acaso te importa? —pregunté con una mordacidad que no quería que se filtrase en mis palabras.

¿Por qué de repente se mostraba tan interesado en los motivos de la muerte de Yaroslav?

Leonid y Yaroslav no habían tenido una relación de hermanos cercana. Eso era algo habitual en nuestros círculos. La familia, especialmente entre los hombres, solía verse como constante competencia, lo que hacía que las relaciones se deteriorasen desde la infancia. Aunque ese no era el motivo del distanciamiento entre Leonid y Yaroslav.

Aún así, Yaroslav hubiera dado la vida por Leonid. Lo hubiera hecho por el simple hecho de que era su hermano; su sangre. Y Yaroslav era la persona más leal que había conocido en toda mi existencia.

¿Y Leonid?

Leonid ni siquiera había acudido a su funeral.

—Quiero hacer justicia —respondió Leonid tras un largo silencio. Él no había contestado a mi pregunta—. Sea lo que sea lo que estés buscando, estoy dentro —dijo con convicción—. ¿Qué has descubierto? —repitió.

Durante unos instantes dudé en contarle todo lo que sabía.

No lo había compartido con nadie y, aunque no me había quedado más remedio que aceptar que Leonid fuera mi segundo, no confiaba en él.

Pero necesitaba un aliado.

Hasta ahora, había creído que era el único que sospechaba que Yaroslav no se había suicidado. El forense que examinó su cuerpo era de confianza y la autopsia no dejó lugar a dudas. Georgy, que había sido quien encontró el cadáver de su hijo sin vida, me mostró una carta que Yaroslav escribió antes de su muerte. La había dejado sobre la mesa de su comedor. Dos frases vacías en las que decía que no podía seguir viviendo, que necesitaba la liberación que solo la muerte le podía dar. Sin ninguna explicación más. Y aunque no necesitaba que un grafólogo me confirmase que era su letra, no había dudado ni por un solo instante que Yaroslav no se suicidó.

Daba igual las pruebas que me mostrasen. Yaroslav moriría por la Bratva, sangraría por ella. La Bratva era su vida, su razón de ser. Pero aunque hubiese dejado de verlo así, aunque algo hubiese cambiado, Leonid tenía razón, Yaroslav no era un cobarde. No hubiese optado por el camino fácil.

—Aunque la autopsia indicó que se había quitado la vida, nunca estuve de acuerdo con eso. Ni tampoco con esa carta que dejó. —Joder, Yaroslav me hubiera dejado una carta a mí—. Alguien le obligó a escribirla. Intenté hablar con tu padre de ello, pero fue imposible. Ni siquiera me dejó terminar. —Leonid entornó los ojos, como si no le sorprendiera—. Entonces, me puse a averiguar por mi cuenta. Busqué en su apartamento, pero no encontré nada entre sus cosas. —Pude acceder a él con facilidad porque tenía una copia de la llave—. Pero hice varias preguntas con discreción a mi alrededor a ver si alguien podía darme un hilo del que tirar.

—Y lo encontraste —adivinó Leonid.

Asentí.

—El hermano de uno de los trabajadores del aeropuerto de Moscú hacía unos cuantos trabajos para nosotros. Conocía a Yaroslav de haberlo visto unas cuantas veces y lo reconoció. Yaroslav cogió un avión de Moscú a Dublín a las ocho de la noche del treinta y uno de marzo —cinco días antes de su muerte—, y cogió uno de regreso a las seis de la mañana del uno de abril. Por supuesto que lo hizo con una identidad falsa.

Leonid arrugó el ceño.

—Pero vosotros habíais viajado a Dublín antes. ¿No era algo normal?

—Lo hubiera sido si no me lo hubiera ocultado. Esa noche Yaroslav me dijo que iba a irse a

su apartamento a descansar. Tenía la noche libre y él no era de salir de fiesta o en ir en busca de mujeres como otros, así que me pareció lo normal.

—Yaroslav no era un mentiroso —dijo Leonid con convicción.

—No, no lo era. Por eso sé que tuvo que tener un buen motivo.

Yaroslav no solo había sido mi mano derecha, también había sido mi mejor amigo, como un hermano para mí. Siempre sabíamos dónde estaba el otro en todo momento. Nos confiábamos casi todo, no había necesidad de mentirnos. Yo respetaba sus decisiones y él las mías. No importaba que yo fuese su jefe, confiaba en su criterio y él lo sabía. Por eso no tenía sentido que hubiera hecho ese viaje a mis espaldas.

—¿Y qué motivo pudo ser ese? —inquirió Leonid.

No tenía la respuesta para esa pregunta. Una que yo mismo me había hecho mil veces.

—Lo único que he conseguido averiguar es que Yaroslav cogió un taxi en el aeropuerto que le dejó en el Sunsent Oasis. Estuvo allí durante cuarenta minutos y después regresó al aeropuerto. Las cámaras del aeropuerto lo registraron veinte minutos después de salir de Sunsent Oasis. Su vuelo salía dos horas más tarde, por lo que tenía tiempo para haberse quedado por Dublín un poco más, pero no lo hizo.

—¿Quién haría un viaje en avión de más de cinco horas por estar cuarenta minutos? Hoy en día existen las videollamadas. —Leonid se recostó en el asiento de mi coche, luciendo pensativo. Esa era la misma pregunta que me había hecho yo. Debía ser algo muy importante lo que Yaroslav tenía que resolver, algo que no podía hacer telemáticamente, algo que no podía confiarme—. ¿El Sunsent Oasis? —repitió, alzando una ceja.

—Es un casino. Pertenece a los O'Donell.

—Tus nuevos socios —murmuró Leonid. No me pasó desapercibido el hecho de que no hablara en plural, ya que ambos pertenecíamos a la Bratva. Estaba comenzando a tener la sensación de que Leonid no se identificaba con nuestra organización—. ¿Crees que ellos están detrás de su muerte? ¿Por eso te has asociado con ellos?

—En parte, sí. Ya sabes lo que dicen: mantén cerca a tus amigos, pero más a tus enemigos. Por otra parte, los O'Donell son unos buenos aliados. Es una familia de la mafia irlandesa muy bien afianzada. —Y el único que no me había dado la patada después de lo que hizo mi padre, pero eso me lo guardé para mí mismo, como también omití que Howard O'Donell y yo habíamos comenzado a negociar antes de que mi padre falleciera sin el que este lo supiera.

—¿Y ahora qué?

—Averiguaremos quién está detrás de la muerte de Yaroslav. Y después, lo mataremos. Pero no será una muerte rápida, va a sufrir cada segundo que esté en mis manos —prometí con los labios apretados, mis palabras saliendo estranguladas por la furia que sentía.

Encontraría al culpable o a los culpables del asesinato de mi mejor amigo. Aunque fuera lo último que hiciera en mi puta vida.

—Lo haremos —dijo Leonid, asintiendo.

Él estaba dentro.

Dando la conversación por terminada, salí de mi coche. Tenía más negocios de los que ocuparme esa noche.

—Oye, ¿este sábado tienes planes? —me preguntó mientras cerraba la puerta de mi Lamborghini—. Es que, como ya sabrás, me caso a finales de año y el padre de mi prometida quiere hacer una fiesta de compromiso este sábado. Le he prometido que vendrías.

¿Por qué cojones estaba contándomelo como si fuésemos dos amigos en vez de hablarlo como una cuestión de negocios?

—¿Una fiesta de compromiso? —repetí con incredulidad—. Pensé que no ibais a hacer una fiesta de compromiso. No necesitamos ese protagonismo ahora mismo. Creí que Georgy se lo había dejado claro a Edoardo.

Leonid se encogió de hombros.

—Eso creía mi padre también, pero parece que no se entendieron bien.

Lo que me faltaba era que el Don de la mafia italiana me tocara los huevos. Edoardo Carbone no me gustaba. Tan solo me había reunido con él una sola vez en persona y había sido suficiente para sacarme de quicio, pero no podía negarme. No podía hacerlo porque necesitábamos esa alianza con los italianos. Más en el momento en el que estábamos.

—No quiero nada multitudinario.

Después de cómo habían terminado las cosas con mi padre, prefería pasar desapercibido ante las demás organizaciones. Y a Leonid también le convenía hacerlo. Joder, quien nos viera a los dos durante más de un minuto se daría cuenta de que juntos éramos un puto desastre.

Podrían aprovechar esa debilidad para atacarme.

—Ha dicho que sería algo pequeño e improvisado. Tan solo con sus hombres más cercanos para que nos conozcan. —Leonid hizo una pausa—. Aunque son italianos, por lo que, seguramente, sean más de cien.

Leonid no se equivocaba. Los mafiosos italianos tenían la necesidad de celebrarlo todo e involucrar a su extensa familia en ello.

—Me quedaré lo justo —le advertí con un bufido.

Leonid volvió a encogerse de hombros.

—Yo tampoco tengo intención de quedarme mucho más.

No podía culparlo. Su prometida era una joven que había sido criada para aceptar el marido que su padre le impusiese, una joven que había tenido todo lo que el dinero podía comprar. Educada para no tener opinión propia; caprichosa, obediente en apariencia, y aburrida. Una *snob*, el tipo de mujer que no me interesaba en absoluto.

Joder, esa fiesta iba a ser un puto coñazo.

Capítulo 6

Isabella

Si mi madre tenía una habilidad, era la de organizar una fiesta en tiempo récord.

Normalmente, las fiestas de compromiso solían empezar a organizarse cinco meses antes, cuando no se necesitaba más tiempo. Y ella había logrado hacerlo en una sola semana. Y de una manera que no tenía nada que envidiar a otras fiestas de compromiso a las que había acudido.

Aunque, esa no era una fiesta de compromiso, sino una reunión de presentación.

Eso debería haberme molestado. Me encantaba ser el centro de atención y también las joyas brillantes y costosas, pero el que el evento fuese más privado y que Leonid no fuera a darme un anillo de compromiso había sido un alivio para mí.

Debería querer un anillo de compromiso; uno con muchos brillantes, de esos que costaban cuatro dígitos. Uno como el que esperaba que me regalase Yaroslav, pero, tras su muerte, me había dado cuenta del sin sentido que era.

Ese anillo sería una adquisición bonita y adecuada para mi joyero, pero para mí no representaría nada. Como tampoco lo haría el anillo de bodas. Ese sí lo recibiría y me vería obligada a llevarlo puesto; por lo menos, los primeros meses, hasta que pudiese poner alguna excusa cómo hacían muchas de las mujeres de la mafia.

No porque les importase llevarlo, sino porque se cansaban de él y sus maridos terminaban comprándoles otros más bonitos y caros. Porque esa era la manera en la que los hombres de la mafia pretendían contentar a sus mujeres e hijas: dándoles todas las cosas materiales que querían. Algo de lo que nunca me había quejado, pero que últimamente estaba comenzando a resultarme insuficiente.

Mis padres habían elegido celebrar la fiesta en casa en vez de alquilar una de las estancias en uno de los hoteles de lujo de la ciudad. Había sido idea de mi madre, ya que teniendo en cuenta que no iba a ser una fiesta compromiso al uso, era lo más adecuado, y además, a ella le encantaba alardear de lo grande y bien decorada que estaba nuestra casa. Y en eso tenía razón. Incluso había estancias que parecían sacadas de una revista de decoración y que apenas se usaban.

El salón era la estancia interior más amplia de la casa. Con sus techos altos y las paredes revestidas de un papel tapiz de colores azulados y plateados, perfecta para organizar cualquier evento. Los amplios ventanales daban la sensación de que era más grande lo que ya era; uno de ellos daba acceso a nuestro jardín trasero con la piscina, alrededor de la que unos pocos invitados, en su mayor parte, los que fumaban, estaban conversando. Y la inmensa lámpara de araña compuesta por innumerables cristales que colgaba del techo, presidiendo la estancia, me recordaba a los bailes de la aristocracia, esos que había visto en las películas de época.

—Bel, estás preciosa. —Alessandro se acercó a mí y me dio un beso de mejilla a modo de saludo.

Había escogido un vestido negro con un escote de palabra de honor en forma de corazón para la ocasión. La suave y fina tela caía hasta mis pies, terminando en una ligera cola que se deslizaba detrás de mí con cada paso que daba. Aunque el vestido era largo, tenía una pronunciada abertura en uno de los lados que mostraba mi pierna derecha, añadiéndole un toque de sensualidad. Algo que mi madre cuando se lo había enseñado me había dicho que dejaría a

Leonid sin aliento.

—Tú también estás muy guapo —dije, mirándolo de arriba abajo—. Cualquiera de este salón que llevaría ese esmoquin negro de tres piezas parecería uno de los camareros y a ti te sienta como un guante.

El tío Ale soltó una carcajada.

—Me lo voy a tomar como un alago.

No estaba mintiendo.

El tío Ale estaba a mediados de sus cuarenta. Era un hombre muy atractivo y uno de los solteros más codiciados de nuestra familia. Tenía el cabello castaño oscuro, que siempre llevaba cuidadosamente hacia atrás, y unos bonitos ojos color miel. Era alto y musculoso; como gran parte de los hombres de nuestra familia, pasaba horas ejercitando su cuerpo en el gimnasio, aunque también le gustaba practicar otros deporte. Entre ellos, hacía *footing*. Muchas veces, solíamos ir a correr juntos.

—Deberías probar los canapés de salmón —me dijo, señalando a uno de los camareros que se movía por el salón sosteniendo una bandeja.

—No tengo hambre.

A pesar de que tan solo había comido una ensalada preparada para el almuerzo, tenía el estómago cerrado.

—¿Nerviosa?

Negué con la cabeza.

—No.

Y no le estaba mintiendo. Me invadían muchos sentimientos, pero los nervios no eran uno de ellos.

El tío Ale no me hizo más preguntas. Me conocía lo suficiente como para saber que no lograría nada insistiendo.

—Pero imagino que sí estarás sedienta. —Se giró para coger dos copas de *champagne* que una camarera que pasaba a nuestro lado sostenía en una bandeja. Me entregó una de ellas y le di un trago más largo de lo habitual. Sentí el familiar y agradable cosquilleo de las burbujas deslizándose por mi lengua—. ¿Qué tal van los exámenes? —me preguntó—. Tienes que estar a punto de terminar tu segundo año.

—La semana que viene tengo los dos primeros, pero estoy segura de que me irá bien.

No estaba siendo creída, simplemente los estaba preparando a conciencia, tal y como hacía con todos los exámenes y trabajos de las asignaturas que estudiaba.

—Mi alumna brillante —dijo el tío Ale, con el orgullo brillando en sus ojos—. Tiene que ser difícil para ti conciliar el compromiso con los exámenes.

Era la primera persona que se preocupaba por mis estudios. Mis padres ni siquiera sabían cuándo tenía los exámenes ni les importaba. Como también les daba exactamente igual que fuese una estudiante brillante que sacaba matrículas de honor. Porque mis responsabilidades eran las de ser una buena esposa. Para mis padres, estudiar Ingeniería Electrónica era uno de mis caprichos. Uno que no les importaba darme mientras cumpliese con mi deber.

—No lo es. No es una carrera complicada.

Mentira.

Lo era. Me esforzaba hasta con el último aliento para poder compaginar mis compromisos sociales con mis estudios. Había noches en las que apenas dormía una hora.

Aunque a nadie parecía importarle. A nadie, a excepción del tío Ale.

—Tómatelo con calma, ¿vale? Tienes mucho en tu plato ahora mismo, Bel.

—Soy la hija de un Don. Nunca tengo demasiado en mi plato, tío —respondí y le di un último trago a mi bebida, terminándome la copa.

El tío Ale curvó sus labios en una mueca de preocupación, pero no dijo nada más. Porque sabía que tenía razón.

Él sabía mejor que nadie cómo funcionaban las cosas en la mafia. A pesar de que él no era el Don, era el segundo, la mano derecha de mi padre. Mi progenitor no hacía nada sin que el tío Ale estuviera al tanto. Alessandro ostentaba un puesto con mucho poder, pero también con muchas responsabilidades y sacrificios.

Giulio, uno de los hombres de mi padre, que se encontraba en el lado opuesto del salón junto a su mujer, alzó la copa que sostenía en su mano en dirección hacia Ale.

—Luego hablamos. —Ale pasó una mano por mi cabello de manera cariñosa. Y aunque entrecerré mis ojos, irritada ante ese gesto, porque me había tirado una hora ondulando y peinando mi cabello, se lo permití. Lo hice porque era el tío Ale y porque no había nada que pudiese negarle.

Observé cómo cruzaba el salón, esquivando a todos los invitados hasta llegar hasta donde Giulio se encontraba. Ambos salieron al jardín. Seguramente, en busca de privacidad.

En la mafia no se descansaba. Ni siquiera en una celebración como esta.

Aunque, en realidad, no había otra forma de ver mi no fiesta de compromiso que no fuera una reunión de negocios.

Chasquéé mis dedos a una camarera que se encontraba a unos pasos de mí. Ella se acercó y dejé mi copa vacía sobre la bandeja que sostenía para luego coger otra. Después, le hice un gesto con mi mano para que se alejara.

Miré a mi alrededor, localizando a mi madre en una de las esquinas del salón, junto a una pequeña mesa alta redonda. Estaba junto a unas cuantas mujeres, riéndose y compartiendo confidencias. Con aburrimiento dirigí otra mirada a la estancia, sonriendo cuando visualicé «a mis amigas».

Fui hacia ellas mientras por el camino iba saludando a algunos de los invitados, que me felicitaban con entusiasmo. Sabía lo que decir y cómo comportarme ante cada persona. Me movía por las fiestas como pez por el agua.

Supe que había elegido bien mi vestido cuando estuve frente a mis amigas y vi la mirada maliciosa de Livia recorrerme de arriba abajo.

—Por fin podemos ver a la novia feliz —me saludó Vittoria con una gran sonrisa—. Últimamente, no te vemos el pelo.

Vittoria era la hija de Giulio, uno de los capos de mi padre. Prácticamente, nos habíamos criado juntas, como casi todo mi círculo de amistades.

—Con todo lo de la boda, ha sido una semana llena de compromisos —respondí, pestañeando exageradamente.

En realidad, gran parte de ese tiempo lo había ocupado con las clases de la universidad y preparándome para mis exámenes finales, pero eso lo omití. Las empollonas no eran populares y yo era una princesa de la mafia. Interpretaba el papel que se me había asignado.

—La fiesta de compromiso está... —Livia hizo una pausa calculadamente prolongada, dirigiendo una mirada a su alrededor— bien —terminó, moviendo su larga cabellera rubia hacia atrás—. No es lo que nos esperábamos, pero está bien —repitió con una sonrisa fría, por si sus intenciones no habían sido lo suficientemente claras.

—Es que no es una fiesta de compromiso —la corregí, sin inmutarme siquiera, porque estaba acostumbrada a esos comentarios malintencionados. Así era nuestra forma de

relacionarnos. Tampoco podía quejarme, ya que yo también los hacía—. Tan solo es una presentación informal, algo cercano para nuestro círculo más íntimo. Esto —imité la mirada que Livia había dirigido a nuestro alrededor con burla—, era justo lo que buscábamos.

—Después de todo lo que ha pasado es normal —dijo Vittoria con una expresión de lástima.

—Es *taan* extraño —añadió Livia haciendo una mueca—. Hace menos de dos meses tu prometido era Yaroslav. Eráis la pareja perfecta. —Tuve que hacer un gran esfuerzo para no entornar los ojos. Livia no conocía a Yaroslav y rara vez habíamos hablado de él—. Y ahora, estás con su hermano. Tienes que estar... —Livia hizo una pausa, como si quisiera buscar la palabra que menos hiriera mis sentimientos, cuando era todo lo contrario— descolocada.

—Reconozco que lo de Yaroslav ha sido una auténtica pérdida —comencé, alzando la barbilla y emanando una seguridad que era habitual en mí. Mis palabras eran falsas, no le deseaba lo peor a Yaroslav, aunque tampoco lo conocía—, pero Leonid es maravilloso —apunté con una sonrisa de suficiencia—. Es perfecto. —Exhalé un falso suspiro de enamorada.

Vittoria fue a decir algo, pero se detuvo cuando algo detrás de mí llamó su atención. Le dio un suave codazo a Livia, que también parecía sorprendida. Fui a girarme cuando una mano agarró mi muñeca.

—Isabella. —Leonid se encontraba a mi lado y alzó nuestras manos, girando mi muñeca para que diera una vuelta sobre mí misma—. Pensé que no podías superar tu belleza la primera vez que te conocí, pero es evidente que me equivoqué. Estás preciosa.

—Leonid —lo saludé esbozando una sonrisa—, he estado esperando toda la noche para verte —dije aquello que esperaba que él quería escuchar. Mis adulaciones eran falsas, ni siquiera había pensado en él hasta ese momento, pero así era cómo debía comportarme. Me giré un poco para mirar a mis dos amigas, que se encontraban observando nuestra interacción. Una razón más para comportarme como la prometida perfecta, ya que si daba un paso en falso, llegaría a los oídos de mis padres—. Chicas, este es Leonid, mi prometido.

—Así que vosotras sois las famosas amigas de Isabella. —Leonid se acercó a Vittoria para saludarla con dos besos, y después, hizo lo mismo con Livia—. Es un placer poder conoceros. Veo que Isabella tiene un buen gusto eligiendo a sus amigas.

Las mejillas de Vittoria se sonrojaron levemente y Livia soltó una pequeña risita.

—Estábamos deseando conocerte —dijo Livia.

—A partir de ahora nos veremos a menudo. —Leonid pasó su brazo alrededor de mis hombros. Un gesto demasiado atrevido y que mi padre no lo aprobaría si lo viera, pero al que Vittoria y Livia ni siquiera repararon, porque estaban cautivadas con mi prometido.

Leonid sabía cómo conquistar a las mujeres. No solo con su apariencia de modelo de pasarela, sino también con ese encanto perfectamente entrenado que parecía tener. Además, aquella noche iba más vestido para la ocasión que en nuestro primer encuentro. Aunque no llevaba corbata, había escogido un traje de dos piezas de color verde bosque y una camisa blanca. Y en vez de esas Havaianas tan poco apropiadas, llevaba unos zapatos negros.

—Seguro que coincidiremos por ahí —respondió Livia, enredando uno de sus dedos en un mechón de su cabello y pestañeando suavemente, en un movimiento lento y calculado. ¿Estaba ligando con mi prometido delante de mí?

En realidad, ni siquiera me sorprendía. Quizá debería estar ofendida, pero tan solo encontré una fría indiferencia. En realidad, sentía un poco de lástima mezclada con retorcida diversión. Porque Livia tenía que ser verdaderamente ingenua si se creía que podía tener algún tipo de posibilidad con Leonid. Cómo si pudiese quitarme a mi prometido.

Vittoria también debió darse cuenta de los pocos sutiles intentos de conquista de Livia, y

queriendo mediar y temiendo mi reacción, carraspeó levemente.

—Mejor nos vamos, así os damos un poco de intimidad.

Livia movió su cabeza en un asentimiento, pero Vittoria prácticamente tuvo que empujarla para que se moviera.

—Por cierto —dijo Vittoria antes de alejarse—, hacéis una pareja preciosa. Enhorabuena a los dos.

Sonreí y llevé la mano con la que no estaba sosteniendo a mi corazón.

—Gracias, Vit.

—Tus amigas son un verdadero encanto —dijo Leonid cuando estuvimos solos.

Lo observé durante unos instantes. ¿Por qué, de nuevo, tenía la sensación de que había un toque de burla en sus palabras? Como si me estuviera tomando el pelo. Pero no había nada en su expresión que me hiciera pensar eso. Él parecía honesto.

—Lo son —respondí.

—¿Qué estás bebiendo? —me preguntó, y antes de que pudiera siquiera contestar, me arrebató la copa de mi mano y le dio un trago—. *Champagne* —murmuró—. Está bueno.

Contemplé con estupefacción cómo se adueñaba de mi copa. No me gustaba que se tomara ese tipo de libertades, como tampoco me gustaba que estuviera pasando su brazo alrededor de mis hombros. No cuando yo no le había dado permiso para hacerlo.

—Esa es mi copa —me quejé, moviéndome hacia un lado para apartarme de su agarre. Ahora que mis amigas no estaban presentes, nuestra cercanía era innecesaria.

—Lo sé —contestó dándole otro trago a mi bebida—, pero la compartimos. —Cuando entrecerré los ojos en una muestra evidente de molestia, Leonid añadió: —¿Qué hay de malo? Vamos a ser marido y mujer, vamos a compartirlo todo.

Abrí la boca dispuesta a darle una larga lista de por qué no podía quitarme mi copa sin permiso. No compartía mis cosas con él y tampoco mi copa. Sin embargo, cuando miré a mi alrededor y vi que gran parte de los invitados que tenían sus miradas puestas en nosotros, entre ellos mi madre, decidí dejarlo estar. No podía montarle un numerito a mi prometido delante de todo el mundo. Tampoco podía arriesgarme a que, por un arrebato, Leonid se sintiera ofendido y quisiese cancelar el compromiso.

Ya tendría tiempo de marcar mis límites una vez casados. Aquello no era tan importante.

—Toma. —Leonid estiró mi copa para ofrecérmela.

Negué con la cabeza a la vez que sonreía.

—No importa, quédatela. De todos modos, no tengo sed.

Leonid dijo algo, pero no pude escucharlo, porque al recorrer el salón, justo en la puerta de la entrada, mi mirada se encontró con los ojos grises más profundos y bonitos que había visto en toda mi vida. Unos ojos que eran familiares para mí.

El chico misterioso de Bellagio.

¿Qué hacía él aquí?

No, no podía ser. Estaba imaginando cosas. Tal vez había bebido demasiado *champagne*.

Sacudí la cabeza, y cuando volví a mirar hacia la misma dirección, él ya no estaba. Exhalé un suspiro de alivio.

Por supuesto que era fruto de imaginación.

—Isabella —me llamó Leonid, que me miraba con una mueca extraña. Me había olvidado por completo de él—, ¿estás bien?

Asentí.

—Perfectamente —contesté, suavizando mi tono y esbozando una amplia sonrisa.

Leonid movió su cabeza en un leve asentimiento. Si dudó de mi palabra, no lo expresó. Aunque pronto su atención se desvió de mí a un punto detrás de mí.

—Edoardo —saludó mientras le daba un sorbo al que ahora era *su champagne*.

—Veo que no pierdes el tiempo, Leonid —respondió mi padre, con una risa seca a modo de advertencia. Dudaba que le hubiera hecho gracia que mi prometido se hubiera acercado a mí sin estar él presente. Cuando quería y le interesaba, mi padre era bastante tradicional—. Os estaba buscando.

Me giré para recibir a mi padre. La mayor parte de las veces, cuando se trataba de reuniones sociales, prefería evitar su presencia. Pero, en esa ocasión, me sentía aliviada de que él se uniera a nuestra conversación.

Sin embargo, mi padre no estaba solo. Y cuando vi a la persona que estaba a su lado, me arrepentí profundamente de mis deseos.

Porque el chico misterioso de Bellagio estaba ahí, junto a él.

Capítulo 7

Isabella

Debía estar soñando.

No podía ser real. El chico misterioso de Bellagio no podía estar frente a mí.

—Él es Mikhail, nuestro Phakan. —Esta vez, no fue mi padre quien habló, sino mi prometido. Él lo presentó con un tono alegre y despreocupado que distaba mucho de cómo me sentía yo en esos momentos.

Pakhan.

Puede que no conociera demasiado sobre los entresijos de la mafia, y mucho menos de la Bratva, pero sí estaba familiarizada con ciertos términos y ese era uno de ellos. El Pakhan era el jefe, el equivalente al Don en la mafia rusa.

Entonces recordé que había escuchado ese nombre antes. Él era el heredero de la Bratva. Desde que habían matado a su padre hacía más de un año atrás, él era el cargo más alto de la organización.

Dios mío. ¿Qué había hecho?

¿Sabía él quien era yo aquella noche en el hotel? ¿Me había intentado utilizar de alguna manera? Esas preguntas y cientos más se arremolinaron en mi mente.

Aunque no podía entender en qué sé beneficiaría él engañándome para llevarme a su casa. Sin embargo, debía admitir que Mikhail no me había engañado, ya que yo misma había ido de manera voluntaria, de la misma manera en la que me había marchado.

—Isabella —me presenté, a pesar de saber que, seguramente, él sabía cuál era mi nombre. Sin saber qué hacer, estiré mi mano hacia él.

Mikhail fijó su mirada en mi mano y arqueó una ceja. Sus labios se curvaron hacia arriba y casi pude ver una mueca de burla en ellos. Él estiró su mano y entrelazó sus dedos con los míos, pero cuando pensaba que la iba a estrechar, tiró hacia él con fuerza y me dio tres besos.

Y si tenía alguna duda de que aquello formaba parte de una pesadilla perversa, se despejó al instante en el que Mikhail estuvo cerca de mí. Su aroma, tan absorbente como su presencia, una combinación de ámbar y menta con una pizca de metal, estaba por todas partes. Me hizo olvidar dónde estaba y me llevó hasta la noche en la que nos conocimos. Todo a mi alrededor desapareció y lo único que podía sentir, lo único en lo que podía pensar, era en él.

Era real. Él y yo, eso estaba pasando.

Las yemas de sus dedos acariciaron mi palma y pude sentir el contraste de su piel fría contra mi piel caliente. El efímero tacto de sus labios sobre mis mejillas produjo un hormigueo que recorrió todo mi cuerpo.

¿Qué tenía ese hombre? ¿Cómo era posible que con un misero toque consiguiera que mi cuerpo reaccionara de esa manera ante él?

Sin embargo, todas las sensaciones desaparecieron abruptamente cuando Mikhail se alejó de mí. Mi cuerpo se enfrió, y lejos de estar aliviada, me sentí inexplicablemente vacía.

—Es un placer conocerte —dije, aún aturdida, cuando sentí los ojos de mi padre y Leonid sobre mí. Porque, aunque me hubiera olvidado, no estábamos solos.

Mikhail esbozó una sonrisa arrogante y movió su cabeza, como si estuviera de acuerdo con mis palabras. Él no dijo nada más. Ni «un yo también» o «el placer es mío». Y eso me cabreó

inmensamente. ¿Pero de qué iba ese maleducado?

—Como ya te he dicho antes —intervino mi padre con una mueca en sus labios, esa que hacía cuando estaba intentando ser cordial pero había algo que no acababa de gustarle—. Es un placer para mi hija y para mí recibirte en nuestra casa, Pakhan.

De nuevo, nada más que esa fría suficiencia.

—La casa es maravillosa, Edoardo —no fue Mikhail el que habló, sino Leonid—. Y la fiesta también. No me habría imaginado una fiesta mejor para celebrar nuestro compromiso.

Mi padre sonrió.

—Lo segundo no es mérito mío, sino de mi esposa y de mi querida hija, que se han encargado de organizarlo todo. Isabella ha heredado la habilidad de mi mujer para ser una perfecta anfitriona.

Tuve que reprimir el impulso de entornar los ojos. Había sido mamá la que se había encargado de todos los preparativos. Mi padre me estaba vendiendo, destacando lo que él consideraba que eran las mejores cualidades que la esposa perfecta podía tener. Y ni siquiera estaba mirando a Leonid, que era mi futuro marido, sino que la atención estaba en Mikhail. En el Pakhan, el líder de la Bratva.

Porque era el puesto de más poder.

—No quiero ni imaginar cómo va a ser nuestra boda —dijo Leonid, estirando su brazo para volver a rodear mis hombros y atraerme hacia él—. ¿Puedo tener una prometida más maravillosa?

Quise empujar a Leonid con todas mis fuerzas, pero me contuve.

Sentí la mirada de Mikhail sobre nosotros. Observándonos tan fijamente que, cualquier otra persona, se habría sentido intimidada. Pero no yo.

—Por supuesto que no puedes, amor —respondí, ladeando mi cabeza hacia Leonid y esbozando una sonrisa inocente—. Pero yo tampoco he podido tener mejor suerte —añadí, mirándolo como si él fuera mi mundo entero. Una mirada ensayada que volvía loca a todos los hombres. Porque sí, tan solo necesitabas llenar sus egos ridículos y hacerlos sentir como si ellos fueran tu Dios. Así de fácil era engatusarlos.

Aunque mi intención debía ser solo agradar a Leonid y demostrar a mi padre que podía hacer bien el papel que me tocaba representar, lo cierto era que había algo más. Una parte de mí buscaba despertar más que esa fría indiferencia en Mikhail, una parte de mí deseaba ver una llamarada de furia en esos ojos helados. Pero ¿furia por qué?

¿Qué le importaría a Mikhail que me acercara a Leonid? Por el amor de Dios, Leonid era mi prometido, iba a casarme con él. Se suponía que ese era el tipo de proximidad que debíamos tener.

—Eres un verdadero encanto, Isabella —me alagó Leonid, devolviéndome a la realidad.

—Tenía entendido que se celebraría una reunión privada y no una fiesta de compromiso —comentó Mikhail. Tenía la mandíbula apretada y podía ver cómo sus manos estaban cerradas en puños incluso aunque las tuviera guardadas en los bolsillos de sus pantalones. Parecía molesto por algo, y yo, estúpidamente, me alegré de ello, aunque seguramente no tuviese que ver nada conmigo.

La mirada de Mikhail estaba fija en mí, pese a que el reclamo que estaba haciendo debía ser dirigido a mi padre, y por esa misma razón fui yo la que contesté:

—Y no es una fiesta de compromiso.

Mikhail me observó en silencio durante unos instantes. Casi pude ver el orgullo en sus ojos, como si no esperase que me enfrentase a él. ¿Es que acaso no le demostré la noche en la que nos

conocimos que yo no era una persona que se intimidaba tan fácilmente?

Entonces, fui consciente de algo que hasta ese instante, tan aturdida como había estado con todo lo que estaba pasando, no había pensado. Mikhail y yo habíamos estado a punto de acostarnos. Puede que Leonid y yo no nos conociésemos en persona en aquel entonces, pero, aun así, estábamos comprometidos.

Aquello sería visto como una traición. Una razón suficiente como para que Leonid cancelase el compromiso. Mancharía el nombre de mi familia y nadie más querría casarse conmigo.

En nuestro mundo, ese tipo de actos en mujeres no se perdonaban.

Nadie juzgaría a Mikhail, tan solo a mí. Él diría que no sabía quién era yo y hasta mi propio padre lo creería. Nadie lo criticaría por querer llevarse a la cama a una mujer que no conocía, pero a mí sí. A mí se me apedrearía y se me defenestraría.

Estaría acabada. Porque así de machista y miserable era la mafia.

—¿Ah, no? —cuestionó Mikhail, pasándose la lengua por los labios. No pude evitar seguir su movimiento con mis ojos y el hielo que me había invadido por dentro se derritió un poco—. ¿Y cómo le llamas a esto, Isabella? —A pesar de ser la primera vez que pronunciaba mi nombre completo, se sintió tan natural, tan familiar.

Traté de no entrar en pánico. Me había enfrentado a situaciones mucho peores y había logrado salir indemne. Bueno, igual no tan malas, aunque no pensaba agachar la cabeza. Busqué en Mikhail alguna señal de lo que había pasado entre nosotros, pero no encontré nada. Él me estaba hablando con tanta normalidad, como si fuera la primera vez que nos veíamos.

¿Quizá era todo teatro? Tal vez no sabía quién era yo cuando nos conocimos, pero lo descubrió después y por esa misma razón no parecía sorprendido en absoluto.

No, no tenía sentido. Porque se lo habría hecho saber a Leonid y era obvio que este no tenía ni idea. De ser así, estaría ofendido y ya hubiera exigido cancelar la boda. Ni siquiera hubiera acudido a nuestro compromiso.

En la mafia, dañar el ego masculino era la ofensa más grande que se le podía hacer a un hombre. Y que yo hubiera estado a punto de acostarme, no solo con un desconocido estando prometido con él, sino con su Pakhan, haría que Leonid perdiese la cabeza.

¿Y si Mikhail no se acordaba de mí?

No, eso era imposible. Yo dejaba huella en cualquier persona que me conociese. Más aún después del beso que habíamos compartido. Un beso épico. Sin duda alguna, Mikhail tenía más experiencia que yo, pero había sentido las reacciones que mis caricias habían despertado en su cuerpo. Esa conexión física que habíamos tenido no se podía fingir, ni tampoco olvidar. Él se acordaba de mí, estaba segura de ello.

Entonces, ¿qué estaba pasando?

—Tú lo has dicho —continué la conversación. Si él quería fingir, fingiríamos—. Es una reunión privada. Ni siquiera hay más de cincuenta personas aquí. Nuestras fiestas de compromiso tienen, al menos, doscientos invitados. Y eso, en las más pequeñas.

Mikhail soltó una pequeña carcajada. Una risa profunda carente de humor.

—Isabella tiene razón, Pakhan —intervino mi padre—. Tan solo he invitado a los hombres de mi más estrecha confianza y a sus familias. Estas son nuestras costumbres.

Mi padre no mentía. Todos aquellos familiares y hombres que no vivían en Dublín tampoco habían sido invitados. De hecho, mi prima Serena y su familia no había acudido por esa misma razón.

Sin embargo, nuestros argumentos no parecieron convencer a Mikhail.

—No me gustan las multitudes —musitó.

—A mí sí —dijo Leonid, que parecía totalmente ajeno a la tensión que se había formado—. La fiesta sigue siendo maravillosa, Edoardo.

—Gracias, Leonid —contestó mi padre, con una sonrisa que no llegó a sus ojos. Porque él no estaba contento con Mikhail. Mi progenitor se sentía insultado, pero no lo suficiente insultado como para enfrentarse a él. Y mucho menos para arriesgarse a romper el compromiso que tanto ansiaba.

—Deberíais probar los canapés de salmón —comenté, tratando de reconducir la conversación—. Es el plato favorito de nuestros invitados hoy. —Al menos, del tío Ale. Su gusto era exquisito, así que me fiaría de su recomendación—. También tenemos tarta —ofrecí.

—Tarta —repitió Leonid con entusiasmo—. No he tenido ocasión de...

—Nos vamos ya —interrumpió Mikhail.

Leonid giró la cabeza hacia él y ambos compartieron una mirada que no comprendí.

—¿Ya? —se quejó mi padre—. La fiesta acaba de comenzar.

—Tenemos negocios que atender —respondió Mikhail. Esa era la única explicación que mi padre iba a obtener.

Y mi padre se dio cuenta, porque asintió con la cabeza.

—Entiendo —murmuró. No, no lo hacía, pero a Mikhail le daba exactamente igual.

—Siento muchísimo tener que irme tan pronto en mi propia fiesta —dijo Leonid, que, al parecer, era mucho más diplomático que su Pakhan—. Espero que la siguiente vez que nos veamos podamos pasar más tiempo juntos. —Leonid me dio un beso en la mejilla y se separó de mí, liberándome de su agarre.

Hice un gesto con mi mano, como quitándole importancia a su temprana retirada. Era una ofensa, no había otra manera de verlo; sin embargo, no podía importarme menos. De hecho, me sentía aliviada de que se fueran.

Ambos.

—Estoy deseando que ese momento llegue —respondí con una sonrisa coqueta.

Leonid me guiñó un ojo y se giró para despedirse de mi padre.

Mikhail no hizo amago alguno de acercarse a mi padre o a mí. Él le hizo un gesto a Leonid para que lo siguiese y se dio la vuelta sin decir adiós, como si mi presencia o la de mi padre fuera completamente indiferente para él.

Observé cómo ambos se alejaban hacia la puerta de entrada del salón hasta desaparecer entre la multitud.

—¿Amor? —repitió mi padre cuando estuvimos solos, mirándome con desaprobación—. Haz el favor de controlar tus palabras, Isabella. Leonid es tu prometido, aún no os habéis casado. Eres la hija de un Don, compórtate como tal.

Necesité unos instantes para recordar la razón del disgusto de mi padre.

Ah, había llamado amor a Leonid. Era un apelativo que había utilizado con otros chicos, pero nunca en la presencia de mi padre, porque sabía que no lo vería con buenos ojos, como tampoco lo hubiera hecho con mi prometido, ya que mis confianzas podrían malinterpretarse. No obstante, por alguna razón, en esta ocasión, sí lo había hecho.

Por alguna razón no. Lo había hecho por Mikhail.

Era tan evidente que ni siquiera podía intentar engañarme a mí misma en eso.

—No volveré a hacerlo —le prometí, saltándome la parte de las justificaciones. Porque no las había y mi padre no quería escucharlas.

Él me dio un ligero asentimiento de barbilla.

—Voy a por una copa —dijo, dando la conversación por terminada, y antes de que pudiera despedirme de él, se dio la vuelta y se alejó de mí.

Me quedé unos segundos allí sin moverme, intentando asimilar todo lo que acababa de suceder. Acababa de descubrir que el hombre que seguía viendo en mis sueños era el líder de la Bratva, el jefe de mi prometido. Y también quien poseía la llave para poder arruinar mi reputación.

Aunque, en esos instantes, en lo único en lo que podía pensar era en la manera en la que se sintieron sus manos sobre mi cuerpo. Cerré los ojos durante un instante, tratando de olvidar todos los recuerdos de *esa noche* que se agolpaban en mi mente, y cuando los volví a abrir, inhalé una larga bocanada de aire. Tenía que olvidarme de él. Ese hombre estaba fuera de los límites; siempre lo había estado. Y yo no podía volver a cometer otro error.

Iba a casarme. Cumpliría con mi deber, como hija de un Don que era. Una vez más, haría lo que se esperaba de mí.

Porque era Isabella Carbone y, como todos en la mafia, no podía huir de mi destino.

Capítulo 8

Mikhail

—No sabía que teníamos que irnos tan temprano —dijo Leonid casualmente—. Tengo a mi suegro contento. Creo que voy a tener que hacer puntos extra o me estrangulará con sus propias manos antes de que llegue al altar.

Observé por el rabillo del ojo a Leonid.

Él no parecía cabreado, ni siquiera molesto, ni mínimamente preocupado. Por la manera relajada en la que se estiraba en el asiento de copiloto de mi coche y la expresión casi divertida de su rostro, parecía que lo que estuviese pensando Edoardo Carbone sobre él se la traía floja.

Por otro lado, Leonid siempre parecía estar relajado. Como si nada le importase, como si todo le diera igual. No era capaz de leerlo y eso era algo que me frustraba y me hacía no poder confiar en él. Con Yaroslav había sido tan fácil... Quizá demasiado, pero lo prefería a su hermano pequeño.

Aunque Yaroslav ya no estaba entre nosotros. Y era algo que tenía que asumir.

Siempre miraba hacia delante, nunca hacia atrás.

—Que se joda Edoardo Carbone —musité—. Tendría que estar lamiendo el suelo que piso porque me haya dignado a aparecer en la puta fiesta.

Una fiesta de compromiso que se le había dicho que no celebrara, pero el Don de los Caborne había intentado salirse con la suya y la había impuesto. Por eso no me gustaba negociar con los italianos. Cuando no se hacía lo que ellos querían, buscaban la manera de conseguirlo a la fuerza. No eran trigo limpio.

Pero no me quedaba más remedio que joderme. Por culpa del cabronazo de mi padre, la reputación de la Bratva no era precisamente brillante en Dublín. La mayor parte de las bandas desconfiaban de mí y creían que iba a seguir los pasos de mi padre. Por no decir que era un Pakhan joven y no llevaba más que unos meses en el puesto, un tiempo más que insuficiente para organizar y conseguir la confianza plena y el respeto de mis hombres.

Necesitaba todas las alianzas posibles. Incluida la de Edoardo Carbone.

Y él era consciente de ello. Le había tenido que parar los pies en varias ocasiones en las que se había intentado pasar de listo durante la hora en la que habíamos estado reunidos en su despacho. De la misma manera que tuve que hacerlo la primera vez que nos encontramos en persona en Bellagio meses atrás.

—Yo creo que él no piensa lo mismo que tú.

Una risa carente de humor se escapó de mis labios.

—Me quería en su fiesta porque quería medirme, saber si soy un Phakan fuerte, uno capaz de llegar a tener un gran poder en Dublín. Ninguna familia de la mafia irlandesa tiene negocios con él ni los va a tener y él lo sabe. Creo que hoy le he dejado claro que nada me detendrá para conseguir lo que deseo.

Leonid movió su cabeza en un asentimiento vago. Él no dijo nada más y yo mantuve la vista fija en la carretera, que a esas horas de la noche, estaba prácticamente vacía.

Aunque no faltaban más de diez minutos para llegar a nuestro destino, el ambiente en el coche se sentía inquietamente tranquilo. Solía soportar el silencio; de hecho, me gustaba perderme en mis pensamientos. Pero, en esa ocasión, me resultó incómodo.

Quizá estaba adoptando las costumbres de Yaroslav. O tal vez el problema era que no quería enfrentar el rumbo que tomarían mis pensamientos esa noche. No después de lo que había descubierto, no después de saber quién era la prometida de Leonid. Mucho menos cuando su rostro y sus suaves curvas habían rondado por mi mente durante el último mes más veces de las que me atrevería a admitir. No podía detenerme en eso. Tenía que concentrarme en hacer prosperar mi organización y en encontrar al culpable de la muerte de Yaroslav. No permitiría que una mujer interfiriera en mi propósito. Ni siquiera una como ella.

Pero el silencio intensificaba las preguntas que invadían mi cabeza, impidiendo que pudiera pensar en otra cosa.

—¿No me vas a preguntar adónde vamos? —inquirí, pese a que, en realidad, me daba igual si a Leonid le interesaba o no, porque tan solo buscaba distraerme.

Leonid estaba mirando hacia la ventanilla, con sus ojos perdidos en la oscuridad.

—Negocios, supongo —murmuró, encogiéndose de hombros.

—No exactamente.

Aquellas palabras parecieron despertar por fin el interés de Leonid y este ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Has descubierto algo más?

—Tal vez —contesté, haciendo una pequeña pausa, tan solo para disfrutar del nerviosismo que parecía haber invadido a Leonid. Cuando consideré que ya era suficiente, añadí: —Como te dije, dudo mucho que ni Cedric ni ningún detective privado pueda ayudarnos a averiguar quién mató a Yaroslav. —Habíamos llegado a un punto muerto—. Pero creo que sé quién puede ayudarnos.

No era la primera vez que estaba allí.

El Inframundo, así era cómo se conocía. El lugar donde podías sucumbir a tus deseos más oscuros, el lugar donde no había normas ni límites. El lugar perfecto para los monstruos como yo.

Escuché hablar del Inframundo por casualidad tres años atrás, cuando mi padre aún vivía, en una de las pocas visitas que hice a Dublín. Llamó mi atención, y eso era todo un logro, ya que pocas cosas conseguían captar mi interés. La siguiente vez que regresé, traté de averiguar un poco más. No me costó, ni siquiera tuve que mover los pocos hilos que en aquellos momentos tenía en la ciudad.

Entré con bastante facilidad. Mi primera vez en El Inframundo fue por curiosidad mórbida. Las siguientes veces estaba buscando información, cualquier pista que pudiera recavar sobre la muerte de Yaroslav. Aunque no podía negar que disfruté cada una de las visitas.

—Vamos —le dije a Leonid, que se encontraba a mi lado, cuando sentí que se detenía.

Él estaba observando el largo túnel que se hallaba frente a nosotros. Puede que se estuviera echando para atrás. Pero tan solo fue un segundo, porque pronto decidió seguir caminando a mi lado.

Si tenía alguna sospecha, no las expresó en voz alta. Era su Pakhan, debería confiar ciegamente en mí. Aunque no era tan gilipollas como para pensarlo. Simplemente, Leonid decidió que el riesgo merecía la pena si encontraba alguna pista sobre la muerte de Yaroslav.

Avanzamos por el túnel, un camino que ya era familiar para mí. Lo había realizado las suficientes veces como para saber el momento exacto en el que la poca luz que iluminaba el otro lado de la calle desaparecería por completo, dejándonos envueltos en la más absoluta oscuridad.

Un efecto completamente buscado por la persona que reinaba en El Inframundo. A la gente

no le gustaba la oscuridad. Sin embargo, no pareció inquietar a Leonid, que aunque no podía verlo, podía escuchar cómo seguía andando a mi lado.

—¿Mi prometida y tú os conocíais? —La voz de Leonid rompió el silencio, resonando en las paredes—. Isabella y tú —aclaró, como si no supiera cuál era el nombre de su futura mujer Isabella.

No había averiguado su nombre hasta esa noche, pero era perfecto para ella. Delicado pero sexy, y lo suficientemente sofisticado como para hacerme rodar los ojos.

Ladeé mi cabeza hacia Leonid, por inercia, porque no podía verlo. ¿Quizá esa era la razón por la que había esperado hasta este momento para hacerme esa pregunta? ¿Se estaba aprovechando de la oscuridad para esconder sus debilidades?

Aunque, ¿qué debilidades? Leonid era bueno ocultando sus emociones. Si su pregunta era una trampa la habría formulado en plena claridad para poder leer mi expresión, buscar en ella algo que me delatara. Así funcionaban nuestros interrogatorios y nuestras posteriores torturas.

Durante unos instantes, que realmente solo fueron unos pocos segundos, me pregunté qué tenía que hacer. Lo correcto sería decir la verdad, porque si algo me identificaba, era ser leal. Había conocido a Isabella un par de meses antes, una noche, y casi habíamos follado. No sabía que era la hija de Edoardo Carbone. Aunque sí que sabía que la prometida de Yaroslav se llamaba Isabella, nunca llegué a verla en persona.

Era lo que hubiera hecho en cualquier otra situación. No tenía nada que ocultar, además tenía una razón de peso para haber fingido que no la conocía delante de su padre. Un hombre como Edoardo, tan tradicionalista, se sentiría avergonzado de que su hija se hubiese marchado con un hombre desconocido a su casa.

Sin embargo, me encontré a mí mismo respondiendo:

—No.

No dije más. No me justifiqué porque no tenía por qué hacerlo.

Si Leonid descubría lo que pasó entre Isabella y yo querría cancelar la boda, jodiendo un negocio que me venía muy bien. Su orgullo no soportaría que su prometida me hubiera elegido para pasar una noche juntos. Leonid se sentiría traicionado por Isabella y profundamente humillado. Quizá, con su orgullo herido, hasta querría enfrentarse a mí.

Todos los hombres de la mafia seguían ese mismo patrón. Y yo no me podía permitir ese drama en estos momentos.

Estaba haciendo lo correcto por mi organización, nada tenía que ver con que la reputación de Isabella quedase manchada. Porque ese era su problema, no el mío. Una joven italiana como ella debía llegar virgen al matrimonio, pero ella no lo era, no podía serlo.

¿O quizá esa era la razón por la que se había marchado antes de que empezase la acción? ¿Yo había sido una especie de reto que quería cumplir antes de casarse, pero que al final no había podido hacer?

Leer en su rostro no me había resultado difícil. Ella estaba sorprendida de verme allí, de descubrir quién era. Por lo que para ella simplemente había sido un hombre al que utilizar para rebelarse contra su padre. Eso, o Isabella Carbone, fingía muy bien.

No pude evitar la ira que me invadió, una ira que amenazaba con salir destrozando todo a su paso. ¿Por qué me jodía tanto que esa niñata hubiese intentado utilizarme?

Aunque al final se había arrepentido, ni siquiera había tenido las agallas de llegar hasta el final. No lo había hecho porque todas esas niñas de papá eran iguales. Todas montaban rabietas cuando no conseguían lo que querían, pero, al final, aceptaban su destino con una sonrisa. Todas terminaban conformándose a cambio de una vida de lujos.

Y lo que más me jodía no era que se hubiera escapado por la ventana dejándome cachondo, sino descubrir que la chica que había conocido en Bellagio, esa muñeca de ojos verdes y actitud desafiante que era puro fuego, había resultado ser una princesita de la mafia igual de caprichosa y consentida que todas.

Porque una parte de mí había deseado terminar lo que empezamos esa noche. Y joder, lo seguía deseando.

—Vale —dijo Leonid, sacándome de mis pensamientos. Si él tenía algún tipo de sospecha, se la guardó para él.

Y yo me alegré de ello, porque lo que menos quería era seguir hablando de Isabella. Ni siquiera se merecía que pensase en ella ni durante un segundo. Y además, tenía algo mucho más importante entre manos.

Al divisar un pequeño destello de luz a unos pasos de nosotros supe que estábamos llegando al final del túnel. Ni un minuto más tarde estábamos llegando a la zona prohibida de la ciudad, aquella que estaba tan cerca de uno de los barrios más ricos de Dublín, y a la vez, era tan diferente. El Inframundo era una de esas zonas que a los ricos y poderosos les gustaba frecuentar, pero que nunca lo reconocerían en voz alta. Mi tipo de lugar.

Pasé de largo los viejos locales con rótulos de neón, con luces que iluminaban el suelo. La parte buena de ir a esa zona de la ciudad era que nunca estaba llena de gente. Eran pocos los que podían y se atrevían a entrar.

No te pedían nada para acceder, pero sabía que había alguien vigilando cada uno de los movimientos de las personas que entraban a esas calles. No tenía ni idea de adónde me dirigía. Nadie me había dado una dirección exacta ni una persona con la que encontrarme, pero estaba acostumbrado a trabajar de esa manera.

—Siempre me llevas a los lugares más agradables —se quejó Leonid mientras miraba a su alrededor.

—No te preocupes, la próxima vez te llevaré a cenar a un restaurante con estrellas Michelin.

—Eso estaría mejor. Me han dicho que en Allta tienen una comida exquisita.

Más le valía estar de broma.

La peor parte era que tenía serias dudas de que Leonid estuviera de broma. Si no supiera a ciencia cierta que Leonid era un miembro de la Bratva de pleno derecho, que había pasado por una iniciación como todos los demás miembros que pertenecíamos a la organización, lo dudaría seriamente.

—Si es mi ruso favorito.

Una mujer que me sonaba vagamente se acercó a mí. Llevaba su cabello negro recogido en una trenza alta. Sus ojos marrones parpadearon de forma seductora, con unas pestañas postizas kilométricas, al igual que sus uñas de color verde. Me fijé en el top color plateado y su falda de cuero negra.

Ella se detuvo frente a mí. Me conocía lo suficiente, porque mantuvo unos centímetros de distancia y no intentó ni estirar su mano hacia mí para hacer contacto.

Entonces la recordé. Había estado con ella en un par de ocasiones.

—Esta noche no —le dije.

Ella era un buen polvo, pero esa noche estaba allí solo por negocios. No tenía tiempo para eso.

—Lástima. —La chica hizo un falso mohín. Todo en sus movimientos estaba estudiado y era perfectamente calculado—. Si alguna vez te apetece repetir, ya sabes dónde encontrarme. —Señaló al local que se encontraba frente a ella, el más deprimente de toda la calle—. La

invitación también se extiende a ti, guapo. —Miró a Leonid, guiñándole un ojo, antes de darse la vuelta para regresar al local, al lado de un hombre del tamaño de un armario que no nos quitaba la vista de encima. Supuse que era su chulo.

—No, muchas gracias —contestó Leonid, pese a que la chica ya no podía escucharlo. Después, me miró a mí con una ceja arqueada—. ¿En serio?

—¿En serio qué?

—Nada. —Leonid se encogió de hombros—. Simplemente no te imaginaba de esos.

Sin embargo, la manera en la que sus cejas se arrugaban en disgusto y la forma en la que estrechaba los ojos, dándome esa mirada de superioridad, dejaban claro que sí que tenía un problema. Era la misma mirada que me había dado días atrás en mi coche, después de que le hubiera dado un escarmiento a uno de nuestros camellos.

Él me miraba como si él fuera mejor que yo.

Era surrealista. Ya no podía soportarlo.

Había intentado aguantar porque era el hijo de Georgy, pero no soportaba a ese gilipollas. Y además, necesitaba montar un número para llamar la atención de el Caníbal. El dueño del Inframundo, el rey de esas calles, y la persona a la que estaba buscando.

Acceder a él no era algo fácil. No era como si pudieses concertar una cita con su secretaria o como si pudieses abordarle por una de sus calles. Él conocía a todo el mundo que entraba en lo que él consideraba su inframundo, y solo él decidía si podías hablar con él o no.

Pero el Caníbal ya estaba preparado para recibirme, y tenía que demostrarle que yo también. Había pensado en enfrentarme a uno de sus hombres, pero, de esta manera, mataría dos pájaros de un tiro.

—¿Se puede saber cuál es tu puto problema?! —lo abordé, dándole un empujón.

Uno que le pilló de improviso, porque si no fuera porque tenía unos buenos reflejos, se hubiera caído al suelo. Sin embargo, Leonid no se defendió, tan solo alzó las manos en señal de paz.

—Te has sentido ofendido, lo entiendo. No te estaba juzgando, tan solo me ha sorprendido.

¿Pero qué estaba diciendo ahora?

—¡Estoy hasta los huevos que te comportes como un *snob*! Como si no fuese uno de nosotros —Aunque la primera frase la grité, bajé la voz para pronunciar las últimas palabras. Porque pese a que quería llamar la atención, no quería revelar más información de la necesaria—. ¿Acaso no quieres serlo?

Leonid se encogió de hombros y exhaló un largo suspiro. Parecía abatido, casi resignado.

—¿Tengo otra opción?

No, no la tenía, pero no era una excusa. Leonid debería morir, respirar y sangrar por la Bratva. Era una suerte pertenecer a nuestra organización. Éramos familia, lo éramos todo. Porque, pese a todas las partes jodidas que había tenido que vivir, pese al padre de mierda que me había tocado, volvería a pasarlo todo una y mil veces con tal de estar en el lugar en el que estaba ahora.

La Bratva era mi vida.

Un hombre se acercó a nosotros, interrumpiéndonos. Era el mismo hombre que había visto con la chica que me acababa de abordar, que ya no estaba en la puerta. Me di cuenta por los andares chulescos con los que se dirigía a nosotros, que me había equivocado. Él no era un chulo, o al menos, no era solo eso. Ese hombre tenía un puesto de mayor importancia.

—Seguidme —dijo, haciendo un gesto con su barbilla.

Sin embargo, no me moví.

—¿Por qué debería hacerlo?

Podía intuir adónde quería que lo acompañase, y eso era justo lo que estaba buscando, pero no iba a enseñarle mis cartas. No a ese hombre.

—Porque lo digo yo.

—No respondo ante nadie.

El hombre entrecerró los ojos, pero yo me mantuve impasible. Podía estar jugándomela y que me echasen de allí, pero no podía mostrar debilidad. Cuando se dio cuenta de que no iba a ceder, soltó un bufido y sacó un teléfono móvil del bolsillo derecho de sus vaqueros. Se lo llevó a la oreja y se alejó unos metros de nosotros para hablar con alguien durante lo que no fueron más de diez segundos. Después, se acercó a nosotros mientras volvía a meter el móvil en el bolsillo.

—El jefe quiere verte.

Le hice un gesto para que se adelantase.

Miré durante un segundo a Leonid. No parecía estar muy de acuerdo con mi proceder, pero cuando vio que yo seguía los pasos de ese hombre, caminó detrás de mí. El hombre giró hacia la derecha y se metió por un callejón. Instintivamente, llevé mi mano hacia mi pistola. Siempre iba armado, con mi cuchillo y mi pistola, y no me habían pedido que me desarmara antes de entrar.

Podía ser una trampa, aunque lo dudaba, porque si por algo era conocido el Caníbal, era por ir de frente. Si quería matarme, lo hubiese intentado la primera vez que puse un pie en sus dominios, y lo hubiese hecho él mismo. Pero, aun así, me mantuve alerta. En mi mundo nunca podías confiarte, porque el más mínimo error podía costarte la vida.

Cuando llegamos a un callejón sin salida, percibí cómo Leonid se tensaba a mi lado. Aun así, él no hizo ademán de sacar su arma, si es que llevaba una.

El hombre se acercó hasta una pared de piedra, cubierta de feos grafitis. Apoyó su mano en la pared y movió su dedo índice, lo que comprendí cuando una puerta que no estaba visible se abrió, que estaba pulsando un interruptor. Y no fue hasta que no la estaba traspasando la puerta que no reconocí el local al que estábamos entrando. Casi todas las veces que había estado en esas calles había terminado allí. Algunas, para investigar, y otras, por diversión. Pero siempre había entrado por la entrada principal, nunca por una de las traseras.

—No me digas que vamos a coger el tren que lleva a Hogwarts —comentó Leonid alegremente. Su cuerpo parecía relajado, como si toda la tensión de hacía un instante hubiera desaparecido. Eso, o era bueno fingiendo.

—Cierra la puta boca —mascullé.

Ese imbécil me sacaba de quicio.

Pero no tuve tiempo para detenerme demasiado en esos pensamientos, porque toda mi atención se concentró en el lugar en el que estábamos. Un estrecho y largo pasillo débilmente iluminado. Ni siquiera tuve que ver las decenas de vitrinas que había a cada lado para reconocer dónde estábamos.

Vi por el rabillo del ojo cómo el hombre que nos acompañaba cerraba la puerta, quedándose fuera.

—Querías verme, ¿no? —preguntó una voz masculina.

Observé a la figura masculina que se encontraba frente a nosotros. Hacía un solo instante no se encontraba allí, estaba completamente seguro de ello.

—El Caníbal —dije, avanzando unos pasos hacia él. No era una pregunta, sino una confirmación. Porque a pesar de que era la primera vez que lo veía en persona, tuve la convicción de que ese era el Caníbal.

Aquel chico era todo lo que me esperaba que fuera. Joven, tal vez tenía unos pocos años más que yo o quizá parecía más mayor de lo que realmente era. Sus ojos oscuros, casi negros, nos contemplaban con diversión retorcida y tenía una cicatriz que recorría su mejilla derecha hasta su mentón. No parecía reciente, más bien del tipo de cicatriz que se hizo hace muchos años; seguramente, cuando aún era un niño. No me sorprendía que alguien que había creado un lugar como El Inframundo hubiera tenido una vida jodida.

—Puedes llamarme Glenn.

—Es un placer —dijo Leonid cuando yo me mantuve en silencio. Se hizo un hueco a mi lado para estirar su mano hacia él y, sorprendentemente, este se la estrechó.

Glenn me miró.

—¿Y tú eres?

Solté una carcajada baja.

—No jodas conmigo. Sabes perfectamente quién soy.

Era bueno ocultándome, poca gente en Dublín me había visto en persona, pero conocía a las personas como Glenn. Antes de reunirse conmigo se habría asegurado de averiguar hasta en qué hospital nació.

Él no lo negó, se limitó a apoyar su espalda sobre una de las vitrinas y darme una mirada divertida.

—O quizá no.

—Ambos sabemos que no serías tan gilipollas como para dejar entrar a tu territorio a nadie que no hayas o vayas a investigar. —Aunque podía parecer que las calles de Glenn eran una zona salvaje, estaban constantemente vigiladas. Todo lo que sucedía estaba siendo analizado. Había un orden y unas normas.

—Y ambos sabemos que si te has molestado en pasearte por mis calles es porque quieres algo de mí.

Me encogí de hombros.

—Tal vez solo quería hacerte una visita como hicieron Arlan Wolf y su segundo hace cuatro días.

Yo había estado allí, en una de las salas, follando a una prostituta.

Ese fue el momento en el que supe que Glenn estaba interesado en negociar conmigo. Porque no me había creído ni por un puto segundo que mi encuentro inesperado con Arlan Wolf fuese pura casualidad. Ya sospeché que algo iba mal cuando me di cuenta de que la sala en la que entré era diferente a la de las otras veces.

Al parecer, le había dado un buen espectáculo a Arlan y a su esbirro. Por supuesto que ninguno de los dos tenía ni idea de quién era yo. Estaba convencido de que se habían enterado de que Zinov Andreyev tenía un hijo hacía poco, y es que mi padre siempre había preferido mantenerme al margen, oculto, como si no existiese.

Glenn no abrió la boca, pero me miró, desafiante. Como si estuviese esperando para ver adónde quería llegar.

—¿O tal vez fue una visita familiar? —pregunté, evidenciando que yo también le había investigado a él.

La historia de Glenn no había sido fácil de averiguar. Tenía los contactos suficientes como para conocer su relación con la familia Wolf, pero no había sido capaz de encontrar una sola fotografía de él. Incluso las descripciones físicas eran muy vagas.

Glenn era el hijo adoptivo de uno de los tíos por parte paterna de Arlan. Se había criado en las calles, y ahora no solo poseía esa zona de Dublín, sino también era el jefe de una familia de la

mafia. Una familia pequeña, no muy importante, pero sí con negocios que podían aportarle gran cantidad de dinero. Negocios que estaban en su poder, pero no parecían importarle demasiado.

—Mi primo no es muy familiar —respondió, cruzando los brazos, queriendo parecer desenfadado, pero podía ver en la forma en la que se tensionaban sus músculos tatuados que mi insinuación no le había hecho ni puta gracia—. Arlan Wolf me importa lo mismo que nada, pero no voy a ayudarte a matarlo. No seré yo quien contribuya a que termines lo que empezó tu padre.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba intentando cabrearme al compararme con mi padre. Si hubiese sido otro, le hubiese clavado mi cuchillo por insinuar que yo era como esa rata desleal, pero no eran tan imbécil como para caer en esa burda patraña. No cuando había llegado tan lejos.

—Podemos seguir demostrándonos el uno al otro lo buenos que somos tocando los cojones, pero prefería ir al grano —espeté con la mandíbula apretada.

Glenn me miró, evaluándome.

—Reconozco que tengo curiosidad por saber qué quieres de mí.

—No quiero nada —respondí, y Glenn enarcó una ceja negra—. Necesito tu colaboración.

—Estoy seguro de que tienes tus propios negocios para conseguir drogas o una mujer dispuesta en Rusia. Dudo que sea esa la razón por la que estás aquí. Y si buscas un socio para abrir nuevos negocios en Dublín, no estoy interesado. Eso tendrás que tratarlo con mi primo. —Esta vez, la última palabra la pronunció con desprecio, casi con asco, como si no le gustase compartir lazos familiares con Arlan Wolf. No era ninguna sorpresa para nadie que no mantenían una buena relación.

—Imagino que has escuchado que mi anterior segundo, Yaroslav, se ha suicidado —dije, sintiendo cómo mi sangre hervía en ira al pronunciar aquella mentira que todos parecían creer.

—No lo conocí, pero he escuchado que ha dejado a una prometida desolada —me interrumpió Glenn, guiñándole un ojo a Leonid. Su comentario no era ninguna casualidad, él estaba marcando terreno, dejando claro que sabía perfectamente quién era Leonid.

Sin embargo, lejos de sentirse intimidado, Leonid sonrió.

—Seré más que capaz de ser su paño de lágrimas.

—Es una mentira, Yaroslav no se suicidó —continué, ignorando la conversación, porque no tenía tiempo para gilipolleces—. Lo mataron días después de visitar uno de los casinos de la familia O'Donnell. Un viaje del que yo no sabía nada.

Glenn no pareció sorprendido ante mi información.

—¿Y crees que los O'Donnell son los culpables?

—No tengo ni puta idea. Si lo supiese, no estaría aquí hablando contigo, me habría asegurado yo mismo de terminar con ellos.

Glenn me observó, pensativo.

—¿Y si los culpables están en Rusia y ese viaje no tuvo nada que ver? A fin de cuentas, es donde apareció muerto.

A diferencia de en Dublín, en Rusia tenía mucho poder y contactos. Ya había investigado todas las posibilidades y no había llegado a nada. Seguía teniendo detectives que estaban tratando de recopilar toda la información que fuese posible, pero todo apuntaba a que la clave de su asesinato estaba en su viaje a Dublín.

¿Por qué si no me mentaría? Yaroslav siempre me decía la verdad, siempre sabía dónde estaba en cada momento. Él debía tener una razón de peso para ocultarme ese viaje y pensaba averiguarla.

—Estoy seguro de que su asesinato está relacionado con ese viaje, quiero que averigües quién lo mató —le dije.

—¿Y quieres que me ponga a investigar a los O'Donnell solo con tu palabra de que estuvo en uno de sus casinos?

—No necesito que investigues nada, para eso ya contraté a un detective. Quiero que me des el nombre de su asesino.

Le entregué un sobre que contenía las fotografías que Cedric me había dado. En ellas, se podía ver con claridad el casino donde se encontraba Yaroslav, la hora y la fecha exacta. Aquello le daría una idea muy clara de todo a Glenn sin tener que explicárselo.

Glenn sacó las instantáneas y las observó en silencio. No fui consciente de que algunas de las vitrinas se habían iluminado hasta que no escuché la fuerte respiración de Leonid, que se encontraba detrás de mí. Él estaba contemplando una de ellas, la que encontraba a unos pasos de nosotros, en la derecha.

En ella, una mujer estaba de espaldas sobre la cristalera mientras un hombre la embestía. El hombre tenía los ojos cerrados, disfrutando del momento.

Yo nunca cerraba los ojos, hasta en esos momentos estaba alerta. Y entonces, no pude evitar imaginarme las piernas de Isabella alrededor de mi cintura y sus uñas arañando mi espalda. Me imaginé a mí mismo con los ojos cerrados y mi mente solo ocupada en darle más placer del que pudiese soportar.

Moví la cabeza para sacarme esos pensamientos de encima. Isabella me había jodido la cabeza, lo hizo desde que la vi por primera vez en la terraza de ese hotel, pero ahora que sabía quién era, podía irse a tomar por culo.

—Él no puede vernos —le dije a Leonid. No sabía si por informarle o por intentar desviar mis pensamientos. La noche en la que había visto a Arlan y a su segundo estaba en una vitrina diferente, una en la que no había estado otras veces. Una desde la que podía verlos y ellos a mí.

—¿Pero ellos saben que estamos aquí, no? —preguntó en un susurro apretado, tan bajo que si no estuviera tan cerca de él, no lo hubiera escuchado—. Saben que puede haber alguien.

Moví mi cabeza en un asentimiento vago.

Leonid tragó saliva y su mirada se centró en el punto en el que el hombre tenía sujeta a la mujer. Una de sus manos alrededor de su cuello. El agarre ni siquiera era fuerte. Apostaría a que él lo estaba haciendo únicamente porque ella se lo había pedido.

Leonid parecía completamente asqueado.

Pero él no había apartado la mirada de la vitrina. Él seguía los movimientos del hombre con atención. Reconocí la llama que se encendió en sus ojos y la forma en la que sus puños se cerraban con fuerza hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Hambre y represión.

Entonces, lo comprendí.

Entendí la mirada que me había dado esa noche cuando me había visto interactuando con una prostituta y también la que me dio en mi coche después del escarmiento merecido que Roman recibió. Porque Leonid parecía completamente asqueado por la manera en la que sus ojos se arrugaban en las esquinas y sus labios se curvaban en una mueca de asco.

Leonid se creía un hombre mejor que todos nosotros. Un hombre con valores. Quizá, hasta quién sabía, un buen hombre.

Uno que no disfrutaría follando delante de otras personas como una manera de demostrar algo. Uno que nunca reclutaría a un niño de doce años. Uno que creía en obtener justicia cuando lo que estaba buscando era venganza.

Ese era Leonid Vasiliev.

Pero no lo era.

Porque él era igual que yo. Podía verlo. De la misma manera que supe que Glenn también lo

hizo por la mirada que le dirigió antes de guardar las fotografías de nuevo en el sobre.

Supongo que los hombres como nosotros lo reconocíamos con facilidad. Ese deseo, esa violencia que anidaban en su interior. Podía negarlo, tratar de reprimirlo, pero estaban ahí, y en algún momento saldrían a la superficie.

Al menos, yo aceptaba mi propia naturaleza. Y estaba orgulloso de ella.

—Tengo que reconocer que has despertado mi curiosidad, pero no tanto como para perder mi tiempo en algo que ni me va ni me viene —dijo Glenn, estirando la mano para devolverme el sobre, pero yo no lo cogí.

Oh, no me creía ni por un segundo esa negativa barata. Si Glenn no estaría interesado en negociar, no hubiera accedido a reunirse conmigo.

—Quizá te interese más si te prometo un trozo del pastel del tráfico de armas desde Rusia —sugerí.

Glenn siguió con la mano estirada, como si tuviese la esperanza de que en algún momento cogiese el sobre.

—Me temo que me conformo con lo que tengo. Me gusta ser un pequeño empresario.

—Supongo que entonces no te importa que le ofrezca el negocio únicamente a tu primo —dije casualmente. No me gustaban los juegos, prefería ser directo e ir al grano, pero si así era cómo quería hacer las cosas...—. Eso lo convertiría en un hombre muy poderoso, mucho más de lo que ya es.

Glenn me miró fijamente, y esta vez, sí bajó la mano. Él se había quedado con la herencia de la familia materna de Arlan Wolf, una herencia que muchos pensaban que no le pertenecía. Y seguramente, Arlan era uno de ellos. Puede que no estuviese actuando como jefe de esa familia, pero tampoco había cedido el puesto a otro hombre. Si le daba todo el negocio a Arlan, se haría con tanto poder que no le costaría quitársela.

—Si no quieres entrar en el negocio, está bien. Pero si me ayudas, repartiré el negocio entre varias familias para que ninguna sea demasiado poderosa.

Glenn apretó los dientes con fuerza. Aunque trataba de controlarse, estaba cabreado.

—Si le das todo el poder a una familia, tú también saldrás perdiendo a la larga.

Así era. En un principio me beneficiaría, pero, con el tiempo, esa familia dejaría de usarme como intermediario y me echaría de Dublín. Sin embargo, estaba dispuesto a arriesgarme si con ellos lograba encontrar al culpable de la muerte de mi amigo. Porque vengar la muerte de Yaroslav merecía cualquier sacrificio.

—Me arriesgaré.

Glenn me observó durante unos minutos en silencio, como si estuviese buscando en mi rostro cualquier tipo de señal que le indicase que estaba de farol. No debió encontrarla, porque con un resoplido bajo, asintió.

—Me pondré en contacto contigo cuando tenga algo. Hasta entonces, sois bienvenidos en mi pequeño mundo. Podéis regresar cuando queráis. —Glenn me miró a mí y después a Leonid.

Escuché el sonido de la puerta abriéndose y supe que la reunión había llegado a su fin. Ambos andamos hasta la salida.

El regreso hasta mi coche fue en silencio.

—¿Crees que podemos confiar en él? —me preguntó Leonid mientras se sentaba en el asiento de copiloto de mi Lamborghini.

—No me fío de nadie —«ni siquiera de ti». No pronuncié aquellas últimas palabras, aunque eran evidentes—, pero no nos queda otra opción. Dudo que nos la juegue, y pese a que no me fío del todo, merece la pena arriesgarse. —Yaroslav se merecía que vengásemos su muerte.

Leonid asintió con convencimiento. Porque él también estaba dispuesto a asumir ese riesgo.

Capítulo 9

Isabella

—Tengo ganas de ir a visitaros —me dijo Serena al otro lado de la línea—. Estaba pensando pedirle a mi padre que me deje ir unas semanas antes del baile de máscaras. Así podré quedarme con vosotros durante la última quincena de agosto. —Hizo una pausa y supe que estaba mordiéndose las uñas—. La hija de un socio de papá se casa unos días antes del baile, pero apenas lo he visto dos veces. —Suponía que el rango de este socio no era muy importante, porque sino mi padre hubiera tenido que asistir.

Me acomodé en la hamaca en la que estaba tumbada, aprovechando los primeros rayos de sol. Aunque el clima de Dublín aún no era el más cálido, habíamos aprovechado que el sol reinaba en el cielo sin nubes para inaugurar la piscina.

—Eso sería genial, Rena —contesté mientras le daba un sorbo a mi *smoothie* de sandia y fresas que Jenna, nuestra cocinera, me había preparado esa misma mañana.

Las visitas de Serena siempre eran refrescantes para mí. Aunque a veces era demasiado cursi y un poco intensa, me gustaba pasar tiempo con mi prima. Porque en contra de lo que la mayor parte de las personas decían, las vacaciones de verano se me podían llegar a hacer eternas.

—Hablaré con papá. —Hubo un breve silencio, y después, Sereña añadió: —¿Qué tal fue la fiesta de compromiso? Quiero que me lo cuentes todo.

Me tensé al escuchar la pregunta.

Era un tema que prefería evitar, pero en el que no podía dejar de pensar. Había pasado una semana y un día desde mi fiesta de compromiso.

—Realmente, no hay mucho que contar. Fue bien.

Mi respuesta no convenció a Serena. La conocía lo suficiente como para esperar que no lo hiciera.

—Oh, vamos, una chica no habla de su fiesta de compromiso con solo bien —se quejó—. Cuéntame más sobre Leonid. ¿Qué te dijo? ¿Pudisteis hablar más que la primera vez que os visteis? —indagó—. Lo he buscado en Internet y, oh, Bella, es guapísimo. ¿Te pusiste el vestido negro que me dijiste? Seguro que lo dejaste sin aliento.

—¿A cuál de todas las preguntas que me has hecho quieres que te respondas?

—¡A todas! —exclamó, y tuve que apartar mi teléfono de mi oreja porque, con el grito que pegó, casi me dejó sorda.

—No hablamos demasiado, Rena. Ya sabes cómo son esas fiestas y, además, tuvo que irse temprano. —Serena soltó un pequeño suspiro de decepción—. Y sí, me puse el vestido negro, todos los hombres de la sala estaban sin aliento.

Aunque Leonid me había alabado, dudaba que quedarse sin aliento fuera una expresión adecuada para su reacción. Podía identificar cuando un chico se enloquecía por mí, era algo que pasaba con frecuencia y que sabía aprovechar, y era muy consciente de que no había provocado esa reacción en Leonid.

Él era correcto y muy caballeroso. Se había disculpado por irse antes e, incluso, me había enviado un ramo de flores disculpándose de nuevo. Era la única comunicación que había tenido con él desde la fiesta. Y aunque era un gesto amable, se sentía un poco frío. Como algo que haces por obligación.

Además, no era por ponerme quisquillosa, pero me había regalado lirios blancos. ¿Qué persona en su sano juicio regalaba lirios blancos? No era como si esperase que escogiese unos tulipanes azules, que eran mi flor favorita, pero si iba a ser tan poco original como para regalarme un ramo de flores, podía haber escogido unas rosas, como hacía todo el mundo.

O, si de verdad lo sentía tanto como decía, alguna joya, como unos pendientes de diamantes o un anillo hubieran estado bien.

—Me hubiera encantado ir —se lamentó Serena—. Una pena que haya sido algo privado.

—Oye, Rena... —Mordisqueé mi pajita, dándome unos segundos extras para decidir si estaba segura de lo que iba a decir a continuación. Había un tema que no dejaba de ronda mi cabeza—. ¿Estás sola?

—Sí, mis padres se han ido a comer a Mare e Monti —respondió, mencionando el restaurante favorito de mis tíos—. Ya te lo he dicho.

—Y yo te he escuchado, pero necesito que compruebes que estás sola —repetí—. Lo que te voy a contar es importante.

Aunque Serena no me contestó, ella entendió mi mensaje. Oí cómo se levantaba y daba unos pasos; seguramente, para comprobar que no había nadie en el pasillo de su casa. Puede que sus padres no estuvieran, pero la casa de mi prima estaba llena de empleadas del hogar. Y bien sabía que las paredes tenían oídos cuando se trataban de temas tan jugosos como el que le iba a confesar.

No podía arriesgarme a que esa información llegase a los oídos equivocados.

Yo también aproveché para dar un rápido vistazo a mi alrededor. El único que estaba en la piscina era mi hermano Ivo, sentado en el bordillo, con un pesado libro en su regazo y sus pies en el agua, lo suficientemente lejos como para no escuchar mi conversación. Dudaba que oyese algo aunque estuviese pegado a mí, ya que él se sumergía en su propio mundo cuando leía.

—Sin novedad en el frente, capitana —me informó Serena mientras escuchaba una puerta cerrándose detrás de ella. Se acababa de encerrar en su habitación.

Entorné los ojos ante la expresión.

—Hay algo que pasó en la fiesta de compromiso que no te he contado. —En realidad, no lo había compartido con nadie. Mi padre perdería la cabeza si lo averiguaba y mi madre entraría en pánico y terminaría contándoselo a mi padre—. ¿Te acuerdas del chico misterioso de Bellagio? ¿El de la terraza del hotel?

—¿Con el que te fuiste y me dejaste tirada? —preguntó Serena, aunque no había reproche en su voz; nunca lo había.

Y esa era la razón por la que se lo estaba contando, porque mi prima me escucharía sin juzgar. Por eso y porque, por una vez en mi vida, había algo que necesitaba hablar con otra persona. Algo que me estaba carcomiendo por dentro.

—Siento haberte dejado tirada —dije.

Una vez escapé del alojamiento alquilado, eché a correr sin rumbo fijo, hasta que no pude más y, entonces, llamé a un Uber. Uno que me dejó de nuevo en el hotel del que, afortunadamente, mi prima no se había movido. Ella había seguido en la terraza, en el mismo lugar, con una copa intacta, como si no se atreviera a irse a ninguna parte sin mí.

—Bella, ¿estás bien? —me preguntó Serena con preocupación—. Tú nunca...

—Me disculpo —terminé la frase que ella no parecía atreverse a decir.

—No, no lo haces, pero no me importa. Te acepto tal y cómo eres.

Era el momento de decirle que yo también a ella, y tal vez, hasta soltar unas lagrimitas juntas, pero eso no sucedería. Hablar de sentimientos no era lo mío, bastante había dicho ya. Y ni

siquiera tenía muy claro por qué lo había hecho.

—Entonces, ¿te acuerdas de él, no? —dije para reconducir la conversación.

—Ese chico daba miedo, Bella —murmuró, y estaba segura de que acababa de estremecerse. Algo demasiado exagerado si me preguntaba—. ¿Qué tiene que ver él con tu fiesta de compromiso? —inquirió, molesta. A Serena no le gustaba hablar de esa noche, como si fuera un incidente que quisiera olvidar. Porque eso era lo que hacía Serena cuando un tema la incomodaba: fingía que nunca había existido. Aunque realmente ella no había participado ni había hecho nada que fuera *incorrecto*.

—Él estaba allí, Rena.

Mi prima emitió un chillido ahogado.

—¿Cómo que estaba allí? ¿Qué hacía él...?

—Estaba acompañando a Leonid, mi prometido —contesté, interrumpiéndola—. Es su Pakhan. En la Bratva, es el equivalente al Don —le expliqué, ya que quizá Rena no lo sabía.

—¿Qué?! —Mi prima emitió tal grito que tuve que apartar mi móvil de la oreja de nuevo. Qué manía tenía de elevar el volumen—. Es demasiado joven, Bella... No puede...

—Su padre ha muerto y él era el único heredero.

—Oh, Dios santo, te has acostado con el jefe de tu prometido... —Serena parecía a punto de entrar en pánico—. ¿Qué vas a hacer, Bella? Es tan grave...

No, si buscaba alguien que me tranquilizara, mi prima no era la persona adecuada. Pero, aun así, sentía que ella era la persona correcta para tener esa conversación. Probablemente, porque no podía tenerla con nadie más.

Aunque estaba empezando a pensar que, tal vez, no había sido buena idea. Serena no me juzgaba y sabía que no se lo contaría a nadie más, pero era un pelín exagerada y tremendista. Y quien dice un pelín, dice muchísimo.

—En primer lugar, no nos acostamos. Casi lo hicimos —puntalicé. Tampoco era como si eso fuera a marcar la gran diferencia, ya que si mi padre se enterara, me enviaría a un convento de monjas. Serena emitió un gritito que interpreté como un *sí*, y supe, sin necesidad de verla, que estaba roja como un tomate solo por hablar de ese tema—. Y, en segundo lugar, no tengo ni idea.

Me acomodé en la hamaca, sintiéndome un poco más liberada después de mi confesión. Como si el nudo ese que había estado en mi estómago, se desenredara suavemente.

No había podido dejar de darle vueltas al tema durante toda esa semana. No había podido dejar de pensar en Mikhail y en sus profundos ojos grises. Había repetido en mi mente una y otra vez hasta la saciedad nuestro encuentro en la fiesta, analizando cada uno de sus movimientos y cada una de sus palabras. Y el recuerdo de nuestro primer encuentro había invadido alguna que otra noche oscura en mi habitación.

No podía dejar de pensar en él. Se había adueñado de mis pensamientos y eso era jodidamente irritante.

—¿Leonid lo sabe?

—Que yo sepa, no. Él me envió un ramo de flores hace unos días y sé que antes de ayer su padre habló con el mío. Papá lo mencionó durante la cena. —Mi corazón se aceleró con la posibilidad de ser descubierta, pero tan solo conversaron sobre el compromiso y temas de negocios que mi padre no compartía conmigo—. No parece que lo sepan, sino ya hubieran cancelado el compromiso. —Eso no me cabía la menor duda.

—Así que él no se lo ha contado. —Serena parecía ligeramente sorprendida.

Yo también lo estaba. Desconocía las razones que estaban llevando a Mikhail a no compartir esa información con Leonid, pero era evidente que tenía algunas.

—De momento, no.

—Tienes que hablar con él —dijo Serena con una desesperación evidente.

—¿Hablar con él? —repetí, considerando la idea—. ¿Y cuando hablo con él? No es tan fácil, Rena. No es como si tuviera su número y, además, levantaría sospechas si alguien nos ve.

—Pídele que te guarde el secreto —continuó Serena, ignorándome—. Cuando pasó, Leonid y tú ni siquiera os conocíais en persona. Explícale que fue un error, que nunca volverás a traicionar a Leonid cuando os caséis. Seguro que él es una persona razonable.

Una risa amarga se escapó de mis labios al escuchar esas últimas palabras. Apenas conocía a Mikhail, pero podía asegurar que razonable no era un adjetivo que definiese su personalidad. Ni siquiera mi prima estaba segura de ello por la forma en la que su voz temblaba.

—Eso es un plan genial, Serena —dije con sarcasmo mientras me inclinaba para darle un último trago a mi *smoothie*, terminándomelo—. Y serviría en una película de Disney, pero no en la vida real.

—¿Tienes otro mejor? —contraatacó, histérica. Y ahí, le tenía que dar la razón—. Tenemos que pensar, seguro que se nos ocurre algo.

Mientras Serena divagaba, aproveché para levantarme de la hamaca e ir a la cocina en busca de otro *smoothie*. Podía sentir la sequedad en mi garganta y necesitaba moverme, no podía estar quieta. Me puse las chanclas y, tras echar un vistazo a mi hermano, asegurándome que estaba bien, entré en casa.

Mi prima no se equivocaba cuando decía que necesitaba un plan. No podía quedarme quieta con la incertidumbre de que Mikhail pudiese lanzar esa bomba en cualquier momento. Una bomba que arruinaría mi futuro.

Quizá sí que debía hablar con él. No era tan ingenua como mi prima como para pensar que podría razonar con él, pero quizá podíamos llegar a un acuerdo. Si Mikhail no le había contado ya a Leonid lo que pasó entre nosotros era porque tenía un interés para no hacerlo. Un interés que podía aprovechar.

Aunque, ¿cuándo podría hablar con él?

Mikhail y yo no frecuentábamos los mismos entornos, y tampoco podía abordarlo en cualquier sitio. Lo último que me convenía en esos momentos era que alguien nos viese y pudiesen comenzar rumores malintencionados.

Sin embargo, la respuesta vino en forma de mi padre un minuto después, cuando mientras vagaba pensativa por el pasillo de mi casa de camino a la cocina, pasé por delante su despacho. La puerta estaba ligeramente abierta y no estaba solo.

—Paciencia, querido. —Me detuve al escuchar la inconfundible voz de mi madre.

Retrocedí un paso y silencié a mi prima, tratando de ser lo menos ruidosa posible. Tenía práctica en ello, ya que no era la primera vez que escuchaba a escondidas conversaciones de mis padres.

—¡Ese ruso es un imbécil! —Mi padre sonaba furioso—. Casi nadie quiere negociar con ellos después de lo que su padre hizo. Un traidor, una basura a la que todos desprecian. Y aquí estoy yo, que sigo ofreciendo la mano de nuestra hija y una alianza generosa. —Escuché un golpe, y aunque apenas podía ver, supuse que acababa de golpear con su mano la mesa de su escritorio—. ¡Les tiendo nuestra mano y encima nos desprecia!

Mi corazón se aceleró. Estaba hablando de Mikhail.

—A veces, los comienzos no son fáciles. No todo sale a la primera. —Mi madre intentaba aplacar la furia de mi padre. Y, generalmente, lo conseguía. Ella le aportaba la calma que él necesitaba. Por eso funcionaban tan bien juntos—. Pero la alianza será buena para nuestra

familia. Buena para ti.

—¡Estoy hasta los huevos de sus desprecios! ¡¿Sabes cuántos hombres importantes de la mafia quieren la mano de Isabella?! ¡No solo hombres de la mafia, sino también hijos de empresarios y políticos importantes! ¡Se matarían por ella, Eleonora!

Ni siquiera me impresionó que mi padre hablara sobre mí como un trofeo. Porque, en parte, eso era lo que era para él. Su precioso trofeo en forma de hija.

—Leonid se muere por ella. ¿Has visto cómo la adula? Van a ser la pareja perfecta; ya son la envidia de todos. Son un espectáculo para la vista juntos.

—Estoy empezando a pensar que no se merece la mano de nuestra hija. ¡Me he tenido que enterar por Luke que el sábado que viene organizan la fiesta de inauguración de su discoteca! E Isabella ni siquiera está invitada.

Ahí estaba el motivo de indignación de mi padre.

No, a mi padre no le molestaba que no me hubieran invitado a mí. Le molestaba que no lo hubieran invitado a él.

—El pobre Leonid habrá querido invitarla —insistió mi madre, defendiendo a mi prometido. Leonid se la había metido en el bolsillo—. Mira el precioso ramo de flores que le ha enviado disculpándose. Eso ha sido cosa de su Pakhan, Mikhail. Su educación es mínimamente cuestionable. Ni siquiera se acercó a saludarme.

—¡Debería llamarlo ahora mismo y exigirle que invite a nuestra hija!

—No, querido. —La voz de mi madre era suave, pero contundente—. Eso tan solo creará más fricción. Es mejor que seamos cautos. Todo llegará.

Mi padre dijo algo, pero ya no estaba escuchando. Porque mi padre me había dado la idea que necesitaba.

Me di la vuelta y seguí caminando por el pasillo rumbo a la cocina.

—Rena —me llevé de nuevo el teléfono a la oreja y activé el micrófono—, tengo que dejarte. El sábado tengo una inauguración y necesito un vestido nuevo.

—Quedan cuatro días, ¿no puedes ir mañana? —preguntó, confundida por el cambio de tema.

Sonreí.

—No, necesito encontrar algo que sea simplemente espectacular. Hay alguien a quien debo impresionar.

Capítulo 10

Isabella

The Hell.

Ese era el nombre que se podía leer en las letras de neón de color naranja fuego del cartel que tenía frente a mí, y de alguna manera, se sentía correcto. Era el nombre perfecto para una de las discotecas de Mikhail. Porque él tenía un cuerpo que invitaba a pecar, y si caías en su trampa, terminabas consumiéndote en las llamas del purgatorio.

A muchas mujeres eso les parecía un precio justo por una noche con él. Aunque no a mí, porque yo no era como el resto. Tal vez mi vida no era perfecta y no era la que yo hubiese elegido, pero la aceptaba. Y no iba a permitir que nadie estropease lo que con tanto esfuerzo había construido.

Por eso estaba allí, para asegurarme de que Mikhail no se iba de la lengua.

—Guau —dijo Vittoria, que se encontraba a mi lado—. Es impresionante.

Vittoria no se equivocaba.

Mis amigas y yo estábamos acostumbradas a ir a los mejores locales nocturnos de la ciudad; los más lujosos y los que más de moda estaban. Pero esa discoteca, era imponente. Podía afirmarlo incluso sin haber entrado.

Sin duda alguna, Mikhail había hecho un buen trabajo. Aunque no esperaba menos de él. Por supuesto que Mikhail Andreyev no era una persona que se quedaba a medias. Estaba segura de que era así en todos los aspectos; incluso en el sexual. Pero eso era algo que nunca descubriría, que no quería descubrir.

—Bueno —Livia chasqueó la lengua e hizo un gesto con su mano derecha—, no está mal.

Le había pedido a mis dos amigas que me acompañaran a la fiesta de inauguración de la nueva discoteca de Mikhail. No había sido fácil de averiguar cuál era ni dónde se encontraba. Por supuesto, era algo que había hecho a escondidas de mi padre, ya que suponía que él había decidido seguir el consejo de mi madre al no decirme nada.

Aunque nunca decía que no a una buena fiesta, no tenía ni el menor interés en acudir a la fiesta de inauguración del nuevo negocio de la Bratva. Pero aquella fiesta me brindaba una oportunidad de oro que no podía desaprovechar. Podría acercarme a Mikhail sin que mi presencia resultara sospechosa allí, ya que todo el mundo, incluido mi prometido, creería que había ido a apoyarlo. Por eso había decidido venir acompañada, para que mi coartada sonase aún más creíble.

Tan solo tenía que buscar el momento perfecto para abordar a Mikhail y asegurarme de que su silencio no era un problema del que tener que preocuparme.

—Oye, Bella... —me llamó Vittoria, dirigiendo una mirada hacia la cola kilométrica que llegaba hasta el final de la calle. Al parecer, los de la Bratva habían hecho una buena propaganda—. ¿Tienes las entradas VIP?

Me reí y compartí una mirada cómplice con Livia.

—No necesito entradas.

Y sin decir nada más, avancé entre las incontables personas que estaban agrupadas. Entendiendo mi señal, Vittoria y Livia me siguieron. Si esperábamos, nos darían la una de la madrugada, eso si conseguíamos entrar. alguna de las personas me miraron mal, pero las ignoré.

Con seguridad, me situé frente al gorila de dos metros que me miró con el ceño fruncido. Fui a entrar, pero él me detuvo.

—¿Tienes invitación? —preguntó con aspereza y con un marcado acento ruso.

Otro con la preguntita...

Casi me sentí ofendida porque no me reconociera hasta que me di cuenta de que Leonid y yo acabábamos de comprometernos en una situación completamente atípica. Sus hombres aún no me conocían físicamente.

—Soy Isabella Carbone —me presenté, sin poder evitar sentirme irritada por el hecho de tener que hacerlo.

Mi nombre no tuvo el efecto que esperaba en él.

—¿Tienes invitación o no? —preguntó de nuevo con una antipatía mal disimulada, como si le molestara el tener que repetirse. No me dio ni un segundo para poder responderle—. Entonces, a esperar la cola como todo el mundo. —Hizo un gesto con la mano para que nos apartáramos.

Estaba bastante segura de que toda la gente que estaba en la cola no lograría entrar. O por lo menos, no hasta bien avanzada la noche. No sin una invitación.

—¡Yo sí que tengo! —exclamó una chica detrás de mí.

Le hice un gesto con mi mano para que se callara.

—No la necesito —dije sin moverme ni un ápice—. Mi prometido, Leonid Vasiliev, me ha invitado personalmente. Él está ahí dentro, esperándome. —Señalé a la puerta que daba al interior de la discoteca—. Pero lo llamaré para que salga y pueda explicártelo él. —Abrí la cremallera de mi bolso para coger mi teléfono.

Era un farol. Ni siquiera tenía el número de teléfono de Leonid, y de haberlo tenido, ¿qué iba a decirle? Me había presentado en la inauguración de la discoteca sin invitación alguna. Él ni siquiera sabía que estaba allí.

Sin embargo, ese portero antipático no tenía la menor idea. Observé con satisfacción cómo su expresión hostil y su prepotencia era sustituida por una mueca de preocupación. Acababa de darse cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Disculpame, señorita Carbone. No sabía que iba a venir hoy. No hace falta que molestemos a Leonid, podéis entrar.

—¿Tú crees? —Saqué el móvil y lo desbloqueé, yendo hacia los números que se encontraban entre mis contactos. El portero negó rápidamente con la cabeza una y otra vez, comenzando a ponerse nervioso—. Porque yo creo que sí hace falta.

—No quería ofe...

—¿Sabes qué? —le interrumpí, porque no deseaba escuchar sus disculpas. Quería devolverle la humillación, disfrutar de su miedo—. Tienes razón. No llamaré a Leonid, pero solo porque no se merece que lo moleste por errores de otros.

El portero soltó un suspiro de alivio mientras veía cómo volvía a guardar mi teléfono en mi bolso. No importaba que fueran de la Bratva o de la mafia italiana, a todos los hombres de la mafia se les ponía en su lugar de la misma manera.

El portero se hizo a un lado para dejarnos pasar. Con la cabeza bien alta, caminé con pasos seguros, seguida de Vittoria y Livia.

—Gracias, señorita Carbone.

Ni siquiera me molesté en responder.

—No me puedo creer que sean tan incompetentes —se quejó Livia después de que dejáramos nuestras chaquetas en el guardarropa—. Papá tenía razón; si quieres un buen trabajo, tienes que hacerlo tú mismo.

Por supuesto que a mis amigas no les sorprendió la manera en la que había actuado. Ellas habrían hecho lo mismo. Probablemente, no estarían allí sin el permiso de su prometido o de su padre, ya que eran de las que sabían que había ciertas líneas rojas que no se podían pasar, pero eso nunca había sido un inconveniente para mí.

El interior era aún más sorprendente que el exterior. Mikhail no había escatimado en gastos, aunque no esperaba menos.

—*Touché*.

—¿Por qué no vamos a por una bebida? —sugirió Vittoria—. Estoy sedienta.

Nos dirigimos hacia la barra. Afortunadamente, la pista era grande y aún era temprano, por lo que no había demasiada gente y pudimos acceder con facilidad. Sin embargo, sí que había varias personas acumuladas en la barra.

—¿Qué queréis? —preguntó Vittoria.

—Un cosmopolitan —contesté. No sabía qué calidad tendrían los cócteles de esa discoteca, así que prefería ir a lo seguro.

—¿Y tú, Livia?

—Otro —contestó Livia, concentrada en grabar la pista con su teléfono móvil.

Vittoria asintió y fue a pedir nuestras bebidas, pero había unas cuantas personas en las barras y tan solo un camarero. Cansada de esperar, aunque realmente no llevábamos esperando ni un minuto, pero era algo que me irritaba bastante, me hice hueco entre dos chicos que estaban acumulados en una zona de la barra a la que se dirigía el camarero y chasquéé los dedos, llamando su atención.

—Tres cosmopolitan, por favor.

—Hecho —dijo.

—Ey, íbamos nosotras —se quejó una voz a mi lado—. Tienes que esperar la cola.

Ladeé mi cabeza hacia mi derecha para encontrarme con el ceño fruncido de una chica. Era de una edad parecida a la mía; seguramente, un par de años más joven. Llevaba su cabello rizado y castaño recogido en un moño, y un top plateado de tirantes que, tenía que reconocer, que le favorecía. Su rostro me era familiar, y aunque no recordaba su nombre, sí me acordaba de haberme cruzado con ella en algunas de las fiestas a las que había acudido con mis padres.

—Gracias por la información —le contesté con un sarcasmo evidente—. Para la siguiente vez lo tendré en cuenta. —Esbocé una sonrisa falsa.

Intuí que iba a tener una pelea que no me apetecía en absoluto por la mirada de indignación que la chica me lanzó.

—No te preocupes, está todo bien —me dijo una chica rubia, agarrando a la otra chica, que supuse que era su amiga, por la muñeca—. Vamos, Adele, si nos toca ahora. Qué más da esperarnos un minuto más.

—No es eso, Erin...

Di la conversación por terminada y volví a centrar mi atención en el camarero, que estaba terminando de preparar nuestras bebidas.

—Ponlos en la cuenta de Leonid Vasiliev —le dije mientras cogía los cócteles. Podía permitirme pagarlos, pero qué menos que mi prometido fuera un poco considerado.

El camarero frunció el ceño, pero terminó asintiendo.

Me dirigí hacia mis amigas, que se encontraban esperándome a unos pasos de la barra, y les entregué sus copas.

—¡Venga, un *selfie*! —gritó Livia con entusiasmo antes de que pudiera darle siquiera un trago a mi cosmopolitan, girando el móvil hacia nosotras. Esbocé una sonrisa ensayada a la vez

que alzaba mi copa yladeaba ligeramente mi cabeza, consiguiendo que la cámara captara mi perfil bueno—. Divinas —murmuró con satisfacción mientras observaba la fotografía y comenzaba a teclear en su teléfono.

—¿Vas a subirla a Instagram? —preguntó Vittoria, y cuando Livia asintió distraídamente, añadió: —¿Y si el resto de nuestras amigas lo ven? Se pueden sentir ofendidas. Isa solo nos ha invitado a nosotras.

—¿Y? —Livia tecleó una última vez, seguramente, para subir la historia—. No todo el mundo puede ir a todos los planes. Si se pican, qué coman ajos.

—Livia tiene razón, Vit —secundé—. Yo hubiera invitado a todas —mentí sin tan siquiera molestarme en fingir un poco de tristeza—, pero habéis visto cómo está la discoteca, era imposible meter al grupo entero. Hoy es una noche exclusiva; la próxima vez, las invitaré.

—Somos tus íntimas amigas, es normal que hayas venido con nosotras —apostilló Livia.

—Visto así... —dijo Vittoria, mordiendo su labio inferior, aunque con una satisfacción mal escondida.

Livia había publicado en Instagram dónde estábamos para que todo nuestro círculo lo viera y se preguntara por qué ellas no habían acudido. Vittoria, Livia y yo formábamos una especie de alianza; ellas, de todo nuestro grupo de amigas, era con las que más me convenía juntarme y, de alguna manera, las que más soportaba de todas. Aunque no las soportaba demasiado. Tampoco ellas lo hacían conmigo, pero en nuestro mundo la conveniencia se utilizaba en todos los aspectos, no solo en el matrimonio.

Y me convenía mantener esa alianza. Al menos, de momento.

—Vamos a brindar —propuse, alzando mi copa—. ¡Por nosotras!

Vittoria y Livia levantaron sus copas y la chocaron contra la mía para, después, darle un trago. Durante la siguiente hora estuvimos bailando en la pista. Me gustaba bailar, siempre se me había dado bien moverme al ritmo de la música; incluso había ido a clases de danza durante unos cuantos años durante mi adolescencia. Aunque al cabo de un rato empezó a tornarse un poco aburrido, además de que la pista comenzaba a llenarse de gente y era un poco tedioso tener que estar apartando a la gente constantemente. Qué manía tenían de no respetar el espacio personal. Además, ¿la gente no usaba desodorante o qué?

Por eso siempre prefería las zonas VIP, pero para poder acceder a una tenía que haber sido invitada primero, algo que no había sucedido. Y no quería llamar más la atención de lo que ya podía haberla llamado exigiendo un reservado cuando, probablemente, ya estaban todos ocupados.

Pese a que había estado buscando a Mikhail con la mirada durante todo el rato, no lo había visto por ningún lado. Ni a él ni a mi prometido. Aunque claro, esa discoteca tenía cuatro plantas; tal vez debería darme un pequeño paseo.

Di una vuelta sobre mí misma al ritmo de la canción de música electrónica que estaba sonando en esos momentos mientras Vittoria sonreía a un chico que se nos acababa de acercar. Le hice un gesto con mi mano para que supiera que no estaba interesada. No quería chicos cerca que pudiesen dar lugar a ningún tipo de rumor. No era tan idiota como para arriesgarme a eso en el territorio de mi prometido.

«Aunque sí para casi acostarte con su Pakhan».

No pude evitar reírme ante mis propios pensamientos. Porque sí, eso era mucho peor. En mi defensa, en esos momentos no tenía ni idea de quién era Mikhail.

Eché una última mirada a mi alrededor. Buscar a Mikhail se complicaba a medida que la noche avanzaba. Estaba preparando una excusa para deshacerme de Livia y Vittoria durante unos

minutos, cuando atisé una inconfundible y musculada espalda. Apenas podía verlo desde donde me encontraba, pero era él; Mikhail Andreyev estaba allí. Se hallaba en una de las salidas de emergencia de la discoteca, prácticamente en la otra punta en la que yo estaba.

Me giré para mirar a mis amigas, pero ni siquiera tuve que darles una excusa, porque estaban ocupadas bailando con dos chicos. No se darían cuenta de mi ausencia si no tardaba demasiado, algo que no pensaba hacer. Me di la vuelta y caminé hacia Mikhail. No podía arriesgarme a perderlo de vista. Esa era la única oportunidad que podría tener en solucionar mi problema.

Aparté a la gente que se acumulaba en la pista mientras intentaba caminar lo suficientemente deprisa. Aunque con todas las personas que había se me hacía cada vez más difícil. Parecía que iba llegando a mi objetivo cuando un chico que estaba bailando se chocó contra mí y me lanzó hacia atrás, consiguiendo que prácticamente cayera encima de una pareja que se estaba besando apasionadamente, y si no fuera por mi buen equilibrio, gracias al cual conseguí estabilizarme a tiempo, hubiéramos terminado los tres en el suelo.

—¡Ten más cuidado! —gritó una voz femenina con indignación, lo suficientemente alto como para que pudiera escucharla por encima de la música—. ¡No me puedo creer que seas tú otra vez!

Aquellas últimas palabras llamaron un poco mi atención, solo un poco, y me di cuenta de que era la misma chica con la que había coincidido en la barra.

—Mira, no tengo tiempo para esto —dije, haciéndole un gesto con mi mano para que me dejara pasar. Pero ella no se movió—. No ha sido mi culpa. Me han empujado, ¿vale? —Señalé al verdadero culpable, que era el chico que se encontraba a mi lado y que seguía bailando alegremente. O lo que él creía que era bailar, porque llamar así a esos movimientos extraños que estaba haciendo con sus caderas era una ofensa para la danza.

—¡Y encima me has empujado! —se quejó la chica, pasando una mano por su camiseta.

Puede que hubiera derramado un poco de cosmopolitan sobre ella, pero nada que un poco de agua no pudiese resolver. Estaba siendo una exagerada y me estaba haciendo perder el tiempo.

—Te vuelvo a repetir que no ha sido mi culpa. Ahora, ¿puedes apartarte de una vez? —Vale, mis formas no estaban siendo las mejores, pero, en mi defensa, estaba empezando a ponerse un poco intensa.

—Oye, no le hables así —me dijo el chico que estaba a su lado, que suponía que era su novio.

Parecía enfadado y yo entorné los ojos.

Lo que me faltaba ya, que me usará a mí para parecer un príncipe con brillante armadura... Seguramente aquella estrategia le funcionaría con casi todo el mundo, ya que a cualquier persona aquel chico le hubiera parecido, al menos, intimidante. Pero no a mí, que estaba acostumbrada a rodearme de hombres que lucían y, seguramente eran, mucho más peligrosos que él.

—En serio, no tengo tiempo para este drama —contesté, volviendo a fijar mi mirada en Mikhail. Aún me quedaba un poco de camino para llegar hasta él.

El chico fue a decir algo más, pero luego sus ojos siguieron mi mirada y sentí que su expresión cambiaba por completo, palideciendo un poco. Debió de cambiar de opinión, porque agarró a la chica de la muñeca y la apartó con suavidad para dejarme pasar.

—No merece la pena, Adele —escuché que le decía a su novia—. Mejor regresamos con Vadim y Erin.

Ya no oí la respuesta de la chica, porque aproveché el camino libre que el chico me había

dejado y me dirigí hacia Mikhail. Afortunadamente, no tuve ningún incidente más y pude llegar hasta él. Una vez salí de la pista, ya no había casi gente. Él estaba en una de las salidas de emergencia y pude ver que había unos pocos chicos a su alrededor. No tuve que mirarlos mucho para saber que se trataban de sus hombres y no de clientes de la discoteca.

Ninguno de ellos sospecharía porque estuviéramos hablando. Creerían que le estaba preguntando por mi prometido.

Di mis últimos pasos hacia Mikhail.

—¿Isabella?

Mikhail se dio la vuelta y sus ojos se fijaron en mí, viéndome por primera vez.

Pero no era él quien me había llamado. Porque desde el ángulo en el que lo había visto no me había dado cuenta de que Mikhail no estaba solo, sino junto a Leonid, que se encontraba apoyado sobre la puerta de emergencia y mirándome como si acabara de ver una visión.

Fue una sorpresa inesperada, ya que esperaba no tener que lidiar con él, pero estaba preparada para ello.

Nunca dejaba nada a la suerte, siempre sabía bien lo que hacía. A excepción aquella noche en Bellagio.

Pero eso fue culpa del hombre que ahora me miraba con intensidad, el mismo hombre de ojos grises al que quería enfrentarme. Aunque, ahora que estaba frente a él, no estaba segura de que hubiera sido tan buena idea.

Capítulo 11

Mikhail

—No me puedo creer que me hayas hecho hacerme pasar por ti —se quejó Leonid con indignación mientras cruzaba sus brazos.

Acabábamos de salir de la reunión que habíamos tenido con Arlan Wolf, Cian Maccarthy y Callum O'Donell, los jefes —a excepción de Callum, que heredaría el puesto dentro de unos pocos años— de las familias más poderosas de la mafia irlandesa. Leonid no estaba feliz con la decisión que había tomado, pero su opinión me importaba una auténtica mierda y eso era algo que tenía que aprender de una puta vez.

—Yo ordeno y tú acatas mis órdenes —respondí con sequedad, pese a que nuestra relación debía ser mucho más que eso. Él era mi segundo, mi hombre de confianza, mi mano derecha. Debía haber lealtad, respeto y, sobre todo, confianza entre nosotros. Había sido así con Yaroslav, pero no sería así con Leonid—. ¿No te has enterado todavía?

A cualquier hombre de la Bratva, incluso a los de menor rango, le hubieran molestado mis palabras. Porque todos nuestros miembros sentían ese sentimiento de pertenencia, ese sentimiento de familia.

Pero Leonid ni siquiera pareció mínimamente molesto. Porque quizá, para él, sí que era así.

—¿Puedo saber al menos cuál es la razón? —preguntó con un suspiro mientras se apoyaba sobre la puerta de una de las salidas de emergencia de la primera planta de nuestra discoteca.

Aquella era la noche de inauguración. La sala estaba llena de gente, mis hombres habían hecho un buen trabajo haciendo que se corriera la voz, un trabajo en el que Howard O'Donell nos había ayudado mucho. Al fin y al cabo, cuanto más beneficio sacáramos nosotros, más dinero se llevaba él.

No me apetecía explicárselo, pero lo cierto era que se merecía una mínima explicación. Y yo no quería ser como mi padre. Quería que mis hombres obedeciesen mis órdenes sin rechistar, pero ellos tenían que sentirse parte de la familia. De otra manera, no serían leales a mí.

—Howard O'Donell me ha llamado esta mañana diciéndome que nuestra alianza estaba generando desconfianza en algunas familias. Me pidió que me reuniera con Cian Maccarthy y Arlan Wolf para resolver sus dudas y que pudiéramos seguir con los negocios en paz. —Leonid no me echó en cara por qué le había avisado a él de esto media hora antes de reunirnos con ellos cuando lo sabía desde la mañana, y yo tampoco le di ninguna aclaración, porque no tenía por qué hacerlo. De alguna manera, había sido una especie de prueba. Quería saber si era capaz de hacerlo bien; si era, aunque fuera, un poco útil—. Aunque me hubiera gustado mandarlo a la mierda, después de lo que hizo mi padre, no podía hacerlo. —En el fondo, podía entender que ellos no se fiaran de mí. Joder, yo en su lugar tampoco lo haría. Y mucho menos si fuera Cian Maccarthy—. Mientras Glenn está investigando la muerte de Yaroslav, nos conviene llamar la menor atención posible. Cuanto menos sepan de mí, mejor. Prefiero que no sepan mi verdadera identidad hasta que no sea necesario.

Mi padre siempre me había mantenido en la oscuridad. Pocas personas sabían que tenía un heredero; muchos de los bajos rangos de la Bratva ni siquiera tenían constancia de ello. Su motivo era muy diferente al mío en esos momentos, ya que mi padre, de alguna manera, se avergonzaba de tener herederos. Era tan avaricioso que lo quería todo para él, y tan egocéntrico

que se creía que dudaría toda la vida y nunca debería de delegar sus obligaciones a otra persona. Nunca había pensado en la Bratva, solo en sí mismo. Tan solo me había entrenado como su heredero porque mi abuelo lo había obligado.

Pero en su empeño por ocultarme de todo el mundo, también me había protegido. Porque, gracias a eso, me había librado de muchos posibles ataques a la vez que había podido investigar a nuestros enemigos libremente. Ellos no podían atacar a un enemigo que no sabían que existía. Y así, había descubierto lo valioso que podía ser mantenerse en la oscuridad.

Ese era el principal motivo por el que siempre evité mostrarle mi cara a Howard O'Donell.

—¿Y si se dan cuenta de que eras tú quien hablabas por teléfono con ellos? —inquirió Leonid, enarcando una ceja—. Nuestra voz es diferente.

—Ellos no conocen mi voz. Y además, me he mantenido en silencio.

Eso era algo que había molestado a Leonid, ya que él sentía que estaba evaluándole, asegurándose de que lo hacía bien. Aunque no me lo estaba diciendo, era obvio. Pero esa no era la única razón por la que había estado presente y sin participar. Era a ellos a quien buscaba evaluar, quería saber si ocultaban algo. Se podía aprender mucho de las personas desde la oscuridad.

Además, era divertido ver cómo se comportaban con el supuesto Mikhail Andreyev. Y también la mirada que Arlan Wolf me dio, porque estaba convencido de que me había reconocido de nuestra breve interacción en El Inframundo, pero no tenía ni la más remota idea de cuál era mi verdadera identidad.

—Puede que ellos no sepan tu verdadera identidad, pero Edoardo Carbone y gran parte de hombres de la mafia italiana sí saben quién eres —me recordó Leonid, como si yo no lo supiera—. ¿Y si nos descubren?

Esboqué una sonrisa macabra.

—Más diversión.

Leonid negó con la cabeza, pero no dijo nada más. No había nada que él pudiera hacer o decir que me hiciera cambiar de opinión y él lo sabía. Además, los italianos no tenían buena relación con los irlandeses, algo que jugaba a mi favor.

—¿Crees que Cian Maccarthy sospecha algo?

—Él y su madre vivieron con mi padre durante años —dije, aunque, por la pregunta, intuía que Leonid conocía esa información—, pero nunca nos vimos. Dudo que él supiera siquiera que Zinov tenía un hijo.

—No creo que fuera él. —Cuando arqueé una ceja, Leonid prosiguió: —No creo que él haya estado detrás del asesinato de Yaroslav.

Cian Maccarthy fue quien mató a mi padre, pero él tenía razones para hacerlo. Lo que Leonid había dicho en mi nombre en la reunión era cierto. Yo no odiaba a Cian Maccarthy por haber asesinado a mi padre, ya que lo hubiera hecho yo mismo de haber podido. Él tenía razones para acabar con su vida. Zinov destruyó a su familia; en mi opinión, fue hasta demasiado considerado.

Y me había hecho un gran favor.

—Nunca te fíes de una intuición. —No era un consejo, sino una advertencia.

Leonid asintió con los labios apretados.

—No lo hago.

No podía descartar a Cian Maccarthy. Ni a él ni a ninguna persona que nos rodease. Ninguno era de fiar.

Leonid fue a añadir algo, pero su expresión cambió ligeramente. Algo frente a él había

llamado su atención.

—¿Isabella?

Escuchar ese nombre hizo que me diera la vuelta, siguiendo la dirección de la mirada de Leonid.

Ella era buena ocultando sus emociones, pero no lo suficiente, ya que pude ver la mueca de sorpresa que se dibujó en su rostro al ver a su prometido, aunque fue sustituida con rapidez por una amplia sonrisa.

—Felicidades por la inauguración —expresó, acercándose a Leonid para saludarlo con dos besos—. Está siendo todo un éxito —añadió mientras se separó de él, centrando su mirada en mí durante un breve instante para volver a fijar su atención en mi segundo.

¿Qué hacía ella aquí?

No quería a Isabella ni a ninguno de los italianos en la discoteca. Si hubiera deseado que vinieran, hubiera invitado formalmente a Edoardo Carbone, algo que no había hecho. Leonid lo sabía; entonces, ¿qué cojones estaba pasando?

Mis ojos vagaron inconscientemente por el cuerpo de Isabella. El top blanco satinado que llevaba se ajustaba perfectamente a su cintura y resaltaba sus pechos. Era un hombre de tetas, y desde que la había visto por primera vez, deseaba saborear sus pezones, pero eso no había sucedido y no sucedería. Ella era la única mujer a la que deseaba que no me follaría. Aún así, porque quizá era masoquista, me permití a mí mismo seguir deleitándome con sus suaves curvas. La falda de cuero negra que había escogido para esta ocasión dejaba al descubierto sus piernas largas y esbeltas. Me di cuenta de que esa noche no llevaba el pelo suelto, como en las otras dos ocasiones en las que nos habíamos visto, sino recogido. Lo prefería suelto. Pero, joder, igualmente estaba guapa esa noche. Y ella lo sabía.

Isabella Carbone sabía perfectamente el efecto que tenía en los hombres. Ella utilizaba su belleza como un arma y, teniendo en cuenta el mundo en el que vivíamos, no podía culparla por eso. Sin embargo, eso la hacía peligrosa.

—Gracias —contestó Leonid. Él parecía un poco rígido, como si no supiera cómo actuar—. Aunque el mérito no es mío, sino de Mikhail y de nuestros hombres.

Isabella me miró. De nuevo, tan solo fue durante un momento casi efímero, con una sonrisa delicada en sus labios, que contrastaba con el desafío que se reflejaba en sus ojos.

—Me encantó el ramo de flores —dijo Isabella, dirigiéndose a Leonid—. No he tenido la oportunidad de darte las gracias personalmente.

¿Le había regalado un puto ramo de flores? ¿Se podía ser más ñoño?

No debería sorprenderme de Leonid. Patético.

—No tienes que darme las gracias por eso.

—¿Cómo sabías que los lirios blancos son mi flor favorita?

Iría líquida recorrió mis venas y mis manos se cerraron en puños, porque Leonid no debería saber cuál era su puta flor favorita. Ni tampoco que olía a vainilla y a melocotones, pero que su piel sabía a fresas.

No debería saber nada de ella.

Y yo tampoco. Definitivamente, estaba empezando a perder mi puta mente, porque, ¿qué cojones me importaba?

—Un mago no desvela sus trucos —respondió Leonid, guiñándole un ojo.

Isabella se rio. Una risa tan suave como falsa que estaba destinada a complacer a Leonid. Yo me di cuenta, y estaba seguro de que él también lo hizo, pero no por eso me irritaba menos.

—¿Has venido sola? —pregunté bruscamente, cortando la conversación. No porque me

importara, sino porque me estaban haciendo perder el tiempo.

Estaba cabreado. No por ese ligoteo ridículo, sino porque Leonid había invitado a Isabella Carbone sabiendo que no nos convenía tenerla allí.

Nos estaba poniendo en riesgo y ahora iba a tener que asegurarme en limpiar su desastre.

—No —contestó Isabella, fijando sus ojos castaños en mí—. Vittoria y Livia han venido conmigo. —Ella ladeó la cabeza, buscando entre la multitud, y señaló hacia un punto en la pista

Supuse que se refería a dos de sus amigas. No tenía ni idea de quiénes eran, pero les diría a mis hombres que las mantuviesen vigiladas. Si se movían en el círculo de Isabella, estarían relacionadas con los italianos. No necesitaba preguntárselo para saberlo con toda certeza.

—Vuelve con ellas —le ordené—. Tenemos cosas que hacer. —Y sin esperar una respuesta, abrí la puerta de emergencias que estaba frente a mí y salí al exterior.

La puerta conducía a un pequeño espacio. Un callejón sin salida que parecía ser una zona de fumadores, pero, que en realidad, estaba pensado para nuestros negocios.

Saqué un paquete de cigarrillos del bolsillo derecho de mi cazadora. Solo me quedaba uno, así que tiré el paquete al suelo y busqué en mi otro bolsillo el mechero después de sostener el cigarro con mis dientes. Encendí el cigarrillo y le di una larga calada, sintiendo cómo el calor de la nicotina se acumulaba en mis pulmones y cómo, a la vez, la tensión de mi cuerpo se relajaba un poco. Odiaba que el tabaco pudiera tener ese efecto en mí.

Pero estaba a punto de perder toda mi mierda. Y tenía que controlarme.

—¿Qué cojones está haciendo Isabella Carbone aquí? —exigí, dándome la vuelta cuando escuché la puerta abrirse y cerrarse detrás de mí.

Afortunadamente, por una vez en su vida, Leonid acababa de utilizar las dos neuronas que solo parecía tener y había venido detrás de mí en vez de quedarse con su prometida. Aunque había tardado unos diez segundos; seguramente, se había despedido de ella y, viendo lo gilipollas que era, también disculpado por tener que irse.

Leonid me miró durante unos instantes antes de contestar.

—Eso era lo que me estaba preguntando. ¿No la has invitado tú?

—¿Por qué cojones la invitaría yo?

Leonid se encogió de hombros como respuesta.

Sus ojos se fijaron en el mechero que estaba sosteniendo en mi mano izquierda. Era un encendedor de metal viejo, con un as de picas grabado, aunque apenas podía reconocerse tan gastado como estaba. A simple vista, no tenía nada de especial. Pero Yaroslav me lo regaló cuando ambos teníamos quince años.

Y por la forma en la que Leonid seguía mirándolo, él lo sabía.

—No me interesa tener a los italianos cerca —continué, guardándome el mechero de nuevo en el bolsillo de mi cazadora—. Menos en una noche como hoy. Pueden joder nuestros planes, pueden verla llamarte Leonid. Joder, ¿cómo cojones se te ha ocurrido?

—Yo no la he invitado, Mikhail. Tampoco he invitado a Edoardo Carbone.

Observé a Leonid durante unos instantes, buscando en su rostro algún mínimo signo de que estuviera engañándome. Era bueno leyendo a la gente; delatando a mentirosos. Leonid no parecía mentir. Sin embargo, Leonid era difícil de leer para mí.

Aun así, decidí creerle, porque no tenía razones para mentirme. Y yo tampoco tenía muchas más opciones que no intentar darle un mínimo voto de confianza.

—¿Y si no has sido tú y yo tampoco, quién ha sido? ¿La ha enviado su padre?

Leonid negó con la cabeza.

—Él estaba al tanto de la inauguración, me lo ha dejado caer en una conversación que

hemos tenido por teléfono sobre los invitados de la boda, pero me he hecho el loco. Posiblemente, está molesto, pero no enviaría a su hija sabiendo que no estaba invitada. No la haría pasar por la vergüenza de que no la permitiesen entrar al carecer de invitación.

Enarqué una ceja. No había caído en ese detalle.

—Eso no la ha impedido entrar.

—No —dijo Leonid, alzando los hombros—. Se ve que es una mujer con recursos.

Eso parecía, sí. No pude evitar una sensación de orgullo que se adueñó de mi estómago.

¿Pero por qué había venido a la discoteca? ¿Ella quería demostrarle un punto a Leonid? ¿Quería dejar claro que no necesitaba una invitación para acudir a dónde desease? ¿Era rebeldía?

Si era así, era el trabajo de Leonid dejarle las cosas claras. Nuestras mujeres eran tratadas con respeto, pero se mantenían al margen y obedientes. Por eso no quería casarme, porque no quería una mujer que fuese expuesta como un trofeo y que se guardase sus opiniones para sí misma. Y mi mujer tendría que comportarse así.

Iba a decirle a Leonid que se encargase de ella, pero las palabras no llegaron a mi boca. Recordé su gesto de sorpresa al ver a Leonid. Había sido apenas perceptible y rápidamente sustituido por una sonrisa frívola, pero había estado ahí. No, ella no se había acercado para hablar con él, era a mí a quien buscaba.

¿Tal vez era a mí a quien quería dar una lección? ¿Estaba Isabella tratando de engañarme?

Una sonrisa peligrosa se estiró en mis labios.

Iba a enseñarle a Isabella Carbone que nadie jugaba conmigo.

Capítulo 12

Isabella

Nada estaba yendo cómo lo había planeado.

Leonid me había visto antes de haber podido abordar a Mikhail. Si mi presencia allí lo había molestado, no me lo había hecho saber. Tampoco era como si lo esperase; puede que Leonid y yo tan solo hubiéramos tenido un dos encuentros breves, pero era tiempo suficiente como para saber que era alguien que mantenía las apariencias.

Al menos, conmigo. No sabía que le diría a mi padre, quien no tardaría mucho en enterarse de mi escapada.

Me iba a ganar una bronca a lo tonto.

Porque Mikhail no parecía muy dispuesto a dialogar conmigo. El muy imbécil no solo me había echado de malas maneras, sino que, además, se había atrevido a darme órdenes, como si tuviera la potestad de hacerlo.

Observé a mis amigas mientras jugaba con la pajita de mi cosmopolitan. Estábamos sentadas en los sofás que se encontraban mas alejados de la pista de baile. Livia y Vittoria seguían ligando con los dos chicos con los que las había dejado hablando en la pista media hora antes. Al menos, a ellas les estaba sirviendo la noche para algo.

—Voy al baño —les dije mientras me levantaba, aunque ninguna de ellas me prestó la más mínima atención.

Genial. Simplemente genial.

Dejé mi copa sobre la mesa de cristal baja que se encontraba frente al sofá en el que estaba sentada y me dirigí hacia los aseos. Realmente no tenía ninguna necesidad de ir, pero estaba aburrida y necesitaba hacer algo o me quedaría dormida. Aprovecharía para retocarme el maquillaje.

Como suponía, la cola de los baños era casi tan kilométrica como la de la entrada. Ni de coña iba a esperar tanto tiempo. Además, con tanta gente seguro que la limpieza brillaba por su ausencia. Así que di una vuelta y, sin pensarlo demasiado, me dirigí hacia la planta de abajo en busca de un baño con menos gente.

Bajé las escaleras, escuchando como, cada vez, el ruido de la música era más lejano. Sabía que estaba siendo un poco descuidada. Jamás me pondría a vagar por una discoteca que no conocía, pero esta era la zona de la Bratva. Leonid y yo estábamos comprometidos, el que me pasara cualquier cosa daría lugar a una guerra.

Bajé las escaleras hacia un pasillo tenuemente iluminado. A mi derecha, una puerta entreabierta llamó mi atención; parecía ser un baño. A diferencia de los aseos del piso superior, este tenía solo un compartimento, pero el espacio era considerablemente más amplio.

Cerré la puerta tras de mí y giré el pestillo, asegurándome de que nadie me iba a molestar. El baño era elegante, mucho más de lo que solían ser los baños de una discoteca. Casi lo era más que los de la casa de mis padres.

Las paredes estaban revestidas de mármol oscuro, y el lavabo, de un impecable mármol negro que brillaba bajo la suave luz que rodeaba al espejo ovalado, colocado en la pared. Apoyé mis manos sobre el lavabo y dejé caer mis hombros, provocando que la correa de mi bolso se deslizara por mi brazo y el material cayera sobre el mármol. Observé mi reflejo en el espejo.

Estaba perfecta, como siempre. Ni siquiera necesitaba retocar mi pintalabios.

Y aunque no tenía nada que hacer allí dentro, tampoco quería regresar con mis amigas. Ellas estaban ocupadas con esos chicos y yo no había conseguido mi objetivo esa noche.irme sería aceptar mi fracaso, algo que no estaba dispuesta a hacer, pero era realista y sabía que hablar con Mikhail iba a ser complicado.

Él no estaba contento de tenerme allí.

Quizá lo más inteligente era esperarme a otro momento. Aunque no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de vernos sin la presencia de Leonid.

El sonido de alguien intentando abrir la puerta detuvo mis pensamientos.

—¡Está ocupado! —dije lo suficientemente alto para que la persona que se encontraba al otro lado me escuchara.

No me lo podía creer. Al parecer, no había sido la única que había tenido la idea de buscar unos baños más privados.

Sabiendo que ya no iba a encontrar la tranquilidad que necesitaba y tampoco las respuestas, me coloqué la correa de mi bolso en mi hombro y me miré en el espejo. Me separé del lavabo y me giré para salir de allí. Pero antes de que yo pudiera hacerlo, la puerta se abrió y unas fuertes manos me empujaron hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared.

Mi bolso cayó al suelo por el impacto y yo me quedé congelada. ¿Qué estaba pasando?

No debería haber sido tan confiada. Había creído que el estar en territorio de la Bratva me eximía del peligro, pero debería haber sido más inteligente. Era la hija de un Don, estaba en constante peligro. Pero antes de pensar en un posible escape, unos familiares ojos grises se encontraron con los míos y mi cuerpo se relajó.

Aunque no debería haberlo hecho.

—¿Qué quieres? —pregunté.

Mikhail no respondió de inmediato. Tampoco se apartó de mí.

Su mirada seguía fija en mi rostro, de una manera tan intensa que me resultaba casi inquietante. Su mano derecha estaba apoyada sobre los azulejos, a un lado de mi cabeza, y la izquierda debajo de mi estómago, apretándose contra la pared, en un agarre suave pero firme. Aún por encima de la tela de mi ropa podía sentir el calor que irradiaba su piel contra la mía.

Aquella postura no me molestaba tanto como debería.

—¿Qué haces aquí, Isabella? —Mi nombre sonó enredado en su lengua, y no pude evitar preguntarme por qué me parecía tan gratificante escucharlo de sus labios.

Eché un rápido vistazo por encima de su hombro, dándome cuenta de que Mikhail se había asegurado en cerrar la puerta cuando había entrado.

Él me había seguido. No, me había acechado, porque Mikhail era un depredador y eso era lo que él hacía. En la búsqueda de un baño más privado no había sido consciente de que me había servido en bandeja de plata.

Aunque eso era lo que yo estaba buscando, ¿no?

Sí y no.

Quería una conversación a solas, pero no de esa manera. Porque eso no era una conversación, era un interrogatorio.

—He venido a la inauguración de la discoteca de mi prometido —respondí con una falsa seguridad que no sentía, pero que era muy buena fingiendo. El destello que bailó en sus ojos cuando pronuncié la última palabra hizo que algo se encendiera en mi interior. Una especie de satisfacción que no comprendí y que no podía detenerme a analizar. No en ese momento—. ¿Cuál es el problema? —presioné, aún sabiendo que debería haberme guardado esa pregunta

para mí. Era una provocación, pero no pude evitarlo.

Mikhail sonrió. No era una sonrisa agradable.

—No has sido invitada. —Aunque él lo hizo sonar como una afirmación, tuve la sensación de que estaba buscando algo. Como si estuviese asegurándose de que decía la verdad.

—¿Y desde cuándo eso es un impedimento? —Negar lo evidente no me serviría de nada—. Soy la prometida de Leonid, no necesito invitación.

Su palma se presionó un poco más sobre mi piel, afianzando su agarre, como si quisiera dejarme claro que no tenía escapatoria.

Tampoco quería huir. No necesitaba hacerlo, porque no tenía nada de lo que esconderme.

La mano que Mikhail tenía apoyada sobre los azulejos bajó hasta mi rostro. Tuve la imperiosa necesidad de cerrar los ojos cuando sentí las yemas de sus dedos sobre mi mejilla. Un toque demasiado gentil para venir de Mikhail; casi se sentía como una caricia. Pero no me dejé engañar; especialmente cuando sus dedos descendieron hasta mi cuello.

¿Estaba intentando medir mi pulso? ¿Era esa una manera de comprobar si estaba mintiendo?

O, tal vez, solo buscaba divertirse.

—¿Por qué has venido, Isabella?

—Porque soy la prometida de Leonid y debía estar aquí. Si desde ya acepto que me mantenga al margen durante mi matrimonio, seré una mujer florero.

—¿Y no es así como funcionan vuestros matrimonios? —preguntó con una sonrisa ladeada.

Si, él tenía razón. Y aunque nunca me había importado, en esos momentos, lo hacía. No sabía por qué, pero ese hombre lograba que me plantease cosas que nunca me había planteado.

—Sí, pero no es como quiero que funcione el mío.

—Entiendo —dijo, aunque pude ver que no entendía nada. Acarició con las yemas de sus dedos la sensible piel de mi cuello y sentí un escalofrío que me recorrió la espalda. Aunque el tacto podía parecer gentil, pronto descubrí lo alejadas que estaban sus intenciones de ese adjetivo cuando sus dedos se enredaron alrededor de mi cuello con la suficiente presión para mantenerme en el sitio, pero no demasiada como para cortarme la respiración. Y lejos de sentirme asqueada u ofendida, sentí con un vergonzoso latido entre mis piernas—. ¿Por eso te fuiste conmigo en Bellagio, porque querías darle una lección a tu padre, demostrarle que no eres como espera que seas?

—No, estoy orgullosa de quién soy y de lo que se espera de mí —respondí, a pesar de que cada vez estaba menos segura de ello—. Además, no sabía quién eras.

—Si no conociese mejor a los hombres como tu padre pensaría que ha sido él quien te ordenó que te abrieras de piernas para mí. Que fue él quien, después de reunirse conmigo, te dijo que me calentases para sacarme algún tipo de información.

Ni siquiera sabía que Mikhail había estado reunido con mi padre aquella noche antes de encontrarnos. Aunque debería haberlo supuesto, ¿qué hacía sino él allí? Simplemente, no lo había pensado.

Pero no se lo dije. No lo hice porque no quería darle ninguna ventaja. Y porque no me estaba gustado la manera en la que me estaba hablando.

Le dí un empujón para separarlo de mí. Él soltó su agarre en mi cuello, pero no se movió ni un ápice.

—¡Apártate! —exigí. Mikhail me miraba con intensidad. No sentía miedo, y no solo porque sabía que no me haría daño, ya que era la prometida de su segundo, sino porque, de alguna manera retorcida, tenía el convencimiento de que ese hombre jamás me haría daño físico, aunque

no estaba libre de otro tipo de daño—. Mi padre jamás me obligaría a hacer algo así. No soy una prostituta.

—No, no lo eres —dijo sin alejarse de mí—. Pero sí eres una niña mimada y consentida. Una que creyó que podía manipular a un Pakhan de la Bratva. ¿Qué esperabas con tu pequeña rebelión?

—No sabía quién eras —contesté, manteniéndole la mirada. No supliqué que me creyera ni le di más explicaciones, porque solo empeoraría mi situación y le otorgaría más poder sobre mí del que ya tenía.

—¿No sabías quién era? —preguntó de nuevo.

Esta vez, le respondí:

—No.

Los ojos de Mikhail se mantuvieron fijos en los míos. No sabía si estaba buscando en ellos una señal de que mentía o estaba debatiendo si creerme o no. A pesar de que estaba diciendo la verdad, había algo en su mirada, en la forma de sostenerla, que me inquietaba.

Porque él me miraba como si pudiese leerme, como si fuera su libro favorito, casi de memoria y sin esfuerzo. Me miraba como si pudiese ver mi alma y averiguar los secretos más sucios que escondía en mi interior. Sabía que no era verdad, que tan solo era una ilusión, un falso truco que había aprendido a perfeccionar con los años. Pero, joder, se sentía tan real...

Sin esperarlo, Mikhail dio un paso hacia atrás, separándose de mí. Retrocedió otro más, moviéndose hacia un lado para dejarme paso. Me estaba liberando, dándome la opción de irme si quería.

No me lo creí ni un por un instante. Podía parecer casi desinteresado, pero en menos de dos pasos, me atraparía de nuevo. Él no había terminado conmigo; no todavía. Era otro truco. Estaba jugando conmigo, comprobando si me quedaba o si huía de él, dándole otra razón más para sospechar de mí.

Y, por un instante, estuve tentada a echar a correr. No porque quisiera escapar de él, sino porque sabía que si corría, él me atraparía. Me pregunté si me dejaría llegar hasta las escaleras o me detendría antes de cruzar la puerta del baño y me estamparía contra ella.

Maldita sea, ¿qué estaba mal conmigo?

—¿Lo sabías tú? —pregunté, y por la forma en la que abrió ligeramente los ojos durante un instante antes de volver a esa expresión inescrutable que adornaba su rostro, podía afirmar con bastante seguridad que lo había sorprendido—. ¿No serás tú el que sabías quién era yo y estás intentando joder a mi familia?

Mikhail se rio.

—Isabella, si quiero joder a tu padre lo haría de cara. Los juegos sucios no son lo mío. Y menos usaría a su hija para ello.

—No dicen lo mismo de tu padre. Y ya sabes, de tal palo, tal astilla.

Ni siquiera sabía por qué lo estaba cuestionando cuando, la realidad era que lo creía. Sabía que en la mafia las apuñaladas por la espalda eran algo habitual, incluso en la propia familia, pero no parecía la forma de hacer las cosas de Mikhail.

Mentira, sí que lo sabía.

Lo estaba provocando. Lo estaba haciendo cuando debía hacer todo lo contrario. Necesitaba que Mikhail se convirtiera en mi aliado, pero en cuanto apretó los labios con fuerza al escuchar mis palabras y vi ese fuego en su mirada, supe que lo volvería a hacer.

—¿Qué sabes tú de mi padre?

—No demasiado, pero he escuchado lo suficiente.

—No soy como él. No vuelvas a atreverte a jodidamente insinuarlo.

La forma en la que lo dijo, la rabia que se escondía detrás de esas palabras, me dejó entrever lo mucho que Mikhail odiaba a su progenitor. Zinov Andreyev había sido asesinado hacía más de un año, o eso era lo que había escuchado, pero Mikhail parecía estar a punto de volverse loco con la sola mención de él.

Acababa de encontrar una tecla. Una que poder pulsar.

—No te estoy mintiendo —dije, reconduciendo la conversación—. Ni mi padre ni yo tenemos ningún interés oculto. —Mi padre podía ser muchas cosas, pero no era un mentiroso. Tenía honor, y yo también—. Lo que pasó esa noche es algo que a los dos nos conviene olvidar.

Un atisbo de sonrisa bailó en los labios de Mikhail.

—¿A los dos?

—Leonid es mi prometido —continué, no dejándome intimidar por el tono de burla de su pregunta—. Nos vamos a casar en menos de dos meses. Es una alianza que interesa a las dos familias. Sería una pena perderlo todo por un incidente sin importancia.

No era tan estúpida como para pensar, ni siquiera por un segundo, que no tenía todas las de perder si se descubría lo que había pasado entre nosotros. Mikhail y yo no estábamos en igualdad de condiciones. Pero yo no estaba dispuesta a suplicarle, a pedirle que me hiciera el favor de guardar el secreto.

No solo no funcionaría, sino que, además, no era mi estilo.

Sin embargo, al parecer, Mikhail no estaba dispuesto a ponérmelo fácil. Tampoco era como si esperase otra cosa viniendo de él.

—¿Consideras un incidente sin importancia a follarte al Pakhan de tu prometido? No creo que Leonid piense lo mismo.

—No follamos —le corregí. Porque aquello no haría la gran diferencia para Leonid, pero sí lo hacía para mí—, te recuerdo que me marché antes de que lo hiciéramos. —Mikhail apretó los dientes. Fue un movimiento sutil, que casi podía pasar desapercibido, pero yo lo percibí—. ¿Es eso? ¿Tu orgullo de hombre duro de la mafia no puede soportar que te rechazara y planeas vengarte de mí fastidiando el compromiso?

—No eres suficiente para herir mi orgullo de hombre duro de la mafia —respondió, repitiendo mis palabras con burla. Me dedicó una mirada lenta, sus ojos vagaron de mi rostro, descendiendo por mi cuerpo hasta llegar a mis pies, y no sabía qué pretendía exactamente, pero el efecto que consiguió era muy diferente a sus palabras.

—¿Ah, sí? Porque no me estás mirando como si no te interesara en absoluto —repliqué a la defensiva. Ni siquiera supe por qué lo hice, porque debería de darme exactamente igual—. Más bien, me miras como... —Me callé a tiempo, haciendo un esfuerzo por retener las últimas palabras en la punta de mi lengua—. No importa, no merece la pena.

Pero Mikhail no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Él dio un paso hacia mí.

—¿Cómo te miro, Isabella?

Señales de alarma gritándome que detuviera todo aquello comenzaron a sonar en mi cabeza. No sabía qué estaba sucediendo, pero sentía que estábamos a punto de cruzar una línea y que, de alguna manera, tenía que retroceder.

Sin embargo, no lo hice. Alcé la barbilla, mirándolo a los ojos de manera desafiante.

—Como si quisieras devorarme. —Las palabras se deslizaron con facilidad de mis labios.

Mikhail sonrió. Lo hizo como si esa fuera la respuesta que deseaba, la que esperaba que diese.

Se acercó otro paso hacia mí. Una zancada grande y deliberadamente lenta, como si buscara

que yo retrocediese, dándome la esperanza de que podía huir de él hasta arrinconarme. Pero no lo hice, dejé que él diera otro paso más, y otro más, hasta que sus zapatos rozaron los míos.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé —respondí con falsa seguridad. No por lo que estaba diciendo, que sabía que era cierto, sino por conseguir que mi voz no temblara cuando sentí que apoyaba la palma de su mano sobre mi estómago y me empujaba hacia atrás, hasta que sentí que mi trasero tocaba el lavabo—. Como en Bellagio, lo hubieras hecho si no hubiese escapado de ti.

—¿Crees que ese día no sabía que estabas huyendo de mí? ¿Acaso crees que hubieras podido irte si no hubiese querido?

Tragué saliva. Él me miraba como si fuese un cazador y yo su presa. Una presa bastante dispuesta. Pero no podía serlo; no quería serlo.

—No me hubieses obligado a acostarme contigo si no quería.

Su boca estaba cerca de la mía, tan cerca que podía sentir su aliento sobre mi rostro. Recordé con anhelo cómo habían sido sus besos.

—Me gustan las mujeres dispuestas y tú lo estabas hasta que dejaste de estarlo. Aunque ahora sé que lo que pasó en realidad fue que metiste más en tu plato de lo que podías comer.

—No fue así. Simplemente, me di cuenta de que no me atraías.

Mentira, y más mentira. Y por su sonrisa de suficiencia, supe que no me había creído.

—Te atraigo, Isabella. Todo tu cuerpo lo grita.

Quería negárselo, pero cualquier pensamiento de mi mente estaba oculto tras la neblina a madera, metal y un leve aroma a cigarrillos que me rodeaba. El aroma a Mikhail se había adueñado de cada parte de mí.

Mikhail puso un pie entre mis piernas, moviéndolo de manera que consiguió hacerse un hueco entre ellas.

—Nunca obligaría a una mujer a acostarse conmigo si no es su deseo, pero si no sabías quién era no podías abogar al nombre de tu familia para evitar que te obligase. No sabías con quien te las estabas viendo. Fuiste muy descuidada —dijo, a la vez que estiraba su mano para acariciar la piel de mi mejilla—. Aunque apuesto a que te encanta meterte en problemas, ¿verdad? —afirmó, apartando sus manos de mí para apoyar ambas en el lavamanos, a cada costado de mi cuerpo—. Estoy seguro de que lo haces a propósito. —Mikhail movió sus caderas hacia delante, de manera que pude sentir su erección contra mi centro.

Fui a morder mi labio inferior con fuerza, reprimiendo el vergonzoso gemido que su contacto estaba provocando, pero él fue más rápido y metió su dedo entre mis dientes, impidiendo que lo hiciera.

—Nunca te escondas de mí. —Sus palabras eran demandantes—. Quiero escuchar cada grito —él volvió a mover sus caderas, y aunque intenté reprimir el gemido, él hizo presión en el punto exacto, evitándolo. Al ver su sonrisa de satisfacción, mordí su dedo con fuerza, pero eso solo pareció incitarlo, porque no solo sentí a través de la tela de sus pantalones que se endurecía, sino que volvió a embestirme con más fuerza—, cada sollozo —él me embistió de nuevo y yo le mordí con más fuerza, sintiendo cómo mis dientes traspasaban su piel—, y cada gemido.

Mikhail volvió a mover sus caderas hacia delante, pero, antes de tocarme, se apartó. Ni siquiera tuve tiempo de procesar su pérdida, porque sentí cómo sus manos se posaban en mi trasero y me subía en el lavamanos, colocándose entre mis piernas.

Sentí un líquido caliente caer desde mi labio inferior y alcé una de mis manos, tocándolo con el pulgar. Sangre. Había mordido con tanta fuerza el dedo de Mikhail que le había hecho sangre.

Lo miré. Sus ojos se habían oscurecido y pensé que, tal vez, le había molestado. Pero antes de que pudiera siquiera pronunciar una sola palabra, sus labios se estamparon contra los míos. Podía saborear el sabor metálico entre nuestras lenguas, pero no me importó. Al contrario, era más excitante, más salvaje.

Mierda, ¿qué estaba mal conmigo?

Sentí las manos de Mikhail vagando por mis piernas desnudas. Sus dedos acariciando mis muslos y colándose debajo de mi falda. Debería haberlo detenido, pero al igual que la anterior vez en la que estuvimos juntos, no lo hice. Como tampoco me detuve cuando introdujo sus pulgares dentro del elástico de mi ropa interior y tiró de ellos con fuerza.

—¿Otra vez? —me quejé, rompiendo el beso cuando sentí cómo la tela se rasgaba—. ¿Es que no puedes quitármelas como una persona normal? ¿Cuál es tu problema? —¿Acaso tenía un fetiche con romperme las bragas? ¿Eso existía siquiera?

Pero Mikhail ni siquiera se molestó en responderme. Él llevó sus labios hasta mi cuello, en el mismo lugar en el que sus dedos habían intentado medir mi pulso minutos antes, y trazó un camino con su lengua hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Si esa era su manera de distraerme, lo estaba consiguiendo.

—Por cierto —susurró contra mi oído—, no considero que lo que pasó la noche en la que nos conocimos fuera un rechazo.

—¿Ah, no? ¿Y qué fue entonces?

Podría haber rebatido de una manera mucho más convincente, pero fue todo un milagro que pudiera haber logrado pronunciar unas pocas palabras; sobre todo, cuando sentí sus dedos en mi núcleo. Un jadeo involuntario brotó de mi garganta cuando su pulgar se posó sobre mi clítoris. Sus movimientos eran lentos y perezosos, casi parecían descuidados, pero apostaría todo el dinero de mi familia a que Mikhail sabía perfectamente qué estaba haciendo. Él no estaba aplicando la suficiente presión, y por un instante, solo por uno, estuve a punto de suplicarle que me diera lo que necesitaba, pero luego me di cuenta de que yo nunca suplicaba. Y menos a él.

—Estabas huyendo —respondió, introduciendo un dedo en mi interior—. Escondiéndote.

Mikhail parecía conocer mi cuerpo mejor que yo misma. Parecía saber qué botones pulsar y cuándo pulsarlos. Y aunque sabía que debía alejarme de él, en cada embestida, mis caderas persiguieron vergonzosamente sus dedos, buscando su cercanía. Aquello no se parecía en nada a la pobre experiencia que había tenido con Mattia en aquel cuarto de limpieza en una de las muchas fiestas a la que nos invitaban.

Y tenía la sensación de que no se parecería a ningún otro hombre con el que estaría en el futuro. Porque Mikhail era único para mí.

—Yo nunca huyo —jadeé.

Estiré mis manos, apoyándolas sobre sus hombros, necesitando agarrarme a algo, a cualquier cosa. Él me tenía justo dónde quería y yo no podía hacer nada para evitarlo; no quería hacerlo. Porque lo único que podía hacer era perseguir las sensaciones que su toque me estaban haciendo sentir, aferrarme a ellas como si fueran mi tabla de salvación.

Mikhail aumentó sus movimientos y mi cuerpo se tensó, como si estuviera a punto de tirarme por un precipicio invisible. Moví mis caderas hacia delante y me lancé al vacío, sintiéndome más libre de lo que me había sentido nunca a pesar de no tener ni idea de lo que me esperaba abajo. Porque, por primera vez en mi vida, lo único que me importaba era las sensaciones que Mikhail me estaba haciendo sentir. Una ola de placer más intensa de lo que nunca antes había experimentado me invadió, dejando mi cuerpo temblando.

Nunca antes había sentido nada así.

Entrecerré los ojos y apoyé mi frente sobre la de Mikhail mientras recuperaba la respiración. Él me permitió hacerlo, y en un gesto demasiado suave viniendo de él, apartó un mechón que se me había pegado en mi rostro pegajoso y lo colocó detrás de mi oreja.

—No me gustan los juegos, Isabella —dijo. Su voz gélida contrastaba con el gesto que acababa de tener conmigo.

Y antes de que pudiera responder, siquiera reaccionar, se separó de mí y salió del baño, dejándome sola.

No estaba jugando ningún juego. Y si estaba jugando a uno, iba perdiendo.

Capítulo 13

Isabella

Tal y como esperaba, mi padre no tardó ni veinticuatro horas en enterarse de mi escapada a la discoteca de Mikhail.

Ya sabía lo que me esperaba cuando esa mañana, antes de ir a la iglesia, me llamó para acudir a su despacho.

—¿En qué estabas pensando, Isabella? —Me limité a mirar al frente, con mi espalda erguida y mis manos entrelazadas la una con la otra. No contesté, porque mi padre no estaba esperando una respuesta—. ¿Presentarte en la discoteca de la Bratva sin invitación? Obligando a tu prometido a cuidar de ti cuando estaba ocupado con los negocios. Pensaba que te había educado mejor.

Mi padre sonaba decepcionado. Hacía años que me había acostumbrado a sus decepciones. A mi más tierna infancia había aprendido que no importaba lo mucho que me esforzara, que nunca llegaría a las expectativas de Edoardo Carbone. Nunca llegaría a ser la hija lo suficientemente perfecta que él deseaba.

A veces, me preguntaba por qué siquiera me seguía esforzando. ¿No acabaríamos Ivo y yo siendo la gran decepción de mi padre?

Además, no tenía sentido, él mismo se había quejado con mi madre de lo mal que le parecía que no me invitasen y ahora sacaba la cara por mi prometido. Aunque debería haberlo sabido mejor, mi futuro marido siempre tendría la razón para el resto y nunca yo.

Leonid se había encargado de llamar a un taxi para sacarnos de la discoteca. Lo había disfrazado como un hombre siendo atento con su prometida y sus amigas, pero yo no era tonta. Él no me quería allí.

Tampoco era como si me importara, porque yo no había deseado quedarme. Después de mi encuentro con Mikhail en los baños estaba tan desconcertada por lo que había pasado, por lo que había deseado que pasase, que lo único en lo que podía pensar era en irme a casa.

Mi padre continuó hablándome durante unos minutos más, soltándome un sermón al que yo ni siquiera presté atención. Me fijé en el gran cuadro abstracto de trazos de diferentes tonos de grises que tenía detrás de él. Sabía que mi madre lo había adquirido el año pasado y que les había costado una gran fortuna. Estaba convencida de que yo de pequeña pintaba mejor.

No fue hasta que mi padre no se calló durante más de un minuto que no hablé.

—Lo siento mucho, papá —comenzar con una disculpa siempre era la mejor opción de tratar con mi padre—. Fue un plan inesperado. Todo el mundo hablaba de esa fiesta y creí que sería una buena idea sorprender a Leonid. Pensaba que le haría ilusión.

Aquello era mentira. Si me conocías un poco, jamás te creerías aquella absurda excusa. Pero, aunque sabía que mi padre me quería a su manera, creía que las mujeres vivíamos por y para los hombres. Y ni siquiera cuestionaría el argumento de que, en un intento desesperado por complacer a mi prometido, había decidido presentarme sin avisar con mis amigas en su discoteca.

—¿Qué hablasteis? —indagó con el ceño fruncido—. No habrás sido tan crédula como para darle algún premio antes del matrimonio, ¿verdad?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no entornar los ojos. Aunque debería estar

acostumbrada a las formas arcaicas de hablar de mi padre, a veces hasta a mí misma me sorprendía. Y lo peor de todo era que, dentro de su círculo, era de los más progresistas.

—Por supuesto que no, papá. ¿Cómo puedes pensar eso? Jamás haría algo así. —Me llevé una mano al corazón, como si estuviera escandalizada—. Hablamos un poco, eso es todo. Le felicité por el éxito de la discoteca y le di las gracias por el ramo de flores que me envió. —Esa parte era cierta—. Ni siquiera estuvimos solos en ningún momento.

Y era verdad que no estuve con él.

Mi padre hizo una especie de carraspeo a modo de aprobación. No sabía cómo se había enterado de mi presencia o cuánto sabía, pero tampoco lo pregunté. Si él no me lo había contado, no lo haría. Así era cómo funcionaba mi padre; hacía años que había dejado de hacer preguntas alrededor de sus negocios.

De lo que estaba completamente segura era de que desconocía que había estado dentro de un baño con Mikhail. Si lo supiese, le daría un ataque al corazón. Pero eso era algo de lo que nunca se enteraría.

Nadie lo haría, porque seguiría interpretando el papel para el que había nacido. El papel de la hija del Don de los Carbone.

—No quiero que se repita, Isabella. No quiero que vuelvas a acercarte a Leonid Vasiliev sin mi aprobación previa. Eres la hija de un Don, no puedes avergonzarnos.

Y de eso se trataba todo, de no avergonzarle a él. Poco importaban mis sentimientos.

—Edoardo, estoy seguro de que Isabella no volverá a hacerlo —intervino mi tío Ale. Él se encontraba sentado en una de las sillas que se hallaban frente al escritorio de mi padre y se había mantenido en silencio hasta ese momento—. Las intenciones de Bel eran buenas. Ella es una chica excelente —añadió, dedicándome una sonrisa suave.

El tío Ale siempre nos protegía a mi hermano y a mí, siempre sacaba la cara por nosotros.

—Ella tiene que aprender a comportarse, Alessandro. Nos jugamos mucho con esta alianza.

Para aprender a comportarme yo antes tendría que aprender a comportarse él.

Aunque, por supuesto, decidí guardarme esa reflexión para mí misma. Discutir con mi padre no me llevaría a ninguna parte.

—Lo sé, papá —dije con los labios apretados.

—Ahora vamos a tener que recompensar este error —masculló, y después, mi padre hizo un gesto con su mano, con el que me indicaba que acababa de dar por finalizada esa conversación.

—Os dejo seguir hablando —me excusé, pese que a que mi progenitor me acababa de echar—. Voy a tomarme un café antes de ir a la iglesia. —Gracias a mi padre era el único desayuno que me daría tiempo a tomar.

Me di la vuelta y salí del despacho. No había llegado hasta la mitad del pasillo cuando escuché una voz detrás de mí, deteniéndome.

—Bel, ¿estás bien?

Esboqué una sonrisa cuando vi al tío Ale.

—Perfectamente. —La mentira se deslizó con una facilidad conseguida con años de práctica. Porque nada estaba bien en mi vida en esos momentos, pero por razones muy diferentes a las que mi tío Ale creía.

—A veces Edoardo puede ser un poco...

—¿Gilipollas? —lo interrumpí, fijándome en la puerta cerrada del despacho de mi padre.

Alessandro se rio.

—Iba a decir duro, pero supongo que esa palabra también sirve. Él os quiere con todo su corazón, Bel. Es su manera de intentar protegeros.

—¿A nosotros o a él mismo?

Ale inspiró profundamente.

—Tu padre tan solo busca defender a la familia, Bel.

—Ya —contesté irónicamente.

Me permití que el sarcasmo inundara mi palabra, porque con el tío Ale me podía comportar un poco más como yo misma. Con él, hasta cierto punto, podía desahogarme. Él soportaba mis arrebatos, y aunque siempre trataba de defender y excusar a mi padre, era la persona que más me comprendía en nuestra familia.

—¿Cómo es ese chico? —preguntó, bajando un poco la voz—. Tu prometido, Leonid.

—Él es majo y todo un caballero. —Aquellas palabras sonaron un poco agridulces en mis labios, porque sentía que no eran del todo correctas. Tenía la sensación de que, de alguna manera, estaba mintiendo a Ale, pero, a la vez, le estaba diciendo la verdad. ¿Tenía eso sentido siquiera?

—Ya —murmuró, y si no fuera por la arruga de preocupación que se formó en su rostro, me hubiera reído, porque acababa de imitarme—. Bel, sé que es tu deber casarte con Leonid. Pero si sientes que las cosas no van bien con él, ¿llámame, vale? Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

—Claro, tío.

Ale asintió y se acercó a mí para darme un beso en la mejilla.

—Nos vemos en la iglesia.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al despacho de mi padre, dejándome confusa. Tenía la sensación de que acababa de tener una conversación que no había entendido.

La recompensa de mi padre vino una semana más tarde en forma de «cita romántica» en el St. Stephen's Green.

Si me hubieran preguntado adónde me llevaría de cita Leonid, jamás hubiera respondido a dar un paseo por un parque. No podía decir que fuera un mal plan, simplemente era... ¿poco habitual?

Cuando llegué al parque, Leonid ya estaba allí. A mi madre le gustaría escuchar que la puntualidad era otra cualidad que añadir a la larga lista que mi prometido ya parecía tener. Él había escogido un *outfit* sencillo: una gorra marrón con el dibujo de una ola en ella, una camiseta de manga corta blanca y unas bermudas azules a juego con sus Havaianas.

Al parecer, a Leonid le gustaba vestir de manera informal. Y pese a que jamás le hubiera escogido ninguna de las prendas que llevaba puestas si me hubiera dado la opción de elegir, a él le quedaban bien. Mi prometido era todo un sueño hecho realidad. No exageraba cuando decía que parecía salido de la portada de una revista. A pesar de que trataban de disimularlo, había visto la manera en la que Livia y Vittoria hablaban de él y cómo se lo comían con la mirada. En mi círculo de amistades no se hablaba de otra cosa que no fuera de Leonid.

Hasta mi madre parecía estar enamorada de él. Porque no solo era guapo, sino también era todo un caballero y derrochaba un encanto que conseguía que casi cualquier persona comiese de su mano. Especialmente, las del género femenino.

Todos pensaban que había tenido la suerte de comprometerme con él. Leonid Vasiliev sería un hombre del que podría enamorarme con facilidad, incluso cuando lo último que buscaba en nuestro matrimonio era amor.

Sin embargo, yo no sentía nada por él.

—Isabella. —Leonid me saludó con una de sus brillantes sonrisas cuando estuve frente a él

—. Estás preciosa.

Los ojos de Leonid recorrieron mi vestido de tirantes de color rosa palo en una mirada que pretendía ser apreciativa, pero que me pareció casi mecánica, como algo que tenía que hacer por obligación y no porque realmente lo sintiera.

No pude evitar pensar en Mikhail. Porque él sí me miraba como si quisiera que fuera el plato principal de su cena, me miraba como un hombre que deseaba a una mujer debía mirarla. Las únicas dos veces que había estado a solas él había terminado con sus manos en mi cuerpo y su boca sobre la mía. En cambio, tenía la seguridad de que Leonid no parecía interesado.

¿Tal vez era gay? Ser gay en la mafia estaba prohibido. Lo que era una estupidez, ya que no era algo que se pudiese elegir. Pero, la verdad era que, si así era, hasta me alegraba, porque la sola idea de acostarme con él me revolvía el estómago.

No era tan crédula como para pensar que aún siendo gay no haría lo que tenía que hacer para tener descendencia. Pero podía evitarle ese mal trago convenciéndolo de que había otras formas para concebir hijos sin tener que llegar a acostarnos y que podíamos hacerlo de una manera discreta, sin que nadie se enterase. Aunque tener hijos tampoco estaba en mis planes.

Aceptaba la vida que me había tocado vivir, pero no quería traer a este mundo a un niño que aprendería a utilizar un arma cuando se le cayera su último diente de leche o una niña a la que se le iba a prometer con un hombre cuando ni siquiera hubiera aprendido andar. Sin embargo, daba igual lo que yo quisiese, porque sabía que eso era algo que podía retrasar, pero no evitar. En algún momento, sucedería.

Leonid carraspeó y me di cuenta de que me había quedado inmersa en mis pensamientos. No era algo que soliese sucederme. Aunque, últimamente, estaba más distraída de lo normal.

Con rapidez, esboqué una falsa sonrisa, volviendo a nuestra conversación.

—Muchas gracias, Leonid. Tú también estás muy guapo hoy.

—De nada, Isabella —contestó, guiñándome un ojo—. ¿Damos un paseo? —preguntó mientras me ofrecía su brazo.

—Por supuesto.

Durante un instante dudé en si enhebrar su brazo al mío. Miré a los dos soldados de mi padre, que mantenían una distancia prudencial pero que observaban cada uno de nuestros movimientos, que luego seguro describirían a mi padre. No sabía si mi padre aprobaría ese acercamiento, pero no consideré que fuera lo suficientemente grave, así que terminé pasando mi brazo por el suyo.

Leonid comenzó a caminar. A pesar de que había unas pocas nubes en el cielo, hacía un día muy agradable y el parque estaba lleno de gente. Quizá esa era la razón por la que no logré identificar a sus hombres.

—¿Has venido solo? —Pese a que sabía que no era una pregunta de lo más apropiada, no pude evitar hacerla.

—Por supuesto —contestó—. ¿Acaso debería haber venido acompañado? —cuestionó cuando fruncí el ceño—. Quería aprovechar esta cita para poder conocernos mejor. Solo tú y yo.

Eso no era a lo que me refería, y pese a la sonrisa inocente que me dio, no me creí ni por un instante que no hubiera comprendido mi pregunta. No tenía sentido alguno que un hombre del cargo de Leonid viniese sin seguridad. Mi padre siempre la llevaba con él. Dándole un vistazo rápido, tampoco parecía que fuera armado.

Fui a hacer otra pregunta, pero él habló antes de que yo pudiera pronunciar una sola palabra.

—Es la primera vez que vengo a este parque, ¿sabes?

—Yo suelo venir a menudo. A mi hermano le gusta venir a andar en bici y, a veces, también

vengo a patinar.

—¿Te gusta patinar?

—Desde que soy pequeña. No lo hago tan a menudo como me gustaría, pero es uno de mis deportes favoritos.

Y curiosamente, el que peor se me daba. Aunque había logrado mejorar mi técnica con el paso de los años. Quizá esa era el motivo por el que me había empeñado en patinar todos los fines de semana desde que tenía uso de razón: porque me gustaba el desafío, lo imposible. O quizá también era por la libertad que los patines me hacían sentir. Cuando estaba patinando, sintiendo la brisa sobre la piel de mi rostro y escuchando mi *playlist* favorita, no importaba que hubiera tenido el peor día de mi vida, porque durante unos minutos, todos mis problemas desaparecían.

Me sentía invencible.

—Yo lo intenté alguna vez en Los Ángeles, pero soy un desastre —dijo Leonid, riéndose—. Prefiero surfear.

—Nunca he surfeado, pero ver el atardecer desde la tabla de surf en Santa Mónica tiene que ser una experiencia inolvidable.

Leonid sonrió. Había algo diferente en esa sonrisa que las demás que me había dado hasta ese momento; esta era más suave, parecía menos ensayada, como si fuera más real.

—Ni te lo imaginas. Un día, deberías venir conmigo a surfear. Puedo enseñarte.

—Eso suena como un buen plan —contesté, y por primera vez, no estaba fingiendo—. ¿Quieres un helado? —pregunté, señalando el pequeño puesto de helados ambulante que se encontraba a unos pasos nuestros. Leonid se detuvo y me miró, pareciendo sorprendido, y me maldije mentalmente, porque ciertamente tomarse un helado como si fuera una niña pequeña no era una de las cosas que hacían atractiva a una mujer—. Mejor no —me corregí, tratando de arreglarlo, mientras hacía un gesto con mi mano—. Mi hermano pequeño siempre pide uno cada vez venimos en verano, es una costumbre tonta que he cogido de él.

Fui a volver a retomar el paso para pasar de largo el puesto, pero Leonid me lo impidió.

—No, qué va. Me parece una idea genial —dijo, soltándose para agarrar mi muñeca y tirar de mí hacia el puesto con entusiasmo.

Me pedí un helado de limón en tarrina y Leonid escogió un cono de chocolate y *marshmallows*.

—Los Ángeles —murmuré, recordando nuestra conversación—. ¿Has estado muchos años viviendo allí?

—Estudié la carrera de Empresariales allí y, después, estaba haciendo un máster, pero no he tenido la oportunidad de terminarlo.

Me sorprendió que Leonid decidiera estudiar su carrera en el extranjero, pero supuse que, al ser Yaroslav el mayor, su progenitor se lo había permitido. No pude evitar envidiarlo un poco, porque a mí me hubiera gustado estudiar en el extranjero durante unos años, pero mi padre jamás lo hubiera permitido.

—¿Te gusta? —pregunté mientras cogía un pequeño trozo de helado con mi cuchara de plástico.

Los ojos de Leonid brillaron. Aunque siempre parecía relajado y atento, tuve la sensación de que, por primera vez, estaba interesando en aquella conversación. Como si, si pudiera elegir, estaría allí.

—Es mi ciudad favorita en el mundo.

No Moscú, Los Ángeles.

Leonid ni siquiera tenía acento ruso. Si no supiera que era ruso, hubiera creído que era estadounidense.

—Yo acabo de terminar mi segundo año de carrera —dije, porque aunque no venía a cuento en la conversación, tuve la necesidad de comunicárselo.

—No sabía que ibas a la universidad. —No me sorprendía, ya que estaba convencida de que era algo que mi padre había preferido omitir—. ¿Qué estudias? —inquirió, y él parecía interesado de verdad.

Quizá estaba fingiendo para agradarme, pero Leonid no parecía horrorizado con la idea de que estudiase una carrera universitaria, como muchos de los hombres de la mafia, que querían que su mujer dedicase todo su tiempo a las labores sociales que una esposa de la mafia debía atender.

—Ingeniería informática.

—Guau, eso es genial. ¿Tienes pensado dónde te gustaría trabajar? —No dije nada, lo miré en silencio tratando de averiguar si me estaba tomando el pelo. Aquella pregunta no tenía ningún sentido, ya que yo jamás podría trabajar en una empresa, y mucho menos, desarrollarme profesionalmente cuando mis funciones iban a ser otras. Él debió darse cuenta, porque cambió de tema—: ¿Qué te parece si nos sentamos allí? La vista es magnífica y podríamos ver el atardecer. —Señaló el lago que teníamos frente a nosotros, donde nadaban unos pocos cisnes. Arrugué el ceño mirando la hierba.

—¿En la hierba? —repetí con cara de asco—. ¿Quieres que se me manche mi vestido de Armani? ¿En serio?

Leonid me miró durante unos instantes en silencio.

—Claro, por supuesto. Mi culpa, ¿cómo se me ha ocurrido no pensar en tu vestido? —Se golpeó la frente con su palma.

Aunque Leonid me observaba con una de sus sonrisas radiantes, sentí que algo acababa de cambiar. Era apenas imperceptible, y ni siquiera era capaz de explicarlo con palabras, pero sentí que la atmósfera amigable que se había formado entre nosotros se acababa de evaporar. Y aunque realmente no me importaba, ladeé mi cabeza hacia los hombres de mi padre, que seguían observándonos, y en un intento de volver a recuperarlo, porque ese era mi deber, señalé los bancos que se encontraban frente al lago.

—Podemos sentarnos en un banco —ofrecí.

—Están ocupados, Isabella.

—Ah —ni siquiera me había dado cuenta de que los tres bancos, tal y como había dicho Leonid, estaban ocupados—, eso no es problema. —Localicé el banco que mejor vista del lago tenía, que era el de en medio. Estaban dos adolescentes sentadas en él. Eso sería rápido. Me dirigí a ellas—. Buenas tardes, si no os importa, nos gustaría sentarnos en el banco. Así que... —Hice un gesto con mis manos, indicándoles que se fueran.

Una de las chicas fue a levantarse, pero la otra la detuvo agarrándola de la rodilla.

—Lo siento, pero estamos nosotras.

Suspiré.

—He dicho que fuera —dije de forma más contundente, logrando que las dos se levantaran y se fueran—. ¡Leonid! —lo llamé, sacando un paquete de pañuelos de mi bolso.

Leonid se acercó a mí con una mueca extraña en su rostro.

—Asustar a dos pobres adolescentes, qué valiente por tu parte.

No, si encima que lo hacía por él, tenía quejas.

Limpié el banco, ignorando escuchar sus palabras sarcásticas, haciendo un gran esfuerzo

para no contestarle. Porque estaba allí para recompensar mi escapada a la discoteca y discutir con mi prometido no lograría calmar a mi padre.

Tiré el pañuelo en la papelería más cercana y me senté en el banco. Afortunadamente, Leonid ocupó un lugar a mi lado, pero se sentó en el otro extremo, como si quisiera compartir el menor espacio conmigo posible, lo que no tenía ningún sentido. Quizá quería guardar las apariencias delante de los hombres de mi padre, pero eso, según cómo se había comportado anteriormente, tenía menos sentido aún.

El móvil de Leonid vibró, y estaba tan sumida en mis pensamientos, que no pude evitar pegar un pequeño brinco. Él sacó el teléfono del bolsillo derecho de sus bermudas. Sonrió, como si estuviera satisfecho con lo que estaba leyendo, y tecleó algo en él antes de volver a guardarlo.

—¿Va todo bien? —pregunté, no porque me interesara, sino simplemente por sacar un tema de conversación.

—No podría ir mejor —tarareó.

Parecía que acababa de recuperar su buen humor. Por favor, ese tío era muy raro.

—Si tienes negocios que atender, lo entiendo perfectamente. Lo último que querría sería quitarte tiempo. Entiendo que eres un hombre muy ocupado.

—No hay nada más importante para mí en estos momentos que pasar tiempo contigo, Isabella.

—Qué mono eres, Leonid —dije, esbozando una falsa sonrisa.

Leonid se acomodó en el banco y, durante un tiempo, ambos nos quedamos en silencio, comiendo nuestros helados. Él decía querer conocerme más, pero no hizo el menor amago de sacar ningún tema de conversación. Parecía que estuviera allí por obligación, como cuando de pequeña iba a una excursión de clase porque la asistencia era obligatoria. No tenía ningún sentido, ya que le había ofrecido la opción de irse, de hacernos un gran favor a los dos, y lo había rechazado.

Mi prometido era bastante extraño.

No acababa de entenderlo, y sinceramente, no tenía energía ni interés en lograr hacerlo.

Por lo menos no había demasiadas personas paseando por el parque y se podía disfrutar de la tranquilidad del lugar. Contemplé el césped cuidado con esmero y los árboles altos y antiguos que, probablemente, habían sido testigos mudos de tantas historias; muchas de ellas, de amores correspondidos. Eso era algo que nunca me sucedería a mí, ya que el amor no era para chicas como yo, no era para las hijas de un Don de la mafia. No estábamos destinadas a amar.

—Isabella. —Me giré hacia Leonid al escuchar su voz. Él había terminado su helado, y tenía un brazo alrededor del respaldo del banco. Me di cuenta de que se había acercado a mí—. ¿Qué tal te lo estás pasando?

¿Me estaba hablando en serio? ¿Pero qué le pasaba a ese chico?

No me lo podía creer. Me iba a tener que casar con un chiflado.

—Ni en mis mejores sueños hubiera llegado a pensar que me lo iba a pasar tan bien. —Me maldije interiormente en el momento en el que mis palabras salieron de mis labios, porque había sonado demasiado sarcástico. Pero Leonid, lejos de ofenderse, se rio, como si le hiciera gracia, y yo me relajé.

—¿Nunca te han dicho que eres muy graciosa?

Él se deslizó por el banco, acercándose aún más a mí. No me moví pese a que tenía ganas de retroceder.

—Tengo mis momentos.

—Creo que te has manchado de helado.

Abrí mi bolso para sacar un pañuelo de seda que siempre llevaba conmigo.

—¿Dónde? —pregunté, alzando mi mano y llevando mi pañuelo hacia mi rostro—. ¿Leonid? —lo llamé, porque no me estaba mirando, sino que sus ojos estaban fijos en un punto detrás de mí. Al parecer, mi prometido se distraía con facilidad.

—Déjame, yo te ayudo —se ofreció cuando yo en ningún momento le había pedido su ayuda, quitándome el pañuelo de las manos para levantarlo y llevarlo hasta mi mejilla derecha, limpiando los restos de helado que había en mi piel—. Ya está. Perfecta otra vez.

—Podía haberlo hecho yo misma, ¿sabes? —Esta vez, no pude controlar mi arrebato.

Los repentinos cambios de humor de mi prometido y la manía que tenía de no respetar mi espacio personal me estaban comenzando a cansar. Puede que me llevase otro sermón de mi padre si llegaba a sus oídos, pero, en ese momento, valía la pena.

Leonid siguió mirándome con una sonrisa, y tuve la sensación de que ni siquiera me estaba escuchando. Estaba llegando a mi límite de paciencia. Iba a decirle que me dejara un poco de espacio o, mejor, levantarme del banco y terminar esa cita de una vez.

—Leonid.

Pero no fui yo la que llamé a mi prometido, sino una profunda voz detrás de mí. Me giré para encontrarme con Mikhail a unos pasos de nosotros. De todas las situaciones que había recreado en mi mente de cómo sería nuestro próximo encuentro, jamás se me había ocurrido que fuera de esta manera.

—Mikhail —lo saludó Leonid con una sonrisa—, ¿qué haces aquí?

A pesar de su pregunta, Leonid no parecía sorprendido de la presencia de Mikhail allí. Lo que era extraño, ya que mi prometido no me había mencionado en ningún momento que su Pakhan se uniría a nuestra cita.

¿Y si era una trampa?

Había dado por hecho que Mikhail no había compartido con Leonid nada de lo que pasó entre nosotros. Pero ¿y si lo había hecho y aquella era una estrategia para humillarme públicamente? Aunque, por otro lado, no tenía mucho sentido. Sí que estábamos en un parque público, con decenas de personas a nuestro alrededor, pero ninguna de ellas era de nuestro entorno. Más allá de llamar un poco la atención, a nadie le interesaría realmente si yo le había puesto los cuernos o no a mi prometido.

Además, mi padre ni siquiera estaba allí.

—Te he llamado y no has respondido. Tampoco a mis mensajes —espetó Mikhail. Me fijé en sus labios apretados en una fina línea y en sus hombros tensos y ligeramente encorvados. Él no estaba contento. Quizá realmente habían tenido algún problema con los negocios y por eso había venido a buscar a Leonid. Los incidentes eran el pan de cada día en la mafia—. Tenemos trabajo que hacer. Muévete.

Entonces me di cuenta de que Leonid seguía inclinado hacia mí, con su brazo despreocupadamente alargado alrededor del respaldo del banco y su rostro bastante pegado al mío. Instintivamente, cogí mi bolso y me levanté del banco, como si hubiera sido pillada haciendo algo incorrecto.

Lo que no tenía ningún sentido, teniendo en cuenta que Leonid era mi prometido y Mikhail no era nada mío. Aun así, no podía evitar sentir que lo estaba traicionando.

¿Qué estaba mal conmigo?

—Si tenéis negocios que atender, no quiero ser una molestia —dije, tratando de salir lo antes posible de aquella situación.

—Oh, Isabella —Leonid tamborileó sus dedos sobre la madera. Él no parecía mínimamente

preocupado—, tú nunca eres una molestia para mí.

Mikhail chirrió los dientes y tuve la sensación de que escuché un gruñido brotar de su garganta.

—Muévete de una puta vez, Leonid.

Tuve la sensación de que Mikhail estaba a punto de perder el control. Él parecía celoso, pero eso no tenía ningún sentido. O tal vez si lo tenía, a fin de cuentas, me había besado después de saber que estaba prometida con su segundo.

Aunque probablemente no eran celos, solo su orgullo. El orgullo de un hombre al que le molestaba que la mujer a la que deseaba, con la que quería acostarse, pudiese estar primero con otro hombre.

En ese momento, comprendí que su situación no era muy diferente a la mía. Él no podía reconocer su atracción hacia mí, y mucho menos, que me había besado sabiendo quién era yo. Él estaba atrapado en aquella mentira tanto como yo.

Mi reputación estaría deshonrada, pero él perdería la lealtad de sus hombres si se enteraban de lo que había pasado entre nosotros. Y si algo mi padre repetía constantemente, era lo importante que era que sus hombres le fuesen leales.

—El Pakhan me reclama, Isabella —me dijo Leonid mientras se levantaba del banco—. Nos vemos. —Él se limitó a despedirse de mí con un movimiento de su mano, como si supiera que ya estaba presionando demasiado los límites de Mikhail.

Algo que me sorprendió, porque era imposible que Leonid supiese algo. Él, como hombre de la mafia que era, no se callaría si descubriese mi deslealtad. Se enfrentaría a su Pakhan, más cuando era evidente que Mikhail se lo estaba ocultando. Al final, puede que Leonid fuese peculiar, pero no dejaba de ser un mafioso orgulloso y con sed de poder.

Mikhail me dio una última mirada, sus ojos me observaron con una intensidad que hizo que un escalofrío recorriera mi columna vertebral. Me obligué a mantenerme firme y con una expresión pétrea, como si su presencia no me afectara, cuando lo cierto era que mi mente se estaba empezando a llenar de recuerdos de nuestro último encuentro. Después, se dio la vuelta sin tan siquiera decirme adiós. Tampoco era como si lo esperase.

Me mantuve quieta, observando cómo se alejaban, y no me moví hasta que no desaparecieron de mi campo de visión. En ese momento, me permití relajarme y un suspiro de alivio que no sabía que había estado conteniendo se escapó de mis labios.

Esbocé una sonrisa a la vez que un sentimiento de triunfo me invadía.

No solo porque me había dado cuenta de que mi secreto estaba a salvo, sino porque Mikhail acababa de demostrarme que me deseaba y que ni siquiera soportaba que otro hombre me tocara. Por orgullo o celos. Las razones me daban igual.

Porque lo único que me importaba era que Mikhail me deseaba tanto como yo a él.

Capítulo 14

Mikhail

—¿Se puede saber dónde cojones estabas? —gruñí, apretando el volante con tanta fuerza que, por un instante, sentí que podía partirlo en dos—. Te he estado buscando, joder.

Leonid se acomodó despreocupadamente en el asiento de copiloto de mi coche.

—Y te he respondido al instante. De cita romántica con mi prometida.

Inspiré profundamente, conteniéndome con todas mis fuerzas para no coger la cabeza de mi segundo y estamparla contra el cristal de la ventana de mi coche.

Estaba a punto de perder el control. Podía sentirlo tan cerca, la explosión vibrando en cada fibra de mi ser. Y una parte de mí quería perder toda mierda, poder sacar toda la furia y rabia que me estaba consumiendo desde la muerte de Yaroslav, pero sabía que no podía hacerlo.

—No puedes pasearte con Isabella por todo Dublín, Leonid —gruñí; mis palabras salieron estranguladas. Sabía que debía mantener las formas, lucir indiferente, porque lo que Isabella hacía debía importarme una mierda, pero joder, fingir nunca había sido mi fuerte—. ¿Eres consciente de lo que nos jugamos?

A veces tenía la sensación de que le daba igual.

—Tan solo estaba paseando con ella, Mikhail. Edoardo me llamó pidiéndome disculpas por la inesperada presencia de Isabella en nuestra discoteca. Aunque le dije que no tenía importancia, él consideró que debía darle la oportunidad de que se disculpara en persona y una cita en el parque me pareció una buena manera para hablar con ella.

—¿Y se disculpó? —La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera retenerla en mi lengua. Era una pregunta absurda, pero necesitaba saber la respuesta. Porque aunque tan solo nos habíamos visto durante cuatro veces, estaba convencido de que Isabella Carbone no era del tipo de personas que se disculpaba.

—No —reconoció con una sonrisa que me pareció enfermiza. ¿Era mi sensación o él se estaba divirtiendo con aquello?—. Pero tampoco esperaba que lo hiciese, solo quería agradar a Edoardo. Al final, es a mi suegro al que tengo que tener contento. —Hizo una pausa y me miró—. Además, ¿qué hay de malo?

No me creí ni por un puto momento esa actuación inocente.

—¿Qué que hay de malo?! —vociferé, cabreándome más a cada instante que pasaba—. ¡Podría haberte visto cualquiera, joder!

—Es mi prometida.

Solté el volante y estampé mis manos contra el volante con tanta fuerza que todo el coche tembló. Sin embargo, Leonid permaneció impasible.

Ese puto gilipollas.

—¡Te estás haciendo pasar por mí, joder! Si te ve la persona inadecuada, investigarán y no tardarán en pillarnos.

Podíamos perderlo todo por sus descuidos. Todo por lo que llevaba años luchando, todo lo que había construido.

—Tú mismo dijiste que el peligro de poder ser descubiertos lo hacía más emocionante, yo solo le estaba poniendo más chispa —bromeó, pero se dio cuenta de que no me estaba haciendo ni puta gracia y suspiró—. No va a pasar nada, Mikhail. He sido cuidadoso. —Colocó su mano

en mi hombro.

—No me toques. La próxima vez, te corto la mano —le advertí con un gruñido. Agarré su mano y la apreté con más fuerza de la debida, pero Leonid ni siquiera se quejó—. Y la siguiente vez, avísame. Quiero que me avises de todos tus movimientos, ¿entendido? —Empujé su mano fuera de mi hombro.

—Entendido —murmuró Leonid.

Esperé que por fin empezase a tratarme como lo que era, como su Pakhan. Me debía respeto, y no pensaba consentirle que me lo faltara. Me importaba una mierda que fuera el hijo de Georgy. Si tenía que terminar con él si se pasaba de la raya, lo haría. No me temblaría el pulso a la hora de ponerlo en su sitio.

Arranqué el motor y comencé a conducir por la carretera. No había mucho tráfico, algo que agradecí, no solo porque tuviese prisa, sino porque necesitaba calmar mi mente. Estaba muy cerca de perder mi mierda. Leonid tuvo la decencia de mantenerse en silencio y no darme la excusa perfecta para retorcerle el cuello con mis manos. Algo que deseaba con todas mis fuerzas.

El día había sido lo suficientemente jodido como para que Leonid me tocara los huevos.

En el fondo, sabía que mi furia no era solo porque hubiera quedado con Isabella sin consultármelo primero y a la vista de todos. Lo que hacía que la rabia inundara mi sistema y viera fuego rojo era que pasara un rato a solas con ella.

La manera en la que Leonid se había inclinado hacia Isabella, con su mano acariciando la mejilla de ella, con esa complicidad y con esa confianza, como si tuviera el derecho de tener esa proximidad con ella, de acercarse a ella.

Y lo más macabro, la parte más jodida de todas, era que sí que lo tenía. Leonid era su prometido. Era de conveniencia, pero sería un matrimonio al fin y al cabo. Ellos estaban obligados a tener descendencia.

No estaban haciendo nada malo. Al contrario, era lo que se esperaba de ellos, que se llevaran bien. El trato con los italianos era algo que, en esos momentos, nos beneficiaba. Era una alianza por la que mi padre había luchado, y era una de las pocas cosas que Zinov había hecho con la que estaba de acuerdo.

Entonces, ¿cuál era mi jodido problema?

Que la quería en mi cama.

Isabella no era mía, era de Leonid, y tenía que aceptarlo. Pero yo nunca aceptaba nada; luchaba por aquello que quería. Y quería sentir su humedad, sumergirme en su interior. No tenía duda de que sería el mejor polvo que había echado en mi vida.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Leonid, interrumpiendo mis pensamientos.

Algo que agradecí, porque mi polla estaba comenzando a apretarme en los pantalones. Había estado tan perdido en mis ensoñaciones que ni siquiera me había dado cuenta de que había aparcado el coche en el camino de entrada. Había ido hasta allí de manera automática.

Giré la cabeza para mirarlo.

—Acabar con el asesino de Yaroslav.

La expresión de Leonid se cambió en cuanto escuchó mis palabras. La sonrisa superficial que adornaba sus labios fue reemplazada por una línea tensa. Apretó los dientes levemente y sus ojos se estrecharon.

—¿Hablas en serio? ¿Ahí dentro?

Leonid señaló la casa familiar de dos plantas frente a la que había aparcado. La fachada estaba pintada de blanco, con un pequeño porche en el que había un banco de madera. El jardín delantero no era muy grande, pero estaba cuidado con esmero.

Por supuesto que Leonid nunca se hubiera imaginado lo que íbamos a hacer cuando me había adentrado en ese barrio de los suburbios, que parecía sacado de una película estadounidense.

—Yo nunca bromeo. —Y mucho menos con nada referente a la muerte de Yaroslav—. Glenn me ha llamado hace una hora. Le ha costado menos tiempo de lo esperable encontrar al culpable.

Cuando Glenn se había puesto en contacto conmigo para mostrarme quién era el asesino de Yaroslav, me había mostrado incrédulo. Especialmente cuando me había revelado la identidad. Sin embargo, las pruebas no dejaban lugar a evidencias.

Había tenido serias dudas de si contar o no con Leonid. Ni siquiera sabía si podía confiar en él, pero había terminado haciéndolo por Yaroslav. Porque él habría querido que su hermano vengara su muerte.

Se lo debía. Era lo mínimo que podía hacer por mi mejor amigo.

—¿Los O'Donell? —preguntó.

No, no habían sido ellos. Hubiera deseado que lo fuesen, aunque significase que toda posibilidad de establecernos en Dublín se esfumase. Lo prefería a la verdadera identidad del asesino de Yaroslav.

Saqué mi teléfono del bolsillo y lo encendí. Busque el video que Glenn me había enviado y se lo enseñé.

Leonid cogió el móvil. Sus pupilas se dilataron mientras el vídeo se reproducía. No había audio, pero las imágenes hablaban por sí mismas. No quedaba duda de que Yaroslav estaba discutiendo con un hombre al que conocíamos perfectamente. Lo estaban haciendo en la entrada de uno de los baños y Yaroslav parecía muy enfadado.

En cambio, el hombre parecía preocupado porque alguien los viese o escuchase.

—No es prueba suficiente —me dijo Leonid, devolviéndome el móvil.

No, no lo era. Y eso era lo mismo que yo le había dicho a Glenn. Pero él me había respondido enviándome las pruebas definitivas. Me guardé el móvil en el bolsillo de mi chupa y me estiré para abrir el salpicadero. Saqué unas hojas que se arrugaron entre mis dedos y se las tendí. Las había impreso para que la traición quedase más clara.

Leonid las revisó. Parecía cauteloso, como si no quisiera dar nada por hecho.

—La primera transferencia es a un sicario —le expliqué—. Glenn lo conoce. Está intentando localizarlo para ofrecernos su cabeza en bandeja. Sin duda es él quien mató a Yaroslav. —Hasta a mí me costaba creerlo; había una parte de mí que todavía no lo hacía, pero las pruebas eran inconfundibles.

Leonid asintió. No tuve que explicarle las siguientes operaciones; era evidente de que el culpable estaba ocultando dinero en unas cuentas en Suiza.

—Nos estaba robando y Yaroslav lo descubrió —me dijo Leonid.

—Y lo mató para acallarlo.

—Por eso Yaroslav viajó a Dublín.

Asentí, porque había llegado a la misma conclusión.

—Supongo que consideró que tenía que asegurarse antes de culparlo y que quiso darle la oportunidad de redimirse, por eso no me lo dijo. —Esa era la única explicación factible que le encontraba para que Yaroslav me mintiese. Mi mejor amigo no tenía el corazón tan podrido como yo y eso le había hecho cometer estupideces como esa.

—¿Y se enfrentó a él en el casino de los O'Donell? —me preguntó Leonid, devolviéndome las pruebas.

No las guardé. Sujeté las hojas en mis manos.

—Según Glenn el culpable suele frecuentar el casino. —Evité decir el nombre, ya que me costaba pronunciarlo sin perder los estribos y necesitaba tener la cabeza fría—. Supongo que Yaroslav sabía que lo encontraría allí.

—Es él. Él ha matado a mi hermano —murmuró Leonid, y tuve la sensación de que estaba hablando consigo mismo más que conmigo. A él ya no le quedaba ninguna duda. Sus manos se cerraron puños con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos—. Vamos a por él —dijo con los labios apretados a la vez que se desabrochaba el cinturón de seguridad.

Era la primera vez que veía a Leonid cabreado de verdad. Normalmente, solía mantener una compostura cordial, a veces casi burlesca, pero ahora podía ver la furia y la oscuridad en su mirada.

Estábamos preparados para vengar la muerte de Yaroslav.

Bajé del coche y caminé por el corto camino hasta la entrada. No era la primera vez que estaba allí y nunca pensé que volvería por esa razón.

Al parecer, no podía confiar en nadie. Esa era una lección que había aprendido casi desde que tenía uso de razón, cuando mi padre, la persona que debería dar todo por mí y en la que debería poder confiar mi vida, había sido mi peor enemigo. Ahora que era el Pakhan, debería saber que esto sería el pan de cada día, pero eso no lo hacía más fácil.

Toqué el timbre. Sabía que se encontraba allí. Me pregunté si tendría que entrar a la fuerza, pero la puerta se abrió ni un minuto más tarde.

—Mikhail, no te esperaba aquí hoy.

Orel me saludó con una sonrisa confusa. Llevaba un chándal gris de estar por casa.

Él me miró durante unos momentos. Levanté las hojas que llevaba en mi mano, y si había tenido una mínima duda de su culpabilidad, la despejé en ese instante, porque pude ver en su rostro el momento exacto en el que se daba cuenta del motivo de nuestra visita.

Ni siquiera hizo ademán de coger las hojas. Él sabía muy bien lo que contenían.

—¿Quieres hacerlo aquí o entramos? —pregunté secamente.

Orel se asomó por la puerta y echó un vistazo a su alrededor. No había nadie por las calles, y cualquier persona que nos viera sería lo suficientemente inteligente como para no meterse en asuntos de la mafia.

—Vamos, pasad —dijo, haciéndose a un lado para que entráramos.

Escuché cómo Orel cerraba la puerta detrás de nosotros. Podía parecer tranquilo, pero estaba constantemente alerta. Me pregunté si intentaría huir, aunque llevaba el suficiente tiempo en el negocio como para saber que lo alcanzaría en menos de dos segundos.

Él pasó por delante de mí y nos guio por un pasillo que llevaba hasta lo que supuse que era el salón. Era un auténtico desastre, con cajas de pizza vacías en la mesa auxiliar y envoltorios de *snacks* y paquetes vacíos desperdigados por el suelo.

Orel se quedó en medio de la sala, como un prisionero que espera su condena de muerte.

Tiré las hojas al suelo y él las miró un segundo para después volver a mirarme a la cara.

—Lo siento, Mikhail. Yo...

—¿Por qué? —pregunté.

No quería escuchar sus putas disculpas. No me servían para nada. Quería saber las razones. No le exculparían, fuesen las que fuesen, nada lo conseguiría, pero él era uno de mis hombres. A pesar de su traición, le debía el derecho a explicarse. Por mucho que me jodiera, así eran las normas. Las que mi abuelo me había enseñado y tenía grabadas a fuego en mi cabeza.

—Con la muerte de Natalia me di cuenta de que esta vida... —comenzó Orel, tragando

saliva—. Todo lo que hacemos... No merece la pena. No importa el dinero y el poder. Quería escapar, empezar de cero.

Orel, al igual que yo, llevaba en la mafia desde que nació. Su padre era íntimo de mi abuelo, lo quería como si fuera un hijo, y a Orel, como si fuera su nieto. Nuestra relación no era muy cercana, yo había vivido toda mi vida en Rusia mientras él se encargaba de los negocios de la Bratva en Dublín, pero siempre habíamos mantenido el contacto.

Había aprendido a edad muy temprana que no podía fiarme de nadie, pero joder, de todos, el que menos me esperaba que lo haría sería él. Había creído que era un hombre leal, fiel a la Bratva, y que sería fiel a mí. Era evidente que me había equivocado. ¿Si no podía confiar ni en Orel, que podía esperar de los demás?

Una parte de mí no quería creer que él hubiera matado a Yaroslav. Porque Orel y Georgy tenían una buena relación. Y había creído que Orel apreciaba a Yaroslav.

Pero las pruebas eran irrefutables.

No podía temblarme el pulso. Ahora el Pakhan, tenía que seguir con el legado que mi abuelo había expandido con tanto esfuerzo y que mi padre había mancillado. Haría que mi abuelo se sintiese orgulloso de mí.

—¿Y traicionarnos? ¿Traicionarme?

Orel tragó salivo.

—Era la única manera de dejar el negocio, Mikhail. ¿O si te hubiera pedido irme me hubieras dejado?

No, no lo habría hecho.

Por mucho aprecio que tenía a Orel, no podía ir contra nuestros juramentos.

Orel sabía tan bien como yo que, una vez entras en la Bratva, no puedes salir. Y tanto él como yo llevábamos dentro desde que nacimos. Hubiera tenido que matarlo por abandonar la Bratva. Porque desertar era considerado una traición.

Pero él no solo había intentado desertar, sino que había matado a Yaroslav. La furia recorrió mi cuerpo. Iba a hacer que sufriera cien veces más de lo que le había hecho sufrir a Yaroslav; lamentaría cada instante de sus últimos minutos de vida el haberlo matado.

—Enséñame el tatuaje —ordené. Orel fue a decir algo más, pero lo detuve—. Que me enseñes el tatuaje, Orel.

Orel se arremangó la camiseta y giró su brazo derecho, extendiéndolo hacia mí. Observé el familiar tatuaje de una bala atravesada por una espada. El mismo tatuaje que todos en la Bratva llevábamos.

—¡No te mereces llevar el puto tatuaje! —bramé, sacando mi cuchillo. Porque aunque me estaba intentando controlar, no podía. Llevé el cuchillo hasta su brazo, y con movimientos hábiles, la hoja cortó su carne hasta que el trozo de la piel con el tatuaje cayó al suelo.

Los gritos ahogados de Orel llenaron la sala, pero él no se movió, ni siquiera intentó bajar el brazo. Tío listo, ya que sabía que se lo arrancaría con mi cuchillo si lo intentaba.

—Tan solo quería empezar de cero, Mikhail. Buscaba un nuevo comienzo, eso es todo. Busqué un poco de ayuda, pero jamás vendería vuestros secretos. Nunca le haría eso a tu abuelo. Nunca te lo haría a ti.

Y encima, tenía la poca vergüenza de mentirme.

Sin poder contenerme, le propiné un puñetazo en la cara que lo derribó al suelo. No quería ir rápido, quería que su muerte fuera lenta y agónica. Se lo debía a Yaroslav.

—¡Cállate la puta boca, Orel! —grité—. Deja de mentirme, ninguna de tus patéticas excusas van a librarte de tu destino.

Orel abrió los ojos. La sangre se derramaba por su rostro. Debería sentir satisfacción, pero no sentía nada.

—No estoy... —jadeó, tratando de inhalar aire, o tal vez simplemente estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas— buscando que me perdones la vida, Mikhail. Tan solo quiero que me entiendas. Acepto mi destino, lo he aceptado desde el momento en el que te he visto en la puerta. Es mi penitencia por intentar desertar.

Una risa baja y carente de humor brotó de mi garganta.

—¿Desertar? —Me agaché para quedar a su altura, con mis manos apoyadas sobre mis muslos y el cuchillo colgando de mi mano derecha, con la punta rozando la garganta de Orel. Si me movía más de la cuenta, el cuchillo se clavaría en su piel, pero tenía la suficiente destreza como para controlar cuándo lo hacía incluso con los ojos cerrados—. Pienso hacerte sufrir por ser un puto ladrón y un puto traidor. —Le clavé el cuchillo en el estómago; la hoja se hundió con fuerza en sus entrañas.

—Yo jamás... —Su voz sonaba más débil, apenas podía escuchar sus palabras ahora— os robaría... Tan solo moví mi dinero a una cuenta que pudiese usar...

—¿Y sabes por qué más? —continué. Saqué el cuchillo de su estómago y se lo volví a clavar con más fuerza—. Por lo que le hiciste a Yaroslav.

Orel abrió los ojos.

—¿Yaroslav? —repitió, apenas podía hablar—. Yo no...

Pero Orel no pudo terminar la frase, porque su cabeza fue violentamente aplastada contra el suelo. En un último intento por aferrarse a la vida, o quizá impulsado solo por el instinto, agitó desesperadamente los brazos. Pude escuchar el crujido de su cráneo al romperse y contemplar el momento exacto en el que sus ojos, ya sin vida, se fijaban en el techo.

Alcé la vista para mirar a Leonid.

—No debería haber elegido mis Havaianas favoritas hoy —se quejó, apartando el pie de Orel.

—¿Qué cojones?

Leonid se encogió de hombros.

—Estaba harto de escucharlo —dijo como única explicación, encogiéndose de hombros—. Deberías llamar a alguien para que limpie. Lo haría yo, pero aún no conozco a la persona adecuada. Voy al baño a ver si puedo arreglar este desastre —farfulló, mirando sus pies cubiertos de sangre.

Lo dejé marcharse y saqué mi teléfono para llamar a los limpiadores. Pero no podía quitarme una sensación agri dulce del cuerpo, y no era por la reacción de Leonid.

Capítulo 15

Mikhail

Mi abuelo solía decirme que era demasiado impulsivo. Según él, era algo que los Andreyev veníamos arrastrando de generación en generación. Nuestro carácter fuerte era nuestra mayor virtud, pero si no aprendíamos a controlarlo, podía llegar a ser nuestra perdición.

No sabía si era cierto o eran una de las muchas leyendas que mi abuelo me contaba sobre nuestra familia cuando era pequeño, pero, en mi caso, no se equivocaba.

Llevaba teniendo problemas de ira desde que era un niño. Cuando tan solo tenía seis años, uno de mis compañeros de colegio se metió conmigo. Se inventó que le conté que me meé en la cama. Un rumor absurdo que todos se creyeron. No recordaba demasiado de ese momento, pero sí que me acordaba como si fuera ayer lo que sentí. La ira y el fuego rojo ardiendo en mi cuerpo, consumiéndome, y esa sensación de estar a punto de perder el control. Después, me abalancé sobre mi compañero, y el siguiente recuerdo que tenía eran los gritos horrorizados a mi alrededor y mi profesor separándome del cuerpo inerte de mi compañero.

Él sobrevivió, pero se tiró más de un mes en el hospital. No hace falta decir que no volví a ese colegio.

¿La peor parte? Que lejos de tener algún tipo de remordimiento, fue la primera vez en mucho tiempo que me sentí vivo, en paz.

Algunos dirían que era un monstruo, mi abuelo me consideró un digno Pakhan de la Bratva, un diamante en bruto que tenía que ser pulido.

Él fue el que me enseñó los beneficios que el deporte podía tener para mí. El boxeo o salir a correr conseguían que pudiese controlar la sed de violencia que me consumía. El deporte se convirtió en mi santuario, una especie de salvación. Me hice más fuerte, más resistente, más letal y más peligroso. Y aprendí a no perder el control.

Aceleré el ritmo, sintiendo cómo mis pulsaciones se aceleraban y mi respiración se agitaba. Me gustaba desafiar a mi cuerpo, llegar hasta mi punto de resistencia e intentar traspasarlo. Apenas había dormido más de tres horas seguidas en los últimos cinco días, pero mi cuerpo necesitaba descargar la adrenalina que llevaba acumulada.

Afortunadamente, tan solo eran las ocho de la mañana y el paseo marítimo de Clontarf no estaba demasiado concurrido, por lo que podía correr con tranquilidad.

No podía dejar de pensar en Orel. La forma en la que su expresión se había contraído cuando escuchó mis últimas palabras. Parecía casi horrorizado ante la mención del asesinato de Yaroslav. Había algo que no me terminaba de encajar, una pieza que no terminaba de cuadrar.

¿Pero el qué? ¿Y si...?

No pude completar mis pensamientos porque un cuerpo chocó contra mí. Inconscientemente, mi mano sostuvo las caderas de mi atacante, sosteniéndolo, y tan solo necesité sentir el calor que su cuerpo emanó sobre mi mano para reconocer a la persona que se había abalanzado contra mí. Fue como si algo en mi interior la reconociera antes siquiera de levantar mi mirada y verla.

Isabella Carbone se encontraba frente a mí.

Qué caprichoso podía ser el destino cuando quería. Una lástima que no creyera en él.

—¿Es que no miras por dónde vas? —se quejó con indignación, y casi me hizo soltar una

carcajada por tener ese descaro cuando la culpable había sido ella. Por supuesto que, de tratarse de cualquier otra persona, le hubiera partido el cuello por tan solo atreverse a enfrentarse a mí, pero en ella me resultó gracioso—. ¿Puedes hacer el favor de soltarme? —Ella echó su cabeza hacia atrás y alzó la barbilla para mirarme por primera vez, congelándose cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Inhalé un familiar aroma a vainilla y melocotones. Su olor era tan dulce como ella. Aunque bien sabía que era una trampa.

La solté lentamente.

—¿Me estás siguiendo?

—¿Qué? —Los ojos de Isabella se abrieron ligeramente y sus cejas se alzaron en un arco perfecto—. Por supuesto que no. —Su expresión de incredulidad fue sustituida por una mueca de indignación—. ¿Por qué iba a querer seguirte?

Miré a mi alrededor, comprobando que ella parecía estar sola.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Y por qué no están tus guardaespaldas contigo?

Isabella lanzó un bufido de exasperación y negó con la cabeza.

—Puede que te cueste creerlo, pero el mundo no gira alrededor de ti, Pakhan. —Ella pronunció la última palabra con retintín—. Me gusta venir a patinar por el paseo marítimo de Clontarf cuando tengo tiempo. —Señaló sus patines morados y blancos—. Y después, sentarme a ver el mar. Y me gusta hacerlo sola. —Sin esperar una respuesta de mi parte, Isabella salió del paseo y se dirigió al malecón, sentándose sobre él.

Esa era mi señal para marcharme.

Y, sin embargo, no lo hice. La seguí y me senté a su lado.

—Y como eres una niña de papá tu padre te consiente tus caprichos.

Ella rodó los ojos.

—Claro, porque mi capricho es casarme con un hombre que casi no conozco pero nuestro matrimonio aportará beneficios a la familia.

Sus palabras salieron con furia. Ella negó con la cabeza, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado de más, pero, en vez de tratar de remediarlo, se limitó a mirar hacia delante.

—¿Así que ver el mar, eh? —dije, cambiando de tema, porque hablar sobre su prometido era lo que menos me apetecía en ese momento.

Isabella tenía la vista perdida en el horizonte. Ella se encogió levemente de hombros.

—Me da paz.

—No te tenía por una persona que se sienta a ver el mar durante horas.

Ellaladeó la cabeza hacia mí. El movimiento hizo que un mechón de su cabello se soltara de su coleta cuidadosamente peinada y tuve que reprimir el impulso de estirar mi mano para colocárselo detrás de su oreja.

Yo no hacía esas ñoñerías. ¿Qué cojones me pasaba?

—No me conoces, Mikhail —espetó con desdén gélido.

—Tienes razón, no lo hago —reconocí con una sonrisa—. Pero soy muy bueno leyendo a las personas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué lees en mí?

La miré durante unos instantes, evaluándola, o más bien, fingiendo hacerlo. Había realizado y presenciado demasiados interrogatorios a lo largo de mi existencia para saber cómo poner nerviosas a las personas; era mi especialidad.

Mis ojos bajaron hasta sus piernas desnudas cubiertas por unos pantalones deportivos negros cortos. Su piel aceitunada brillaba bajo los primeros rayos de sol de la mañana. Ella era

una maldita tentación.

—Eres buena fingiendo.

—¿Quién no lo es en nuestro mundo? —replicó, con una mueca y una sonrisa burlona bailando en sus labios—. Todos fingimos, Mikhail.

En eso ella tenía razón. Aunque algunos lo hacían mejor que otros.

—Tienes don de gentes. Siempre estás rodeada de gente, y finges que te gusta, pero, en el fondo, estoy seguro de que lo detestas. A veces, necesitas estar sola, porque así es como te sientes la mayor parte del tiempo. —La sonrisa burlona de Isabella desapareció; sus labios se torcieron en una mueca tensa—. Pero nadie lo nota, porque como te decía, eres muy buena escondiendo tus emociones. Como también lo eres escondiendo tu mejor arma. —No pude contenerme más, y me incliné hacia Isabella para sostener entre mis dedos el mechón de cabello que tapaba su ojo derecho. Era la primera vez que enredaba el mechón de cabello de una mujer entre mis dedos, pero se sintió bien, como algo que tenía que hacer—. Eres más inteligente de lo que haces parecer, Isabella —le susurré mientras colocaba su mechón detrás de su oreja—. Y eso hace que te subestimen. —Me aparté de ella.

Isabella me observó durante unos instantes, en silencio.

—¿Por qué no le has contado lo que pasó entre nosotros a Leonid?

Ella ni siquiera se molestó en negar ninguna de mis afirmaciones. No lo hizo, porque eran ciertas.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho ya?

—Ambos sabemos que Leonid hubiera cancelado el compromiso.

—No si yo le ordeno que no lo haga.

Isabella arrugó el ceño, confundida. Pude notar cómo escrutaba mi rostro, tratando de buscar algún tipo de evidencia en él que la ayudara a descifrar mis palabras. No la encontraría.

—¿Porque la unión entre nuestras familias es lo más importante?

—Debería serlo, sí.

—¿Y no lo es?

Me encogí de hombros en un movimiento totalmente deliberado. Estaba jugando con ella, confundiéndola. Porque no estaba dispuesto a darle una respuesta. No una del todo honesta.

—¿Quieres que hable con Leonid? ¿Qué le dé permiso a cancelar el compromiso si se siente ofendido?

—¿Qué? —Ella me miró como si estuviera loco—. No, claro que no.

—Te liberaría de casarte con un hombre con el que es obvio que no quieres ir al altar. Y si te preocupa que tu padre te haga daño, me aseguraría que eso no suceda.

Le estaba ofreciendo una salida, una que ni siquiera estaba seguro de poder darle, pero las palabras salieron con seguridad de mi boca.

—Mi familia quedaría avergonzada por mis actos —me dijo, entrecerrando los ojos. Ella me estaba evaluando, tratando de averiguar si estaba hablando en serio o si solo se trataba de una trampa.

—No si le ordeno a Leonid que no se case contigo y no le doy ninguna explicación.

No era tan fácil. Estaba seguro de que Leonid lo aceptaría, pero Georgy no. Me causaría problemas que no me podía permitir. Aun así, quería escuchar su respuesta.

—Mi familia necesita ese matrimonio. Es mi deber y lo llevaré a cabo.

Claro que lo haría, porque Isabella le era fiel a su familia. No era como el resto de mujeres de su mundo, ella era diferente. Con un par de interacciones con ella me había dando cuenta. Ella tenía un sentido de la lealtad que otras mujeres no tenía. Era caprichosa, vanidosa y amante del

lujo, pero también era feroz. Ella cogía lo que su mundo le ofrecía y lo aprovechaba. No podía culparla por ser una superviviente.

Pero una parte de mí no estaba contenta con que no aceptara mi propuesta. Porque aunque sabía que solo me traería problemas, en el fondo, escondida entre capas de oscuridad, había una parte de mí que no quería aceptar que se iba a casar con Leonid.

No dije nada, me limité a ladear mi cabeza para mirar al horizonte, e Isabella hizo lo mismo. Durante unos instantes ambos permanecemos en silencio, disfrutando de la vista. Yo no era mucho de quedarme quieto observando el horizonte por muy bonito que fuera lo que se veía. Pero, en esos instantes, se sintió como lo más relajante del mundo.

—Es uno de mis sitios favoritos. Aunque prefiero venir en invierno —reconoció Isabella. Ella seguía con la vista al frente, sin mirarme—. Porque aunque el clima es malo, el paseo está prácticamente vacío. Pero en verano suelo venir a primera hora, cuando apenas hay gente. A veces, también vengo antes de que amanezca. Desde aquí puedo ver uno de los mejores amaneceres de la ciudad.

No sabía por qué me estaba contando aquello, si con sus palabras quería afirmar mi lectura sobre ella, o simplemente, le apetecía charlar. Y curiosamente, no me importaba la razón, porque me gustaba escucharla hablar. Porque, en ese momento, mirando al horizonte con Isabella conversando despreocupadamente a mi lado, me sentí más relajado de lo que había estado en mucho tiempo.

Y eso era un jodido problema.

—La vista es bonita.

—Antes solía traer a mi hermano pequeño. Se llama Ivo y tiene siete años —me dijo, a pesar de que yo ya lo sabía. Había investigado a su familia después de su fiesta de compromiso. No quería más sorpresas inesperadas—. Pero ya mi padre no me deja hacerlo, dice que es demasiado mayor para estas tonterías.

Bufé.

Con tan solo dos interacciones con Edoardo Carbone no me sorprendía que fuera ese tipo de padre. Y no pude evitar sentir una sensación agri dulce, porque cuando aún era un niño que estaba empezando a comprender lo que sucedía a su alrededor, me hubiera gustado tener una hermana o un hermano con el que ver amaneceres. Incluso aunque no fuera mi pasatiempo favorito, porque hubiera dado lo que fuera por tener a alguien que se preocupara por mí.

—Tu padre es un gilipollas.

Isabella ladeó la cabeza hacia mí. Sus ojos se abrieron apenas perceptiblemente, con una chispa de incredulidad brillando en ellos, como si no pudiera creerse lo que acababa de escuchar. Por supuesto que ella no estaba acostumbrada a que le hablaran con honestidad.

Me importaba una mierda si iba y se lo contaba a su padre.

—Lo es —murmuró, y aunque sus labios se estiraron en una sonrisa, pude ver la tristeza en su rostro. Era una de las pocas veces que Isabella me dejaba ver lo que se escondía tras esas sonrisas frías y esas expresiones pétreas—. Si pudiera, lo alejaría de él —reconoció, bajando la mirada, e hizo una pausa, como si se arrepintiera de lo que acababa de confesarme, pero luego siguió adelante—. Alejaría a mi hermano de la mafia.

Le coloqué un dedo en la barbilla para alzársela y que me mirase a los ojos.

—Tu hermano es el heredero, es un derecho que le pertenece. No puedes alejarlo de quién es.

Pensé que me lo rebatiría. Pocas mujeres entendían ese razonamiento. Pocas comprendían que la mafia estaba en nuestra sangre, en nuestras venas. Yo había luchado por mi derecho de

nacimiento y su hermano también lo haría. Pero, para mi sorpresa, ella asintió.

Movió la cabeza, provocando que tuviese que alejar mi dedo.

—Lo sé. Él es dulce y cariñoso, pero, a pesar de su corta edad, ya empiezo a ver en quién se va a convertir.

—Y no te gusta —deduje. Isabella se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el horizonte. Como no me dio una respuesta, rompí el silencio—. Él no tiene por qué ser como tu padre. Cuando se convierta en Don podrá tomar sus propias decisiones y cambiar las cosas.

Ella me miró. La tristeza continuaba en sus ojos.

—Él se corromperá, como lo hacemos todos. Este mundo te destroza, te quita hasta el último poro de bondad que hay en ti. Es la única manera de sobrevivir.

Yo nunca había tenido ninguna de las dos cosas, pero no podía rebatírselo. No había espacio para ello en nuestro mundo. Para la hipocresía, la violencia, y la falsedad, para eso sí. Esos eran los valores a los que se acostumbraba en la mafia.

—¿Eso te sucedió a ti?

—¿Crees que no soy dulce y bondadosa? —contestó, fingiendo que se enfadaba y golpeándome con la mano el brazo como si fuésemos dos buenos amigos charlando.

Me reí. Y hacía tiempo que no lo hacía con tantas ganas.

Fui a responder, pero mi móvil vibró en el bolsillo derecho de mis pantalones deportivos. Saqué el teléfono para ver el nombre de Roman en la pantalla. No era habitual en él que me llamara, y mucho menos a esas horas. Contesté la llamada y me llevé el móvil al oído, sin desviar la mirada de Isabella.

—Mikhail, tenemos un problema. Necesito reunirme contigo ya.

—Voy ahora.

Colgué y me guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo.

—Los negocios te reclaman —dijo Isabella, como si fuera algo a lo que estaba acostumbrada.

—Siempre.

Ella asintió, pero ninguno de los dos nos movimos. Compartimos una mirada y después centramos la atención en el mar. No quería irme, quería quedarme allí. Y no solo porque la deseara, sino porque me sentía más cómodo de lo que me había sentido en mucho tiempo estando junto a ella.

—No dejes que mi presencia te impida realizar tus negocios —musitó, levantándose. Y a pesar de la fría sonrisa que me dio, pude ver el fuego en sus ojos—. Supongo que nos veremos en mi boda —se despidió, y antes de que pudiera contestar, con ese aire de arrogancia que tanto la caracterizaba, se dio la vuelta y se marchó patinando.

Al principio la ira se apoderó de mí, pero pronto mutó a una risa. Porque a Isabella no le había sentado bien mi retirada y me lo había pagado recordándome su boda como moneda de cambio.

Y esa intensidad, ese volcán a punto de despertar que Isabella parecía ser, me hacía sentir más vivo que nunca.

Debería estar pensando en alejarme de ella, y lo único en lo que podía pensar era en tenerla en mi cama y en lo bien que se debería sentir marcarla como mía.

Estaba jodido.

Capítulo 16

Mikhail

—¿Estás de coña, verdad? —pregunté.

Pero sabía que Roman no estaba de broma. Él no bromearía con algo así.

—Lo siento mucho, Pakhan. —Estaba convencido de que Roman ni siquiera sabía por qué estaba pidiendo perdón, pero él lo estaba haciendo igualmente, porque quizá creía que las disculpas podrían aplacar mi ira. Qué poco me conocía—. Te he avisado en cuanto me he enterado... Yo...

—¡Qué ha sido cuando Alexei y Vadim ya están en a saber dónde! —exploté, pateando una caja de madera que estaba tirada en medio del aparcamiento de uno de nuestros almacenes—. ¿Se puede saber desde hace cuánto que no das con ellos?

Tal y como esperaba, la llamada de Roman no eran buenas noticias. El problema al que él se refería era mucho peor de lo que pensaba en un primer momento; ya lo había intuido en el momento en el que se negó a contármelo por teléfono. Al menos había tenido los cojones de hacerlo a la cara, eso se lo tenía que conceder.

—Antes de ayer a la noche llamé a Alexei para preguntarle sobre una de nuestras mercancías. Me pareció extraño que no respondiera, él siempre contesta al teléfono. No pensé nada raro, pero cuando ayer sobre la tarde ni él ni Vadim vinieron al almacén para recoger la mercancía que tenían que ayudarme a distribuir a nuestros chicos, empecé a sospechar que algo no iba del todo bien. Me pasé por casa de Alexei y Vadim. Ellos comparten piso en las afueras. Cuando no me contestaron, decidí romper una ventana y entrar por allí. Me encontré la casa vacía. Se habían llevado todas sus cosas.

Roman no me estaba contando toda la verdad. No era tan gilipollas como para creer que la única sospecha que tuvo para asaltar la casa de Alexei y Vadim fue que no le contestaron. Él empezó a atar cabos que se le habían pasado de largo.

—¿Cómo sabes que ellos se han largado?

—Empecé a preguntar a nuestros chicos. Y Alexei y Vadim se han ido de la boca. Dos de mis chicos me han contado que eran ellos quienes nos estaban robando. —Fui a abrir la boca, pero Roman fue rápido y señaló con su barbilla la puerta del almacén—. Están ahí dentro.

Luego me encargaría de hablar con ellos personalmente.

—Me estás diciendo que dos de mis soldados, que estaban trabajando para ti, te han robado delante de tus putas narices y ni siquiera te has dado cuenta. Y luego se han marchado delante de ti y no has sido consciente hasta que se han ido —gruñí, pronunciando lentamente las palabras, porque hasta a mí mismo me costaba entender que uno de mis hombres hubiera sido tan incompetente. Me acerqué a Roman y él, instintivamente, retrocedió un paso. Aún cojeaba ligeramente de la pierna derecha debido a mi pequeño escarmiento de unas semanas atrás. Al parecer, no había sido suficiente—. ¿Es eso lo que me estás diciendo, Roman?! ¿Qué eres, un puto incompetente?! —Lo estampé con fuerza contra la puerta de metal.

—Yo... no me di cuenta, Mikhail.

—Y no solo eso. Tus chicos no te temen lo más mínimo porque se van guardando secretos entre ellos. ¿Me quieres decir para qué cojones me sirves?!

—Tú... —Lo miré con furia antes de que continuase. Sabía lo que iba a decir, mi padre no le

daba ningún tipo de autoridad a los tipos como Roman. Él quería ser el único al que todos tuviesen miedo y al final lo que consiguió fue tener una panda de incompetentes.

—¡Como te dije la otra vez, no soy él! —bramé, acercando mi cara a él y apretándolo con más fuerza contra la puerta de metal—. ¿No fui claro?

Él asintió y tragó saliva con fuerza. Sabía que no me estaba refiriendo solo a la lección que le di la otra vez.

Me había asegurado de que la noticia de lo que había pasado con Orel llegase a cada uno de mis hombres. En ese momento, si tenían alguna duda de que sería indulgente con los traidores o los que intentasen desertar, la despejaron. Si era capaz de hacerle algo así a un miembro de alto nivel de la organización, nada me detendría.

Y sin duda esa era la razón por la que Alexei y Vadim habían huido con tanta rapidez. Esperaba que esas prisas los hubieran hecho cometer errores que me llevasen hasta ellos. No habían robado el suficiente dinero como para llegar muy lejos. Tampoco es como si supieran nada importante que pudiesen vender a mis enemigos, pero yo no permitía desertores.

—Pienso encontrarlos, Pakhan. Te lo prometo —me dijo.

—No, no vas a hacerlo. —Me miró con sus pupilas dilatadas por el miedo. Pude leer en su rostro que pensaba que iba a matarlo, y probablemente, debería hacerlo. Ganas no me faltaban, pero no podía ir cargándome a mis hombres por cualquier fallo. No mientras no me afianzara en Dublín. No me fiaba de Roman, ya no me fiaba de nadie, pero si existía una posibilidad de que me fuera leal, necesitaba mantenerlo—. Yo me encargaré personalmente. Lo que tú vas a hacer es asegurarte de que nada así vuelve a suceder, o la próxima vez te pegaré un tiro en la sien sin ni siquiera permitirte darme ninguna explicación.

Lo haría sin lugar a dudas. No me servía de nada si no comprendía que debía mantener a los chicos a su cargo a raya.

—No volverá a suceder —me aseguró, tratando de que no notara el temblor en su voz—. ¿Quieres hablar con los chicos? —me preguntó, señalando de nuevo la puerta que daba al almacén.

Una sonrisa oscura se dibujó en mi rostro. Pude sentir el leve escalofrío que recorrió el cuerpo de Roman.

—Oh, por supuesto. Y tú vendrás conmigo.

Iba a darle una lección a esos dos que no iban a olvidar en su vida.

Ahora yo era el Pakhan y las reglas las ponía yo. Ya era hora de que les quedase claro a todos.

—¿Crees que nos la está jugando? —me preguntó Leonid mientras observaba por las ventanillas tintadas de uno de nuestros coches cómo Arlan Wolf se alejaba.

No le respondí, sino que le hice un gesto con mi mano a Matvey, uno de nuestros soldados, que estaba sentado a mi lado, para que condujese. Le había pedido que nos acompañara porque, aunque tenía a más de ocho hombres esperando por nosotros a los alrededores, nos venía bien una mano extra. Dudaba que a Arlan Wolf le conviniese hacerme nada, ni siquiera intentarlo, pero no era tan gilipollas como para no prevenirme. Al fin y al cabo, estábamos en el territorio de los Wolf.

No fue hasta que no salimos del aparcamiento del hotel y nos alejamos lo suficiente que no le pedí a Matvey que detuviera el coche.

—Nos vemos luego, Matvey.

—Para cualquier cosa que necesites, Pakhan.

Este asintió y bajó del coche. Yo también salí del vehículo, pero no para irme como Matvey, sino para sentarme en la parte trasera, al lado de Leonid. Mi segundo tenía la vista fija en la ventana, pero tenía la sensación de que tenía la mirada perdida.

—¿Tú qué crees?

Leonid giró la cabeza hacia mí.

—¿Eh? —preguntó distraídamente.

—¿Tú crees que Arlan Wolf es de fiar? —dije, haciéndole la misma pregunta que él me había hecho minutos antes.

Leonid me miró durante unos segundos, como si estuviera pensativo, y después dejó caer los hombros con un suspiro.

—No tengo ni puta idea.

Era la primera vez que le escuchaba decir una palabrota.

—Yo tampoco, pero no me fío de nadie.

Ni siquiera me fiaba de mis propios hombres. Esa era la razón por la que no había hablado hasta que Matvey no se había bajado del coche. Estaba comenzando a volverme paranoico. Necesitaba una organización con hombres leales, con hombres en los que poder confiar.

Joder, ni siquiera confiaba en Leonid y él era mi segundo. Debería ser mi hombre de confianza, mi mano derecha, como lo fue Yaroslav. Hubiera dado mi vida por él, pero ya no estaba conmigo y tenía que aceptarlo.

—Arlan parecía sorprendido.

Lo entendía. No había tenido más que apretar un poco a los dos camellos que Roman me había entregado para que cantaran como unos loros. Aunque después de la lección que les había dado, no volverían a guardarme un secreto como ese; eso sí volvían a poder a andar, porque cuando salí del almacén, apenas podían levantarse del suelo.

Al parecer, la brillante estrategia de Vadim y Alexei para desertar había sido manipular a dos pobres chicas ricas que conocieron en mi discoteca y que ellas les dieran el dinero. Tan solo necesité revisar las cámaras de seguridad de mi discoteca, y en menos de cinco minutos, di con ellas.

Cuál fue mi sorpresa cuando reconocí inmediatamente a una de ellas. Erin, la hermana del segundo de Arlan, y al parecer, su nueva novia. Por supuesto que conocía toda esta información porque, desde que había llegado a Dublín, me había encargado de investigar a Arlan Wolf a conciencia. Necesitaba toda la información que pudiera obtener.

Sin embargo, Erin no era rica. Entonces, ¿cómo ella conseguiría tanto dinero? Para ser la hermana del segundo de Wolf, no tenía ningún tipo de prevención. Fue fácil acceder a los movimientos de su tarjeta, y una suerte que pagase el billete de metro con ella.

Tiré de unos pocos contactos y conseguí las cámaras de seguridad del metro del día anterior para ver a Erin con una mochila llena de cosas que me dio una pista de cuáles podían ser sus intenciones. Era evidente que esa mochila estaba llena de fajos de billetes. No necesitaba abrirla para saberlo, como tampoco necesitaba que nadie me dijera de dónde había sacado el dinero.

En menos de dos horas logré obtener la dirección del piso donde Alexei y Vadim se alojaban gracias a las cámaras de seguridad de las calles que siguieron el recorrido de Erin. Porque Alexei y Vadim habían sido lo suficientemente cuidadosos como para evitarlas. Pero cuando mis hombres llegaron al piso, ellos ya no estaban.

Al parecer, habían obtenido pasaportes falsos gracias al dinero que Erin les había dado y ya se encontraban muy lejos de Dublín.

Habíamos llegado tarde.

—Arlan no esperaba que su novia le robase —comenté. Aunque había que ser muy gilipollas para no haberse dado cuenta. Y su puto error me había costado que dos de mis hombres, que eran bastante inútiles por cierto, desertaran.

Leonid se encogió de hombros.

—Tratáis a las mujeres como si fuesen unas tontas que no se enteran de nada. Ese es el error.

«Tratáis».

Apreté los dientes con fuerza. Otra vez hablaba como si él no perteneciera a la mafia. Aunque tenía razón. En nuestro mundo, en el que la mayor parte de los matrimonios eran de conveniencia, a las mujeres no se las prestaba demasiada atención. Y muchos hombres cometían el error de creer que sus mujeres nunca los traicionarían. No por lealtad, sino porque no las creían tan atrevidas como para algo así.

—Te recuerdo que eres uno de nosotros.

A veces, tenía la sensación de que ni el mismo Leonid estaba de acuerdo con esa afirmación.

Pero él me miró y volvió a encogerse de hombros. Su indiferencia me sacaba de mis casillas, sin embargo, respiré hondo para controlarme. Le debía a su padre darle la oportunidad a Leonid de demostrar que podía ser un buen segundo y también se lo debía a Yaroslav.

Como le debía encontrar a su asesino y vengarme en su nombre.

—¿Sabemos algo del sicario que mató a mi hermano? —me preguntó Leonid, y a pesar de su semblante tranquilo, pude ver la ansiedad en sus ojos y en la manera en la que sutilmente sus uñas rasgaban la tela de sus bermudas, esperando una respuesta.

—Nada —respondí con un bufido—. Glenn me llamará cuando lo localice.

Habíamos averiguado que había viajado a Rusia y se encontraba en Moscú el día de la muerte de Yaroslav. Esa solo era una demostración más de que él lo había matado. Y una demostración más de que Orel estaba detrás de la muerte de Yaroslav.

Sin embargo, había algo en mi interior que seguía diciéndome que una pieza en ese *puzzle* no acababa de encajar. Era demasiado fácil. Recordé la forma en la que los ojos de Orel se abrieron cuando lo acusé de matar a Yaroslav, la manera en que su rostro se contrajo. Parecía sorprendido.

¿Por qué se sorprendería en el último momento cuando él ni siquiera había luchado contra nosotros? Orel nos había dejado entrar en su casa y había aceptado su destino con resignación.

Joder, ¿era mi instinto o quizá no quería creer que Orel hubiera sido capaz de ordenar asesinar a Yaroslav?

—Quiero estar cuando lo encuentre —demandó Leonid, interrumpiendo mis pensamientos.

Vi en su mirada una ira que rara vez dejaba ver. Una ira que estaba empezando a pensar que estaba siempre ahí. Algo que no era raro en los hombres como nosotros. Tal vez Georgy tenía razón y solo necesitaba tiempo. Pero también vi algo más, algo que había visto cuando terminó con la vida de Orel; algo más allá de la ira o la brutalidad, algo que no supe identificar.

—De momento, centrémonos en encontrar a Vadim y Alexei —dije, obviando sus palabras. Porque después de cómo había actuado con Orel, no estaba seguro de que fuera lo más apropiado.

Asintió y sus facciones se relajaron.

—¿Cuánto tiempo tengo que seguir haciéndome pasar por ti? —preguntó con fastidio.

A pesar de que era evidente que no le gustaba, lo hacía bastante bien. Era más paciente que yo y aguantaba mejor las gilipolleces. Cada vez que nos reuníamos con alguno de esos imbéciles

de la mafia irlandesa a mí me costaba contenerme para no clavarles un cuchillo en la garganta.

—El tiempo que considere necesario —respondí con sequedad a la vez que abría la puerta y salía del coche.

Si hubiera sido Yaroslav, probablemente lo hubiese invitado a una copa. Pero él no era su hermano, y aparte de negocios, no teníamos nada más de lo que hablar.

Capítulo 17

Isabella

—Oh, es tan mono —suspiró Serena mientras miraba la televisión de pantalla plana que tenía en mi habitación, embelesada. Como si no hubiera visto esa película más de cien veces.

—Monísimo —respondí con los ojos en blanco mientras masticaba una palomita.

Serena soltó el cojín blanco de pelo que estaba apretando con fuerza contra su pecho y me miró, exhalando un pequeño bufido.

—No me puedo creer que no te guste *Notting Hill*.

—Lo que yo no me puedo creer es que te guste a ti.

Mi prima llevaba una semana con nosotros. Había venido por la fiesta de máscaras que mi familia celebraba todos los años el veinticinco de agosto. Y aunque tenía que reconocer que me gustaba tenerla allí conmigo, la parte menos bonita de sus visitas era que me obligaba a ver decenas de películas románticas.

Al menos, no me había hecho ver *Titanic*. Qué película más deprimente, y además, duraba una eternidad. Lo único mínimamente interesante era el final. Aunque cabían los dos perfectamente en el trozo de madera.

Al menos, no era un felices para siempre.

—No me gusta, me encanta. Es...

—Tu película favorita de todos los tiempos —terminé por ella, haciendo una mueca de burla—. Lo sé, lo sé. La has visto más de cien veces y me has hecho verla más de diez a mí. ¿No te aburres de ver siempre lo mismo? Si debes saberlo hasta los diálogos.

—Nunca me aburriría de ver esta joya. No sé cómo no te puede gustar. Es una historia de amor tan bonita, tan romántica...

—Y tal irreal —apunté—. Una guapísima estrella de Hollywood enamorándose de un librero. Ni siquiera se han molestado en hacer el guion un poco realista. En la vida real, su equipo de seguridad no dejaría que alguien como William —nombré al personaje que interpretaba Hugh Grant— se acercara a ella. Y de haberlo hecho, de haber coincidido por casualidad, Anna jamás le hubiera dado una segunda mirada.

—Eso no es verdad. Se llama amor a primera vista, Bella. Dos mundos diferentes encontrándose. ¿Cuántas historias de amor como las de William y Anna habrá por el mundo?

Dos mundos diferentes. En la vida real los tíos eran unos gilipollas que priorizaban sus negocios a seguir conversando con una mujer. Una conversación en la que me había sentido más yo misma que nunca. Jamás me permitía serlo, nunca hablaba con nadie sobre mi hermano y mis preocupaciones. Y con Mikhail lo había hecho de una manera natural, casi sin darme cuenta.

Pero lo que más me fastidiaba era que había intentado provocarlo mencionando mi boda, convencida de que él haría todo lo posible por volver a contactar conmigo, porque así actuaban los hombres cuando herias su ego, pero en las tres semanas que habían pasado desde nuestro encuentro no había sabido nada de él.

No pude evitar mirar mi móvil, que había dejado en el respaldo de mi sofá. Lo que era una auténtica gilipollez, ya que Mikhail no tenía mi número de teléfono ni yo el de él. Aunque no pude evitar pensar que él podría conseguir el mío con facilidad si quisiera contactarse conmigo.

Pero era evidente que no quería. Porque ese tipo de estrategias podían funcionar con otros

hombres, pero no en uno como él.

Suspiré.

—Ninguna, Rena. No hay ninguna porque una historia de amor así no existe.

—Míralos. —Serena señaló la pantalla, justo en una escena en la que William y Anna se estaban besando—. Mira la manera en la que él la mira, la manera en la que se besan. ¿Cómo no puedes sentir nada? Es puro, es real, eso es amor.

—No me hace sentir nada porque no es real, Rena. Es actuación. Todo forma parte de un guion minuciosamente elaborada; cada palabra, cada mirada, y cada beso. En la vida real eso no existe. Ninguna de las películas románticas que ves existen.

Ese era el gran problema de mi prima. Se creía que las comedias románticas que tanto le gustaban ver era un reflejo de la realidad. Ella estaba convencida de que viviría su propia historia de amor de película

—Puede que no exactamente así, pero las historias de amor de película existen. Mira mis padres. Mamá siempre dice que la historia de ellos es de película. —Tuve que morderme el labio inferior con fuerza para callarme. Serena había heredado ese fanatismo por las películas románticas de mi tía. Tampoco conseguiría nada respondiéndole con verdades, porque ella no me creería—. ¿Es qué no quieres vivir algo así, Bella? ¿Sentir cómo tu respiración se acelera cuando lo ves, que tu corazón empieza a palpar más rápido, y esas mariposas en el estómago? ¿No quieres enamorarte?

—No, no quiero enamorarme, Rena. Y nunca voy a hacerlo. El amor no está hecho para mí. —Ni para ella, porque el amor no estaba hecho para las chicas de la mafia, pero esa parte decidí omitirla. Ya lo descubriría ella sola.

—Eso no lo puedes elegir, Bella. No eliges enamorarte.

Bufé.

—Chorradas.

—Ya verás cómo cuando te cases con Leonid cambiarás de opinión.

—No voy a cambiar de opinión, Rena. Nuestro matrimonio será de conveniencia, ya te lo he dicho.

Pero mi prima no parecía escucharme.

—He oído que es un encanto y que en persona es mucho más guapo que en fotos. Tus amigas no hablan de otra cosa, dicen que es impresionante. Tengo muchísima curiosidad por conocerlo. Seguro que te llevará a sitios mega románticos y...

—He vuelto a hablar con Mikhail.

No supe por qué saqué ese tema en ese instante. O por qué siquiera sacaba su nombre a relucir.

—¿Mikhail?

—El Pakhan de Leonid. El chico misterioso de Bellagio.

Serena y yo no habíamos hablado del tema desde nuestra conversación telefónica semanas atrás. Ella no me había preguntado nada más, porque la manera de abordar los problemas de mi prima era hacer que no existían. Como si, de esa manera, fueran a desaparecer.

Serena se congeló.

—¿Qué? Bella, pero me dijiste que ibas a solucionarlo, que hablarías con él... Yo...

—Mi idea era hablar con él, pero las cosas fueron un poco diferentes.

—¿Vosotros...? —No se atrevió a terminar la frase.

—No nos hemos acostado.

Serena inspiró profundamente, como si eso fuera un alivio. Aunque ciertamente si la verdad

se descubriría no cambiaría nada.

—No puedes volver a verlo, Bella. Ha sido un error, uno que no se va a volver a cometer. Las personas se equivocan constantemente, no pasa nada, ¿no? —Mi prima sostuvo de nuevo el cojín blanco, apretándolo con fuerza. Ella estaba empezando a entrar en pánico—. Él no va a decir nada, ¿no?

El problema era que era un error yo quería volver a cometer, una y otra vez. Deseaba con todas mis fuerzas volver a verlo. Volver a besarlo, volver a sentir sus dedos contra mi piel. Incluso que volviese a arrancar mis bragas. Me había descubierto a mí misma en varias ocasiones poniéndome la ropa interior más sexy que tenía por si nos volvíamos a encontrar.

Pero lo peor era que quería volver a hablar con él. Contarle más cosas sobre mí y que él me hablase sobre él. Quería conocerlo mejor, conocer al hombre que se escondía detrás del gran Pakhan de la Bratva. Deseaba saber aquello que los demás no conocían sobre él. Lo que era una verdadera locura.

—No lo hará.

—No, no lo dirá —confirmó Serena—. Ha sido un error. Dos pequeños errores —se corrigió, mordiendo su labio inferior—. Ya no volverá a pasar y cada uno de vosotros seguirá con su vida. Te casarás con Leonid y todo irá bien.

Casi entorné los ojos ante el monólogo de mi prima, porque no sabía si estaba intentando convencerme a mí o a ella misma. Seguramente, a las dos.

—Me casaré con Leonid —asentí, y Serena suspiró con alivio. Lo haría porque ese era mi destino y era lo que todos esperaban que hiciera—, pero nada irá bien.

Serena se deslizó por el sofá hasta quedar a mi lado. Estiró su mano y apretó mi hombro.

—Serás feliz, Bella. Te enamorarás de él, ya lo verás.

Esta vez, ni siquiera me molesté en corregir a mi prima. No me iba a enamorar de Leonid, ni él de mí. Pero ambos nos toleraríamos mutuamente porque era lo que se esperaba de nosotros. Era nuestro deber.

Sin embargo, pese a tener eso claro, sentía un hundimiento en mi estómago. Como si hacer lo que se esperaba de mí, lo que se suponía que era lo correcto, no lo fuera del todo. Porque estaba empezando a ser consciente de que mis deseos eran otros, a pesar de que no tenía muy claros cuáles eran.

Sin embargo, no importaba lo que yo quisiera. Porque lo que yo pensara y yo deseara daba igual. Nunca se me había tenido en cuenta.

Lo tenía asumido, ¿verdad?

—¿Por qué no vamos a dormir? —sugirió Serena. Ella me observaba con preocupación, pero no dijo nada—. Ya se está haciendo tarde y mañana es la gran fiesta de máscaras.

—Va a ser lo mejor —respondí.

Me despedí de mi prima, porque aunque ella preferiría que durmiéramos juntas yo siempre la obligaba a irse a su propia habitación, y me fui a dormir. Pero apenas pude conciliar el sueño, porque unos profundos ojos grises me acompañaron durante toda la noche.

Capítulo 18

Mikhail

Lo que menos me imaginé cuando Glenn me llamó para contarme que había atrapado al sicario era que me citaría en uno de los restaurantes que había en su submundo.

Era un pequeño local con cuatro mesas, que a diferencia de lo que podía esperarse viendo el sitio, estaban todas ocupadas excepto una. Allí, bajo una tenue luz amarillenta, se encontraba Glenn, acompañado de un hombre que no debía superar los treinta y cinco años. En el resto de las mesas, hombres de aspecto impecable, trajeados, compartían la velada con mujeres con poca ropa. A pesar de que todas las mesas estaban claramente separadas, no había nada que ofreciera privacidad: ni biombos, ni cortinas.

Reconocí al hombre que se encontraba junto a Glenn al instante; era el sicario. Glenn me había pasado días atrás su foto junto a cualquier información relevante sobre él, por lo que sabía que era un hombre peligroso. Un hombre que reconocería en cualquier lado, ya que me había estudiado su rostro con detalle y lo había memorizado, esperando el momento de encontrarlo.

Lo que no esperaba era verlo inclinado sobre un plato, comiendo tranquilamente una ensalada con lo que parecían trozos de aguacate, queso feta y unas almendras espolvoreadas.

—¡Ahí estás! —exclamó Glenn, haciendo un gesto con su mano—. Ven, siéntate. Nuestro amigo y yo estábamos esperando por ti.

¿Amigo? ¿Qué narices?

Llevé mi mano a la funda de mi pistola, pero el hombre que me había llevado hasta allí colocó su mano sobre la mía, impidiéndome sacarla.

Le lancé una mirada peligrosa.

—No se permiten el uso de armas en el restaurante —me advirtió, aunque fue inteligente y apartó su mano de la mía antes de que se la cortara.

—¿A qué cojones está jugando tu jefe? —siseé mientras miraba a Glenn, que me observaba desde un asiento.

Él parecía bastante relajado. Di otro vistazo para mirar al resto de los comensales y juraría que uno de los hombres era un político irlandés. No recordaba su nombre ni su cargo, pero me sonaba vagamente haberlo visto por la televisión junto a su mujer y sus dos hijos pequeños inaugurando un hospital. El político estaba ocupado acariciando la pierna desnuda de su acompañante. Aquello era una muestra más de lo inusual de aquella situación.

No recibí ninguna respuesta, aunque tampoco la esperaba. Glenn chasqueó su mano, invitándome a acercarme a ellos.

Viendo que no tenía otra opción, hice acopio de todo mi autocontrol —él poco que tenía—, y me acerqué a la mesa. Me senté en el único asiento libre, frente al sicario. Al fijarme bien en él, percibí que no estaba tan relajado como parecía a lo lejos. La mano con la que sujetaba el tenedor le temblaba ligeramente.

Me di cuenta que estaba tenso, preparado para atacar si era necesario. Aquel tenedor podía ser utilizado como un arma, pero aún era más peligroso el cuchillo que descansaba encima de la servilleta frente a él.

—El plato del día es estofado de cordero, te lo recomiendo —me dijo Glenn.

No tenía humor para bromas, aunque solo con echarle una mirada me di cuenta de que

Glenn no estaba bromeando. Su expresión podía parecer calmada, desde luego disimulaba mejor que el sicario, pero pude advertir por la manera en la que los músculos bajo la tela de la camiseta gris de manga corta que llevaba puesta se contraían, que estaba alerta.

No, aquella no era una reunión de amigos.

—Pensaba que teníamos un trato —le advertí a Glenn con los labios apretados.

—Y lo tenemos —respondió a la vez que cortaba un trozo de carne de su filete—, pero tenemos maneras diferentes de lograr que las personas confiesen.

El sicario dejó de comer, aunque no soltó el tenedor. Nos observó en silencio; su mirada se desvió de Glenn a mí en repetidas ocasiones, casi compulsivamente. Había realizado suficientes torturas a lo largo de mi vida para darme cuenta de lo que estaba haciendo. Él estaba buscando una salida.

—¿Dándoles de comer? —cuestioné, arqueando una ceja.

Había escuchado sobre los métodos poco convencionales de Glenn, e incluso aunque hubiera estado con él durante pocas ocasiones, me había dado cuenta de que era bastante excéntrico, pero no pensaba permitir que me hiciera perder el tiempo.

—Les recuerdo lo que se van a perder si no me dan lo que quiero.

—¿Y si de todas maneras no lo hacen? —le pregunté con un bufido. Aquello me parecía ridículo. Aun así, le seguí el juego, porque no había otra cosa que pudiera hacer—. Les has alimentado para nada.

Glenn esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Has leído el cuento de *Hansel y Gretel*? —Entorné los ojos, pero aquello no desanimó a Glenn—. La bruja también los alimentaba.

Esboce una sonrisa sin humor. El caníbal, así era como Glenn se hacía llamar. No sabía si estaba yendo de farol o su apodo era adecuado, pero lo cierto era que su actuación estaba funcionando, porque el sicario cogió el cuchillo y se levantó de un salto. Fue un milagro que pudiera sostenerlo en la mano, ya que temblaba como una hoja.

No llegó muy lejos, porque Glenn le dio una patada en las espinillas, tirándolo al suelo. El resto de comensales nos miraron. Pero ninguno de ellos trató de detener a Glenn, tan solo se limitaron a observar la escena en silencio. Sabía que ninguno de ellos diría nada. No había necesitado más que echar un vistazo rápido para darme cuenta de que estaban muy poco interesados en llamar la atención más de lo debido. Para cualquiera de ellos sería un escándalo si se descubriese con quién estaban allí. Aquel lugar era un escondite, el paraíso de los pecados. El sitio perfecto para que Glenn hiciera lo que quisiese sin consecuencias.

Aún así, Glenn le hizo un gesto a uno de sus hombres y este vació el lugar. Tan solo necesitó murmurar unas pocas palabras que apenas comprendí y todas las parejas se levantaron de sus asientos y se marcharon sin mirar atrás.

Cuando estuvimos solos, me levanté y me acerqué al sicario, que respondía al nombre de Mike. Aunque sabía que era un nombre falso y no había logrado averiguar su verdadera identidad.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté con un gruñido. —El sicario intentó coger el cuchillo, que se había caído a su lado, pero Glenn fue más rápido y le pisó la mano con su bota. El sicario emitió un grito de dolor. Me puse de cuclillas, mirándolo a los ojos—. ¿Sabes quién soy? —repetí.

El sicario me miró durante unos instantes, como si estuviese tratando de buscar algo familiar en mi rostro. Después, negó con la cabeza.

Su respuesta no me extrañó, ya que pocas personas en Dublín me conocían. Yo mismo me

había encargado de pasar desapercibido. Pero había esperado que investigase un poco sobre las personas a las que asesinaba. Yaroslav y yo teníamos una relación muy estrecha.

¿Acaso me estaba mintiendo?

—Soy el hombre que va a torturarte por matar a su mejor amigo.

El sicario tragó saliva. Estaba aterrado, pero vi cuando la aceptación se adueñó de sus facciones. Hombres como él, hombres como yo, sabíamos que nuestro día llegaría antes de lo previsto. Y estábamos preparados para ello.

—Mato por encargo, no es personal.

Me reí. Él intentó incorporarse, pero me levanté y le di una patada. Iba a sacar mi cuchillo cuando algo me lo impidió. Lo mismo que había hecho que no llevase conmigo a Leonid. Había algo que no cuadraba. Algo que no terminaba de entender.

—Orel Novikov te contrató para matar a un hombre —dije.

Él me miró como si estuviese intentando recordar. Al cabo de unos segundos, asintió.

—No me gusta involucrarme en disputas entre familias de la mafia, pero me aseguró que era algo personal, que no podía hacerlo él mismo porque su familia y la familia Petrov están en buenos términos y no quería empezar una guerra.

Enarqué una ceja. No estaba entendiendo absolutamente nada. Los Petrov eran una familia de la Bratva que había regresado a Rusia hacía unos años después de ser desterrados. Aún estaban luchando por recuperar la posición que les habían arrebatado con engaños, pero estaban cerca de conseguirlo. Mi familia tenía tratos muy beneficiosos con ellos. No éramos aliados, pero se podía decir que nos respetábamos.

—¿Qué cojones tienen que ver los Petrov con que mates a Yaroslav?

—¿Yaroslav? —repitió, abriendo los ojos desmesuradamente—. ¿Quién es Yaroslav? —El sicario sacudió la cabeza, pareciendo genuinamente confundido—. No conozco a ningún Yaroslav. Orel me pagó para matar a Stepan Ranikov.

—¿Stepan?

—Es un soldado de la familia Petrov

—Mientes —espeté con un gruñido.

—No, no lo hago. Puedo demostrarlo.

Una parte de mí quería pegarle un tiro para terminar de una vez con aquello. Porque necesitaba un culpable, o lo que era más importante, necesitaba cerrar de una vez esa historia. Pero necesitaba mucho más encontrar al verdadero asesino de Yaroslav.

Y por eso me arriesgaría a que aquel hombre pudiera estar mintiéndome.

—Más te vale estar diciendo la verdad, porque como estés mintiéndome pienso bañarme con tu sangre. Te haré sufrir tanto que rogarás que te envíe de una vez al otro mundo, pero no me apiadaré de ti. Tendrás la muerte más agónica y lenta que te puedas imaginar.

—Pensaba que habíamos quedado en que me avisarías cuando Glenn encontrase al sicario —me reprochó Leonid, sentado frente a mí en una de las sillas del despacho de mi discoteca.

—¿Después de lo que te acabo de contar es todo lo que tienes que decir? —Señalé los documentos esparcidos sobre la mesa de mi escritorio.

Tal y como me había prometido, Mike, el sicario, me había entregado las pruebas que demostraban que él no mató a Yaroslav. Miré de reojo la fotografía de un hombre muerto en el suelo del parking del edificio en el que este residía. Le había disparado dos tiros en la cabeza; al parecer, Mike lo encontró desprevenido cuando se disponía a entrar en su coche. Mike no mentía, lo había comprobado y ese hombre que aparecía en la imagen era Stepan Ranikov, uno

de los soldados de la familia Petrov.

Pero no lo había asesinado en Moscú, sino en un barrio de clase obrera en Roma. Mike también me había entregado los billetes de avión que demostraban que realizó ese viaje. Las fechas coincidían con el fallecimiento de Yaroslav y él no podía estar en dos sitios a la vez.

—¿El contacto de Glenn en el aeropuerto se equivocó al asegurar que el sicario viajó a Moscú? —me preguntó Leonid.

—No se equivocó, le mintió.

Después de la confesión de Mike, Glenn intentó ponerse en contacto con su contacto del aeropuerto para descubrir que había dejado su trabajo días atrás. También había dejado el piso de alquiler en el que vivía. Probablemente, pensaba huir lejos con el dinero que el verdadero asesino de Yaroslav le había entregado por darnos pistas falsas.

—¿Y en esta ocasión vas a contar conmigo cuando le interrogues? —A pesar de que su tono de voz era tranquilo y lo hizo sonar como una pregunta casual, era evidente por el borde frío de sus palabras y la crispación en sus labios que Leonid estaba molesto conmigo por no haberle llamado para interrogar a Mike.

Me importaba una puta mierda.

Leonid había demostrado no estar en sus plenas capacidades cuando matamos a Orel. Si Leonid no hubiera aplastado el cráneo de Orel, asesinándolo antes de que pudiera decirme que no mató a Yaroslav, tal vez estaríamos más cerca de la verdad de lo que estábamos en ese momento. Estaba tan perdido en la furia y el odio que no pensaba fríamente. Y yo necesitaba a mi lado una persona que me facilitase el camino, no que me complicara las cosas.

No podía culpar a Leonid por eso, porque podía comprenderlo, pero prefería mantenerlo a un lado.

—Va a ser difícil. Sufrió un atraco en un callejón cercano a Heuston Station, y según el atestado, forcejeó con su atacante y este lo mató, cortándole la garganta.

Leonid bufó.

—No fue un atraco.

—No, no lo fue. Le robaron la cartera, pero se olvidaron del reloj de oro valorado en más de treinta mil euros. —Ni siquiera se lo habían currado lo suficiente para simular un atraco—. También se olvidaron de quitarle los billetes de tren a Cork, aunque sí que se llevaron su equipaje.

—Alguien no quería que pudiésemos interrogarlo.

—Probablemente, el asesino de Yaroslav.

Leonid se quedó en silencio, procesando toda la información que le había dado. Había mucho que asimilar. Todo era mucho más enrevesado de lo que habíamos pensado.

—Lo encontraremos —me aseguró con convicción, apoyando una de sus manos sobre la mesa de mi escritorio, justo encima de la fotografía de Stepan Ranikov muerto en el parking, aunque dudaba que él fuera siquiera consciente de eso.

—Lo haremos —prometí con los labios apretados—. Aunque tenga que quemar todo Dublín, pero encontraremos a ese cabronazo y le daremos su merecido.

Leonid asintió, de acuerdo conmigo.

Cada vez estábamos más cerca de llegar a nuestro objetivo. Podía sentirlo.

—Leonid, deberías contarle a tu padre lo que sabemos hasta ahora.

Hasta ese momento había mantenido a Georgy en la oscuridad. Había sido mi decisión; una decisión que Leonid había respetado, ya que él no le había contado nada a su padre. Pero Georgy se merecía saber lo que habíamos descubierto. Si Yaroslav se hubiera suicidado no habría una

persona intentando darnos pistas falsas para evitar que descubriésemos la verdad, porque no habría nada que descubrir.

Esa era prueba suficiente de que a Yaroslav lo habían asesinado. Me consideraba un hombre justo, y quería darle la oportunidad a Leonid de ser él quien le comunicase esa información a su padre, aunque no se lo mereciese.

—Deberías hacerlo tú —me dijo, sorprendiéndome—. Tú hablas con mi padre más de lo que yo lo hago. Él va a creer tu palabra por encima de la mía. Eres más hijo suyo que yo.

Nunca había comprendido del todo la relación de Georgy con Leonid. Ellos parecían distantes, una relación completamente diferente a la que había tenido con Yaroslav y conmigo, que ni siquiera era su hijo.

Había dado por hecho que era cosa de Leonid, pero por la amargura de sus palabras, estaba empezando a creer que quizá no era así.

—Tienes suerte de tener a Georgy como padre, Leonid.

¿Cuántas veces había deseado cuando tan solo era un crío que acababa de perder a su abuelo tener un padre como Georgy? Un padre que se preocupara por mí como Georgy lo hacía por Yaroslav; que me enseñara a ser un hombre de honor y se sintiera orgulloso de mí. No una mierda que tan solo me quería borrar del mapa como el mío.

—Pero él tiene la desgracia de tener un hijo como yo, ¿verdad? —preguntó Leonid con una sonrisa vacía—. Estoy seguro de que desea todas las noches que, en vez de Yaroslav, hubiera sido yo quien hubiera muerto —espetó con rabia. Su voz temblaba ligeramente, y por primera vez, pude ver un reflejo de quién era verdaderamente Leonid—. Estoy seguro de que tú también lo haces.

—Si pudiera, no dudaría ni un instante en cambiarte a ti por tu hermano —le dije, porque no iba a mentirle—. Pero tampoco dudaría en cambiarme a mí mismo por él. —No saber lo que le había pasado, cuál había sido el motivo por el que lo habían asesinado, me estaba matando por dentro—. Pero nada de eso importa, porque Yaroslav está muerto y tú y yo estamos vivos. Y vamos a encontrar quién lo mató. Una vez atrapemos al culpable, les contaremos a todos la verdad.

—Es mejor que mi padre se entere en ese momento, cuando tengamos al culpable.

Me encontré a mí mismo asintiendo. Porque aunque quizá no era lo más justo para Georgy, sí era lo más correcto y lo que menos lo haría sufrir. Más aún después del gran error que habíamos cometido con Orel.

—Orel no se merecía la muerte que obtuvo. Él no mató a Yaroslav, cometimos un error.

Leonid se encogió de hombros.

—Él quería dejar la Bratva. Desertar es traicionar a la mafia y la traición se paga con la muerte. Obtuvo lo que se merecía.

No había ningún rastro de culpabilidad en su rostro. Yo vivía para la Bratva, disfrutaba matando, y aun así, me sentía culpable por no haber investigado más antes de ir a por Orel. Lo hubiera matado, porque ese era mi deber como Pakhan, pero jamás hubiera manchado su nombre atribuyéndole un delito que no le correspondía.

Orel era un desertor, pero no había traicionado a un miembro de la familia.

Sin embargo, Leonid parecía contento con sus acciones. Y entonces, lo comprendí. Leonid no había matado a Orel por un impulso fruto de la rabia y el odio, lo había hecho con la misma frialdad con la que ahora hablaba sobre lo sucedido; sin una pizca de remordimiento ni arrepentimiento.

Leonid era un psicópata, un asesino. Puede que tratara de esconder el monstruo que llevaba

dentro detrás de esa fachada del buen hombre que creía que era, pero, al final del día, era igual que yo.

Un hombre de la mafia.

Puede que, al final, no estuviéramos tan perdidos como creía y quedara algo de esperanza con él.

Una melodía vagamente familiar interrumpió nuestra conversación. *Californication*, de los Red Hot Chilli Peppers. Era la misma canción que Yaroslav había tenido como tono de llamada. No era del tipo de música que él escuchaba habitualmente, pero en ese momento lo entendí, se lo puso porque era la canción favorita de Leonid.

Ni siquiera tuve que preguntárselo a Leonid para saberlo.

—Aun desde la distancia intenta controlarme —se quejó Leonid, mirando la pantalla de su teléfono—. Es mi padre asegurándose de que me visto adecuadamente para la fiesta de máscaras que da la familia de Isabella esta noche —masculló, sin coger la llamada. Aunque conocía a Georgy y sabía que no se daría por vencido hasta que su hijo no respondiera—. ¿Hemos terminado?

La fiesta de máscaras de los Carbone. Edoardo se había asegurado de que me llegara la invitación. Ese avaricioso estaba más preocupado de que fuese yo que Leonid.

No hacía falta decir que no tenía ninguna intención de acudir. No estaba de humor para aguantar a ese gilipollas.

—Sí —contesté, y Leonid se levantó.

Su teléfono siguió sonando y él deslizó el pulgar a través de la pantalla para coger de una vez la llamada. Habló con Georgy mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta de mi despacho, aunque apenas presté atención a la conversación. No hasta que escuché las siguientes palabras:

—No te preocupes, papá, voy a ser tan buen prometido en esa fiesta que Isabella va a querer casarse mañana mismo.

No era idiota, sabía que Leonid estaba siendo sarcástico. Él tenía tantas ganas de asistir a esa fiesta como yo, y ni siquiera se estaba preocupando en disimularlo. Aun así, imágenes de Leonid apoyando una mano en la parte baja de la espalda de Isabella mientras le susurraba lo guapa que estaba esa noche o de ellos dos bailando pegados al ritmo de la música invadieron mi mente.

—Leonid —lo llamé cuando estaba a punto de girar el pomo de la puerta. A pesar de que estaba hablando con su padre, él me escuchó—, nos vemos en la fiesta.

Él se giró para mirarme, parecía que iba a decir algo, pero simplemente asintió con la cabeza. Se volvió a dar la vuelta y abrió la puerta, cerrándola detrás de él un instante después. Ni siquiera necesitaba preguntarme a mí mismo por qué había cambiado de opinión. Tampoco iba a justificarlo inventándome una excusa patética.

Iría a esa fiesta porque quería volver a verla. Porque necesitaba hacerlo, porque Isabella Carbone era como una droga para mí. Por más que intentase desengancharme de ella, no podía hacerlo.

A quién quería engañar, tampoco quería.

Capítulo 19

Isabella

El baile de máscaras era uno de los eventos más importantes de mi familia paterna. Un acontecimiento que se celebraba todos los veinticinco de agosto desde hacía décadas. Lo había comenzado mi bisabuelo cuando emigró desde Italia a Dublín.

Él buscaba impresionar a la alta sociedad de la época, demostrarles su poder y riqueza. Aunque esa era solo parte de la verdad. Lo que esa fiesta escondía detrás del glamour y el derroche eran tratos de negocios ilegales. Aquellos tratos, en su momento, resultaban altamente lucrativos, y las máscaras ofrecían un anonimato perfecto para los invitados que preferían no ser reconocidos.

Hoy en día, pese a que mi padre usaba cualquier ocasión para hacer negocios, no era la finalidad de esa fiesta. Y los invitados no usaban las máscaras para ocultarse. Aunque seguía celebrándose en el Castillo de Reinport, tal y como se había hecho siempre.

El castillo era un lugar mágico. Una imponente construcción del siglo XIV, situada en lo alto de una colina a las afueras de Dublín, que ofrecía vistas espectaculares del paisaje irlandés. Sus torres de piedra, cubiertas de hiedra, y sus ventanales góticos, le daban un aire de misticismo, como si el tiempo apenas hubiese pasado por sus muros. Pertenecía a una antigua familia de Dublín que, cada año, nos cedía el lugar; probablemente debido a las generosas donaciones que mi familia destinaba para su mantenimiento y restauración.

Había llegado al castillo junto a mis padres y mi prima unas horas antes de la fiesta, y había utilizado una de las habitaciones disponibles para nosotros para cambiarme. Incluso podíamos pasar la noche allí si así lo deseábamos.

Cuando era más joven, siempre me quedaba. Dormir en el castillo me daba una sensación de paz que en pocos lugares encontraba, como si la magia del lugar se impregnara en mí. Pero con los años, esa sensación había menguado, y aunque el castillo seguía siendo un lugar imponente, ya no lograba impresionarme de la misma forma.

Después de prepararme, salí al pasillo iluminado por candelabros. El eco de mis pasos resonaba suavemente contra las paredes de piedra mientras descendía por la impresionante escalera principal. Sentí cómo la madera crujía ligeramente bajo mis pies. Los invitados comenzaban a llegar, y los murmullos y risas lejanas llenaban el ambiente, fusionándose con las notas de la orquesta que mi madre había contratado.

El salón principal, donde se celebraba la fiesta, se encontraba en el ala este del castillo, justo al final de un corredor adornado con tapices medievales y grandes ventanales que dejaban entrar la luz plateada de la luna. Los camareros, vestidos impecablemente, guiaban a los invitados hacia el lugar de la celebración.

Las puertas dobles de madera tallada que conducían al salón, estaban abiertas. La sala era amplia, con techos altos sostenidos por vigas de madera oscura. Una gigantesca lámpara de araña de cristal colgaba en el centro, lanzando destellos de luz que iluminaban la pista de baile y las mesas dispuestas alrededor. Las paredes estaban adornadas con espejos y candelabros de plata, mientras que un gran ventanal al fondo ofrecía vistas de la colina y del cielo nocturno, enmarcado por pesadas cortinas de terciopelo rojo.

Por supuesto mi madre no había escatimado en gastos para asegurarse de que la fiesta

contase con una decoración antigua pero a la vez provista de todos los lujos modernos.

En cuanto entré sentí cómo todas las miradas se posaban en mí. Había escogido un elegante vestido largo de color rojo. Tenía bordados de encaje que recorrían el escote en forma de corazón y las mangas estilo *bardot*. La tela se ajustaba a la perfección a mi cintura, resaltando mis curvas, y la falda del vestido caía elegantemente hasta mis pies. Ese año me había decantado por una máscara negra, decorada con intrincados detalles en rojo que conjuntaban con el vestido y unas pequeñas plumas negras al costado. La máscara tan solo cubría la parte superior de mi rostro, ya que quería que todos me reconocieran, y la tenía perfectamente ajustada mediante unas cintas de satén negras que había atado detrás de mi cabeza.

—Bella, te llevo llamando desde el pasillo —me dijo Serena, apareciendo a mi lado y respirando con dificultad. Seguramente me había estado esperando para entrar conmigo. A diferencia de mí, a ella le gustaba pasar desapercibida—. Guau —silbó. Su mirada vagó por el gran salón, embelesada—, cada año creo que no me voy a sorprender, pero lo hago. Es impresionante.

Lo era. Siempre lo era. Mi madre no permitiría que fuese de otra manera. Aunque lo cierto era que, en esos momentos, poco podía importarme la decoración. Yo estaba escudriñando el salón en busca de otra cosa, de alguien, en realidad. Lo buscaba a él.

Desde que había revisado la lista de invitados esa mañana y había visto su nombre, no podía pensar en otra cosa. Por supuesto que mi padre lo había invitado, pero estaba bastante segura de que él no acudiría. Aun así, no podía evitar que mis ojos lo buscasen. Esa necesidad de volver a verlo era cada vez más grande.

Una necesidad que ni yo misma entendía.

—¿Estás buscando a tu prometido? —me preguntó Serena.

Mi madre, que se encontraba junto a mi padre cerca de la mesa de los canapés, asegurándose de que todo estaba correcto, me hizo un gesto para que me acercase a ellos.

Era la primera vez que me alegraba que mi madre me llamase, ya que así evitaba tener que responder a mi prima. No quería mentir a Serena, pero tampoco quería hablar de Mikhail. Mi prima no podía entenderme, ¿cómo iba a hacerlo si ni yo misma lo hacía?

—Llegas tarde —me reprendió mi madre en un susurro para que nadie pudiese escucharnos.

—Quería lucir perfecta —contesté, sabiendo que esa era la única excusa que aceptaría.

—Y lo has conseguido —dijo con orgullo, mirándome de arriba a abajo.

Mi madre llevaba un vestido largo de color negro. Ella era una mujer muy guapa; una belleza que ella se había asegurado de mantener con retoques estéticos, ya que lucir joven y estupenda era un requisito para mujeres como nosotras.

—Como siempre, Eleonora, has hecho un gran trabajo —alagó Renatta, mi tía y la madre de Serena, apareciendo junto a mi tío.

Mi tío y mis dos primos mayores habían llegado esa misma mañana junto a todos nuestros familiares que vivían en Italia. Pese a que mis tíos solían venir unos días antes, este año tenían la boda de la hija de un socio en Turín, razón por la que ellos no habían llegado hasta hoy. Aunque los hermanos de Serena habían asistido, a ella le habían permitido no hacerlo. Al igual que le habían permitido venirse con nosotros en vez de ir al hotel con ellos.

Porque había muchas cosas que a Serena sus padres le permitían. Para todo el mundo eso sería un privilegio, pero yo no estaba de acuerdo. Que sus padres la consintieran era la razón principal por la que mi prima, en muchos momentos, vivía fuera de la realidad. Y esas fantasías que ella tenía antes o después jugarían en su contra. Porque, al final, la realidad le explotaría en la cara.

—Oh, muchas gracias, Renatta —dijo mi madre, encantada.

—¡Edoardo! —Saverio Grimaldi se acercó a nosotros a grandes zancadas con una sonrisa blanquecina que contrastaba con su piel demasiado bronceada, casi anaranjada, de demasiadas horas pasadas en un centro de autobronceado—. Maravillosa fiesta, como siempre —añadió, estrechando la mano de mi padre con fuerza.

Al lado de Saverio, se encontraba Melania, mi prima y la hermana mayor de Serena. Como siempre, lucía perfecta. Con su cabello negro color azabache cuidadosamente peinado y un vestido de color verde esmeralda brillante.

Melania me dio dos besos, aunque no me dirigió palabra alguna y yo tampoco lo hice con ella. Melania no me caía mal, pero tampoco bien, nuestra relación era prácticamente inexistente. La misma que ella tenía con su hermana Serena.

—Isabella, es un placer verte después de tanto tiempo —me saludó Saverio, apoyando su mano en la parte baja de mi espalda para darme dos besos. Su mirada vagó descaradamente por mi cuerpo, deteniéndose más tiempo del debido en mis pechos.

—Todo un placer —respondí, con el sarcasmo envenenando mis palabras, y apoyando mis manos en sus hombros para separarlo de mí con firmeza.

Saverio era un auténtico cerdo. Melania, que se encontraba a unos pasos de nosotros, no parecía ni siquiera molesta por el comportamiento poco apropiado de su marido. Si se inmutó, ni lo expresó. Como tampoco lo hicieron ni mis padres ni mis tíos.

Nadie iría en contra de Saverio, porque él era el hijo del alcalde de Palermo. Él estaba siguiendo la estela de su padre, y aunque era joven, se estaba posicionando tan bien en su partido que todo el mundo esperaba que acabase consiguiendo un puesto de mayor relevancia que el de su padre.

—¿Dónde está Ettore? —preguntó mi tío.

Ettore era mi otro primo.

—Se ha encontrado en la entrada con Alessandro —respondió Melania, nombrando a mi otro tío—. Se han quedado hablando con él. —Melania le dio un último trago a la copa de *champagne* que sostenía en su mano derecha, terminándosela. Chasqueó los dedos, llamando la atención de una camarera que pasaba con una bandeja por nuestro lado. Dejó la copa vacía y fue a coger otra, pero Saverio la detuvo, agarrando su muñeca.

—¿Por qué no paras un poco, *cara*? —su sugerencia estaba cubierta de una malicia que no se molestó en cubrir. Le hizo un gesto a la camarera con la barbilla para que se alejara, y esta no dudó en obedecer la orden—. Acaba de empezar la fiesta. Nadie quiere una mujer borracha.

—Tan solo tenía sed, *caro* —contestó Melania.

—Pues pide un vaso de agua la siguiente vez —espetó Savio, liberándola de su agarre—. No me extraña que con tus tendencias a beber no te quedes embarazada.

Quizá el problema es que eres estéril, imbécil.

Las palabras se deslizaron por mi lengua, pero las retuve. Porque sabía que no solo me ganaría una buena bronca, sino que mi prima ni siquiera me lo agradecería. Nadie se metía en los matrimonios ajenos. Y una buena esposa no criticaba a su marido ni aceptaba que otros lo hiciesen.

Así de asqueroso era mi mundo a veces.

Melania y Saverio llevaban poco más de ocho años casados. Se habían casado cuando a Melania le quedaban unos pocos meses para cumplir dieciocho años y todavía no habían tenido hijos. Saverio, con cuarenta años, estaba deseando tener descendencia.

Una que le asegurase el apoyo de por vida de mi familia. Algo que le beneficiaba en su

carrera política.

Ese hombre nunca debería poder reproducirse. Ningún hijo se merecía a ese hombre como padre. Tal vez Melania pensaba como yo y esa era la razón por la que aún no habían tenido hijos. Quizá ella lo estaba evitando, quizá era su manera de luchar contra él. Saverio la humillaba en público constantemente. No quería pensar lo que hacía en privado. Aunque el muy cabrón se cuidaba mucho de hacerlo delante de desconocidos, ya que quería dar una imagen ante la prensa de marido cariñoso.

Y probablemente, también era su manera de demostrarle a su mujer que nadie podía salvarle de él. Pero eso era algo que las mujeres de la mafia sabíamos desde que teníamos uso de razón. Un marido tenía todo el derecho sobre su mujer.

Evidentemente, Melania no le respondió, tal y como se esperaba de ella.

Me fijé en mi prima Serena, que estaba observando la pista de baile, fingiendo que no escuchaba lo que estaba pasando delante de ella. ¿Y todavía seguía teniendo esa visión idealizada del amor viendo cómo estaba su hermana? Pero así era Rena, se evadía cuando no quería ver algo.

Quizá mi prima era más consciente de lo que sucedía a su alrededor, de lo que yo pensaba, pero tal vez no quería verlo. Ella era más feliz así. Aunque su felicidad no duraría eternamente, era cuestión de tiempo que no tuviese más remedio que afrontar la realidad.

—Vamos a saludar a Dante —dijo Saverio, despidiéndose de nosotros, y Melania lo siguió como el perrito faldero que era. No me cabía la menor duda de que no tardaría ni diez minutos en ver otra copa en su mano.

Ella se evadía de su triste realidad con el alcohol. ¿Cómo me evadiría yo?

Nunca me preguntaba ese tipo de cosas, pero últimamente parecía que me lo cuestionaba todo.

—Nosotros también vamos a dar una vuelta por la fiesta —comentó mi padre.

—Os dejamos solas, chicas —dijo mi tío con una sonrisa cálida—. Cuida de mi princesita, Bella. —Mi tío me dio dos besos y a mi prima un cariñoso abrazo.

Princesita.

Ese era el apodo que usaba para su hija pequeña. Nunca le había visto utilizarlo con su otra hija. Pero así trataban sus padres a Serena, como a una princesita. No sabía si era porque era la pequeña o porque era una joven sensible y cariñosa.

Mi padre no se despidió de mí. Tampoco esperaba que lo hiciera. Yo no era su prioridad en ese momento.

A una parte de mí le hubiese gustado que tuviese un apodo cariñoso para mí, que me hubiese protegido de lo más feo de nuestro mundo mientras crecía. Pero, otra parte, se alegraba de que no fuese así, ya que eso había hecho que me convirtiera en la mujer que era a día de hoy.

—*Princesita*, ¿en serio? —Los ojos maliciosos de Livia observaban a mi prima a través de su máscara plateada mientras se acercaba a nosotras—. Yo no dejaría que mi padre utilizara apodos tan ridículos conmigo.

Conocía a mi amiga. Ella, en realidad, estaba muerta de envidia. Su padre era aún peor que el mío.

—¿Qué tiene de malo? —Serena se encogió de hombros, visiblemente incómoda—. A mí me gusta.

—Si tú lo dices, *princesita*.

—Oh, Liv, no seas mala —la riñó Vittoria, que se encontraba a su lado, pero pude ver cómo se mordía el labio inferior para aguantarse una risa.

—No estoy siendo mala, Vit. Las amigas estamos para decirnos la verdad aunque duela. Ella no era amiga de Serena, pero ser cruel era algo de lo que disfrutaba.

—Liv, Vittoria —las saludé a ambas con dos besos.

—Hacía tiempo que no te veíamos, Bella —dijo Vittoria—. Te echábamos de menos.

—¿Dónde te has metido? —me preguntó Livia, que era menos diplomática que Vittoria.

—He estado ocupada —respondí, sin dar más detalles.

En realidad, la verdadera razón por la que no me había juntado con ellas durante la última semana era por mi prima. Serena se sentía incómoda con mis amigas, aunque tendía a evitar expresármelo directamente, y a mí me gustaba hacer planes a solas con mi prima. Al fin y al cabo, nos veíamos unas pocas veces al año.

—Vamos a sacarnos unas fotos en el jardín trasero para nuestros Instragrams —me comentó Livia—. ¿Te vienes?

Miré a mi prima, que mordió su labio inferior con nerviosismo, y negué con la cabeza.

—En un rato vamos.

Aunque Vittoria hizo un mohín de decepción, asintió con su barbilla. Livia se encogió de hombros, visiblemente molesta, porque yo sacaba mejores fotos que Vittoria.

—Cómo quieras —murmuró.

—Ah, por cierto, Liv, el rosa palo es una buena elección, pero se ensucia con facilidad.

—Por eso estoy teniendo cuidado. No he cogido ni un canapé.

—Haces bien. —Livia me sonrió con suficiencia y fue a dar un paso para salir hacia la terraza, pero, al hacerlo, el sonido de una tela rasgándose provocó que se girase—. La tela es de calidad, pero se rompe con facilidad —añadí con fingida indiferencia. Livia abrió los ojos como platos y miró hacia el suelo para ver cómo mi zapato aún estaba encima del dobladillo de su vestido largo—. Deberías ir al baño a limpiártelo y buscar a alguien que te lo cosa —sugerí, alzando mi zapato y retrocediendo un paso—. Es un consejo para que salgas perfecta en las fotos. Ya sabes, las amigas estamos para decirnos la verdad aunque duela.

Si las miradas matasen, estaría muerta en esos momentos. Afortunadamente, no lo hacían. Livia no respondió a mi ataque. No lo hizo porque ella entendió el mensaje. Había pasado una línea roja metiéndose con mi prima y yo la había puesto en su lugar.

Ella aceptaría eso. Porque esa era la manera en que nos comunicábamos, la manera en la que nos relacionábamos.

—Gracias, Isabella —dijo entre dientes con una sonrisa forzada y disimulando el temblor de furia que curvaba sus labios. Después, se dio la vuelta y se marchó junto a Vittoria, que prefirió mantenerse ajena a la conversación.

—Bella, eso no era necesario —se quejó Serena cuando estuvieron lo suficientemente lejos de nosotras para poder escucharnos.

—Créeme, sí lo era.

Serena suspiró.

—A veces tus amigas pueden ser un poco...

—Perras y víboras —terminé la frase por ella.

—Iba a decir maliciosas.

—Da igual, lo estabas pensando. —Mi prima no lo negó—. Soy consciente, Rena, pero deberías defenderte. Si las dejas, se alimentarán de ti.

Me parecía increíble que mi prima, viviendo en la mafia, no fuera consciente de eso ya.

—¿Y por qué te juntas con ellas? Son tus amigas, ¿no?

—Porque me interesa —respondí, encogiéndome de hombros. Serena suspiró, como si no lo

entendiese del todo. O quizá sí que lo hacía pero no estaba de acuerdo—. Venga, vamos a tomar algo —propuse.

Pero antes de que pudiese dar un solo paso hacia la barra que se encontraba al final del gran salón, una voz me detuvo.

—Isabella —Leonid se acercó a mí para darme un cálido beso en la mejilla—, por fin nos encontramos de nuevo. He estado contando los días para vernos.

Mi mirada se desvió hacia un lado, buscándolo a él. Porque tenía sentido que Mikhail estuviese junto a mi prometido. Pero él no estaba. Lo que probablemente significaba que había aceptado la invitación para no disgustar a mi padre, pero había cancelado con una excusa. No era como si pudiese preguntarlo, porque eso podría levantar sospechas.

Años de práctica ayudaron a que pudiese disimular la decepción que me invadió.

—Yo también he estado contando los días para verte —dije cuando vi la extraña sonrisa que Leonid me dio, sabiendo que tenía que decir algo. Él desvió la mirada hacia mi derecha—. Leonid, ella es Serena, mi prima.

—Es un placer conocerte, Serena —dijo Leonid, acercándose a mi prima para darle dos besos—. Es la primera vez que nos vemos, ¿verdad? No estuviste en nuestra fiesta de compromiso.

—No —respondió Serena cuando Leonid se separó de ella—. Vivo con mi familia en Turín. No pude acudir, pero me hubiera encantado.

—Ya decía yo que no nos conocíamos. Porque si hubiera visto a un ángel como tú, me acordaría —dijo Leonid y yo contuve las ganas de entornar los ojos—. Menuda genética tiene tu familia, Isabella. Aunque viéndote a ti, es evidente.

Mi prima estaba roja como un tomate, pero podía ver los iconos de corazones en sus ojos. Porque ya sabía lo que estaba viendo: un príncipe.

De hecho, Leonid había escogido una máscara colombina azulada y dorada con unas plumas azules en el centro y una bonita piedra azul. Su cabello lucía perfectamente peinado, y el traje de color azul que había escogido esa noche le quedaba especialmente bien.

Serena dijo algo, pero yo no la escuché, porque lo *sentí*.

Podía sonar absurdo y fantasioso, y de no estar pasándome en aquellos instantes me hubiera reído de ello, pero Mikhail estaba detrás de mí. Mi cuerpo podía sentir su presencia, esa energía oscura que parecía atraerme a él.

Ni siquiera necesité girarme para estar segura de ello.

Mikhail pasó mi lado, lo suficientemente cerca como para inhalar una bocanada de su perfume, pero no tan cerca como para que su cuerpo rozara el mío, y se detuvo al lado de Leonid. La conversación entre Leonid y Serena se detuvo, porque como siempre pasaba cuando Mikhail llegaba a un lugar, atraía la atención.

Serena palideció, y no sabía si Leonid lo notó, pero él dijo:

—Él es Mikhail, mi Pakhan. Mikhail, ella es Serena, la prima de Isabella.

Los ojos grises de Mikhail se posaron en mi prima y pude sentir cómo ella se encogía. No sabía si se acordaba de ella. Mikhail no se molestó en acercarse a saludarla, ni tampoco hizo amago alguno de acercarse a mí. Tan solo hizo un leve inclinamiento de barbilla.

—En... —Serena tuvo que aclararse la garganta— encantada —terminó.

Una sonrisa se asomó en los labios de Mikhail. Porque él estaba sintiendo el miedo de mi prima. Los monstruos como él se alimentaban del miedo, del terror de los demás.

Pero no del mío. Él nunca se alimentaría de mi miedo.

—¿Os está gustando la fiesta? —pregunté, alzando la barbilla y mirando directamente a

Mikhail, a pesar de que había formulado la pregunta en plural.

Mikhail alzó el vaso que sostenía en su mano derecha y se lo llevó a la boca. Por el líquido blanquecino, supuse que era vodka.

—Lo esperable —musitó.

—No hubiera imaginado una fiesta de máscaras mejor —contestó Leonid—. El lugar es maravilloso.

—¿Lo esperable? —repetí. Horas más tarde me daría cuenta de que acababa de ignorar a mi prometido, pero, en esos momentos, ni siquiera lo pensé—. ¿Qué tiene de malo?

Mikhail se encogió de hombros.

—No me gustan las fiestas. Son aburridas e insípidas y odio a la gente.

—La gente normalmente va a las fiestas para divertirse, ¿sabes?

—No yo. Yo tengo otras maneras de divertirme.

—¿Y cuáles son esas maneras?

Mikhail me dio una sonrisa maliciosa, y cuando pensaba que estaba a punto de responderme, una voz lo interrumpió.

—A mí me encantan las fiestas —dijo Leonid alegremente. Entrecerré los ojos con irritación, porque me había olvidado por completo de que él estaba allí—. Desde luego que los italianos sabéis cómo divertirlos. Todo el mundo habla de las fiestas de Los Ángeles, pero yo nunca he estado en una fiesta como esta.

—Eso mismo dice una de mis mejores amigas —comentó Serena—. Ella ha estado un año estudiando en Los Ángeles y me ha dicho que las fiestas allí son increíbles. —Fue a decir algo más, pero se detuvo durante un instante—. Bella, mira, ahí está Alessandro.

Observé a mi tío, que estaba hablando con uno de los soldados de mi padre y su esposa, pero pude ver que su atención estaba en nosotros. En Mikhail, exactamente.

—Tío Ale —dije, a pesar de que él estaba lo suficientemente lejos como para no poder escucharme. Alcé mi mano para saludarlo. Él me devolvió el saludo y esbozó una sonrisa, aunque pude notar, incluso a distancia, que parecía intranquilo.

—¿Tío? —repitió Mikhail con un murmullo—. No me suena que ninguno de los hermanos de tu madre se llame Alessandro.

—No es el hermano de mi madre, sino de mi padre —respondí, pese a intuir que Mikhail conocía perfectamente la historia. No sabía qué quería demostrar con aquello, si conseguir intimidarme demostrándome que nos había investigado o simplemente tratar de inquietarnos.

—Tu padre no tiene hermanos. —Esta vez, fue una afirmación.

—No de sangre, pero para él Alessandro es como un hermano y, por lo tanto, para mí es como mi tío —contesté, sin dejar lugar a réplicas, porque no pensaba permitir que nadie hiciera de menos a Alessandro por no compartir sangre con mi padre.

Mi padre conoció al tío Ale cuando este tan solo era un preadolescente. No sabía mucho sobre la historia de Ale, tan solo que su padre había sido uno de los soldados de mi abuelo. Al tío Ale no le gustaba hablar sobre su familia y yo lo respetaba. Lo único que necesitaba saber era que fue un apoyo para mi padre y para nuestra familia.

—Entonces, ¿tenías una amiga que vivió en Los Ángeles? —le preguntó Leonid a mi prima, reconduciendo la conversación y cortando el silencio que se había formado—. ¿En qué parte?

Mi prima respondió, pero desconecté. Aunque fingí seguir la conversación asintiendo levemente mientras por el rabillo del ojo observaba a Mikhail. Llevaba una máscara negra con detalles plateados que tan solo le cubría el ojo derecho y un lado de su rostro, dejando la mayor parte al descubierto. Porque por supuesto que Mikhail Andreyev jamás se ocultaría detrás de una

máscara; él quería que se le viese.

Era la primera vez que lo veía utilizando un traje y tenía que reconocer que estaba sexy en él. La chaqueta se ajustaba a la perfección a sus hombros y a sus bíceps musculados. Sabía perfectamente lo que había debajo y podía asegurar que ninguna prenda le haría justicia. No me sorprendió que todas las prendas que llevaba fueran negras. Contrastaban con su piel blanquecina y sus ojos grises. Definitivamente, el negro era su color.

Parecía un ángel caído.

Mikhail le dio un trago a su bebida, terminándosela, y después, sin despedirse, se alejó de nosotros. Porque, ¿para qué se iba a molestar en hacerlo? Pero, cuando pasó por mi lado, pude sentir el roce de sus manos frías recorrer la piel desnuda de mi espalda. Pensé que me lo había imaginado, pero cuando ladeé la cabeza hacia él y vi la sonrisa arrogante en sus labios y el fuego en sus ojos supe que no habían sido ensoñaciones mías.

¿Qué estaba haciendo? ¿Y qué estaba haciendo yo?

—Isabella —Leonid me llamó, devolviéndome a la realidad. Me estaba sonriendo de una manera que podía parecer cálida, pero había algo inquietante en su sonrisa. Mi prometido era un tipo extraño—, Rena se ha ofrecido a que me enseñéis el castillo. ¿Te parece bien?

¿Rena? ¿Cuándo mi prima le había dicho que era el apodo que yo utilizaba para llamarla? Apodo que solo usábamos los más íntimos.

Me di cuenta de que había desconectado del todo. Lo había hecho porque, cuando Mikhail estaba cerca, todo dejaba de importar.

Miré a mi prima, que me suplicaba con la mirada que le dijera que sí. Por supuesto que a ella le parecía un momento perfecto para que Leonid y yo pasáramos tiempo juntos con ella como carabina. Nadie diría nada, porque sería apropiado. Y aunque no me apetecía, lo haría. No solo porque sería una falta de respeto negarse, sino porque tenía que alejarme de Mikhail.

—Claro, me encantaría —contesté.

—Vas a alucinar, el castillo está lleno de leyendas y misterios —dijo Serena con entusiasmo.

Me contuve para no poner los ojos en blanco. A mi prima le encantaban esas tonterías.

—Vamos —los animé.

Me di la vuelta, pero unos pasos después no pude evitar echar una mirada hacia atrás, viendo a Mikhail, que ahora estaba en la barra.

Quería ir con él. No sabía muy bien con que fin, o tal vez lo sabía perfectamente. Pero fuera como fuese, no lo haría. No, porque Mikhail era peligroso. Y no porque fuera un mafioso o el Pakhan de la Bratva, tampoco porque me fuese a hacer daño físico. Él era peligroso para mi corazón. Porque aunque lo negase, provocaba que latiese con más fuerza de lo normal.

Capítulo 20

Isabella

Mi prima y yo hicimos un recorrido con Leonid por todo el castillo. Él parecía fascinado con las historias y leyendas sobre el castillo que mi prima le estaba contando, aunque, en mayor parte, era inventada. Serena tenía mucha imaginación y lo contaba con tanta devoción que hasta yo me sorprendí a mí misma escuchándola con atención.

Leonid nos hacía preguntas y observaba cada detalle con genuino interés. Él se comportaba como todo un caballero, como el hombre de los sueños de cualquier mujer. Pero no de los míos. No, a mí no me gustaban los hombres como él.

Ni siquiera quería estar allí, pero no era como si pudiera elegir. Por lo menos, el recorrido por el castillo me devolvió un poco de la cordura que había perdido. Leonid era mi prometido, mi futuro marido, el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Y no había ninguna otra alternativa que no fuera él. Tampoco la buscaba.

Serena anunció que necesitaba un poco de aire fresco, pero cuando estábamos a punto de llegar a la terraza, se disculpó diciendo que había recibido un mensaje de su madre, quien, al parecer, la estaba buscando. Sin embargo, antes de marcharse, me guiñó un ojo. No cabía duda de que, en su mente fantasiosa, seguía aferrándose a la idea de que entre Leonid y yo podía surgir el amor. Su desaparición estratégica no era más que un intento de dejarnos algo de privacidad. Un momento a solas en uno de los lugares que ella consideraba más románticos del castillo.

La luna llena dominaba el cielo, y no podía negar que el paisaje, bañado por la luz plateada, tenía un toque de misterio. Pero nada más.

—¿Quieres que te busque algo para beber? —me preguntó Leonid, aún sujetando la puerta que había abierto para que pudiésemos salir. Quizá era estúpido, pero tuve la sensación de que estaba tratando de evitarme, como si estar a solas conmigo le costase lo mismo que a mí.

—Te lo agradecería —respondí con una sonrisa brillante—. Un bellini, por favor.

Leonid asintió y se dio la vuelta, desapareciendo. Entré en la amplia terraza del castillo. Apoyé mis manos en las barandillas, inhalando una larga exhalación y disfrutando del silencio de la noche.

Sentí la brisa cálida en mi rostro y observé la luna, brillando con una intensidad gélida en un cielo despejado.

No supe cuánto tiempo pasé ahí, perdida en mis pensamientos. Podía escuchar los murmullos de las personas en la planta de abajo. La terraza daba a uno de los jardines, aunque no podía ver a los invitados. Me pregunté dónde estaba Leonid. ¿No estaba tardando más tiempo del que debería? Aunque, ciertamente, no me importaba. No tenía prisa de que regresara, como tampoco tenía prisa por regresar a la fiesta.

Y esa fue la razón más absurda, que quizá fue porque lo sentí, pero no estaba buscando a Leonid cuando me giré hacia una de las ventanas que daban a una de las salas del castillo. No era por el pasillo desde el que Leonid y yo habíamos salido.

No la había visto hasta ese momento. Era una sala con una barra, aunque no había ningún camarero en ella. Mikhail estaba sentado en el taburete, con su espalda apoyada sobre la barra y sus piernas estiradas. Pero no estaba solo, había una chica a su lado. Una joven morena, que llevaba su cabello recogido en una coleta alta estirada y que parecía bastante interesada en

Mikhail. A pesar de que no recordaba su nombre, era la hija de uno de los soldados de mi padre en Sicilia.

Mikhail sostenía un vaso en su mano, de la misma manera en la que lo había hecho la última vez que nos habíamos visto hacía menos de una hora. Él tenía esa expresión distante y esa gelidez en sus ojos que tanto lo caracterizaban. No parecía interesado en ella, pero Mikhail nunca parecía interesado en nada.

No podía escuchar lo que hablaban, pero la chica dijo algo con una sonrisa. Fue lo suficientemente interesante como para captar la atención de Mikhail, porque esteladeó la cabeza hacia ella, mirándola por primera vez. Aquello debió de hacerle ganar confianza a la chica, porque se inclinó un poco más hacia él y apoyó una mano en su hombro, las uñas rojas apretando suavemente la solapa de su chaqueta de traje negra.

Mikhail no la apartó. Él no hizo ni el más mínimo amago para alejarse de ella y eso hizo que la furia inundara mis venas. No debería importarme, no debería hacerlo, pero mis manos se cerraron con fuerza alrededor de la barandilla. Ella se inclinó un poco más y sus labios le susurraron algo a él, como si fuera un secreto, pese a que no había necesidad de arrimarse tanto porque estaban solos en la sala.

Mikhail siguió escuchándola. Y entonces, lo vi. Fue un pequeño movimiento, un apenas perceptible movimiento de cabeza, pero él me miró y sonrió.

Mikhail me había visto. Sabía que estaba allí.

Ese maldito capullo.

—Isabella. —Leonid atravesó la ventana y se acercó a mí con una sonrisa y dos copas en las manos—. Me he pedido un bellini también, ya que el camarero se ha negado a darme un botellín de cerveza.

Leonid dijo algo más, pero yo no lo escuché. Porque lo único que podía ver era que Mikhail acababa de poner su mano en el muslo desnudo de la chica.

¿Estábamos jugando a darnos celos ahora? Porque a ese juego podíamos jugar los dos.

—¿Estás bien? —me preguntó Leonid. Por primera vez, parecía un poco descolocado.

Pero no me detuve a pensar en ello, porque sin molestarme en responderle, di un par de pasos hacia él para acortar la distancia entre nosotros, apoyé mis manos en sus hombros, y lo besé. Sus labios no se movieron, se quedó completamente petrificado durante dos segundos. Los mismos que tardó en reaccionar y en separarme de él.

—Isabella...

Mierda, ¿qué acababa de hacer?

Miré hacia la sala donde estaban Mikhail y la chica, pero ninguno de los dos se encontraba allí. ¿Y si mi beso, si se le podía llamar así, había ocasionado que Mikhail se llevara a la chica a alguna habitación?

—Lo siento. —Ni siquiera sabía por qué me estaba disculpando exactamente, pero sin esperar una respuesta por parte de Leonid, salí de la terraza. No sabía adónde me dirigía, ¿estaba siguiendo a Mikhail y a su conquista o qué estaba haciendo?

Estaba perdiendo completamente el norte.

Bajé las escaleras hasta el gran salón. Busqué entre todos los invitados, ¿aunque esperaba encontrar a Mikhail entre ellos? No, él no estaba allí. Él se había llevado a la mujer a una habitación. En esos momentos, le estaría haciendo lo que yo deseaba que me hiciera a mí.

Sentí cómo la ira ardía en mi estómago. Yo no me ponía celosa, los celos no eran para mí. ¿Pero entonces por qué quería ir adonde estaban y hacer que Mikhail se arrepintiese de haberse siquiera atrevido a poner su mano sobre el muslo de ella?

Cuando noté que respiraba con dificultad, respiré hondo, intentando calmarme. Vi a Serena saludándome al otro lado de la sala, pero apenas le presté atención. Incluso me pareció atisbar a mi madre mirándome con una ceja alzada. Estaba llamando la atención y de una manera que no debería hacerlo.

Me costaba pensar con claridad, así que decidí que lo mejor era salir al jardín y despejarme.

Estaba en ello cuando una mano sujetó mi brazo. Me giré para ver a mi prometido mirándome con intensidad, pese a que tenía una sonrisa agradable en su rostro. Por primera vez, no tuve duda de que era fingida, un teatro para no llamar la atención.

—Isabella, te estaba buscando.

—Ahora no, Leonid. —Sabía que le debía una explicación, pero ese no era el momento. Traté de liberarme de su agarre, pero su mano no soltó mi muñeca. Él no me estaba apretando lo suficiente para hacerme daño, pero su agarre era firme—. Suéltame.

Leonid ni siquiera pareció escucharme.

—¿Por qué no bailamos? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una orden. Él tiró de mí hacia la pista de baile antes de que pudiera siquiera responder.

Fui a intentar deshacerme de él, pero entonces vi a mi padre, que nos observaba fijamente. No podía montar un numerito, no más de lo que ya lo estaba haciendo. Resignada, lo seguí.

Ni siquiera había sido consciente de que la orquesta había comenzado a tocar una balada. Leonid se movía bien, pero tampoco era algo que me sorprendiese. Por supuesto que mi prometido sabía bailar.

—Mira, Leonid —comencé, aunque ni siquiera sabía lo que iba a decir. ¿Qué iba a decirle, que quería poner celoso a su Pakhan y por eso le había besado? Sin embargo, no necesité pensar en ninguna excusa que justificase mi comportamiento anterior, porque él me interrumpió.

—Isabella —pronunció mi nombre con gracia, casi tarareándolo, aunque mi nombre en sus labios no sonaba tan bien como en los de Mikhail—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes un nombre bonito? —En ese instante, me di cuenta de que Leonid llamaba a todo el mundo por apelativos, pero que a mí prefería dirigirse por mi nombre completo. No obstante, ni siquiera pude detenerme en ese pensamiento—. Creo que no he sido lo suficientemente claro contigo, Isabella. Por eso voy a serlo ahora. —Él alzó nuestras manos y me giró sobre mí misma para volver a sostenerme, pasando su mano de nuevo por mis caderas—. Eres una niña mimada y consentida. Una niña rica que cree que puede conseguir lo que quiera batiendo sus pestañas. Está bien, lo acepto. Lo hago porque no me queda más remedio que tolerarte.

—¿Qué nari...?

—Estoy hablando yo, *prometida*. —La voz de Leonid era amable y tranquila, pero firme. Tenía un borde arisco que nunca había advertido—. A partir de ahora, vas a aprender a escucharme. Sé a lo que estás acostumbrada, pero no me gusta que jueguen conmigo. —Él hizo una pausa para girarnos sobre nosotros mismos, moviéndonos por la pista—. No pienso consentirlo. Así que, si no quieres que tengamos problemas en nuestro idílico matrimonio, no vuelvas a hacerlo. Porque, Isabella, cariño, si vuelves siquiera a intentarlo, verás cómo arde todo a tu alrededor sin que puedas hacer nada para apagar las llamas. Destruiré todo lo que te importa; te destruiré a ti.

Leonid no me estaba amenazando en vano. Porque, en esos instantes, dejó caer la máscara de amabilidad que siempre llevaba puesta y pude ver la brutal demencia en sus ojos verdes. Mi piel se erizó con sudor frío, porque mi prometido era un sociópata. Puede que estuviera disfrazado con sonrisas cálidas y palabras amables, pero siempre había estado ahí. En mi mundo estaba acostumbrada a rodearme de ellos. Pero, en ese momento, no tuve ninguna duda de que

Leonid Vasiliev era el peor de todos, el más peligroso. Porque escondía su naturaleza; incluso de él mismo.

Leonid continuó bailando conmigo y aunque en su rostro se dibujó una amplia sonrisa, ya no podía engañarme, había visto bajo su máscara. Él me destetaba. Me odiaba por cómo era y por quién era.

—Lo has entendido, ¿Isabella? —me preguntó cuando la música se detuvo.

—Cristalino —respondí con sequedad.

Me aparté de él e hice acopio de todo mi autocontrol para no salir corriendo. No iba a mostrarle una pizca de debilidad. No le temía, no temía a nadie.

—¿Te acompaño adonde tu prima?

Serena estaba junto a sus padres al lado de una de las ventanas. Ella nos observaba con una sonrisa en la boca, como si estuviera feliz de vernos juntos, como si pensase que el amor había surgido durante el baile.

—Necesito ir al baño. Así que, si me disculpas...

Leonid asintió y yo salí de la sala, aunque no me dirigí al baño, sino a la puerta que daba al jardín. Ahora más que nunca necesitaba una bocanada de aire fresco para poder aclarar mis pensamientos.

El jardín trasero estaba completamente vacío. No era de extrañar, ya que no era tan espectacular como el principal ni estaba decorado con mimo como el antiguo patio de armas. Este jardín era pequeño y estaba mal iluminado, por lo que mi madre no se había molestado en encargarse de que lo pusieran a punto para la fiesta. Pero por eso lo convertía en el lugar perfecto para estar sola.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas con pensamientos que poco tenían que ver con mi prometido y la manera en la que me había hablado. Eso era lo que debía preocuparme, pero, lo cierto era que, en esos momentos, me daba igual.

Era una mujer fuerte, capaz de lidiar con él. Capaz de todo o de casi todo, porque no podía sacarme a Mikhail de la cabeza. No podía dejar de recrear en mi mente cómo sus manos recorrían los muslos de aquella mujer. No podía dejar de pensar que, mientras yo estaba allí, agobiada, ellos estaban disfrutando de una noche de pasión.

Quería ser yo la que estuviera con él. Quería ser yo a la que besase.

El deseo que sentía por ese hombre se me estaba escapando de las manos. Era como si mi cuerpo hubiese tomado vida propia y se negase a escuchar a mi cabeza. No importaba las veces que me repitiese lo absurdo que era, no lograba entrar en razón.

Suspiré con fuerza, intentando calmarme. Cuando estaba un poco más relajada, me pasé las manos por el rostro. Esa no era yo; estaba perdiendo el control de mí misma. Y la peor parte era que no podía parar. No podía controlar mis pensamientos.

¿Qué me estaba pasando?

Antes siquiera de que pudiera intentar obtener una respuesta, sentí cómo una mano tapó mi boca, silenciando cualquier posible grito que pudiera emitir, y tiró de mí por el jardín hacia una salida. No me resistí, ni siquiera grité o intenté defenderme, dejé que me llevara por un camino de piedra escondido entre unos arbustos. Si hubiera sido un poco más cauta no hubiera salido allí si no había nadie. Aunque había mucha vigilancia, yo debía saber que no debía bajar la guardia. Nunca.

Caí sobre un cómodo asiento de coche. No tardé ni un segundo en darme cuenta de que se trataba del asiento del copiloto. Antes de que pudiera reaccionar o intentar salir del vehículo, mi

atacante se sentó en el asiento del piloto.

Y entonces, lo comprendí. Entendí por qué no me había defendido.

Mi cuerpo lo había reconocido.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo, Isabella?! —exclamó Mikhail.

Podía haber intentado probar si la puerta estaba abierta o gritarle que me dejase salir del coche, pero no lo hice. Porque era allí donde quería estar. Ni siquiera quería recriminarle que me hubiera llevado de aquella manera hasta allí, porque de una forma retorcida prefería que estuviera allí a mi lado que con esa chica en a saber dónde.

—No estoy haciendo nada —respondí, alzando la barbilla con desafío—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con *tu nueva amiga*? —Las palabras salieron con un veneno que debería ocultar.

Debería darme exactamente igual con quién se acostaba o no Mikhail, pero no lo hacía. Mi cuerpo ardía de furia con tan solo imaginármelo con esa mujer, y estaba tan perdida que ni siquiera me estaba molestando en ocultarlo.

—¿Estás celosa? —escupió él—. ¿Por eso me has montado ese numerito con Leonid?

—No he montado ningún numerito —espeté, omitiendo adrede su primera pregunta—. Tan solo estaba besando a mi prometido. ¿Qué tiene eso de malo?

Mikhail soltó una risa sin humor.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo? —Mikhail estiró su mano y la apoyó en la parte de atrás de mi cabeza, golpeando la ventana, pero ni siquiera me inmuté—. ¿Acaso eres consciente de que podía haber sacado la pistola y matado a mi segundo?

Él estaba a punto de perder el control. Podía ver la locura desatándose en sus ojos. Y lejos de asustarme, lejos de aterrorizarme, hubo una ráfaga de satisfacción que me invadió. Porque Mikhail estaba tan afectado como yo, porque él no estaba siendo totalmente indiferente ante lo que estaba sucediendo. Lo estaba volviendo loco, de la misma manera que él me estaba volviendo loca a mí.

Me gustaba la furia en sus palabras, me gustaba que estuviera enfadado y desesperado.

¿Qué tan jodido era eso?

—No hubieras hecho eso.

—¿Ah, no? —preguntó, acercando su rostro al mío—. ¿Crees que no sería capaz?

No dudaba ni un segundo de que él sería capaz de matar a cualquier persona.

—¿Y cómo se los explicarías a tus hombres?

Sabía suficiente sobre cómo funcionaba nuestro mundo como para ser consciente de que no le perdonarían algo así, por mucho que fuese el jefe. En la Bratva, igual que en nuestra familia, había normas.

—¿Eso es lo que pretendes, Isabella? ¿Quieres desquiciarme y que cometa una puta locura? —siseó con los dientes apretados, acercando su rostro al mío, tanto que nuestros labios casi se rozaban—. No me tientes, *zayka*.

¿Eso era lo que deseaba? ¿Quería fastidiarlo todo? ¿Quería que todo volase por los aires?

No, no quería causarle problemas. No quería causárselos a mi familia, ni tampoco a mí misma. Pero la idea de que él perdiese la cabeza por mí no me producía el rechazo que debería; es más, me sonaba retorcidamente tentadora. Que me deseara tanto que fuese capaz de hacer cualquier cosa por mí.

Porque yo estaba empezando a pensar que sería capaz de hacerlo por él.

—¿Qué nos pasa? —pregunté con un suspiro mientras apoyaba mi frente sobre la de él—. Si hubiera tenido una pistola, yo la hubiera disparado a ella para apartarla de ti y después te hubiera disparado a ti por atreverte a tocarla —reconocí, aún sabiendo lo disparatado y poco

coherente que todo aquello sonaba. Porque esa chica no tenía la culpa de nada. Y ni siquiera Mikhail y yo éramos algo como para que él no pudiera estar con otras chicas.

—¿Y yo qué cojones sé? —susurró con un gruñido.

Mikhail permitió que apoyara mi frente encima de la suya, e incluso cerró los ojos durante un instante. Pero cuando los abrió, se alejó de mí y se incorporó. Estaba segura de que se giraría y me abriría la puerta para que saliese del coche, pero yo no quería irme. No se había ido con la otra mujer, era a mí a quien había llevado hasta su coche.

—Tampoco tenemos por qué tener la respuesta —dije en voz baja—. Dejémonos llevar.

Mikhail me miró. Me observó en silencio durante unos instantes, sus ojos escrutando mi rostro casi con cautela, como si estuviera buscando algo en él.

—¿Eres consciente de lo que me estás proponiendo?

—Lo soy —respondí con seguridad—. Aunque no importa, porque ya veo que eres demasiado cobarde como para hacerlo. —Me giré y coloqué mi mano en la manilla de la puerta, pero no llegué a abrirla.

Como esperaba, Mikhail me lo impidió. Antes de que me diese cuenta, él prácticamente me había estampado contra la ventanilla. Sus labios se apoderaron de los míos en un beso que no pedía permiso, que no ofrecía tregua. Era demandante, casi voraz, y me arrancó el aliento en un instante.

Mi mente se quedó en blanco, incapaz de formar un pensamiento coherente. Era como si su calor, su aroma, *él*, lo ocupase todo. Sus manos se deslizaron hasta mi cintura, aferrándose con fuerza, como si temiera que me desvaneciera entre sus brazos. Yo, por mi parte, apenas podía responder; estaba completamente perdida en la intensidad del momento.

Finalmente, cuando el aire se volvió imprescindible, se apartó de mí, apenas unos centímetros, lo justo para mirarme a los ojos. Su respiración era agitada, al igual que la mía.

Entonces, lo sentí moverse. Estiró el brazo y abrió la puerta del coche con un movimiento decidido. Fue como si mi corazón se desplomara en el pecho. Por un segundo, una idea me atravesó como un relámpago: *me va a echar del coche*.

Pero entonces habló, y sus palabras hicieron que el aire volviera a mis pulmones, aunque no por completo.

—Voy a sacarte de esta fiesta y llevarte a mi casa. Una vez allí, no te dejaré escapar. Esta vez, no huirás de mí.

—No huí la otra vez.

Él negó con la cabeza.

—Si quieres irte, si quieres echarte atrás, este es el momento, *zayka*.

Me estaba dando una salida, una opción. Podía abrir esa puerta y alejarme, poner fin a todo esto antes de que fuese irreversible. Pero no lo haría, porque por mucho que lo intentase, Mikhail y yo éramos inevitables. Lo nuestro tenía que suceder; quería que sucediese.

Lo que había comenzado en Bellagio terminaría esa misma noche. Y después, me olvidaría de él.

Estiré mi brazo y cerré la puerta.

—Conduce mientras le envío un mensaje a mi prima. —dije mientras sacaba mi móvil del bolso. Mikhail alzó una ceja—. Ella me cubrirá.

Mikhail no me hizo ninguna pregunta más. No fue así con Serena cuando le pedí que me cubriese, pero ignoré su interrogatorio. Ella se aseguraría de que no me pillasen. Aunque una parte de mí quería que lo hiciesen, porque fruto de la locura en la que estaba inmersa, quería que el mundo supiese que ese hombre iba a ser mío esa noche.

Capítulo 21

Isabella

—Después de aquel barrio al que me llevaste en Bellagio no me esperaba que vivieras en una zona tan céntrica y adinerada —comenté mientras el ascensor nos llevaba hacia su piso tras dejar el coche en el aparcamiento.

—¿Y qué esperabas? —me preguntó con una media sonrisa.

Lo cierto era que no había esperado nada en particular, porque ni siquiera me había detenido a pensarlo. Durante el trayecto hasta allí había estado demasiado ocupada tratando de no quedarme mirándolo como una tonta.

La puerta del ascensor se abrió y entramos directamente en su apartamento. Me quedé impresionada por lo que vi. Era un *penthouse* de dos plantas, amplio, moderno, y lleno de luz, ubicado en el último piso de un edificio de catorce plantas.

Las enormes ventanas de suelo al techo ofrecían una vista espectacular de la ciudad, con su horizonte iluminado por las luces nocturnas.

En el salón abierto, había un gran sofá de color gris oscuro frente a una pared con un televisor empotrado, rodeado de estanterías con algunos libros, plantas, y objetos decorativos que parecían cuidadosamente escogidos.

—¿Eso es lo que te gustaría? ¿Vivir en una pequeña casa a las afueras y tener una vida normal? —inquirió, provocando que lo mirase.

Me reí ante su pregunta.

—Bajo ningún concepto. Me gusta mi vida —hice una pausa—, o por lo menos, la parte del lujo —dije con sinceridad—. Aunque no me importaría vivir en un *penthouse* como este. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Cuatro, y todas con baño propio —respondió con naturalidad, antes de añadir: — También hay una piscina climatizada en la terraza y un jacuzzi en el baño de mi habitación.

No estaba segura de si aquello era una invitación sutil o simplemente una descripción detallada de su impresionante apartamento.

En otro hombre sería la primera opción, pero en Mikhail era la segunda. Él nunca hacía nada sutilmente. Incluso me extrañaba que no me hubiese empujado ya contra una pared y desgarrado mi ropa interior. Aquel pensamiento provocó que una oleada de placer me dominase.

—¿Quieres un cosmopolitan? —preguntó. Esa era la copa que había bebido en su discoteca, evidentemente no le había resultado difícil averiguarlo—. ¿O prefieres un aperol spritz como en Bellagio?

—¿Te fijaste en lo que estaba tomando?

—Me fijé en todo lo que hacías —contestó con una sonrisa arrogante, haciéndome un gesto para que me sentara en el sofá.

Debería habérmelo imaginado. Mikhail podía parecer desinteresado e indiferente ante todo lo que le rodeaba, pero lo cierto era que no se perdía ningún movimiento. Estaba constantemente alerta, como el depredador nato que era.

La verdadera pregunta era: ¿me había prestado atención porque estaba en su naturaleza o porque realmente le interesaba?

Sin embargo, no se lo pregunté. No lo hice no por miedo a escuchar una respuesta que no

me gustara, sino por miedo a mi propia reacción.

—No pensaba que eras un hombre de piropos —comenté mientras ocupaba un lugar en el sofá.

Mikhail se acercó al mueble bar, que estaba estratégicamente colocado en una esquina del salón. Era un mueble de diseño moderno, hecho de madera oscura con acabados en acero brillante, que combinaba perfectamente con el estilo minimalista del apartamento.

La parte superior estaba decorada con una bandeja con cristalería fina, algunas botellas de licor y una pequeña planta en un macetero blanco. En la parte inferior, dos puertas correderas ocultaban lo que había en su interior.

Abrió una de las puertas con movimientos precisos y seguros, como si fuera su territorio natural. Sacó dos botellas, colocándolas sobre la bandeja con un gesto fluido antes de tomar un vaso alto del estante.

—¿Te gusta más con mucho hielo o poco? —inquirió, girando ligeramente la cabeza para mirarme mientras preparaba la bebida. No pude evitar fijarme en la forma en que sus manos se movían: firmes, seguras, como si tuviera el control absoluto de cada detalle. Probablemente, lo tenía.

Yo, en cambio, por primera vez en mi vida, no sabía cómo actuar. No había ido allí para tomar una copa. Ni siquiera había esperado que mantuviésemos una pequeña conversación trascendental.

—Con poco hielo —respondí, y él asintió.

Observé cómo preparaba mi copa. Cuando termino, sacó una botella, que por el color de la bebida parecía vodka, y se preparó un vaso.

—¿Algo de picar? —preguntó a la vez que se acercaba mí con las bebidas.

No fue hasta que no cogí mi copa de aperol spritz y no le di un sorbo que no fui consciente de que no llegué a decirle lo que quería. Él había elegido por mí. El aperol era la bebida que tomé la noche en la que nos conocimos, aquella noche en la que empezó lo que iba a terminar hoy.

Mikhail, en vez de sentarse a mi lado, regresó al mueble bar y apoyó su espalda en él mientras le daba un largo trago a su *vodka*.

—¿Eso es lo que vamos a hacer? ¿Tener una conversación trivial?

Mikhail sonrió.

—Pensaba que a las vírgenes os gustaba tener un poco de conversación antes.

Entorné los ojos, aunque sentí cómo el calor amenazaba con subir por mis mejillas. Yo no era de las que se sonrojaban ni tampoco me asustaría por sus brascas y tan inapropiadas palabras.

—No tienes ni idea del estado de mi himen —espeté, mirándolo.

Mikhail enarcó una ceja.

—Así es como tu padre te ha vendido ante Georgy.

Aunque la rabia se debería haber apoderado de mí, no lo hizo. Sabía perfectamente que mi progenitor le había contado al padre de mi prometido todos y cada uno de los que él consideraba que eran mis virtudes. Por supuesto que él esperaba que llegase virgen al matrimonio, que esperase a mi marido; eso era lo que me había educado para ser.

Era arcaico y asqueroso, pero así nos educaban en la mafia.

—Mi padre cree que lo sabe todo sobre mí, pero no lo hace.

—Cierto, también dice que eres educada y obediente —apuntó, y yo chasqueé la lengua, lo que provocó que Mikhail sonriera—. Está equivocado en eso, pero sobre el estado de tu himen no lo está.

Dejé mi vaso sobre la mesa baja frente al sofá y me levanté. Cada paso que di hacia él fue decidido, firme. Había dejado mi máscara en su coche, pero a una parte de mí le hubiera gustado llevarla. No quería que Mikhail pudiese leer en mi rostro. Él tampoco llevaba la suya, tampoco lo había hecho en el jardín. Probablemente, se había deshecho de ella en algún momento durante la fiesta.

—¿Eso crees? —le pregunté, deteniéndome frente a él.

—Me di cuenta de que eras poco experimentada en Bellagio, por eso no me sorprendió que huyeras. Aunque no pensaba que lo fueras tanto.

—He estado con hombres íntimamente. No he llegado con ninguno hasta el final —reconocí—, pero no soy la monja de clausura que mi padre dice que soy. He dado placer a hombres con mi boca —solo a uno, pero eso él no tenía por qué saberlo—, y me han dado placer a mí. He llegado al... —No pude continuar, porque Mikhail sujetó mi cintura con una de sus fuertes manos y me atrajo hacia él.

—Sé lo que estás haciendo, *zayka*. —Su mano se posó sobre mi espalda baja—. Eres una provocadora, pero yo no soy como los hombres que conoces. No voy a fingir algo que no soy. No esperes palabras cariñosas, no esperes una primera vez de ensueño.

—No es como quiero que sea mi primera vez —dije, mirándole directamente a los ojos. Nuestras bocas estaban tan cerca que podía sentir su aliento fresco con un leve toque mentolado que me hacía querer acercarme más.

Con un dedo de su mano libre, rodeó uno de los mechones de mi cabello, jugando con él como si fuera algo que podía controlar con la misma facilidad que lo hacía conmigo.

—¿Es tu manera de cabrear a tu padre? ¿Por eso quieres que te folle, *zayka*? —preguntó, con una sonrisa cruel que no alcanzaba sus ojos—. ¿Porque sabes que una vez casada, aunque no seas virgen, ya no hay vuelta atrás? ¿Porque quieres que tu padre se sienta avergonzado?

¿Esa era la razón? Tal vez lo había sido antes, con otros hombres. Quizás había buscado rebelarme contra mi padre cuando había estado con ellos, pero nunca había llegado hasta el final. Algo siempre me había detenido, porque ninguno de ellos lograba encender en mí ese deseo desatado que sentía ahora con Mikhail. Ninguno de ellos me había hecho arder de esta forma, perder el control como lo hacía con él.

Mikhail tiró de mi mechón, no con la fuerza necesaria para hacerme daño, pero sí con la firmeza justa para obligarme a mirarlo.

Había una intensidad en su expresión que me dejó sin aliento: su mandíbula estaba tensa y sus labios ligeramente curvados en una sonrisa cargada de peligro. Los músculos de su cuello estaban marcados, como si estuviera esforzándose por mantener la calma. Pero sus ojos... sus ojos lo traicionaban. Eran salvajes e implacables.

—No, mi padre no tiene nada que ver en esto —dije con seguridad—. ¿Quieres saber por qué hago esto? ¿Por qué lo hice por primera vez en Bellagio? —Él asintió, aunque ni siquiera esperaba que respondiera—. Tú mejor que nadie deberías saber que, en nuestro mundo, hay pocas cosas que podemos elegir libremente. Puede que sea un error, pero quiero esto. —Lo señalé a él y después me señalé a mí—. No debería desearte, pero lo hago.

—Sería el error más dulce de toda tu vida —prometió, acercando su boca a la mía—. Sería la mejor noche que tendrías nunca, la que nunca olvidarías y de la que nunca te arrepentirías. —Su lengua delineó el contorno de mi labio inferior—. Te daría tanto placer que me suplicarías que me detuviese, pero yo no lo haría, ¿sabes por qué? —Se apartó un poco de mí para llevar su boca a mi oreja, como si fuese a contarme un secreto, aunque lo único que buscaba era provocarme—. Porque yo no soy conocido por tener piedad, *zayka*. —Mordisqueó levemente mi

lóbulo—. Oh, haría tantas cosas... —Él volvió a enredar el mechón de mi cabello entre sus dedos—. Pero nada de eso pasará. —Antes de que pudiera procesar el significado de sus palabras, me apartó para hacerse un lado y separarse de mí.

Lo observé, petrificada. ¿Él me estaba rechazando?

—¿Entonces para que me has traído?

—Quería ser yo el que te dejase a medias esta vez. —A pesar de sus crueles palabras, supe que no era verdad. Podía ver el deseo en sus ojos. Y además, Mikhail no era un hombre que actuase de esa forma tan infantil. No, había otra razón. ¿Tal vez estaba intentando ser caballeroso? ¿O simplemente había decidido que no merecía la pena el riesgo?—. ¿Quieres que te pida un taxi?

Debería haberme ido, porque, en el fondo, Mikhail me estaba haciendo un favor. Pero no lo hice, porque allí era donde quería estar, y porque sabía que Mikhail tampoco deseaba que lo hiciera. Aquel era otro de sus juegos retorcidos.

—Sí, pero dale la dirección del piso de mi prometido. Si tú no quieres que te enseñe lo bien que se me da... —Iba a decir practicar sexo oral, pero me di cuenta que tenía que ser más directa — lo bien que se me da chupar una polla, se lo demostraré a él. Apuesto a que está encantado de recibirme. —Lo dudaba mucho después de nuestra última conversación. Tampoco pensaba demostrárselo, ni ese día ni nunca. El tan solo hecho de compartir cama con Leonid hacía que la bilis ascendiera por mi garganta.

Vi en el rostro de Mikhail cómo se debatía entre si caer en mi provocación o no. Me lamí el labio inferior de manera deliberadamente lenta, consciente del efecto que tenía en él. Fue el gesto que desató la tormenta.

Antes de que pudiera procesarlo, sus manos se cerraron firmemente alrededor de mi cintura, y en un movimiento rápido y decidido, me levantó del suelo como si no pesara nada y me colocó sobre su hombro, como si fuera un simple saco de patatas.

—¡Bájame! —exigí, golpeándole la espalda con las palmas abiertas,

—Voy a enseñarte lo peligroso que es jugar con fuego, *zayka* —respondió con un tono firme, inquebrantable, mientras se dirigía hacia las escaleras que nos llevaban hasta la planta de arriba del *penthouse*.

Podía sentir la tensión en su cuerpo, sus músculos firmes bajo mi peso. A pesar de mis intentos por liberarme, él no parecía ni remotamente afectado. Mis golpes en su espalda eran insignificantes, como si fuera inmune a cualquier cosa que no fuera su propia voluntad.

Cuando llegamos a lo que supuse que era su habitación, sin ningún esfuerzo aparente, me dejó en el suelo con cuidado, casi con una delicadeza que contrastaba con la forma en que me había llevado hasta allí.

Cerró la puerta tras nosotros con un suave clic y, sin prisa, encendió la luz.

—Podía haber subido caminando —me quejé, cruzándome de brazos y tratando de recuperar algo de control de la situación.

Mikhail se apoyó contra la puerta, bloqueando la salida, con una sonrisa torcida que no dejaba entrever ni un rastro de arrepentimiento.

—Podías, pero era más rápido así. Has jugado con fuego y vas a arder en las llamas, *zayka*. Ya no hay vueltas atrás.

A pesar de sus palabras y de que su cuerpo bloquease la puerta, yo sabía en lo más profundo de mí que él me dejaría ir si se lo pedía. Mikhail podía ser muchas cosas: peligroso, dominante e incluso cruel, pero nunca me obligaría a hacer algo que no quería. Ese no era el tipo de monstruo que él era.

—No me he quemado, Mikhail —respondí con voz firme, sin apartar la mirada de la suya—. Estoy donde quiero estar.

Él no dijo nada. No hacía falta. La forma en que me miraba lo decía todo. Su respiración era más lenta, más pesada, como si estuviera calculando cada movimiento, cada palabra, esperando para ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Sin esperar su respuesta, di un paso hacia él. Mi corazón latía con fuerza, pero no había dudas en mi mente. Nunca había tenido nada tan claro como lo tenía en ese momento. Sabía que me estaba dejando tomar la iniciativa, que estaba probando mi determinación, evaluándome. Lo conocía lo suficiente como para saber que si no fuera así él ya habría tomado el control.

Me coloqué frente a él, tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Levanté las manos y las llevé directamente a su cinturón, mis dedos rozando el cuero con una mezcla de seguridad y ansiedad. Mi mirada no se apartó de sus ojos, queriendo que viera que no había vacilación en mí, que estaba completamente segura de lo que estaba haciendo.

Sus ojos grises, tan intensos que parecían atravesarme, brillaban con deseo y algo más, algo más oscuro y crudo que me hacía estremecer. Él no apartó la vista de mí ni un segundo, observándome como un depredador observa a su presa. Pero yo no era una presa. Nunca me había permitido a mí misma serlo y no lo sería en ese momento.

Me dejó quitarle el cinturón, aunque su cuerpo estaba tenso, como si cada músculo estuviera al borde de estallar. El sonido del cuero deslizándose por las hebillas resonó en la habitación.

Le desabroché el pantalón y lo bajé por sus rodillas. Él levantó las piernas, ayudándome a deshacerme de él, pero cuando mi mano tocó el dobladillo de sus calzoncillos, la suya se cerró firmemente alrededor de la mía, impidiéndome continuar.

—Zayka —dijo, su voz baja y grave, como un gruñido que hizo eco en mi pecho—. No tienes por qué hacerlo.

No, no tenía, pero quería. No, no lo quería, lo deseaba. Quería sentir su longitud en mi boca, quería darle placer, quería que ese hombre se rindiese a mí.

Como respuesta, me solté de su agarre y le bajé los calzoncillos, que se quedaron arremolinados en sus pies, pero mi atención estaba fija en su miembro. No era el primero que veía, pero, desde luego, sí era el más grande y bello. Aunque lo que realmente llamó mi atención era que aún no lo había tocado y ya estaba preparado para mí.

—Ese es el efecto que tienes en mí, zayka —me susurró Mikhail, leyendo mis pensamientos.

No le respondí, ya que estaba ocupada pensando en cómo actuar a continuación. A pesar de mi alardeo, lo cierto era que solo lo había hecho una vez, y encima, no me pareció una experiencia memorable.

Como me gustaba estar preparada para todo, había leído artículos y visto tutoriales, pero, a diferencia de en la primera ocasión, en ese momento no recordaba ni una de las palabras de lo aprendido. Así que decidí dejarme llevar por mi instinto, algo que solo me pasaba cuando se trataba de Mikhail. Solo con él me permitía el lujo de dejarme llevar.

Me puse de rodillas frente a él y lo escuché jadear. Sujeté su miembro con una de mis manos mientras llevaba la otra a sus testículos. Los acaricié con suavidad, dejando que uno de los dedos de mi otra mano dibujara un círculo en la punta de su longitud. Hice movimientos delicados en su hendidura, provocándole un estremecimiento. Mikhail emitió un fuerte gemido, y el sonido me llevó a levantar la cabeza para mirarlo.

Tenía los ojos cerrados y las aletas de la nariz hinchadas por el ritmo acelerado de su respiración. Su rostro era el puro reflejo del placer, una expresión que me llenó de una confianza

abrumadora. En ese instante, me sentí la mujer más poderosa del planeta. Nunca antes había experimentado algo así. Siempre había estado acostumbrada a coquetear, a jugar con las miradas y las palabras para conseguir lo que deseaba. Era mi herramienta para sobrevivir en un mundo que no dejaba espacio para la debilidad. Pero esto... esto era distinto.

No era un juego, ni una estrategia, tampoco se trataba de necesidad o supervivencia. En ese instante, lo que estaba haciendo nacía de un lugar mucho más profundo. Era deseo, entrega pura. Y, por primera vez, entendí lo que significaba entregarme por completo a alguien sin miedo, sin reservas. Porque, en ese instante, el placer no era solo suyo, sino también era mío.

Aún no le había dado mi virginidad, pero ya le había entregado una parte de mí. Una más importante que una fina membrana. Una que no se podía recuperar, que ni siquiera un cirujano podía reconstruir; pero, lejos de sentirme mal o abrumada por ello, estaba feliz.

Tomé su miembro con cuidado y lo introduje en mi boca, dejándome llevar por el deseo de darle el mayor placer posible. Lo recorrí con mi lengua, explorando cada rincón de su piel caliente, disfrutando de cómo su respiración se volvía más rápida y sus gemidos más intensos. Era como si cada sonido que salía de sus labios me conectara más profundamente con él.

Aquello era más que sexo; era algo que me erizaba la piel y hacía vibrar cada rincón de mi ser. Pero no quería detenerme a pensar en ello en ese momento. Aunque, siendo sincera, tampoco hubiera podido hacerlo, porque él tomó el control de la situación con un simple movimiento. Colocó una mano en mi cabeza, empujándola hacia abajo, dejándome claro lo que deseaba.

No lo hizo con fuerza, pero sí con firmeza. A Mikhail no le gustaba suave, él demandaba intensidad y devoción, rapidez y ferocidad. Y aunque eso no me sorprendió —porque desde el primer momento en el que lo había conocido había sabido qué clase de hombre era—, sentí cómo mi cuerpo respondía a esa exigencia con un fervor que no podía controlar. Yo quería dárselo todo; necesitaba dárselo todo.

Deslicé mis labios por su miembro. Cuando él apretó un poco más mi cabeza, no me detuve; por el contrario, aumenté el ritmo, permitiendo que mi boca se moviera con precisión y urgencia. Cada movimiento de mi lengua, cada presión calculada de mis labios, estaba diseñado para llevarlo al límite.

—Joder, *zayka*, eres una puta diosa —me dijo con la voz entrecortada por el deseo.

Sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza, como si sus palabras fueran una caricia más que se sumaba a la vorágine de sensaciones entre nosotros. Me sentía invencible, capaz de cualquier cosa. Aunque, en realidad, lo único que deseaba era darle tanto placer que olvidase a todas las mujeres con las que había estado antes de mí. Quería ser inolvidable para él, quería que mi nombre quedara grabado en su piel, que mi recuerdo lo persiguiera incluso en sus sueños.

Era un pensamiento absurdo, casi infantil, pero, en ese momento, era lo único que me importaba.

Sus gemidos se mezclaron con el sonido de mi boca trabajando en él. Lo sentía cada vez más cerca de la cima, y eso me impulsaba a continuar con aún más fervor. Quería llevarlo al borde y luego empujarlo al vacío, atraparlo en un placer tan absoluto que no pudiera pensar en nada más que en mí.

—*Zayka*, para... —me pidió entrecortadamente, justo cuando sus testículos se tensaron.

En un primer instante, pensé que le estaba haciendo daño, o que tal vez se había arrepentido, pero al notar cómo su miembro palpitaba, casi al borde de explotar, lo entendí. Él me estaba dando la opción de separarme de él antes de que se corriese. En mi anterior y única experiencia con Mattia había sido yo la que me había apartado antes de que terminase porque este no había tenido ninguna atención de avisarme.

Pero esto era diferente, porque Mikhail no se parecía en nada a Mattia, el soldado de mi padre. Mikhail no era un niño, era un hombre. Puede que fuera un monstruo, uno cruel, malvado y sin redención; sin embargo, me avisaba porque él deseaba que yo disfrutase de esa experiencia tanto como él. Porque aquello podía ser para él, pero se trataba de los dos.

Aceleré mis movimientos como respuesta a sus palabras y él se relajó de nuevo. Unos pocos segundos después sus jadeos se volvieron más profundos y su respiración más errática, su cuerpo se estremeció y me preparé para recibirlo mientras observaba cómo ese hombre se deshacía ante mis ojos. Y, en ese instante, fui consciente de que no importaba lo que sucediera en el futuro, que jamás me arrepentiría de haber ido a su casa. Porque ver a Mikhail Andreyev llegando al orgasmo, con su boca entreabierta, los ojos entrecerrados, y la cabeza echada hacia atrás, era todo un espectáculo que jamás olvidaría.

Cuando su respiración se acompasó, Mikhail abrió los ojos y me miró.

—Joder, *zayka*, eres increíble —me dijo, agarrando mi muñeca y tirando de mí para que me levantara.

Se deshizo de sus calzoncillos, que seguían arremolinados alrededor de sus tobillos. Agarró mi trasero con sus manos y me acercó a él para besarme. Mi boca estaba encantada de volver a recibir a la suya. Su lengua se unió a la mía y me pregunté si podía saborearse a sí mismo.

Cuando el beso se rompió, yo estaba ya al límite. El deseo ardía en cada poro de mi piel. Estaba preparada para llegar hasta el final. Y comprendí por qué no lo había estado antes con otros chicos.

Porque ninguno había sido Mikhail.

Y supe que era la decisión correcta cuando él me miró con esa devoción e intensidad que consiguió que mi corazón se detuviera durante un instante. Nunca antes ningún hombre me había mirado de esa manera, nunca antes ningún otro hombre me había deseado de esa forma.

Tanto que haría cualquier cosa por mí, pero yo también por él.

Y quizá aquella realización pasó por la mente de Mikhail al mismo tiempo que por la mía, porque vi un destello de un sentimiento que no reconocí bailar en sus ojos y, entonces, él retrocedió un paso, separándose de mí. Se agachó para recoger sus calzoncillos del suelo y comenzó a buscar sus pantalones.

—¿Qué haces?

Mikhail alzó la mirada de la alfombra donde estaban sus pantalones para mirarme.

—Es hora de que regreses a casa.

—¿Cómo dices?

—No va a pasar nada más, Isabella.

Entonces, lo comprendí. A quién quería engañar, lo había hecho desde el primer momento en el que se había apartado de mí. Puede que estuviera comenzando a conocer a Mikhail más de lo que me gustaría.

Esta vez no tenía nada que ver con lo que había hecho antes. No era un juego, no estaba buscando provocarme, él estaba tratando de espantarme. Como si se hubiera dado cuenta de que yo no tenía la suficiente cordura como para tomar una decisión coherente y tratara de ayudarme a buscar el camino correcto. Él estaba tratando de detenerlo antes de que fuera tarde.

Aunque que Mikhail se comportara como un salvador debería ser razón suficiente para que ambos nos diéramos cuenta de que ya no había marcha atrás.

—No te pega nada ser caballeroso, Mikhail.

—No estoy siendo caballeroso, Isabella —espetó—. Ya te he dicho que es hora de regresar a casa. Vete.

¿Qué esperaba, que me pusiera a llorar y saliera corriendo de allí? ¿Que con cuatro palabras crueles conseguiría alejarme de él?

—¿Estás seguro? —pregunté, llevando mis manos hasta el costado derecho de mi vestido, donde estaba la cremallera. Comencé a deslizarla hacia abajo, sintiendo cómo el vestido se soltaba poco a poco, hasta que la tela quedó arremolinada bajo mis pies, quedando completamente desnuda a excepción de mis bragas rojas—. Porque yo creo que no lo estás —respondí antes de que él no pudiera hacerlo, dando un paso hacia delante. Levanté una pierna, deshaciéndome por completo de la tela de mi vestido, y me acerqué a él—. Yo creo que no quieres irte, creo que quieres mucho más de mí. —Apoyé mi mano sobre su estómago tonificado, rasgando levemente su piel blanquecina con mis uñas—. Que lo quieres *todo*.

Mikhail no me respondió. Sus ojos estaban vagando por mi cuerpo desnudo, a la vez que apretaba la mandíbula con tanta fuerza que pude escuchar sus dientes chirriar. Él se estaba conteniendo.

Pero no lo haría por mucho más tiempo.

Me aparté de él y caminé hacia atrás, hasta que mis piernas chocaron con el colchón de la cama de matrimonio que reinaba en la habitación. De un pequeño salto, me tumbé encima del edredón gris.

—Isabella, ¿qué cojones estás haciendo?

—Lo que deberías hacer tú —respondí mientras llevaba mis manos hasta el elástico de mi ropa interior. Las deslicé por mis piernas hasta quitármelas y, después, se las lancé. Rebotaron sobre sus hombros para terminar en el suelo. Al menos, estas no acababan rotas—. Pero ya que no te dignas a devolverme el favor, tendré que hacerlo yo misma.

Descendí lentamente mi mano por mi estómago hasta mi centro y cerré mis ojos, dejándome llevar, pero antes siquiera de poder comenzar, sentí cómo sostenían mi muñeca y mi mano estaba sobre el colchón, a un lado de mi cabeza.

Mikhail se encontraba encima de mí. Su mano libre vagó entre mis piernas y sus dedos sustituyeron los míos, provocando que un jadeo se escapase de mis labios.

—Sí que eres rápido cuando quieres.

—Eres una maldita manipuladora, *zayka*.

Sonreí, porque él estaba llamándome de nuevo por ese apodo. De alguna manera, me gustaba cómo sonaba en sus labios, aunque no tenía ni idea de qué significaba.

—No es una manipulación, Mikhail, solo te estoy dando el empujón que necesitabas. No soy una damisela en apuros, no necesito un caballero de brillante armadura.

—Cierto, lo que necesitas es una buena follada.

Su respuesta ni siquiera me sorprendió. Porque ese era Mikhail.

Él no era ningún caballero de brillante armadura, él no era ningún salvador. Si lo hubiera sido, me hubiera intentado apartar cuando me había acercado a él minutos antes. Hubiera tratado, al menos, de vestirse.

Mikhail ni siquiera había intentado resistirse lo suficiente. Porque él era como yo: demasiado egoísta para renunciar a lo que realmente deseaba.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la lengua de Mikhail sustituyendo sus dedos.

—Solo vas a correrte con mi polla dentro de ti —me susurró contra mis pliegues.

Su aliento fresco casi provocó que llegase al clímax, pero él se separó de mí, impidiéndome. Se movió hacia un lado, estirándose para abrir uno de los cajones de la mesita de noche y sacó un preservativo. Se lo puso y volvió a colocarse encima de mí.

—Es la primera vez que voy a estar con una virgen —reconoció—. No se ser amable, no sé

hacerlo despacio.

—No quiero que seas ninguna de las dos cosas.

A esas alturas, Mikhail debería de conocerme lo suficiente como para saberlo. Porque no lo hubiera escogido a él de haber deseado una primera vez de ensueño. No quería una primera vez en una habitación de hotel rodeada de velas y de pétalos de rosas. No quería que él me susurrara palabras bonitas y me dijese que era el amor de su vida.

No, no quería una primera vez de película. Yo quería algo real. Quería que fuéramos nosotros.

Y nuestra historia era violenta, desenfrenada, enfermiza e imperfecta.

Como respuesta, Mikhail me besó. Un beso que recorrió todo mi cuerpo. Uno diferente al que me había dado hasta ese momento. Un beso lleno de promesas de placer infinito. Un beso que casi provocó que no me diera cuenta de que él estaba entrando en mi interior.

—Joder, estás empapada —gruñó mientras apoyaba su frente sobre la mía.

Sentí un escozor que me quemaba a medida que me penetraba con mayor profundidad, haciendo caso omiso de la resistencia de mis músculos tensos. Intentaba estar relajada, pero me costaba. Estaba nerviosa, ya que era algo nuevo para mí. Pero, aun así, sabía que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Lo miré para ver que sus ojos estaban fijos en mí, brillando con un deseo oscuro que provocó que mi cuerpo se relajase. Lo hizo porque no había restos de esa máscara de indiferencia que se había puesto minutos atrás cuando me había rechazado. Podía ver de nuevo lo que yo le provocaba; mejor dicho, lo que mi cuerpo le provocaba.

Sin previo aviso, empujó con fuerza, adentrándose por completo en mí. Un dolor penetrante me atravesó y me dieron ganas de gritarle por su insensibilidad, pero no lo hice al darme cuenta de que se había quedado quieto mirándome, dándome tiempo para adaptarme a él. Bajó la cabeza y me dio besos de consuelo en el rostro y cualquier parte de mi cuerpo que iba encontrando.

El dolor no tardó en menguar y Mikhail se dio cuenta, porque flexionó las caderas y se hundió profundamente en mí. Con un fuerte jadeo, comenzó a entrar y salir de mi interior en un ritmo frenético. Él era despiadado, casi cruel, y yo estaba más excitada de lo que era humanamente posible.

Descubrí que me gustaba fuerte y duro. Tal vez porque, de una manera diferente, yo también era despiadada y cruel. Al fin y al cabo, Mikhail y yo éramos iguales.

Estábamos hechos el uno para el otro.

Traté de apartar esa absurda idea de mi mente colocando mis manos en su espalda y clavando mis uñas con fuerza en su piel, como si de alguna manera fuera su culpa que tuviera esos pensamientos. Si pretendía castigarlo, por la manera en la que sentí cómo se endurecía en mi interior, conseguí el efecto contrario. Por supuesto que Mikhail disfrutaría del dolor tanto como yo. Llevé mi boca hasta su hombro derecho y lo mordí con fuerza, pero no la suficiente como para hacerle sangrar. Sonreí cuando él emitió un fuerte gemido.

—Joder, eres una puta loba. Me vuelves jodidamente loco —me dijo a la vez que intensificaba sus movimientos.

Colocó una mano entre nosotros y acarició mi clítoris con sus dedos. Aquello fue justo lo que necesitaba para estallar. Grité su nombre antes de ser consciente de lo que estaba haciendo. Lo hice mientras el orgasmo me dominaba. Él me dio un par de estocadas más, gimiendo a la vez que llegaba al clímax.

Se separó de mí, tumbándose a mi lado. Ambos nos quedamos callados mientras luchábamos para recuperar el control de la respiración. Mikhail pasó una mano por debajo de mi

cuello, rodeando mis hombros y acercándose más a él, y yo me encontré a mí misma relajándome con su toque.

Ladeé mi cabeza para mirarlo. Incluso sin ropa, completamente desnudo y sin la máscara negra que había lucido esa noche, seguía pareciendo un auténtico ángel caído. Mi mirada vagó desde su expresión tranquila, con unos pocos mechones negros cayendo desordenadamente por su frente sudorosa, y bajó hasta sus abdominales definidos. Su piel estaba cubierta de diferentes tatuajes. Nunca me habían llamado la atención los hombres con tatuajes pese a que todos en mi círculo los llevaban, pero en Mikhail se veían sensuales. No había nada a ese hombre que le quedara mal.

—¿Todos tus tatuajes tienen un significado?

Mikhail se encogió de hombros.

—Casi todos.

Conocía el significado que tenía el de su antebrazo. La bala a atravesada por una espada era el tatuaje de su familia. Yaroslav me lo había explicado en una de las pocas interacciones que había tenido con él.

Pero ese tatuaje no era el que llamaba mi atención.

Estiré mi mano y me atreví a trazar mis uñas negras por una de las dos serpientes que recorrían su torso y que ahora había visto lo que señalaban con tanto orgullo. Y muy a mi pesar, tenía que entenderlas.

—¿Hasta las serpientes?

—Todos dicen que las serpientes son animales solitarios y traicioneros, yo creo que son selectivos y fieles con los que de verdad se lo merecen. Son animales que deben tener nuestro respeto.

—¿Y lo de que apunten a tu pene? ¿Le muestran tanto respeto que lo veneran?

Mikhail se rio.

—Mi polla es digna de venerar —dijo, guiñándome un ojo.

Entorné los ojos, aunque no pude evitar sonreír. En realidad, lo era. Mi mirada se fijó en su mano, que descansaba a un lado de mi rostro. Me había fijado que tenía pequeños tatuajes en sus nudillos, pero no me había detenido a leerlos hasta ese momento.

—*Cěma* —leí torpemente.

A pesar de que no sabía lo que había dicho, si ni siquiera lo había pronunciado bien, me di cuenta de que había tocado una fibra cuando Mikhail se tensó. No pregunté nada más, no lo hice porque no quise presionarlo.

Sin embargo, él habló.

—Era el nombre de mi abuelo paterno —dijo minutos después.

—Él era importante para ti.

—Lo fue todo para mí. Él fue el que me enseñó todo lo que sé; todo lo que mi padre nunca se dignó a enseñarme. Por él seré el mejor Pakhan que pudo imaginar.

Que Mikhail hablara con ese orgullo de su abuelo hizo que algo en mi interior se derritiera. Porque me alegraba que Mikhail hubiera tenido alguien que se hubiera preocupado por él.

—Estoy segura de que esté dónde esté tu abuelo estará muy orgulloso de ti. —Por un instante, temí que Mikhail se riera de mí o me respondiera mal por mis palabras ñoñas, pero él tan solo me sonrió con suavidad. Una sonrisa genuina que me hizo desarmarme por completo—. ¿Murió hace mucho?

Mikhail alzó la otra mano. En cada nudillo había escrito un número, formando una fecha. No sabía exactamente la edad de Mikhail, pero él debía ser un niño en aquel entonces.

Él me atrajo hacia él y yo apoyé mi cabeza sobre su pecho sin decir nada más. Después, vi cómo estiraba su mano hacia el interruptor de la luz, sumiendo la habitación en la oscuridad.

¿Mikhail quería que me quedase a dormir con él?

No pude pensar en una respuesta a mi pregunta o poder formularla en voz alta, porque las suaves y desordenadas caricias que estaba haciéndome con sus dedos en mi espalda y su respiración acompasada consiguieron que el sueño me envolviera.

Capítulo 22

Isabella

Había escuchado varias historias sobre las primeras veces.

En el entorno de la mafia en el que vivía, la mayor parte de ellas eran desagradables. Aunque trataran de ocultarlo bajo historias idealizadas, podía percibir esa sonrisa triste y esa llama apagada en los ojos.

Porque, muchas veces, la primera vez era un trámite. Una obligación que las mujeres debíamos cumplir. Pero yo no me sentía extraña, tampoco arrepentida. Me sentía más yo misma que nunca.

Me giré levemente para ver a Mikhail a mi lado, tumbado bocabajo. En algún momento debía de haberme quedado dormida y él también lo había hecho. Mi mirada recorrió su cuerpo desnudo, memorizándolo, porque sabía que esa sería la última vez que lo vería.

Observé su rostro. Sus facciones estaban más relajadas que de costumbre, había un cierto aire de intranquilidad en su expresión. Decían que las personas lucíamos más vulnerables cuando dormíamos, pero no era su caso. Mikhail era un Pakhan, un hombre de la mafia, él estaba acostumbrado a estar constantemente en alerta. Apostaba a que tenía un acceso fácil a alguna arma, por si algún enemigo decidía atacarlo.

Pero yo no era su enemiga, tampoco su aliada. Yo no era nadie.

Me removí en la cama, no queriendo despertarlo. Con sigilo me levanté y pese a que él hizo un pequeño murmullo cuando sintió el hundimiento en el colchón, no se despertó. Mi ropa estaba desperdigada por toda la habitación, pero me agaché para coger la camisa negra de Mikhail. Me abroché algunos botones y salí de la habitación.

Me dirigí hacia el salón, la única estancia aparte de su dormitorio que conocía. Mikhail no me había hecho un recorrido por su *penthouse*. Tampoco era como si se lo hubiera pedido, la noche pasada solo tenía una cosa en mente.

Me quedé quieta frente al ventanal. Podía ver la oscuridad afuera, aunque estaba a punto de amanecer. Debía haber dormido unas pocas horas. Pese a que sabía que era hora de irme, no pude evitar lanzar una pequeña mirada a mi bolso de fiesta negro, que estaba en sofá y donde se encontraba mi móvil. Debía cogerlo y llamar un taxi, pero volví a fijar la mirada en el paisaje.

Necesitaba un poco más de tiempo; unos minutos más.

—¿Admirando las vistas?

Sentí la presencia de Mikhail detrás de mí, pero no me giré para mirarlo.

—Son espectaculares —contesté, porque era cierto—. Aunque lo son más en compañía —agregué, sin saber por qué lo decía.

—¿Ah, sí? —preguntó Mikhail distraídamente, rodeando mis caderas con su brazo, atrayéndome hacia él. Un gesto que le salió demasiado natural, demasiado fácil. Como a mí apoyar mi cabeza en el pecho mientras seguía mirando al horizonte—. ¿Cualquier compañía o solo la mía?

—¿Acaso importa?

Mikhail se rio. Una carcajada baja y profunda.

—Nunca reconoces nada, ¿verdad?

—¿Acaso lo haces tú? Lo único que quieres es que alimente tu ego.

—¿Eso crees? —preguntó, dándome un beso en el pelo.

—A los hombres como tú os gusta sentirnos poderosos. Por eso adquiriste este penthouse de catorce pisos. Para poder mirar desde aquí arriba y ver los edificios que ni siquiera llegan a la mitad del tuyo, ver a las personas paseando tan diminutas que podrías aplastarlas con tu zapato. Apuesto a que eso te gusta, esa sensación de poder y control. Sentir que eres el dueño de la ciudad.

—Voy a ser el puto dueño de Dublín, Isabella —murmuró, y por su tono de voz supe que era una promesa que pensaba cumplir.

Mikhail no solo buscaba recuperar lo que su padre había perdido. No, él no tendría suficiente con eso. Él buscaba adueñarse de la ciudad.

—Pero no es solo eso, ¿verdad? —intuí—. Hay algo más que poder y control. Algo más profundo, algo que deseas con más fuerza.

Mikhail no me respondió, aunque su silencio fue suficiente respuesta como para saber que no me equivocaba.

Él movió sus manos y las llevó hasta mis caderas, dándome la vuelta para que lo mirara.

—Llevas mi camisa.

—Era la primera cosa que encontré en el suelo. —Mentira. Todas mis prendas estaban alrededor de su camisa, desperdigadas por el suelo, y él lo habría visto igual que yo, pero no me corrigió. Por alguna razón que ni yo misma entendía, quería ponerme su camisa. Se sentía lo correcto.

—Me encanta cómo te queda —dijo, su mirada recorriéndome de arriba abajo. Estaba acostumbrada a las miradas lascivas de los chicos, pero nadie me había mirado nunca cómo Mikhail. Con tanto deseo, como si no deseara nada más que a mí—. Te ves tan sexy, tan follable. —sus dedos recorrieron la piel de mi escote, descubierta con los primeros botones de la camisa—, y tan mía.

Aquella palabra provocó una punzada en mi corazón. Porque lo había dicho con seguridad, sin dudar.

—Pero no lo soy, ¿verdad? No soy tuya, porque voy a casarme con otro.

A pesar de que esperé una respuesta, Mikhail no dijo nada y algo se rompió dentro de mí.

Porque quizá haberme juntado con Serena había hecho fuera una crédula, pero una parte de mí esperaba que me dijera que era suya. Que me pidiera que no me casara con Leonid, que cancelara la boda.

Pero Mikhail no hizo nada de eso.

No lo hizo porque no le interesaba. La alianza con mi padre era lo que él necesitaba para afianzarse en Dublín y no iba a renunciar a esa oportunidad por mí. Él no se arriesgaría a perder todo por lo que llevaba años luchando.

Y yo no podía culparlo por eso.

Porque esas cosas solo pasaban en las películas que a Serena tanto le gustaba ver y este era el mundo real. Un mundo en el que el poder y el dinero reinaban.

Mikhail me había echado un buen polvo. Eso era todo.

Quizá ver películas de amor con Serena me habían distorsionado la cabeza, porque nada de lo que aparecía en ellas era verdadero. Porque esto era la vida real, no era un cuento de hadas. Una vida en la que el amor no tenía cabida.

Entonces, me di cuenta de algo. No supe cómo lo hice, pero el pensamiento me abordó. Porque puede que no fuera de la manera idealizada que aparecía en las películas, pero mi prima no se equivocaba al decir que no podía elegir de quién o cuándo me enamoraba. No supe cómo,

pero, en ese instante, mirando los ojos grises de Mikhail, me di cuenta de que me había enamorado de él.

Puede que no sintiera mariposas cuando estaba con él, pero mi pulso se aceleraba cada vez que lo veía y jamás había sentido con nadie más lo que él me hacía sentir. Con Mikhail podía ser yo misma, él me hacía sentir viva, me hacía sentir libre.

Siempre había sido *él*. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Di un paso hacia atrás y me solté de su agarre, casi como si quemara.

—Tengo que irme antes de que mis padres se den cuenta de que no estoy —dije, tratando que mi voz sonara indiferente.

Mikhail me miró en silencio durante unos instantes con intensidad, pero terminó asintiendo.

—Está bien —respondió, porque él no iba a retenerme.

Nuestra historia nunca sería posible. Él era el Pakhan de la Bratva y yo la prometida de su segundo. Nosotros no estábamos hechos para estar juntos y ya era hora de regresar al mundo real.

En uno de los mensajes que Serena me había enviado me decía que le había dicho a mis padres que había subido a mi habitación en el castillo porque me encontraba algo mareada. En el siguiente, me explicaba que, cómo tenía miedo de que fuesen a verme, sobre una media hora después, se había marchado en taxi y les había enviado un mensaje diciendo que ambas nos habíamos ido a mi casa. No había recibido más mensajes de ella, por lo que suponía que no había sido descubierta.

Pasar la garita de control con el taxi no era una opción, así que le pedí que me dejase varias calles antes y luego fui andando.

Por suerte, estaba acostumbrada a andar con tacones. No me costó colarme sin que me viesen, ya que no era la primera vez que lo hacía. Tal vez debería avisar a mi padre de que la seguridad tenía un fallo, pero eso limitaría mis salidas sin guardaespaldas y no estaba dispuesta a ello.

La casa estaba en silencio. Aunque sabía que mis padres no se encontraban allí, ya que ambos siempre se quedaban a pasar la noche en el castillo. Entré en mi habitación, que estaba tal y como la había dejado el día anterior. Dejé mi bolso sobre el borde de la cama y los zapatos de tacón que me había quitado al entrar a la casa para no hacer ruido a un costado. Me acerqué a la ventana y vi cómo el coche de mi padre aparcaba frente a la puerta de entrada.

Unos minutos más y me habrían pillado. Había estado a punto de fastidiarlo todo.

Yo nunca era tan descuidada, nunca me arriesgaba tanto. Pero Mikhail me había hecho perder el juicio.

Con él era tan poco yo y tan yo misma al mismo tiempo. ¿Eso tenía siquiera sentido?

—¿Bella?

Pegué un brinco y me coloqué una mano en el corazón a la vez que me giraba para ver cómo una figura se levantaba del sofá de dos plazas que había a un costado de mi habitación. Un momento más tarde, encendió la luz.

—¡Rena! —grité. —. Me has pegado un susto de muerte. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté, bajando la voz por miedo a que me escuchasen.

Había estado tan sumida en mis pensamientos que no me había asegurado que no hubiera nadie en mi habitación. Aunque no había ninguna razón para hacerlo, porque mi habitación era mi lugar seguro; ni siquiera mis padres entraban sin que yo les diera permiso. Mi hermano era el único al que se lo permitía, pero él había pasado la noche en casa de un amigo.

Sin embargo, Serena no respetaba el espacio privado de los demás.

—Bella, estaba tan preocupada por ti. —Mi prima se acercó a mí, sin contestar a mi pregunta. Pero al darme cuenta de que llevaba el mismo vestido de gala de la fiesta de máscaras, obtuve mi respuesta—. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Nada estaba bien. Pero me encontré a mí misma diciendo:

—Estoy bien, Rena. No te preocupes por mí. Puedes irte a dormir.

—Me has enviado un mensaje diciendo que te marchabas y que te cubriese sin darme ninguna explicación. Te fuiste con él, ¿verdad? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación. Mi prima podía ser fantasiosa pero no era tonta.

—Sí, Rena, me fui con Mikhail.

La expresión de mi prima cayó. Como si esa mínima esperanza, esa ilusión de que no hubiera estado con Mikhail, se rompiese.

—Bella... —Serena me miró de arriba abajo durante unos instantes, y vi en su mirada que ella lo supo, que ella se dio cuenta de que me había acostado con él—. ¿Te ha obligado? ¿Te ha hecho daño?

—¿Qué? —dije, horrorizada. Sabía que sería más fácil decir que Mikhail me había obligado, echarle la culpa a él, pero jamás haría algo así—. No, Serena. He pasado la noche con él porque yo lo he querido.

Mi prima se pasó una mano por su cara, asimilando mis palabras.

—No pasa nada, podemos arreglarlo. Ha sido otro error. Cosas que pasan, ¿no? Al final Leonid y tú no os conocéis mucho. Nadie os ha visto, ¿no? Yo me he asegurado de que nuestros padres y hombres no sospechen nada. Me dijiste que Mikhail no iba a hablar. Leonid y tú os casaréis a finales de noviembre y todo esto quedará en un recuerdo muy olvidado. Os mudaréis juntos y...

—Me he enamorado de él —espeté, interrumpiendo el monólogo de mi prima—. Me he enamorado de Mikhail.

Serena se congeló.

—¿Cómo? No puede ser, Bella... No estás enamorada, estás confundida. Mikhail está jugando contigo. Ese hombre es malo, Bella. Se está aprovechando de ti. Desde el primer momento en el que lo vi, me dio mala espina.

—Mikhail puede ser muchas cosas, pero no es un manipulador. Él no está jugando conmigo.

Mikhail Andreyev no era un buen hombre. Tampoco quería que lo fuese. No me hubiera enamorado de él si lo fuese.

—Tienes que olvidarte de él, Bella. —Rena estiró su mano y agarró la mía—. Te darás cuenta cuando te cases con Leonid. Tienes un prometido que cualquier chica querría, Bella. He visto cómo te mira, él te adora. Y sé que en cuanto os vayáis a vivir juntos os enamoraréis. Estáis hechos el uno para el otro, lo sé. Él sí que es bueno.

—Ningún hombre en nuestro mundo es bueno, Rena. Solo que algunos fingen mejor que otros. Y Leonid es muy buen actor.

—Mi padre lo es.

No, no lo era, pero eso deba igual. Nada de eso importaba.

—Me voy a casar con Leonid, Rena —dije, apartando mi mano de la de ella. Pude ver el alivio en los ojos de mi prima—, pero no estamos hechos el uno para el otro. Las historias de amor de las películas no existen en la mafia. Nos toleraremos —dudaba mucho que eso siquiera podría llegar después de nuestro encuentro—, pero eso será todo.

—Eso es lo que piensas ahora, pero cuando...

—No, Serena. No nos vamos a enamorar. Ni Leonid se enamorará de mí ni yo de él. Despierta de una vez. Te crees que vivimos en una película de Hollywood y que el amor triunfará. No es cierto.

—Bella, mis padres...

—Tus padres te han mentado, Serena. Te han idealizado una historia de amor que no es cómo ellos la cuentan. Todos menos tú nos damos cuenta de ello. Y te han atontado. Te han vuelto una crédula con pajaritos en la cabeza.

Rena retrocedió un paso.

—Eso no es cierto.

—Es cierto, Serena. Las historias de amor —repetí esas palabras con burla— en la mafia son como las de tu hermana. Él un cerdo y ella borracha todo el día para no soportarlo. Esa es la realidad. La que tendré yo y la que tendrás tú. No conocerás a tu príncipe azul. Eso no existe. Serás una infeliz como lo son todas las mujeres de la mafia, por mucho que se engañen a sí mismas.

Yo misma me había engañado pensando que no lo sería. Creía que podría jugar las cartas que me habían tocado al nacer y ganar. Pero no podía, ninguna podíamos. Sin embargo, haría lo que se esperaba de mí, porque no tenía otra opción.

Serena me miró y vi algo parecido a la lástima en su rostro.

—Bella, no sé que te ha pasado esta noche, pero...

—Lo que me ha pasado es que soy más consciente que nunca de la realidad —le dije, interrumpiéndola—. Y tú deberías serlo también. No sé por qué tu padre aún no te ha comprometido con ningún hombre, y tampoco sé por qué piensas que lo hará con un hombre muy diferente a tu cuñado. Ese padre al que admiras tanto le ha jodido la vida a tu hermana, pero le importa una mierda. Nunca le permitirá separarse, porque ese matrimonio le interesa. Igual que el mío. Deja ya de idealizar a tu padre y despierta de una vez de esa fantasía en la que vives.

Pude ver cómo el rostro de mi prima se descomponía. Estaba siendo sincera con ella, pero de una manera cruel y despiadada. Y a pesar de que lo sabía, de que era consciente de que estaba haciéndola daño, no podía parar. No hasta que sacase un poco del veneno y la ira que corría por mis venas. Estaba enfadada con mi prima por meterme ideas absurdas en la cabeza. No, estaba enfadada conmigo misma por esperar algo que no sucedería.

Porque Serena no tenía la culpa de nada.

Ella sorbió por la nariz. Una lágrima se deslizó por su ojo, pero no se la limpió. Porque a ella no le importaba que le vieses llorar, dejaba salir sus emociones. Algo a mí me habían enseñado a controlar desde pequeñas, que a la mayoría nos enseñaban.

—Estás dolida y enfadada, pero no estás siendo justa, yo no te he hecho nada.

—Por favor, Serena, vete —pedí, porque no podía seguir hablando con ella.

Mi prima asintió.

—Me voy al hotel, esta tarde volamos a casa. Pero llámame en cuanto tengas ganas de hablar. Soy tu prima, voy a estar siempre ahí para ti aunque no te lo merezcas.

Serena se marchó, cerrando la puerta tras ella, y yo me sentí más miserable que nunca.

Jamás tenía cargo de conciencia, aunque muchas veces me portaba como una auténtica arpía. Mi prima tenía razón, ella no se lo merecía. Pero yo tampoco me merecía la vida que me había tocado vivir.

Por primera vez sentí lástima de mí misma. Porque había abierto mi corazón y ahora no sabía cómo cerrarlo.

Capítulo 23

Mikhail

Había pasado situaciones muy jodidas durante mi vida y había tenido que tomar decisiones muy complicadas, pero dejarla ir había sido la decisión más difícil de todas.

Cuando esa mañana la había visto en el ventanal de mi *penthouse*, con tan solo mi camisa negra puesta, con los primeros rayos de sol del día iluminando su piel, y su pelo castaño enmarañado, no había podido pensar en otra cosa que no fuera en lo correcto que sentía que estuviera allí.

Acostarme con Isabella había sido un error. Pero no solo porque ella era la prometida de mi segundo, sino porque una vez había probado lo que era tenerla, lo que era hundirme dentro de ella, sabía que no podría renunciar a eso.

Sin embargo, tenía que hacerlo. Isabella se estaba convirtiendo en una adicción peligrosa y debía detenerme.

Lo nuestro tenía que terminar.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Leonid, sacándome de mi ensoñación.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que ni siquiera había sido consciente de que había aparcado y ya estábamos en nuestro destino. Leonid había salido de mi Lamborghini y miraba con escepticismo un punto frente a él.

—¿Qué te crees, que soy tan gilipollas como para no saber introducir una dirección en el GPS? —espeté con un bufido mientras me desabrochaba el cinturón.

Por supuesto que había llamado a Dimitri Petrov para ver si él podía dar luz a alguna de mis dudas. No le había dicho que estaba seguro de que Yaroslav había sido asesinado, pero sí que necesitaba saber por qué uno de mis hombres había matado a uno de los suyos.

Y por supuesto, lo primero que había hecho Dimitri era exigir venganza. Cuando le había presentado las pruebas de que ya me había encargado de ello, me dio todos los datos que tenía sobre la muerte de su hombre, que eran aún menos de los que yo le había aportado.

Aunque debería de haberlo hecho de otra manera, la muerte de Orel había sido necesaria. Él había mandado asesinar al miembro de una familia sin mi consentimiento, lo que podría haber provocado una guerra. Eso, sin contar que pensaba desertar.

—Lo que no entiendo es que si el soldado de Dimitri se encargaba de los negocios en Roma, por qué viajaba a Dublín con asiduidad.

—Según Dimitri, él no tenía consciencia de eso.

—Eso es mentira —espetó Leonid.

Lo era.

Dimitri quería su trozo de pastel en Dublín, pero aún tenía que terminar de reconstruir a su familia en Rusia y no podía enfrentarse a mí. Me imaginaba que, tras lo sucedido con mi padre, envió a alguno de sus hombres a Dublín para evaluar si podían meter baza sin tener problemas conmigo. Sin duda, no había tardado en darse cuenta de que no era posible.

—Aun así, estoy seguro de que decía la verdad cuando me ha dicho que no tenía la menor idea de por qué Orel quería a su soldado muerto —dije—. Él ni siquiera había sospechado de nuestra familia.

Leonid fue a responderme, pero yo no tenía ganas de seguir hablando.

Bajé de mi vehículo y cerré la puerta. Estábamos en un amplio aparcamiento, pero, desde el instante en el que observé a mi alrededor, noté que tenía un ligero ambiente diferente a los aparcamientos lúgubres y perdidos de la mano de dios que solíamos frecuentar para nuestros negocios. Aunque tan solo había unos pocos coches aparcados pese a que eran las cuatro de la tarde, tenía espacio para más de cien vehículos. Había bastantes carteles, pero uno grande de color amarillo llamó atención.

—¿Mariposario? —leí en voz alta sin poder evitar un deje de incredulidad, observando el gigante cartel en el que salía un niño con una mariposa posada sobre su mano. Eso no era para nada lo que me esperaba. Porque no era un mariposario abandonado, por la apariencia del edificio que se encontraba a unos pasos de nosotros y todos los carteles cuidados que nos rodeaban, era un lugar que estaba en pleno uso. ¿Qué cojones? Hasta yo tuve dudas de que hubiera metido bien la dirección, pero por no darle el placer de tener la razón a Leonid, caminé por el aparcamiento hacia el camino de piedra que nos dirigía hacia el edificio—. Vamos —le ordené, haciendo un movimiento con mi barbilla.

Leonid arqueó una ceja, pareciendo escéptico, pero terminó encogiéndose de hombros y me siguió.

—Bueno, es mejor que los lugares a los que me sueles llevar —murmuró.

—Si vas a decir gilipolleces, cállate la puta boca —espeté con un gruñido.

Esa tarde soportaba a Leonid menos de lo habitual. Su presencia me era casi intolerable, y había tenido ganas de asesinarlo con tan solo ver la cara de imbécil que tenía. Pero era consciente de que detrás de mi irascibilidad se escondía algo más que su insoportable personalidad. Y cargármelo no solucionaría nada. Quitar a Leonid de en medio tan solo me complicaría las cosas con Isabella.

Edoardo tardaría menos de una semana en encontrar otro pretendiente a Isabella y yo me quedaría sin el trato de los italianos y sin un segundo, por muy insoportable que me pareciera.

A no ser que yo me casara con Isabella. Edoardo estaría encantado con el cambio, al fin y al cabo, mi puesto era de mayor poder que el de Leonid y eso era lo único que a ese hombre le importaba. Pero yo no quería eso. No pensaba casarme, ni con ella ni con ninguna otra mujer.

Yo no quería quedármela. Y mucho menos traicionaría a mi familia por ella.

Entonces, ¿por qué esas ideas aparecían en mi mente?

Sacudí mi cabeza, como si de esa manera pudiera quitarme esos pensamientos absurdos de mi cabeza, y estiré mi mano para sostener el mango de la puerta, una barra metálica, y la empujé con fuerza. Escuché el leve sonido de una campanilla marcando nuestra entrada y caminé por moqueta azul de lunares blancos que nos llevó hasta un amplio mostrador. No tenía dudas de que ese era un lugar turístico, una especie de museo para familias.

Sin embargo, detrás del amplio mostrador de madera no nos recibió un dependiente vestido con un polo llamativo con el logo del lugar, sino un hombre rapado vestido con una camiseta de licra negra. No necesité mirarlo dos veces para darme cuenta de que ese hombre no trabajaba ahí.

—El señor Bianchi os está esperando —dijo, haciendo un gesto con su barbilla, y echó a andar. Atravesamos una pequeña habitación llena de estanterías con peluches en forma de mariposas, imanes, y postales. Parecía una tienda de *souvenirs*. No pude detenerme mucho en observarla porque el hombre empujó una puerta de cristal y no hizo un gesto para que entráramos. Él se quedó atrás.

Compartí una mirada con Leonid. Mi segundo estaba parecía igual de escéptico que yo, pero no nos quedaba otra opción más que arriesgarnos. Les había enviado a mis hombres la dirección. Aunque habíamos quedado en ir solos, estaba respaldado.

Y ambos íbamos armados. Pese a que seguía teniendo dudas de que Leonid supiese usar la pistola que llevaba escondida.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor, en busca de alguna posible amenaza. El espacio no era muy grande, aunque estaba lleno de recovecos. El techo era de cristal, y nuestro alrededor estaba lleno de plantas.

—Caballeros, es un placer conoceros.

Observé al hombre que estaba frente a nosotros. Llevaba un sombrero negro de fieltro con diseño de nudo y una pluma en una esquina, pero podía ver su cabello pelirrojo debajo. Debía ser unos cuantos años mayor que yo, ya que calculaba que estaba a mediados de sus treinta, pero era joven.

Cuando Dimitri me había dicho que tenía algo interesante que enseñarme, había pensado que mandaría a su hijo, en cambio, él había mandado al hijo de su prima. Este era un alto cargo de una familia italiana de la mafia. Hacía como un par de años que Dimitri había hecho público esa relación familiar para explicar los negocios que su familia tenía en Roma, pero yo no conocía a ese hombre. No hasta ese momento.

—Marco Bianchi, ¿verdad? —pregunté mientras estrechaba la mano que él me ofrecía.

—El mismo que viste y calza —respondió alegremente, soltando mi mano y apretando la de Leonid.

Pude ver cómo mi segundo lo miraba de arriba abajo, y eso hizo que me fijara más detenidamente en Marco. Llevaba una chaqueta de traje dorada satinada y unos pantalones de vestir verdes oscuros que, a comparación con la chaqueta, parecían hasta discretos. Y una pajarita brillante del mismo color que los pantalones.

Joder, estaba rodeado de payasos.

—¿Qué lleva puesto? —le escuché susurrar a Leonid, tan bajito que apenas yo, que estaba a su lado, pude escucharlo.

Entrecerré los ojos, porque él no estaba para criticar la forma de vestir de nadie. Por la mirada indignada que me dio, Leonid no estaba de acuerdo conmigo.

—He decidido traer mi mejor traje —dijo Marco, que aunque no había podido oír a Leonid, estaba convencido de que se había dado cuenta de nuestros pensamientos por la manera en la que sonreía, pero no parecía molesto, sino divertido—. Es una reunión importante —hablaba un ruso perfecto, pero su acento italiano lo delataba, aunque tampoco era como si él estuviese escondiendo nada.

—Más os vale que lo sea —le advertí—. No me gusta perder el tiempo.

—Oh, Mikhail —tarareó con una burla en mi nombre que no me gustó—. Yo nunca hago perder el tiempo a nadie. Es una falta de respeto. —Chasqueó la lengua—. Por cierto, Mikhail es un nombre muy bonito. ¿Te lo pusieron por Mikhail Baryshnikov? ¿Bailas ballet tan bien como él? Me muero por ver una representación privada de *El Cascanueces*. Creo que el papel de Clara te quedaría perfecto.

—¿Esa no es la niña a la que le regalan el cascanueces? —preguntó Leonid, que no sé por qué coño le estaba siguiendo el rollo.

Marco aplaudió, fingiendo emoción.

—Por fin alguien con un poco de cultura. No tenéis la menor idea de los incultos con los que me rodeo. —Suspiró dramáticamente a la vez que hacía un gesto con su mano—. Ya sé que eres un poco alto para el papel, pero...

—Déjate de gilipolleces —le corté con un gruñido.

Ese tío era un imbécil. ¿Es que Dimitri no me había podido enviar a cualquier otro? Quizá

por eso me lo había puesto tan fácil... Porque soportar a ese tío durante más de dos minutos sin estrangularlo con mis propias manos sería todo un desafío para mi paciencia.

Pero no me quedaba más remedio que lidiar con él. Por lo menos, hasta que me enseñase lo que tenían.

Aunque tampoco era como si pudiese matarlo. No me convenía una guerra con los Petrov y otra con los Bianchi. No era tan imbécil como para creer que Marco no era un hombre peligroso, ni que sería fácil de matar. Seguramente, tenía decenas de hombres vigilando los alrededores, de la misma manera que los tenía yo.

—Pues nada, tendré que esperar a próximo viaje a Rusia para disfrutar de un buen ballet —respondió, hundiendo los hombros.

Iba a decirle que dejase de hacer el payaso y fuese al grano cuando sentí algo sobre mi cabeza y, en un rápido movimiento, atrapé lo que me estaba molestando. Estaba entrenando para estar constantemente en alerta y para defenderme. Puede que esa reunión fuera amistosa, pero nunca sabía cuándo podían tenderme una trampa. Abrí la palma y encontré una mariposa azul y negra.

Mariposas.

Cierto, estábamos en un mariposario.

—La estás asfixiando —dijo una voz.

Ese no era Marco, era una voz infantil. Pensaba que estábamos solos, que Marco se había asegurado de ello.

Miré hacia abajo para ver a un niño señalando la mariposa que tenía en mi palma con una expresión neutra. A pesar de que su tez era tan blanca que casi brillaba, iba vestido completamente de blanco, con una camiseta de manga corta lisa sin ningún tipo de dibujo, unos pantalones largos y unas deportivas. No había ningún otro color que no fuera el blanco en sus prendas de ropa; ni siquiera los cordones de las zapatillas.

Lo único que contrastaba era su pelo pelirrojo perfectamente peinado; demasiado para ser un niño tan pequeño. Sus ojos eran verdes y tenía unas pequeñas pecas en sus mejillas, la única *imperfección* de su rostro casi simétrico. No necesité ni más de dos segundos para darme cuenta de que ese niño era el hijo de Marco.

Estiré la palma y dejé que la mariposa volara.

Marco le hizo un gesto al niño y este se dio la vuelta y se acercó a una planta con flores anaranjadas sobre la que había varias mariposas.

—Sé que la elección del lugar es un poco extraño, pero mi hijo y yo solo tenemos hoy para visitar Dublín. Hay que combinar negocios con placer.

Leonid me miró. Supe qué era lo que se estaba preguntando.

Era tan solo un niño. No debía tener más de ocho años.

Pero entonces, lo comprendí. Marco estaba preparando a su hijo, y pese a que llevarlo a edad tan temprana a esas reuniones no era algo tan usual, al menos no en los últimos tiempos, él estaba orgulloso. Lo estaba preparando para ser su sucesor y eso era algo que tenía que respetar.

Aunque no era muy habitual llevar a niños a reuniones a edad temprana por los peligros que podían correr. En la mafia nunca se tenía la seguridad plena de estar en un lugar amigo. Los socios se podían convertir en enemigos en un segundo. Corríamos peligro en cualquier sitio al que fuéramos.

Entonces me di cuenta de otra cosa. Ellos debían tener algo muy gordo para que Marco tuviera la seguridad de que su hijo no corría peligro.

Marco alzó el sobre que sostenía en su mano derecha, como si hubiera leído mis

pensamientos.

—Dimitri ha insistido en que veas esto. Siento decepcionarte, pero no es una carta de amor. Lo sé porque no he podido evitar echarle un vistazo. No debía, pero qué le voy a hacer, soy un romántico. Desgraciadamente, la gente ya no declara su amor en una carta llena de poesía sin rima. Es una pena.

Pasé de sus chorradas y cogí el sobre. Saqué la hoja y la desdoblé, arrugando el ceño al darme cuenta de lo que era.

Una prueba de paternidad de Georgy y Yaroslav. ¿Y qué narices querían que hiciera con eso? ¿Qué tomadura de pelo era esa?

Fui a alzar la mirada para mandar a Marco y a su tío a tomar por culo por haberme hecho perder el tiempo, pero me congelé cuando leí el resultado. Por primera vez en mi vida, me quedé de piedra. Las letras impresas parecían bailar ante mis ojos y tuve que leerlas más de cinco veces para comprobar que lo que estaba leyendo era correcto.

Negativo.

¿Cómo qué negativo?

No podía ser... Yaroslav era el hijo biológico de Georgy.

—¿Qué pasa? —me susurró Leonid, estirando el cuello para mirar la hoja, pero era imposible que pudiera leerla.

Apreté la hoja con más fuerza de la necesaria, sintiendo cómo el papel se doblaba entre mis dedos. Por un instante, me planteé guardarme la información para mí. Pero el contenido de aquella hoja no solo me involucraba a mí, también a él. En realidad, más a Leonid que a mí.

Era lo justo, así que se la entregué.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —le pregunté a Marco, esforzándome por contener las emociones que bullían en mi interior.

—En la casa de Stepan Ranicov, el soldado de mi tío. Estaba escondido en el interior del colchón. No nos habíamos molestado en revisar tan a fondo tras su asesinato, ya que pensábamos que su muerte estaba relacionada con los chanchullos en los que estaba metido. —Hizo una pausa—. Se había aficionado demasiado a las apuestas deportivas y pidió dinero prestado a demasiadas personas, pero no gente amable y simpática como tú y yo, sino capaces de asesinarte en medio de un parking sin molestarse en limpiar después. ¡Qué poca clase!

—No me toques los cojones —mascullé, perdiendo la paciencia, que era lo que Marco buscaba desde el primer momento—. Es una falsificación —espeté, aunque no estaba seguro de ello. Porque ya no estaba seguro de nada.

Pero tenía que ser así. No me entraba otra explicación en la cabeza.

—Parece real —Marco se encogió de hombros—, pero siempre puedes preguntar al no padre. Aunque, probablemente, Yaroslav ya lo hizo.

No, si él lo supiera, me lo habría dicho. Tanto si era verdad o mentira.

Estaba a punto de darle un puñetazo cuando sacó el móvil y me enseñó una fotografía. En ella, se veía a Stepan y a Yaroslav hablando. No tenía ninguna duda de que eran ellos. Marco pasó la imagen y me mostró otra, era del mismo día, del mismo momento, pero, en ella, Stepan le estaba entregando un sobre a Yaroslav. Parecía el mismo sobre que yo seguía teniendo en mi mano en ese momento.

Amplí un poco la imagen, centrándome en el lugar en el que estaban. A pesar de que estaba empezando a oscurecer, reconocí el sitio. Era una pequeña plaza en Moscú. Estaba en el centro, pero era poco conocida y apenas transitada.

El lugar perfecto para ese tipo de encuentros.

—¿Cómo has conseguido esas fotografías? —se me adelantó Leonid, algo que agradecí, ya que la furia me impedía hablar.

—Estaban junto a la prueba de paternidad. Les saqué una foto —respondió a la vez que se guardaba el móvil.

—Papá —La voz infantil del hijo de Marco nos interrumpió. Estaba tan absorto con lo que acabábamos de descubrir que hasta me había olvidado de la presencia del niño—, ¿me la puedo llevar? —Me di cuenta de que el niño sostenía una mariposa sobre su mano. Era amarilla y negra; un poco más grande que la que yo había atrapado antes.

Marco se dio la vuelta para contemplar a su hijo.

—Claro, Yurik.

El niño esbozó una sonrisa radiante. Era la primera vez que lo veía sonreír, y en ese instante, por un momento, me pareció que se comportó como un niño.

—A Raira le va a gustar.

Marco nos miró.

—Es para su tarántula. A Yurik le encanta llevarle regalos cada vez que nos vamos de viaje.

No hacía falta ser muy listo para saber que su tarántula no iba a jugar con la mariposa. Había algo extraño en ese niño; algo inquietante. Pero ese no era mi problema, por lo menos, no de momento. Era demasiado pequeño para ejercer ningún puesto de poder.

—Espero que no estéis intentando jugárnosla —le advertí, tratando de aplacar mi furia.

El niño estaba delante y me miró, pero no parecía alterado por mi tono.

—Los hombres de la mafia, siempre tan desconfiados —respondió él a la vez que sujetaba la mano libre su hijo—. Vamos a buscar un recipiente para que puedas llevarle el *souvenir* a Raira. —Marco centró su atención en nosotros—. Podéis quedaros y disfrutar de las mariposas, lo he alquilado para todo el día, pero nuestro vuelo sale esta noche y aún hay lugares a los que quiero llevar a Yurik. Pasad una buena tarde, caballeros. Espero que nos volvamos a ver pronto. —Marco tiró de la mano de su hijo y ambos salieron de la estancia, dejándonos solos.

—Ese tío es muy raro —dijo Leonid, haciendo una mueca, con la prueba de paternidad aún en sus manos—. ¿Crees que no están intentando engañar?

—Si Yaroslav lo sabía, me lo habría dicho —dije, aunque mi determinación estaba empezando a caer.

Leonid parecía tan confundido como yo.

—Nunca he sospechado nada. Mi padre... —balbuceó, y se pasó la mano libre por el pelo — él nunca me ha dicho nada.

Le quité la prueba de paternidad que aún sujetaba en su mano y me dirigí a la puerta. Tenía que hacer una videollamada a Georgy y aquel no era el lugar para ello.

Él tendría las respuestas que necesitaba. Aunque estaba empezando a intuir que no iban a gustarme.

Capítulo 24

Mikhail

Cuando otros niños estaban aprendiendo a caminar, yo aprendí que no podía fiarme de casi nadie. Mi confianza era algo muy difícil de ganar.

Pero siempre confié en Yaroslav. Y siempre creí que él confiaba en mí. Habíamos compartido sangre y fuego; lo habíamos compartido todo. Durante estos últimos meses me había convencido a mí mismo de que debía haber una razón de peso para que Yaroslav me hubiera mentido y no me hubiese contado sobre su viaje a Dublín.

Pero, al parecer, no era el único secreto que me escondía.

Le di una calada a mi cigarrillo.

Incluso después de llamar a Georgy y confirmar que Yaroslav no era su hijo biológico, me costaba creer que mi amigo me hubiese escondido ese descubrimiento; sobre todo cuando Georgy me juró por su juramento que estaba convencido de que su hijo no lo había averiguado. La prueba de ADN se la había hecho cuando Yaroslav, siendo un niño, fue atropellado por un coche y tuvieron que operarle. No fue nada muy grave, pero necesitaba sangre, y cuando Georgy quiso donarle, descubrió la noticia. Su mujer ya había fallecido, por lo que nunca supo quién era el padre.

Para Georgy, Yaroslav era su hijo y nunca pensó en hacerlo público. Por lo visto, alguien en el laboratorio había guardado una copia de esa prueba o la había vendido. Por supuesto que yo mismo había viajado a Moscú para hablar con los responsables. Pero en los últimos veinte años no solo habían cambiado de empleados, sino que el laboratorio había sido comprado por una empresa. No pudieron ayudarme, pero sí me confirmaron que Yaroslav también había estado allí hacía unos meses buscando información.

Después de ese descubrimiento había regresado a Dublín. Ni siquiera me había reunido con Georgy, no quería verlo. No ahora que ya no podía obviar que Yaroslav era conocedor de la verdad.

Y él, en vez de contármelo, me lo había escondido.

¿Acaso creía que mi relación con él cambiaría por saber que era un hijo bastardo? ¿Acaso creía que lo echaría de la Bratva?

Me importaba una puta mierda la sangre de Yaroslav. Para mí siempre sería un miembro de pleno derecho de la mafia. Esa prueba de ADN no cambiaba nada para mí.

Porque yo había confiado en Yaroslav con mi vida, pero, al parecer, él no lo hizo en mí.

Nunca me había sentido tan perdido como en ese momento. Tan hecho mierda. Generalmente, una buena pelea me ayudaba con mis frustraciones, y esa era mi idea cuando el avión de Moscú aterrizó en Dublín. En cambio, cuando me monté en mi coche que había dejado en el aparcamiento del aeropuerto, no me dirigí a uno de los gimnasios que nos pertenecían, fui al paseo marítimo de Clontarf.

No sé qué esperaba encontrar allí. Tal vez un poco de paz, o una respuesta a mis preguntas. O, simplemente, sin saberlo, estaba esperándola a ella. Por eso cuando giré la cabeza y la vi aparecer no me sorprendió. No habíamos quedado, pero era como si, de alguna manera, supiera que ella iba a estar allí.

—¿Me buscabas?

Isabella se sentó a mi lado. Ese día no venía de patinar, llevaba un vestido de satén verde y una cazadora de cuero negra. A pesar de que todavía era verano, a esas horas la temperatura era gélida.

—Puede que te cueste creerlo, pero el mundo no gira alrededor de ti, Isabella —respondí con una sonrisa ladeada, repitiendo las palabras que ella me había dicho semanas antes en ese mismo lugar.

Isabella rodó los ojos y echó su cabello hacia atrás, pero pude ver la pequeña sonrisa que se formó en sus labios.

—¿Por qué vendrías aquí sino?

—A ver el amanecer —contesté, como si fuera obvio—. Dijiste que desde aquí se podía ver el mejor amanecer de Dublín.

—¿Y te gusta? —preguntó, mirando hacia el frente.

—Es lo más bonito que he visto nunca —dije, con mi mirada fija en ella. Pero no estaba hablando del amanecer.

Cuando había llegado aún era de madrugada y el paseo marítimo estaba completamente vacío. Había pasado más de una hora y las únicas personas que veía alrededor éramos ella y yo.

—Te lo dije —respondió Isabella con una sonrisa mientras seguía mirando hacia el frente. Ella ni siquiera había entendido mi referencia, aunque sabía que era mejor que no lo hiciera. ¿Qué narices estaba haciendo allí con ella de todos modos?—. Yo siempre tengo razón.

—¿Sabías que estaría aquí? —le pregunté, aunque no había manera de que lo supiera.

—No, yo... —hizo una pausa, como si estuviera pensando sus siguientes palabras—. Iba a decirte que tenía pensado hace días venir hoy, pero la verdad es que no podía dormir y ha sido improvisado. Creo que, de alguna manera, mi mente sabía que estarías aquí.

No le respondí, porque, aunque era una locura, a mí me había pasado lo mismo.

Miré al frente. El amanecer pintaba el cielo con tonos que iban del rojo más encendido al dorado más suave. Las nubes, desgarradas y dispersas, flotaban teñidas de rosa, mientras el sol, aún tímido, apenas asomaba por el horizonte, bañando todo con una luz cálida que comenzaba a disipar el frío de la madrugada.

No era el primer amanecer que veía, pero sí el primero en el que era capaz de apreciar su belleza. Y no era solo porque desde aquel lugar se viera bien, había muchos lugares en Moscú donde el paisaje también era bonito. Era por la mujer que estaba sentada a mi lado. Me estaba empezando a dar cuenta de que ella lograba calmarme, que ella conseguía que el caos en mi interior se silenciara, como si su sola presencia tuviera el poder de ordenar todo lo que estaba roto en mí.

—Nadie de mi familia se dio cuenta —dijo Isabella, rompiendo el silencio.

Tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a la fiesta de máscaras. Había sido una puta locura la manera en la que me había marchado con ella a mi *penthouse*. Había sido un error, pero sabía que nada bueno pasaría antes de ir a esa fiesta.

Desde el instante en el que había visto a Isabella con ese vestido rojo lo único en lo que había podido pensar era en quitárselo. Sin embargo, me había contenido; lo había intentado, por eso subí a la planta de arriba del castillo en busca de tranquilidad. Pero entonces apareció esa chica, ¿cómo se llamaba, Fiorella, Fernanda? Ni me acordaba de su nombre ni me importaba.

Estaba a punto de decirle que se marchara y me dejara tranquilo cuando vi a Isabella en la terraza. Estaba tan guapa con esa máscara que no pude contenerme. Jugué con ella, porque quise que ella tuviera el mismo efecto que ella tenía en mí. Quise volverla loca. Joder, siempre me había gustado jugar con fuego.

Y me quemé.

Porque solo necesité seguirle el juego a esa chica para que Isabella explotara. Pero lo hizo de la peor manera: besando a Leonid. En ese instante, vi rojo. Estuve a punto de agarrar a Leonid y tirarlo por la ventana. Estuve a punto de prender fuego al castillo. Menos mal que la encontré a ella antes que a él, porque sino estaba seguro de que lo hubiera matado.

—Bien —musité, encogiéndome de hombros cuando vi que ella me miraba, esperando una respuesta. Le di otra calada a mi cigarrillo. ¿Qué esperaba que le dijera?

Debería importarme, pero la realidad era que no lo hacía.

Si mi respuesta sorprendió a Isabella, no lo mostró. Ella bajó su mirada hasta mi cigarrillo y frunció el ceño con disgusto.

—No me gusta el tabaco. Qué manía de arriesgar vuestra vida.

Me reí.

—Soy el Pakhan de la Bratva, *zayka*. Mi vida corre peligro a cada minuto. ¿Crees que me preocupa que el tabaco pueda matarme?

Esta vez fue Isabella quien se encogió de hombros.

—Pues debería hacerlo. —Le di otra calada al cigarrillo y lo terminé apagando la colilla

—¿Era de él? —No fue hasta que no miré a Isabella y vi que sostenía mi encendedor entre sus manos que no me di cuenta a qué se refería—. De Yaroslav. —A pesar de que lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación.

—Sí.

—Se lo vi una vez en uno de nuestros primeros encuentros —dijo mientras las yemas de sus dedos recorrían el as de picas casi desgastado—. Él era un adolescente, ni siquiera tenía catorce años, pero ya fumaba. No se lo volví a ver.

—Me lo regaló.

Había una historia detrás, pero, en ese momento, no quería recordarlo. No quería recordar los buenos momentos con Yaroslav porque lo que había descubierto lo empañaba todo.

—¿Él era importante para ti? —preguntó.

—Era mi mejor amigo, como el hermano que nunca tuve. Lo era todo.

—Él nunca me habló de ti.

Esbocé una risa sin humor.

—Parece que él no me veía así.

Ellaladeó la cabeza para mirarme a los ojos. Una mueca se formó en su rostro.

—Ha sido una tontería lo que he dicho. Él y yo apenas compartimos momentos juntos. Estoy segura de que para él también eras importante.

—Si fuera así, me hubiera contado que descubrió que Georgy no era su padre biológico, pero él prefirió mantenerme al margen —dije, sin saber por qué estaba compartiendo esa información con ella.

Aunque lo cierto era que sentí una liberación al decirlo en alto, al confesar lo que me estaba matando por dentro. Sentía que podía confiar en ella, lo que era una gilipollez, porque Isabella no era de fiar, ella era una Carbone.

—¿Por eso se suicidó? —preguntó, poniendo una mano en mi brazo—. ¿Lo hizo porque ya no sería tu segundo?

La miré con intensidad. Me moví, deshaciéndome de su agarre, pero al ver la mueca de disgusto en su rostro intenté controlar mi furia. Isabella solo estaba haciendo una pregunta normal. Ella pertenecía a la mafia, sabía cómo funcionaban las cosas. Si se hubiese descubierto la verdad, Leonid hubiera sido mi segundo por derecho.

—Me importa una jodida mierda la sangre que corría por las venas de Yaroslav. Le hubiese guardado el secreto, y aunque se hubiese revelado, seguiría siendo mi segundo, y si alguien se hubiera atrevido a contradecirme, le hubiese rebanado el cuello. Él me conocía lo suficientemente bien como para saberlo.

Si mis palabras rudas la afectaron, no lo demostró.

—Supongo que entonces tuvo otro motivo.

—Él no se suicidó, lo mataron.

A pesar de lo que Yaroslav me había hecho no quería que Isabella siguiese pensando que su exprometido se suicidó. Él se merecía que se supiese la verdad. La única razón por la que no lo había gritado a los cuatro vientos era porque me resultaría más fácil encontrar al asesino mientras todo el mundo pensase que se había suicidado.

—Creía que...

—Eso es lo que todos creen, pero a él lo mataron. Estoy seguro y no me detendré hasta encontrar al culpable. Pienso bañarme con su sangre. Pagaré por cada instante por lo que ha hecho.

—Hazlo pagar. Se merece pagar.

Si esperaba encontrar horror en la expresión de Isabella, no lo hice. Ella parecía determinada, como si vengarme fuese lo que tenía que hacer, como si ella misma haría lo mismo si se tratase de alguien de su familia.

Y joder, estaba tan guapa. Estiré mi mano para apartar un mechón de su cabello.

—¿Has venido sola? —pregunté mientras me inclinaba hacia ella, a pesar de que no había visto a ninguno de los hombres de su padre.

—Sí.

—Bien.

Me incliné aún más hacia ella, justo hasta que mis labios estaban rozando los suyos.

—No es lo correcto, Mikhail.

—Nunca he sido bueno haciendo lo correcto, *zayka*.

Y sin decir nada más, uní mis labios a los de ella. Porque estaba cansado de contenerme, estaba cansado de fingir que con una vez había tenido suficiente. Nunca tendría suficiente de ella.

Isabella era diferente a todas las mujeres con las que había estado. Ella era puro fuego. Una guerrera dispuesta a obligarte a ponerte de rodillas. Y que me jodiesen si en ese mismo momento no me hubiese gustado arrodillarme y saborearla de la misma manera que había hecho días atrás. Su sabor, su aroma, era como una puta droga. Nunca me había drogado porque las adiciones te convierten en un esclavo y yo me negaba a depender de nada y de nadie, pero no había podido evitar ser adicto a ella.

—Voy a casarme con tu segundo —me dijo cuando se rompió el beso.

—Lo sé —le respondí, acariciándole la mejilla con el dorso de mi mano.

Se escuchó el sonido de unas voces y ella se separó de mí. Miró a su alrededor con nerviosismo y se relajó cuando vio a una pareja de ancianos paseando a su perro. Ellos ni siquiera nos prestaron atención.

—No pasa nada, *zayka*.

Ella negó con la cabeza.

—No pasa para ti. Soy yo quien verá su reputación manchada. Será a mí a quien todos critiquen. No seré bienvenida en ninguna fiesta y mis padres se avergonzarán de mí. Tú no tienes nada que perder si nos pillan.

Eso no era del todo cierto.

—Mis hombres no me respetarán si se enteran de que he traicionado a mi segundo acostándome con su prometida. Mi madre era una prostituta a la que nunca conocí y mi padre nunca me reconoció como su hijo. Si no fuese por mi abuelo me hubiera criado en un orfanato en Moscú. He luchado más que nadie por conseguir lo que me pertenecía por derecho.

Ella me miró y se mordió el labio inferior.

—¿Y merezco que lo arriesgues todo por mí? —Esa era una pregunta muy interesante, una a la que tenía una respuesta clara: no. Ni ella ni nadie. La Brava era lo más importante, lo único que importaba—. No, no lo hago —se contestó a sí misma cuando debió de ver mi respuesta en la expresión de mi cara—. Yo también he luchado duro por ser respetada en mis círculos. —Se puso de pie sin dejar de mirarme—. Y para que lo sepas, no te mereces que lo fastidie todo por ti. —Se dio la vuelta para marcharse, pero, en un rápido movimiento, me levanté y la agarré del brazo, impidiéndoselo. Le giré para que me mirase.

Le sujeté la nuca con mi mano y la besé con urgencia, como si en ese instante el tiempo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros. Ella se resistió un breve segundo, un suspiro apenas, antes de rendirse completamente en mis brazos. Pero esta vez no me dejó llevar el control del beso como solía hacerlo en otras ocasiones.

Su boca se abrió con la misma intensidad que la mía, y su lengua se adentró en la mía con una pasión arrolladora, buscando, encontrando, exigiendo. No había nada de duda en sus movimientos, solo deseo puro y crudo.

Sus manos se aferraron a mi pecho, acercándome más, dejando claro que esta vez no había espacio para el control o la sumisión. Estábamos a la par, dos fuegos ardiendo con la misma intensidad, consumiéndonos el uno al otro.

—Es una locura —jadeó, respirando entrecortadamente, separando sus labios de los míos.

Lo era, pero no podía importarme menos.

—Tú me has enseñado tu sitio favorito, no puedo enseñarte el mío porque está en Moscú, pero hay un lugar al que me gustaría llevarte. ¿Puedes escaparte mañana por la noche?

—Yo siempre puedo escaparme —dijo, dando un par de pasos y alejándose un poco de mí—. Pero es mejor que no volvamos a vernos.

Saqué una tarjeta que llevaba en mi bolsillo. Una de las que les solía dar a mis socios cuando quería que supieran cómo localizarme. Se la tendí. Ella la cogió mirándola con duda.

—Mándame un mensaje para que sepa tu número de teléfono cuando te des cuenta de que no puedes huir de mí.

—Yo nunca huyo.

El ruido de voces provocó que girase la cabeza. Ya era completamente de día y el paseo marítimo comenzaba a llenarse de gente.

—Tengo que regresar a casa.

Asentí.

Isabella se giró y se marchó a toda prisa. No sabía si se pondría en contacto conmigo, y probablemente, sería mejor que no lo hiciera, que no volviera a hablar con ella. No volver a tocarla, no volver a besarla y no volver a hundirme en su interior.

Pero, entonces, la imagen de ella vestida tan solo mi camisa en mi casa pasó por mi mente. Tan guapa y tan mía. Y supe que no podría alejarme de ella.

Capítulo 25

Isabella

Aunque en un principio me había prometido a mí misma que no lo llamaría a pesar de tener su número, lo había hecho al día siguiente. Me había convencido a mí misma de que era porque yo nunca huía de nada, porque siempre me enfrentaba a los problemas de frente.

Pero Mikhail no era un problema, él era la solución.

No importaba cuánto lo intentara, no podía mantenerme alejada de él. Era imposible. Él era la chispa que encendía todo en mi vida, el único que me hacía sentir que estaba verdaderamente viva.

—Un autocine, ¿en serio? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Cuando Mikhail me había recogido en su coche en el lugar donde habíamos quedado, a unas cuantas calles de mi casa, jamás hubiera esperado terminar allí.

—Sí —respondió él mientras aparcaba a unas cuantas filas de la gran pantalla blanca en la que, dentro de unos minutos, se reproduciría la película.

—De todos los sitios a los que pensé que me llevarías, jamás imaginé que escogerías un autocine.

Mikhailladeó su cabeza hacia mí para mirarme con la mano apoyada sobre el volante.

—Eso quiere decir que has pensado mucho en adónde iba a llevarte, ¿no?

—Ni una sola vez —contesté, negando lo evidente. Ni yo misma me creía esa mentira, porque en esos cuatro días que habían pasado desde que habíamos concertado la cita no había hecho otra cosa.

Mikhail se rio.

—Oh, *zayka*, no te tenía por una mentirosa.

—¿Cómo has conocido este sitio? —pregunté, mirando a través de la ventanilla. A pesar de que ya estábamos a comienzos de septiembre y los autocines eran menos concurridos que en verano, por el estado y los pocos coches que había aparcados a nuestro alrededor, no parecía muy popular—. Yo ni siquiera había escuchado hablar de él.

—Lo encontré por casualidad.

Aquel no era un sitio que uno encontrase por casualidad.

—¿Te gusta el cine?

—Mi abuelo era un cinéfilo. Su segunda pasión después de la Bratva era el cine. —Mikhail esbozó una sonrisa. Cada vez que hablaba de su abuelo sus ojos se iluminaban—. La primera vez que fui a un autocine tenía cuatro años y fuimos a ver *Psicosis* de Hitchcock. —No pude evitar pensar que esa película no era la más apropiada para un niño de esa edad, pero luego me di cuenta de que Mikhail no habría tardado más que unos pocos años en vivir cosas mucho peores—. A mi abuelo le gustaban más que los cines tradicionales. A él le gustaba llevarme a ver películas estadounidenses para criticarlas y decir que en Rusia producíamos muchas mejores películas. Pero, en el fondo, disfrutaba viéndolas. Él era demasiado orgulloso como para reconocerlo. Especialmente *Solo ante el peligro*, él la adoraba. Era su película favorita.

—¿Esa es la película que me has traído a ver?

Mikhailsonrió.

—No, *zayka*. He decidido decantarme por algo más acorde a tus gustos.

—No sabes cuáles son mis gustos.

—Si lo sé, por eso te he traído a ver *Scream*.

Al principio no caí, pero al notar su sonrisa burlona, me di cuenta. *Scream* trataba sobre un asesino en serie, que en parte era lo que él era; lo que todos los hombres de la mafia eran. Actuaban con códigos y el honor como bandera, pero mataban a cualquiera que se interpusiese en sus caminos.

—Que me guste tener citas clandestinas con asesinos en serie no significa que disfrute de ese tipo de películas.

Mikhail soltó una carcajada.

—Yo no me escondo detrás de una máscara. En realidad, es la película que había hoy en la cartelera. Y si te soy sincero, no sabía qué película echaban hasta que he aparcado. —Me señaló el cristal de la ventanilla. Por ella se podía el cartel en el que anunciaban la película. No me había fijado hasta ese momento.

—Eres todo un romántico —dije sarcásticamente.

—¿Preferías una de esas películas románticas que tanto os gustan a las mujeres?

Puse los ojos en blanco, porque eso era lo último que quería.

—¿Cuál de *Scream* es? —pregunté a la vez que me desabrochaba en cinturón de seguridad para estar más cómoda

Él soltó una pequeña carcajada e imitó mis acciones.

—La primera. ¿Te la has visto?

—Por supuesto que lo he hecho —respondí, ¿por qué quien no se la había visto? Miré la pantalla blanca en la que estaban apareciendo los primeros anuncios—. Es absurdamente adictiva. Me la he visto tantas veces que me sé hasta los diálogos. —A pesar de lo que había dicho, la elección de la película me gustaba, aunque una parte de mí se sentía decepcionada porque me hubiera gustado ver la película que había mencionado Mikhail, la que era la favorita de su abuelo. De alguna manera, verla significaría conectar con Mikhail y su pasado.

—Bien —murmuró él, posando una mano sobre mi muslo desnudo—, eso era lo que buscaba. —Sus dedos vagaron por mi pierna hasta llegar al elástico de mi ropa interior—. Porque no tenía intención de que te concentraras demasiado en la película y no quería que te perdieras nada nuevo, pero no voy a poder aguantar hasta que empiece. —Me encontré a mí misma impulsándome hacia arriba para que Mikhail pudiera bajar mi ropa interior por mis piernas hasta que quedó sobre la alfombrilla de su coche. Al menos, estas tampoco las había roto—. Eres irresistible, *zayka* —dijo, mordiendo mi labio inferior con sus dientes y tirando de él.

El quedar con Mikhail en un lugar público, por mucho que fuera apenas transitado, era peligroso, pero mantener relaciones sexuales lo era mucho más. Me fijé en las ventanas tintadas del vehículo. A pesar de que no sabía cuál era el coche de Mikhail, había intuido desde el primer momento en el que nos habíamos visto que ese era uno de alquiler. Él se había molestado en escoger ventanas tintadas. Pensaba que sería por simple seguridad, pero ahora comenzaba a sospechar que había más razones.

Debería detenerlo, pero ¿a quién quería engañar? Ya habíamos ido demasiado lejos como para parar.

—*Zayka* —repetí, mientras Mikhail echaba mi asiento hacia atrás y se acomodaba entre mis piernas. Ni siquiera supe cómo se hizo espacio—. ¿Qué significa?

—Conejita.

—Yo no soy ninguna conejita —protesté, aunque mi tono indignado se desmoronó rápidamente, transformándose en un jadeo cuando sentí su lengua recorrer mis pliegues. Sus

labios exploraban mi centro con precisión, y un dedo se deslizó en mi interior, moviéndose con una intensidad que me dejó temblando.

—Claro que lo eres. Eres adorable y tierna —murmuró, su voz ronca vibrando contra mi piel.

Entorné los ojos. Yo no era así, nunca lo había sido. Pero antes de que pudiera refutarlo, él sopló suavemente sobre mi centro, arrancándome un gemido ahogado. Mi cuerpo se arqueó involuntariamente, al borde del abismo.

—Lo eres cuando te doy placer, que es lo único que importa —añadió antes de que su boca volviera a apoderarse de mi sexo.

Se llevó mi clitoris a la boca, mordiéndolo con una suavidad que me arrancó un temblor mientras introducía otro dedo en mi interior. Los movía con rapidez, entrando y saliendo en un ritmo calculado que me desarmaba por completo. Mikhail sabía lo que hacía, él parecía conocer mi cuerpo mejor que yo misma, sabiendo qué botones pulsar en cada momento.

No tardé en sentir cómo todo mi cuerpo vibraba, consumido por la necesidad.

—Por favor... —murmuré, o quizá gemí, porque las palabras apenas lograban salir de mis labios. Como si quisiera dejarle claro lo que necesitaba, le sujeté la cabeza con ambas manos, empujándolo aún más contra mí.

El entendió perfectamente. Inmediatamente, toda su boca se puso a trabajar, devorándome con una precisión que parecía casi inhumana. Su lengua y sus labios se movían en perfecta armonía, llevando a mi cuerpo al límite en cuestión de segundos.

Y entonces exploté, mi espalda arqueándose mientras un gemido desgarrado escapaba de mis labios. Sentí cómo la tensión se rompía en una ola que me recorrió por completo, dejándome temblando bajo su toque.

—Eres aún más preciosa cuando te corres —me dijo, dándome un tenue beso en la boca.

Volvió a su asiento mientras yo luchaba por recuperar el control.

Miré la pantalla. Pese a que había estado mirándola, no me había fijado en lo que realmente estaban reproduciendo en ella, pero aún seguían con los anuncios. Al parecer, al final no me iba a perder la película. Aunque probablemente lo haría, porque tenía toda la intención de descubrir si tener sexo en el coche era tan incómodo como decían mis amigas.

Pero antes había algo que necesitaba hacer.

—Voy a aprovechar para ir al baño. Y de paso, comprar unas palomitas. ¿Quieres algo? —le pregunté a Mikhail mientras terminaba de colocarme la ropa, tratando de recomponerme.

El no apartó la mirada, esos ojos grises suyos fijos en mí con una intensidad que hacía que mis rodillas flaquearan. Había algo en su forma de mirarme, como si quisiera devorarme allí mismo, que me dejaba completamente vulnerable.

—Lo quiero todo, *zayka*. Pero para eso necesito que te quedes donde estás —respondió con voz grave, cargada de intención.

—Tendrás lo que deseas, pero antes necesito ir al servicio —contesté, intentando sonar firme, aunque mi respiración traicionaba el efecto que tenía sobre mí.

Antes de que pudiera moverme, Mikhail estiró el brazo, sujetando suavemente mi cabeza. Sus dedos se enredaron mi cabello mientras acercaba sus labios a los míos y me daba un beso feroz. Uno que no era una simple muestra de afecto, sino una declaración. Un preludio de lo que me esperaba esa noche.

Cuando se separó, apenas podía recordar lo que iba a hacer.

—Date prisa —susurró, su aliento cálido rozando mi piel—. Mi polla necesita follarte.

Negué con la cabeza. Era un soez, pero la peor parte era que sus palabras encendían todo mi

cuerpo.

Salí del coche y busqué los baños con la mirada, aunque no tenía ni idea dónde estaban y en aquel lugar no había mucha iluminación. Vi una puerta naranja descolorida con un letrero en forma redondeada que no pude reconocer de lo desgastado que estaba desde donde estaba. Caminé hasta la puerta, y estaba a punto de girar el pomo, cuando alguien tocó suavemente mi hombro.

—Isabella.

—Mattia.

Mattia Trentin, uno de los soldados de mi padre y mi exrollo, si se le podía llamar así, se encontraba frente a mí. Afortunadamente, hacía más de un par de semanas que no coincidíamos, ya que hasta dónde sabía había sido enviado por mi padre a Cerdeña por motivos de negocios. Por desgracia, ya había regresado.

Me quedé quieta, sin saber qué decir o hacer. Por la manera en la que me miró de arriba abajo con desprecio, supe que estaba en problemas.

—No me lo puede creer —escupió, sus cejas marrones arrugándose en disgusto—. Portándote como una puta cuando estás a punto de casarte.

Tragué saliva. ¿Qué era lo que había visto?

—Mattia, yo...

—No me ha sorprendido cuando te he visto saliendo de ese coche, a fin de cuentas siempre te ha gustado calentar a los hombres. Lo que no me esperaba era que el hombre que estaba en el otro asiento fuese Mikhail Andrejev.

Me relajé al darme cuenta de que Mattia no había presenciado lo que había ocurrido dentro del coche. Las lunas tintadas se lo habían impedido. Y aunque había reconocido a Mikhail cuando yo había abierto la puerta para salir del vehículo, dudaba que tuviese pruebas de ello. Solo tenía que avisar a Mikhail en cuanto me deshiciese de él.

—Estás paranoico, he venido con una amiga —mentí, tratando de parecer indiferente. Siempre había sido una buena mentirosa.

—¿Acaso crees que soy imbécil? —me preguntó. La respuesta era que sí, pero dada la situación pensé que quizá era mejor guardarme ese pensamiento para mí misma—. Primero te prometes con ese ruso y ahora te follas a su jefe —dijo con malicia—. Siempre supe que eras una interesada. Por eso no quisiste casarte conmigo, ¿verdad? Porque no tenía el poder y el dinero suficiente para mantener tus caprichos. —Sabía que Mattia le había pedido mi mano a mi padre, pero el rechazo no tenía nada que ver con mis intereses. Mi padre ni siquiera me había preguntado—. Por eso no quisiste darme tu primera vez. ¿Se la has dado a él?

Entonces, me di cuenta de que, en realidad, no tenía nada que temer. Él no se chivaría a mi padre, porque si lo hacía, yo le diría lo que habíamos hecho y mi padre lo mataría. Si algo él siempre había dejado claro a todos sus hombres era que yo era intocable.

Me relajé visiblemente.

—Mattia, nunca tuviste ninguna oportunidad conmigo y tiene muy poco que ver con tu rango. Deja de inventarte cosas y déjame en paz. Ahora, si no te importa, voy a ir al baño.

—Eres una zorra, Isabella. Siempre supe que eras una zorra interesada, pero ahora me queda claro.

—Vete a la mierda —le solté, acompañando mis palabras con una bofetada que resonó en el silencio.

El golpe apenas le inmutó. Sus ojos castaños brillaron con una mezcla de furia contenida y algo mucho más oscuro. Mattia me agarró del brazo con fuerza, sus dedos clavándose en mi piel

mientras con la otra mano abría la puerta, claramente decidido a meterme dentro.

—He sido paciente durante meses —espetó, su voz baja y controlada, lo que lo hacía aún más aterrador—. Siempre respetándote. Y tú... tú me has pagado de esta manera. Pero no te preocupes, encontraremos la manera de resarcirlo.

Sabía exactamente a lo que se refería. Su tono dejaba poco margen para malinterpretaciones. Mi corazón comenzó a latir con fuerza descontrolada mientras el miedo se apoderaba de mí. Mattia siempre había sido un imbécil, un hombre arrogante y despreciable, pero jamás pensé que se atrevería a llegar tan lejos.

—¡Suéltame! —grité con todas mis fuerzas, pateando y forcejeando desesperadamente.

Mis intentos de liberarme fueron inútiles. Aunque Mattia no era especialmente musculoso, su agarre era firme e implacable. Sentí cómo me arrastraba, su cuerpo bloqueando cualquier posibilidad de escapar. Mi mente trabajaba a toda velocidad, pero el pánico me impedía pensar con claridad.

Por un instante, el mundo pareció detenerse. Todo lo que podía escuchar era mi propia respiración agitada y el latido ensordecedor de mi corazón.

Logró meterme en el baño, cerrando la puerta detrás de nosotros a pesar de todos mis esfuerzos por detenerlo. Cerré los ojos un segundo, tratando de encontrar una salida, pero lo único que escuché fue un golpe seco. Cuando los abrí, Mattia estaba en el suelo, inconsciente, con un hilo de sangre corriendo desde su cabeza.

—¿Estás bien, *zayka*? —preguntó Mikhail, su voz cargada de preocupación, aunque sus ojos desprendían una fría determinación. En su mano sostenía la culata de su pistola, el arma con la que había reducido a Mattia.

—Estoy bien, vámonos —le dije, mi voz apenas un susurro. Necesitaba salir de aquel lugar lo antes posible.

Sin embargo, él no se movió.

—No, Isabella. Vuelve al coche —ordenó con calma, pero con una firmeza que no admitía réplica.

—Mikhail, no va a decirle nada a mi padre. Si lo hace, yo le contaré que tuvimos un rollo y que...

—Ve al coche, Isabella —me interrumpió con un tono cortante, aunque sus ojos mostraban una mezcla de furia y urgencia—. Ahora.

Por un momento quise insistir, pero algo en su mirada me detuvo. Podía ver lo que planeaba hacer y sabía que no había nada que yo pudiera decir para cambiarlo. Así que, salí de allí, aunque mis piernas temblaban con cada paso.

No me dirigí directamente al coche. En lugar de eso, fui a comprar unas palomitas, un refresco y unos regalices. No iba a permitir que Mattia arruinara mi noche. No aunque sabía perfectamente lo que Mikhail estaba haciendo en ese momento.

Sin embargo, mi pulso tembló al pensar en lo que podría haber pasado si Mikhail no hubiera llegado a tiempo. Mattia, él iba a ... Detuve mis pensamientos e inspiré profundamente, tratando de calmarme.

Cuando finalmente regresé al coche, me senté, coloqué las palomitas en mi regazo y me centré en la pantalla que había frente a mí. No le pregunté nada a Mikhail cuando volvió diez minutos después. Tampoco cuando se sentó al volante y arrancó el motor en silencio.

Sin embargo, cuando bajé la mirada hasta sus manos, noté que sus nudillos estaban ensangrentados. Sentí algo que no esperaba: alivio. Sabía que había manejado el problema, sin necesidad de involucrar a mi padre, sin necesidad de que la verdad saliera a la luz.

Podía sonar cruel, pero así era mi mundo.

Y al final, yo no era tan diferente de Mikhail. Ni siquiera de mi propio padre.

No era una buena persona. Simplemente quería sobrevivir.

Por eso, cuando Mikhail aparcó en la misma calle donde me había recogido horas antes y aseguró con voz tranquila:

—Jamás volverá a amenazarte. Ya no es un problema.

Me incliné hacia él, lo miré a los ojos y le di un beso en los labios.

—Bien.

Capítulo 26

Isabella

Observé uno de los cuadros colgado en la pared frente a mí. A diferencia de mi hermano, no tenía la menor idea de arte. Sin embargo, no hacía falta ser un experto para notar que a la artista le faltaba cualquier rastro de talento.

Eso no había sido un obstáculo para que sus obras se expusieran en una de las galerías más prestigiosas de la ciudad, ni para que las personas más influyentes de Dublín se reunieran allí, admirándolas como si fueran auténticas obras maestras.

Caterina se movía con un orgullo evidente por la sala, aceptando los elogios que le llovían y llorando de emoción cada vez que uno de sus cuadros se vendía. Era un espectáculo tan exagerado como innecesario. Resultaba imposible que no supiera que, de no ser la hija del alcalde, nadie dedicaría un segundo de atención a lo que ella insistía en llamar *Ecos del Alma*, su última colección.

No la culpaba por aprovechar las puertas que la posición de su padre le abrían, yo hacía lo mismo. Sin embargo, no podía evitar pensar que, si se tratara de algo realmente importante para mí, algo que representara una pasión auténtica, habría hecho todo lo posible por demostrar que mi talento lo valía por sí solo, que mis logros eran míos y no un reflejo del apellido que cargaba. Me habría esforzado más de lo que ella lo había hecho.

—¿Has felicitado a Caterina? —me preguntó mi madre, sacándome de mi ensoñación.

—Sí —la respondí—. Lo primero que he hecho es darle la enhorabuena y elogiarla por su gran talento. Y también he saludado a sus padres —añadí, porque sabía que era lo segundo que ella me iba a preguntar.

—¿Qué te pasa, Isabella?

Aquella pregunta me pilló de improviso. No me esperaba que mi madre me la hiciera. Ella nunca me preguntaba por mi estado de ánimo.

—No me pasa nada, mamá.

Parecía que iba a replicar, pero, en ese momento, una pareja de invitados se acercó a nosotras para admirar el cuadro frente al que estábamos. Mi madre, siempre impecable en su papel, esbozó una sonrisa radiante y le dio un sorbo a su copa de *champagne*.

—Últimamente no pareces tú —me susurró en cuanto se alejaron.

Meforcé por mantener mi rostro inexpresivo.

—No sé por qué dices eso, estoy como siempre.

Mi madre negó con la cabeza, con ese gesto suyo tan característico, como si supiera algo que yo no estaba dispuesta a admitir.

—No es propio de ti quedarte en una esquina sin interactuar con la gente —dijo con calma—. Siempre haces lo posible por ser el centro de atención.

A ella no le faltaba razón. Incluso cuando el evento no era en mi honor ni en el de mi familia, siempre me aseguraba de brillar. Pero aquel día no me había molestado ni en intentarlo, porque no le había dado importancia. Tenía mi cabeza ocupada en cosas más importantes, como Mikhail. Él era lo único que me importaba, lo único en lo que podía pensar. No podía darme más igual lo que pensara toda la gente que ese encontraba allí de mí.

Y aquello era peligroso. Porque, al igual que lo había notado mi madre, alguien más podría

darse cuenta. En mi mundo no podías darte el lujo de descuidarte. Las hienas siempre estaban agazapadas, esperando cualquier oportunidad para abalanzarse sobre ti. Pero, para mi sorpresa, tampoco me importaba eso.

—Lo siento, mamá, no era mi intención avergonzarte. Simplemente, por una vez, no quería robarle el protagonismo a la anfitriona. Ella lo necesita, estos cuadros son basura.

Mi madre abrió los ojos como platos y miró rápidamente a su alrededor, preocupada de que alguien nos hubiera escuchado. Al ver que no había nadie cerca, suspiró y se relajó un poco.

—No seas maleducada, Isabella —me reprendió con voz baja pero firme.

—Tendrías que haber traído a Ivo si querías un hijo que disfrutase de esto.

Las galerías de arte eran la pasión de Ivo. No importaba lo mala que fuera la exposición.

—Tu hermano es muy pequeño para un evento como este.

—Es más pequeño aún para que papá lo presente a nuestros soldados como su futuro sucesor. —Algo que había pasado hacía dos días y yo me había enterado porque mi hermano me lo había contado.

Lo que más me fastidiaba era que él estaba orgulloso. Mi pequeño hermano estaba feliz de que, con solo siete años, mi padre ya le otorgase ese privilegio. Y él no se daba cuenta de que era todo menos eso. Era un peso que estaba cargando en su pequeña espalda demasiado pronto.

—Eso no es de tu incumbencia —espetó mi madre con un tono cortante, pese a que podía ver en sus ojos que estaba tan poco de acuerdo con lo que había pasado como yo.

—Quizá no es de la mía —lo era, pero esa era una batalla dialéctica que no iba a ganar y yo sabía cuándo no debía pelear—, pero sí es de la tuya. Es tu hijo. Solo tiene siete años, sus únicas preocupaciones deberían ser el colegio, sus amigos y jugar. No preocuparse de comportarse cómo sus futuros hombres esperan —susurré para que nadie pudiera escucharme.

Mi madre suspiró.

—Este no es lugar para esta conversación.

—Tienes razón, no lo es. Como tampoco lo es para que finjas que te preocupas por mí. Y ahora, si no te importa, voy a poner mi sonrisa más falsa e interactuar con la gente para que estés orgullosa de la hija que has criado. —Me giré antes de que pudiera responder. Mi corazón latía con fuerza, pero mi rostro no mostraba más que la máscara perfecta que había aprendido a usar desde pequeña. No era propio de mí enfrentarme a mi madre en un evento donde cualquiera podía escucharnos, y sin embargo, no me sentía mal por haberlo hecho.

Últimamente, hacía muchas cosas poco propias de mí, pero me sentía más yo misma que nunca.

Mientras hablaba con los invitados, inconscientemente buscaba a Mikhail. Sabía que él no se encontraba allí. Ni siquiera mi prometido había sido invitado, pero no podía evitar buscarlo. Desde el autocine no habíamos vuelto a vernos y él no había respondido al mensaje que le había enviado. Aunque me moría de ganas de llamarle, e incluso enviarle más mensajes, no lo había hecho.

—He escuchado que te casas dentro de poco —me dijo una mujer vestida con un llamativo vestido verde. Su rostro me resultaba vagamente familiar, pero era incapaz de ubicarla—. ¿Ya has decidido cómo serán las invitaciones? —preguntó rápidamente, sin darme siquiera la oportunidad de responder o asentir.

Mi madre se estaba encargando de todo lo relacionado con la preparación de mi boda, junto con la *wedding planner*. Hasta el momento, habían sido pocas las ocasiones en las que me habían pedido mi opinión, y la verdad era que lo prefería así.

Siempre había pensado que, cuando llegara el momento, sería yo quien se involucraría en

cada detalle de mi boda, quien decidiría todo y se aseguraría de que cada aspecto fuera perfecto. Pero, ahora que ese momento había llegado, me sorprendía darme cuenta de que no me apetecía en absoluto.

Si me casase con Mikhail, sería diferente.

Moví la cabeza negando a la vocecilla que hablaba en mi interior. Mikhail nunca sería mi marido. Y no solo porque ya estaba comprometida con su segundo, sino porque él no era un hombre que estuviese dispuesto a pasar por el altar. Lo nuestro era imposible, y aun así, no podía evitar anhelarlo.

—¿Isabella? —me llamó la mujer, moviendo una mano delante de mi rostro, buscando llamar mi atención.

Me costó un instante recordar lo que me había preguntado. Y tardé otro momento en darme cuenta de que, en realidad, lo que quería saber era si sería invitada a la boda. Mi boda se perfilaba como uno de los acontecimientos más esperados por todas las personalidades de Dublín.

—No, aún no —respondí con una sonrisa cortés—. Ni siquiera está cerrada la lista de invitados —añadí, provocando que ella esbozara una sonrisa de satisfacción.

Aunque, para ser sincera, dudaba que estuviese invitada. No solo porque no recordaba quién era, sino también porque mi madre en esos momentos me estaba haciendo señas disimuladas desde el otro lado de la sala. Señas que entendí perfectamente: debía dejar de perder el tiempo hablando con ella y moverme entre los demás invitados. Invitados con más relevancia que ella.

Me despedí con educación y me acerqué al lugar donde mi madre hablaba junto a la alcaldesa y a la presidenta de una de las empresas hoteleras más lucrativas de Irlanda. No estaban diciendo nada interesante, por lo que pude limitarme a asentir y sonreír.

Mi móvil vibró en mi bolso. Lo saqué, pensando que tal vez se trataba de mi prima Serena. La había llamado un par de días atrás para disculparme. Yo nunca pedía perdón y ella lo sabía. Por eso, aquel gesto tenía un significado especial que ella supo apreciar. Con la gentileza que la caracterizaba, no solo aceptó mis disculpas, sino que me aseguró que regresaría a Dublín en cuanto pudiese. Esa mañana me había llamado para decirme que había convencido a su padre para venir unos días y que a la tarde me enviaría un mensaje con la información del día y la hora de su llegada.

Pero, en cambio, el mensaje no era de ella, sino de Mikhail. Note cómo mi cara se iluminaba con una brillante sonrisa. Aunque cuando leí el mensaje una sensación desagradable se asentó en mi estómago.

«Sí».

Él estaba respondido con un simple monosílabo al mensaje que le había enviado una semana antes al día siguiente del autocine en el que le preguntaba si todo estaba bien. Lo había supuesto, ya que no había escuchado lo contrario, pero, así y todo, no había podido evitar preocuparme por él.

«¿Eso es todo lo que tienes que decir después de una semana sin saber nada de ti?».

Guardé el móvil de nuevo en el bolso cuando escuché a mi madre carraspear. Aunque mi mente estaba en otro lado, hice un esfuerzo por estar atenta a la aburrida conversación, pero cuando el móvil volvió a vibrar, les dije que necesitaba ir al baño.

Miré la pantalla y lo que leí en ella provocó que mis ojos se abriesen como platos y me quedase quieta en mitad de la sala. Tenía que haber esperado a llegar al baño para leerlo.

«Tengo mucho más que decir, *zayka*. ¿Te has tocado por las noches pensando en mi polla?».

Iba a salir de la sala para dirigirme a una zona más tranquila, pero mi padre me lo impidió, sujetándome del brazo.

—No sé si conoces a mi hija, Isabella —le dijo a un hombre a finales de sus sesenta, principios de sus setenta.

Esbocé una sonrisa mientras seguía sujetando el móvil en mi mano.

—La verdad, es que no he tenido el gusto, pero he oído hablar mucho de ti —me dijo—. Tu padre no desaprovecha ninguna ocasión para elogiarte. —No lo dudaba, pero esos elogios no serían los esperados de un padre a una hija. Él no presumiría de mí por sacar buenas notas, o por ser una buena hermana mayor—. Tu boda será todo un acontecimiento.

—Lo será. Y espero que puedas venir.

Mi padre no me lo había presentado y no lo haría. Para él que yo supiera quién era no tenía ninguna importancia. Le valía con que comprendiera que era alguien importante a quien debía tratar con respeto.

—Por supuesto que iré. Y no tengas duda de que mi mujer y yo os regalaremos lo más caro de la lista.

—Mi hija agradece vuestra generosidad —respondió mi padre como si yo no tuviese boca—. Y a mí me gustaría agradeceréte la semana que viene invitándote a comer. Y de paso, podemos aprovechar para hablar de ese *asuntillo* que tenemos pendiente.

Por supuesto que mi padre tenía intereses con ese hombre. Todo eran negocios. El hombre contestó, pero yo no estaba escuchándolo porque el móvil acababa de vibrar en mi mano.

Miré la pantalla disimuladamente.

«Yo me he corrido pensando en tu coño. No puedo pensar en otra cosa que no sea en volver a enterrarme en ti».

—Si me disculpáis, necesito ir al baño.

Sin esperar una respuesta, me alejé. Escuché cómo me llamaba la hija de una de las amigas de mi madre, una chica de una edad parecida a la mía, pero la ignoré. Evité los baños de la planta en la que me encontraba y subí las escaleras hacia la planta superior.

Se suponía que no debíamos deambular por la galería más allá de las zonas habilitadas para la exposición, pero no podía importarme menos. Finalmente, encontré unos baños. Afortunadamente, solo era un cubículo y podía encerrarme con la tranquilidad de saber que nadie me escucharía ni me molestaría.

Me senté sobre la tapa del inodoro, dejando el bolso en el suelo sin preocuparme de sí se ensuciaba. Aunque, para ser justa, el baño estaba sorprendentemente limpio.

En lugar de responder a su mensaje, decidí llamarlo. Contestó al primer tono.

—Zayka, después de lo sucedido en el autocine era mejor no...

¿Él se estaba disculpando por no escribirme? Entorné los ojos, no era eso por lo que lo había llamado y mucho menos quería escuchar ninguna disculpa en esos momentos.

—Todas y cada una de las noches me he tocado pensando en ti —susurré, interrumpiéndolo—. Me he corrido imaginándome que eran tus dedos los que me penetraban.

Escuché su respiración pesada.

—Joder, eres una puta tentación —dijo con la voz entrecortada—. Tengo una reunión en diez minutos y la polla me va a explotar en los pantalones.

Esbocé una sonrisa, porque, a pesar de haberme ignorado durante toda una semana pude comprobar que él estaba igual de necesitado que yo. Mikhail no me había olvidado.

—Yo estoy en una galería de arte, escondida en el baño mientras mis padres se encuentran en una sala en la planta de abajo.

—¿Tan cachonda estás que has tenido que ir al baño para llamarme?

—Sí.

—Tócate *zayka*. Tócate pensando en mí.

Escuché el sonido de algo metálico y no tardé ni un segundo en darme cuenta de que se trataba de su cinturón. Nunca había hecho sexo telefónico. Me lo habían propuesto, pero no había aceptado. Con Mikhail era diferente, con él era yo la que lo deseaba.

Me senté en el retrete y subí mi vestido para tener mejor acceso. No pude evitar comprobar de nuevo la puerta, asegurándome de que estaba cerrada con cerrojo y que nadie podría entrar. Colé una de mis manos por el elástico de mi ropa interior con más urgencia de lo que nunca jamás le reconocería a Mikhail y me acaricié a mí misma.

—Estoy muy húmeda, preparada para ti —dije, las palabras saliendo con facilidad de mi boca.

Mikhail me respondió con un gruñido que fue directo a mi núcleo.

—No tienes ni puta idea del efecto que tienes en mí. Ni puta idea.

Sonreí, porque, en ese instante, me di cuenta de algo. Puede que él conociera mi cuerpo mejor que yo misma, pero yo también sabía qué botones pulsar para volverlo loco.

—¿Me has echado de menos?

—A cada maldito segundo, Isabella. No he dejado de pensar en ti ni un solo momento durante esta semana.

Y le creí, porque Mikhail podía ser muchas cosas, pero él no era ningún mentiroso.

Introduje un dedo en mi interior y sentí cómo un jadeo se escapaba de mis labios. Aunque Mikhail estaba en silencio, podía escuchar su respiración agitada desde el otro lado de la línea.

—¿Te estás tocando?

—No, *zayka*, no me estoy tocando. Me estoy apretando la polla con tanta fuerza que no creo que aguante mucho más. Solo con tu voz e imaginarte preparada para mí ya estoy a punto de correrme.

—Tú haces que yo tampoco necesite mucho —reconocí con mi voz entrecortada mientras aumentaba mis movimientos.

—Tócate cómo yo lo haría, imagínate que tus dedos son los míos.

Hice lo que me pedía y emití un fuerte gemido que fue recompensado por otro que salió de su garganta.

Casi se me cayó el móvil, por lo que lo puse en altavoz, dejándolo en el suelo. Era arriesgado, ya que aunque había tomado precauciones, alguien podría escucharme, pero la urgencia de llegar al clímax era en lo único que podía pensar.

—Me gustaría meterme tu polla en la boca de nuevo. Quiero volver a saborearte.

—Joder, me encanta que hables sucio. Mierda, es demasiado.

Lo escuché gemir al otro lado de la línea y eso fue lo que necesité para explotar. Mordí mi labio inferior con fuerza para reprimir el grito que amenazaba con brotar de mi garganta a la vez que un relámpago de placer recorría mi cuerpo. Con Mikhail el sexo siempre era alucinante; ni siquiera necesitaba estar presente para conseguir que fuera increíble.

Apoyé mi espalda en el retrete, con los ojos entrecerrados, mientras trataba de recuperar la respiración. Tan solo me permití unos pocos segundos, porque rápidamente abrí los ojos y me agaché para coger el teléfono y quitar el altavoz. Me tomé un instante para tratar de identificar algún ruido en el exterior, pero no escuché nada.

¿Cómo se me ocurría? Y menos aún después de lo que había pasado con Mattia.

Podían volver a pillarnos y no podíamos ir dejando cadáveres por ahí. Cada vez estaba

siendo más descuidada, me estaba volviendo loca y no podía parar. Parecía casi que hasta quería que nos pillaran.

Era eso, ¿quería que nos descubrieran?

—Ha sido increíble, *zayka* —me dijo Mikhail, interrumpiendo mis pensamientos—. Eres increíble. —No pude evitar sonreír—. Me jode pero tengo que irme.

—Yo también. Mis padres se estarán preguntando dónde estoy.

—Volveremos a vernos, *zayka*. No creas ni por un puto instante que esto ha terminado aquí.

—¿Eso es una amenaza? Porque si es así, espero que la cumplas.

Mikhail se rio.

—Más bien es una promesa, *zayka*.

Colgué la llamada y me acomodé la ropa para regresar a la exposición. Nadie parecía haberse dado cuenta de mi ausencia. Todo seguía igual que cuando me había ido minutos antes. Hablé con los invitados y continué con el papel que se esperaba de mí. La mayor parte de ellos volvieron a preguntarme sobre mi boda y mi estómago volvió a hundirse cada vez más.

Porque después de mi interacción con Mikhail no podía hablar de mi boda. En ese momento, me di cuenta de que no iba a poder seguir interpretando ese papel durante mucho más tiempo. No estaba segura si iba a poder llevarlo hasta el final.

No importaba que fuese lo que mis padres deseaban de mí o que fuese mi deber. No podía casarme con Leonid. No cuando mi corazón y mi cuerpo le pertenecían a Mikhail.

Capítulo 27

Mikhail

Había quedado con Callum O'Donell en el Sunscent Oasis, el casino de la propiedad de su familia, donde había estado Yaroslav en su visita relámpago y secreta a Dublín.

Estaba ansioso por hablar con él, por lo que había llegado antes de la hora.

Llevaba días queriendo responder el mensaje que Isabella me había enviado preguntándome si estaba todo bien, pero después de lo ocurrido en el autocine había pensado que era mejor poner distancia.

Me había deshecho del cadáver de aquel imbécil, asegurándome que nadie no lo encontrase jamás. Pero no podía estar seguro de que Edoardo Carbone no pudiese descubrir alguna pista que le llevase al autocine. Había investigado un poco, Mattia Trentin no tenía un cargo demasiado relevante en la organización de Carbone, tan solo era un simple soldado, pero seguía siendo uno de sus hombres. Por suerte, Edoardo se había tomado su ausencia como una deserción y lo estaba buscando fuera de Dublín, aunque tampoco estaba poniendo demasiados medios para ellos.

Era evidente que Mattia no tenía demasiado valor para Edoardo. Era un fallo tremendo, uno que me beneficiaba, pero que yo nunca cometería; por eso me había asegurado de cazar a Vadim y Alexei yo mismo. Y en el proceso, había salvado la vida de la esposa de Callum. Él me debía un favor que me pensaba pagar.

Pero mientras hacía tiempo dentro de mi coche, estacionado en el aparcamiento del casino, mi mente no podía enfocarse en otra cosa que no fuese Isabella. La sola idea de lo que podría haber sucedido si no hubiese salido del coche para asegurarme de que estaba bien me ponía los pelos de punta y me helaba la sangre.

Lo que no esperaba tras contactar con ella era que me llamaría para darme el sexo telefónico más intenso y devastador que había experimentado en mi puta vida. Para ser sincero, también era el primero. Ni siquiera cuando era un adolescente cachondo me había resultado una idea tentadora. Siempre había preferido el contacto directo, la cercanía tangible, y nunca había tenido problemas para conseguirlo.

Pero con ella todo era diferente. Todo lo que me daba, incluso lo más mínimo, tenía un poder sobre mí que rozaba lo irracional. Era como si su voz, su forma de murmurar al otro lado de la línea, pudiera desarmarme por completo. Cada palabra, cada suspiro, cada pausa medida me encendía de una manera que jamás habría creído posible. Era un magnetismo visceral, primitivo, que no lograba entender del todo pero que me tenía completamente atrapado. Con Isabella, cualquier cosa, aunque fuera un simple eco de su esencia, era suficiente para llevarme al límite de mi deseo.

Salí del coche, sintiéndome más relajado de lo que había estado en días. Aunque no era fácil, enterré los pensamientos sobre Isabella y me centré en lo que importaba en ese momento. Entré en el casino que estaba a rebosar de gente. Aquel era un negocio muy lucrativo, uno que los O'Donell aprovechaban.

Uno de los hombres de Callum se me acercó y me hizo un gesto para que lo siguiese. No me extrañó, ya que estaba bastante seguro que ya desde que había llegado al aparcamiento Callum era conocedor de que me encontraba allí.

Aquel lugar estaba lleno de cámaras. Unas a simple vista y otras no tanto. Pero ninguna de

ellas pasó desapercibida a mis ojos. Aquello era previsible, aunque también una muy buena noticia para mí.

Era la primera vez que estaba su casino, pero había insistido en quedar allí con Callum, ya que quería ver con mis propios ojos el interior del lugar en el que había estado Yaroslav, el lugar que podría tener la clave definitiva para encontrar a su asesino.

—Así que tú eres Mikhail —me dijo Callum en cuanto entré en su despacho. Hizo un gesto con la barbilla para despedir a su hombre. Este cerró la puerta tras él, dejándonos solos—. El verdadero Mikhail Andreyev.

Él había descubierto quién era yo en realidad. Aunque, en honor a la verdad, yo me había descubierto a mí mismo cuando salvé a su mujer y maté a Vadim, uno de mis exsoldados, quien la había secuestrado para entregarla a un enemigo de Callum.

—Pensé que también estaría tu tío —apunté, ocupando la silla frente al escritorio en el que él estaba sentado.

Callum chasqueó la lengua.

—Por supuesto que él está al tanto de todo, pero ha preferido que me ocupe yo solo.

—¿Y el resto de los jefes de familia ya saben de mi pequeña mentirijilla? —pregunté, no tanto porque me importara, sino porque quería estar preparado para cualquier contratiempo.

—Primero, quería aclarar ciertas cosas contigo —respondió, inclinándose ligeramente hacia delante.

Sabía perfectamente a qué cosas se refería. Callum no quería que se supiera, bajo ninguna circunstancia, que su mujer había ayudado a escapar a dos de mis hombres. Para alguien como él, eso no solo sería una humillación personal, sino un golpe mortal para la percepción de control que su familia proyectaba. Aunque, conociendo lo tradicional que eran los suyos, probablemente había algo más que lo preocupaba: el honor.

—Destruiré los videos que tengo de tu mujer besándose con un hombre que no eres tú —le solté sin rodeos, observando cómo sus facciones se tensaban por un instante—. Nadie sospechará que tu esposa ha estado con otro hombre. —Hasta donde tenía entendido, había sido antes de que pasaran por el altar, ya que Callum llevaba muy poco tiempo casado, pero los miembros de la familia O'Donnell, eran tan arcaicos, que seguirían condenando a su esposa por eso.

Callum me miró con una calma que parecía forzada, pero sus palabras fueron firmes:

—Ella solo ha estado conmigo. Y nuestra primera vez fue en nuestra noche de bodas.

Enarqué una ceja, más divertido que sorprendido. Claro que lo decía con convicción, pero no estaba seguro de que aquello fuera del todo cierto. Seguramente, era la mentira que había mantenido de cara a su familia. Honestamente, no me importaba una mierda. Además, siempre me había parecido una estupidez que exigieran que las mujeres debían llegar vírgenes al matrimonio.

Entonces, una idea pasó por mi cabeza, y con ella, una sensación desagradable y visceral se retorció en mi estómago. ¿Leonid e Isabella se acostarían antes de casarse? No, ella no haría algo así mientras estuviera conmigo.

¿Pero qué pasaría cuando se casaran?

La idea me golpeó como un mazo. Solo imaginarla en la cama con él, entregándose a otro hombre, hacía que quisiera arrasar con la ciudad entera. Era un pensamiento que no podía permitirme tener, pero allí estaba, creciendo en mi interior como una llama voraz.

Intenté apartar esa imagen de mi cabeza, aunque la rabia y la impotencia aún burbujeaban bajo la superficie. Si Callum notó mi incomodidad, no lo demostró.

Auncon con dificultad logré volver a centrarme en la conversación.

—Una mujer que sigues teniendo gracias a que yo le salvé la vida —le recordé, cansado de dar rodeos.

—Y supongo que has venido a pagarte ese favor.

—Yo no hago favores. —Callum enarcó una ceja—. —Has conocido a Leonid, mi segundo —añadí con ironía, aludiendo al tiempo en que había creído que yo era él. Su rostro permaneció imperturbable, pero noté un leve destello de incomodidad en su mirada. No respondió—. Su hermano, mi anterior segundo, fue asesinado hace unos meses. La clave de su muerte está en un viaje que hizo a Dublín poco antes de morir. El aeropuerto y este casino son los únicos lugares en los que estuvo. Sé que se reunió con alguien aquí. Me gustaría saber quién era.

No me molesté en repetir la mentira de que se había suicidado. Tampoco mencioné el secreto de que Georgy no era su verdadero padre. Era una verdad que deseaba mantener enterrada, aunque existía la posibilidad de que más personas de las que me gustaría admitir la conocieran.

Georgy juraba que no se lo había contado a nadie, pero Orel lo sabía. Y según nuestras conjeturas, había ordenado al sicario el asesinato de Stepan Ranikov para silenciarlo. Aún no estábamos seguros de si Yaroslav le había exigido esa muerte como compensación por callarse al descubrir los planes de Orel, pero todas las pruebas apuntaban en esa dirección.

Aquello era como una puñalada en mi corazón. Yaroslav había confiado en cualquiera menos en mí.

—Nunca conocí al hermano de tu segundo —respondió Callum con indiferencia.

Saqué mi móvil y le mostré una foto de Yaroslav. Era una imagen casual, tomada fuera de uno de nuestros pubs en Moscú; estaba fumando un cigarro con una mueca de preocupación evidente para todo aquel que viese la imagen. Recordé que ese día hubo un problema con uno de nuestros envíos y Yaroslav estaba nervioso. Siempre había criticado que fuera tan transparente en cuanto a sus emociones, tan fácil de leer para todo el mundo, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Porque Yaroslav había sido mejor guardando secretos de lo que había creído.

—Envíamela a mi móvil —dijo tras mirarla por unos segundos—. Junto con el día y la hora exacta en que estuvo en el casino.

Hice un gesto afirmativo, pero no estaba listo para terminar. Cambié la imagen en mi pantalla y le mostré otra foto, esta vez de Stepan Ranikov. Dimitri me la había proporcionado.

Callum negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Ni puta idea, pero envíamela también. Revisaré las cámaras de seguridad y te haré llegar lo que encuentre.

Hice lo que me pidió, enviándole ambas fotos con la información pertinente. Luego me levanté del asiento, listo para irme. No había nada más que discutir.

—Espero que con esto estemos en paz y que olvides que has conocido a Adele —dijo Callum con un tono serio.

Una sonrisa peligrosa se dibujó en mi rostro mientras lo miraba directamente a los ojos.

—No te preocupes. Para tu familia Adele será la esposa perfecta.

—Ella es la esposa perfecta —me corrigió con los dientes apretados.

Me encogí de hombros y me despedí de él, pero mientras salía por la puerta un pensamiento inquietante se dibujó en mi mente. Isabella también pertenecía a una familia muy conservadora. ¿Se operaría para llegar virgen al matrimonio?

¿Ella borraría que era yo quien la había poseído por primera vez? ¿Sería capaz de intentar hacer desaparecer nuestra primera noche juntos, como si nunca hubiera pasado?

Aquella idea no paró de martillearme en la cabeza, incluso cuando Callum me llamó horas después para contarme que las únicas imágenes que tenía de Yaroslav en el interior del casino eran las que yo ya tenía o las de él a solas jugando en una máquina tragaperras.

Incluso cuando me dijo que Yaroslav entró en una de las salas privadas, pero alguien había borrado las imágenes que había grabado la cámara, mi preocupación no era encontrar al culpable, sino que Isabella intentase borrar cualquier rastro de nuestra primera vez.

Capítulo 28

Isabella

—Esta mimosa está buenísima —dijo Vittoria mientras le daba un sorbo a su copa.

—No como esta tostada de aguacate y salmón —se quejó Livia, haciendo una mueca mientras señalaba el plato que había dejado sobre la mesa larga que se encontraba frente a nosotras—. No sé si han contratado a un nuevo cocinero, pero últimamente la comida está fallando. Voy a poner una queja.

No dije nada, a pesar de que yo me había comido la misma tostada y para mí estaba buena. Porque realmente no sabía si Livia tenía razón o simplemente lo hacía por el simple placer de fastidiar. Con ella, nunca se sabía.

—Prueba otra cosa —le sugirió Vittoria—. Esas tartaletas de queso azul y nueces tienen muy buena pinta. Mi madre me ha dicho que están espectaculares.

Livia miró el plato que Vittoria le señalaba e hizo una mueca de asco.

—Paso, se me ha quitado el hambre.

Definitivamente, Livia estaba de un humor de perros hoy.

—¿A ti te parece la comida, Bella? —me preguntó Vittoria.

—¿Eh? —dije, dándome cuenta de que mis dos amigas me estaban mirando—. La comida, sí —repetí, porque honestamente apenas había estado prestando atención a su conversación—. No están mal.

Mi padre había organizado un *brunch* en uno de los clubs deportivos más exclusivos de Dublín. Había sido algo un poco improvisado, pero el dueño había hecho todo lo posible para que todo saliera lo mejor posible.

Tanto mis amigas como yo éramos socias prácticamente desde que teníamos uso de razón y veníamos con frecuencia.

—¿Queréis una mimosa? —preguntó Vittoria cuando una camarera pasó con una bandeja. Al parecer, ya se había terminado la suya.

Asentí vagamente y cogí la copa que Vittoria me entregó. Livia le dijo algo, pero yo desconecté porque mi mirada volvió a fijarse al frente. Cualquier persona pensaría que estaba contemplando uno de los amplios jardines del club, con una piscina que a esas alturas del año estaba tapada, pero lo estaba observando a *él*.

En pleno octubre, el tiempo en Dublín no era precisamente cálido, a pesar de que ese día no había ni una sola nube en el cielo. Aun así, había unas pocas mesas altas en la terraza, donde había unos pocos invitados; la mayor parte estábamos dentro.

Mikhail estaba apoyado casualmente sobre una pequeña mesa redonda mientras un hombre le estaba hablando. No recordaba su nombre, pero sabía que era un empresario importante con el que mi padre tenía varios negocios.

Él le dio un trago a su café. Parecía desinteresado, pero sabía que tenía algún tipo de interés en hablar con ese hombre porque sino no estaría perdiendo su tiempo con él.

Mikhail sonrió, pero su sonrisa no era para el empresario. Me la lanzó a mí. Una sonrisa ladeada, acompañada de un guiño que no pude evitar notar, aunque intentara parecer indiferente. En la última semana habíamos mantenido contacto telefónico de manera ocasional, solo por mensajes. Y todos ellos triviales, aunque lo había deseado no habíamos podido repetir el sexo

telefónico ni vernos en persona.

Él estaba ocupado con sus negocios y yo con los preparativos de la boda para la que quedaba algo más de un mes, aunque lo cierto era que apenas prestaba atención. Ni siquiera había elegido aún un vestido de novia, pero me había probado varios. Para la sorpresa de mi madre cualquiera de ellos me parecía bien, pero ella había insistido en que siguiésemos mirando. Mi falta de entusiasmo no hacía más que incrementar su ansiedad. Lo cierto era que no me importaba lo que dijera. Nada me importaba tanto como él.

—Pero si la *princesita* ha vuelto —dijo Livia con sorna, alzando la voz y sacándome de mis pensamientos—. Te echábamos de menos.

Mi prima, que se acercaba a nosotras, esbozó una sonrisa temblorosa y, casi de forma automática, se colocó a mi lado. Había algo en su postura, en la forma en la que evitaba mirar directamente a Livia, que me llamó la atención. Parecía preocupada, como si algo la hubiera perturbado profundamente en el poco tiempo que había estado fuera.

No tenía sentido. Hacía apenas quince minutos estaba completamente bien, incluso relajada. Pero ahora, su expresión era otra, y sus movimientos eran tensos, como si algo invisible la estuviera presionando.

Había llegado a Dublín hacía dos días y tenía que reconocer que había agradecido su compañía a pesar de que ella seguía insistiendo en que debía pasar de Mikhail y centrarme en Leonid.

—Estaba en el baño —respondió Serena—. Había cola.

Livia y Vittoria siguieron conversando, criticando la vestimenta de las invitadas, y si realmente se fijaran un poco en mi prima o yo no hubiera estado tan centrada en Mikhail, me hubiera dado cuenta de que los aseos estaban al fondo de la sala y Serena venía del lateral.

Pero no caí en esto hasta semanas más tarde.

Entrecerré los ojos dándole un sorbo a mi mimosa cuando vi cómo Leonid se unía a Mikhail y al empresario. Por supuesto que mi padre no solo había invitado a Mikhail, sino también a mi prometido. Apenas habíamos hablado, pero su presencia se me hacía casi intolerable.

Aparté la mirada rápidamente, intentando no parecer demasiado interesada. Lo último que necesitaba era que alguien notara cómo mis ojos buscaban a Mikhail casi de forma instintiva. Pero la verdad era que me resultaba complicado no hacerlo.

Decidida a distraerme, volví a centrar mi atención en mis amigas. Durante la siguiente hora, charlé con varios invitados, sonreí en los momentos adecuados, y acepté otra copa. Por fuera, todo parecía estar transcurriendo con normalidad.

Pero en mi interior una inquietud persistente no dejaba de crecer. Algo no estaba bien, aunque no lograba identificar exactamente qué. Tal vez era Serena, con su historia tambaleante y su extraña actitud. Tal vez era la tensión que Leonid traía consigo, un peso constante en el aire. O tal vez era simplemente mi propia incapacidad para dejar de pensar en Mikhail incluso cuando sabía que debía hacerlo.

El esfuerzo por no buscarlo con la mirada se estaba volviendo agotador. Lo sentía, hasta cuando no lo veía. Esa conexión que parecía vibrar en el aire entre nosotros, imposible de ignorar, imposible de negar. Por eso, cuando me acerqué a coger una tartaleta de una de las mesas, no me sorprendió escuchar su voz.

—Me gusta más cuando llevas vestido —susurró Mikhail detrás de mí, sintiendo su aliento en mi oído—. Es de más fácil acceso, pero mejor así, porque me gustan los retos, *zayka*. —Él se estiró como si cogiera uno de los canapés detrás de las tartaletas, pero realmente se estaban pegando a mí—. Y además, te hacen un culo de infarto. —Él apretó mi trasero con fuerza y,

cuando me di cuenta, se había separado de mí.

Mikhail se alejó de mí, dándole un mordisco a su canapé distraídamente, como si nada hubiera pasado. Miré a mi alrededor, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Con el corazón en un puño y el pulso acelerado, me acerqué a mi prima y a mis amigas.

—¿No ibas a por una tartaleta? —me preguntó Vittoria.

La tartaleta. Se me había olvidado cogerla.

—Al final me lo he pensado mejor.

—Te lo he dicho, la comida es mala —se quejó Livia, con una mueca de asco, aunque pronto fue sustituida por una sonrisa radiante.

Y no tardé ni un instante en darme cuenta de la razón.

—Pero sí es mi prometida y sus maravillosas amigas. —Leonid se acercó a mí para saludarme con un beso en la mejilla. Tuve que contener el impulso de separarme de él. Habíamos cruzado cuatro palabras cuando había llegado horas antes y no habíamos vuelto a hablar—. ¿Qué tal os lo estáis pasando?

Leonid pasó un brazo alrededor de mis hombros.

—Bien —respondí, quitando su brazo de mis hombros.

Él arqueó una ceja, pero no hizo ningún amago de volver a intentarlo.

No lo soportaba más, no soportaba más su contacto. Sabía que acababa de montar una escena rechazándolo de esa manera en público, pero no podía más.

La presencia de Leonid se me hacía cada vez más intolerable, y no era precisamente por sus amenazas en el baile, sino porque cuando Leonid no estaba, podía fingir que tan solo éramos Mikhail y yo, pero con él allí, cuando él estaba a mi lado, se volvía todo más real. Me iba a casar con él, era mi prometido.

—¿Y tú? —preguntó Vittoria, con una sonrisa atontada—. ¿Qué tal te lo estás pasando?

—Magníficamente. Siempre es un placer venir a los eventos que Edoardo organiza.

Miré a mis amigas para ver si alguna de ellas se había dado cuenta de mi rechazo, pero ambas parecían tan atontadas con Leonid que ni siquiera habían sido conscientes de mi cambio de actitud.

—¿Me das tu copa? —me susurró mi prima, pero apenas esperó a que yo la respondiera, cogió mi mimosa intacta y le dio un largo trago, casi terminándosela de una.

¿Qué narices?

Serena no era muy dada a beber. Y menos de esa manera.

—Vaya, sí que tienes sed —comenté.

—Las mimosas están buenísimas —dijo Leonid mirando a Serena.

Mi prima no respondió, pero sentí cómo su cuerpo comenzaba a temblar y también vi cómo Leonid sonreía.

Serena había estado rara desde que había vuelto del baño. Apenas había hablado, aunque sabía que Livia y Vittoria no eran santo de su devoción y lo había atribuido a eso. Pero no pude pensar demasiado en ello porque sentí cómo mi móvil vibraba en mi bolso.

Lo saqué disimuladamente y vi el mensaje.

«Te quiero follar, ahora».

Era Mikhail. No era una sugerencia, sino una orden. Eran palabras escritas, un frío mensaje de texto. Pero sentí su urgencia, su necesidad. La misma que yo sentía.

—Si me disculpáis, tengo que ir al baño —dije, sin importarme la presencia de Leonid.

—Te acompaño —se ofreció Serena con rapidez.

Mierda.

—Tranquila, Rena, puedo ir sola.

Ella me dio una mirada de súplica que no entendí, pero estaba tan perdida en mi historia con Mikhail que ni siquiera pensé en ello. Como tampoco le di importancia a que tragó saliva con evidente nerviosismo cuando Leonid se colocó a su lado.

Salí de la estancia con rapidez, casi tropezando con mis propios pasos, mientras el deseo que ardía en mi interior nublaba cualquier pensamiento racional. Mi respiración se había acelerado, y sentía cómo la calidez se extendía por mi piel, haciendo que cada segundo de espera se volviera insoportable.

Lo vi de inmediato, apoyado contra una de las paredes, fingiendo que revisaba su móvil. Su postura era relajada, como si el mundo a su alrededor no existiera, pero sus ojos estaban clavados en mí. Una de sus cejas se alzó ligeramente al pasar frente a él, un gesto que era tan suyo que sentí una chispa recorrerme. No tenía la menor duda de que me seguiría.

El pasillo no estaba demasiado concurrido, pero, aun así, había invitados esparcidos por él. Algunos tomándose un descanso de tener que socializar y otros usando sus teléfonos.

Conocía esos pasillos mejor que nadie. Mis pies se movían automáticamente, guiados por una urgencia que no requería un destino claro. Todo lo que sabía, lo único que podía pensar, era que lo necesitaba. Lo necesitaba a él.

Bajé las escaleras con determinación, el eco de mis tacones golpeando la madera resonando en el aire. El pasillo de la planta baja estaba vacío, sus luces eran más tenues que las del resto del club. Escuché pasos detrás de mí, firmes y decididos, acercándose con cada segundo. Sabía que eran los suyos.

No me detuve hasta llegar a los vestuarios femeninos, empujando la puerta con rapidez y entrando en el espacio austero. Estos vestuarios no eran como los lujosos del resto del club. Eran funcionales y diseñados para el uso de los empleados. Precisamente por eso eran perfectos en ese momento. Había varios cubículos independientes para hacer tus necesidades con privacidad, pero las duchas situadas al fondo consistían en un área compartida, aunque no era visible desde el resto de la estancia.

El silencio del lugar me rodeó, roto únicamente por mi respiración acelerada. Giré sobre mis talones justo cuando la puerta se abrió de golpe, revelando su figura. Su mirada, intensa y oscura, me atrapó al instante. No hizo falta decir nada. Las palabras eran innecesarias. Todo en su expresión, en su manera de avanzar hacia mí, dejaba claro que iba a cumplir lo que había expresado en su mensaje.

Y yo estaba deseando que lo hiciera.

En un movimiento rápido, me empujó hacia el área de las duchas. Mi espalda chocó contra los fríos azulejos, el contraste de temperatura arrancándome un leve jadeo. Antes de que pudiera procesarlo, sus manos estaban sobre mí, fuertes y firmes, deslizándose por mi cintura y bajando hasta mis pantalones.

—¿En serio? Pensaba que habíamos pasado esa etapa —dije cuando, tras tirarlos en el suelo, arrancó mis bragas.

Él soltó una risa baja y ronca, una vibración que sentí más que escuché. No se molestó en responder con palabras, porque estaba demasiado ocupado deshaciéndose de su propia ropa. Aunque en lugar de desnudarse por completo, simplemente se bajó los pantalones junto con los calzoncillos, dejándolos caer descuidadamente alrededor de sus tobillos.

Con una mano en mi cintura me giró para que quedara de espaldas a él. Antes de que pudiera prepararme, me penetró de una sola estocada, arrancándome un gemido que resonó en el espacio vacío.

—Joder, *zayka*, siempre tan húmeda y preparada para mí.

—Llevo días estándolo. Días imaginándome que mi vibrador es tu polla.

—¿Eso es lo que hacías mientras no podía tocarte? ¿Mientras no podía estar contigo? —susurró con voz ronca, su aliento cálido rozando mi piel mientras mordía suavemente el lóbulo de mi oreja—. ¿Pensando en mí mientras te corrías sola?

—Sí —respondí con voz entrecortada, ahogada por el placer que me recorría en oleadas—. Todas las noches me corría pensando en ti.

Sentí cómo su respiración se volvía más pesada, como si mis palabras encendieran aún más el fuego en su interior.

—Y durante el día... —continué, mi voz temblorosa mientras trataba de articular mis pensamientos—. Durante el día solo podía pensar en el momento en que volviera a sentirte dentro de mí. Me vuelves loca, Mikhail. —Sus manos se aferraron a mis caderas con más fuerza, como si mis confesiones lo instaran a poseerme aún más profundamente—. Sigue así. Me gusta cuando me follas fuerte.

No era mi manera habitual de hablar, pero, en ese momento, todo se sentía correcto. Cada palabra que escapaba de mis labios parecía encajar perfectamente con la vorágine de deseo que nos envolvía.

Y a él también debió de parecérselo porque emitió un fuerte gemido en mi oído, un sonido tan profundo y primitivo que sentí cómo mi cuerpo reaccionaba de inmediato. Todo mi ser temblaba bajo su control, atrapada entre la frialdad de los azulejos y el calor abrasador de su cuerpo.

Sus embestidas eran profundas, cada una más intensa que la anterior, como si intentara grabar su presencia en cada parte de mi ser. Mi respiración se aceleró aún más, mezclándose con los gemidos que escapaban de mis labios sin control.

—Eres mía, *zayka* —gruñó, apretando sus dedos contra mi cadera mientras sus movimientos se volvían aún más exigentes—. Solo mía.

—Solo tuya.

Y era así, lo era. Le pertenecía. No importaba si me casaba con otro hombre, siempre sería suya.

Con una mano, sostuvo firmemente mi cintura, mientras la otra se deslizaba hacia delante, encontrando su camino entre mis muslos. Sus dedos encontraron mi clítoris, acariciándolo con movimientos expertos que hicieron que mi cuerpo se arquease hacia él, buscando más, necesitando más.

—¿Está siendo cómo te imaginaste en esas noches? —preguntó con su voz cargada de una oscura satisfacción.

—Mucho mejor —jadeé, la sinceridad vibrando en cada palabra.

Su risa baja y grave resonó en mi oído, como si disfrutara del control absoluto que tenía sobre mí, de lo completamente suya que me había vuelto.

¿Pero él era mío? ¿Me pertenecía cómo yo a él?

La pregunta cruzó mi mente como un rayo, pero no tuve tiempo de detenerme en ella. Un torrente de placer empezó a acumularse en mi interior, creciendo desde lo más profundo de mi ser, robándome el aliento y borrando cualquier otro pensamiento.

Su mano continuaba trabajando en mi clítoris con una precisión devastadora, mientras sus embestidas rítmicas me empujaban al borde.

—Córrete, *zayka*. Quiero sentir cómo te desmoronas para mí —murmuró, su voz cargada de una mezcla de deseo y autoridad que desarmaba cualquier resistencia en mí.

Un gemido desgarrado escapó de mis labios mientras mi cuerpo se rendía por completo. El orgasmo me golpeó como una ola furiosa, arrancándome de la realidad y llevándome a un lugar donde solo existíamos él y yo. Un lugar donde no tenía que casarme con otro hombre, un lugar donde solo éramos nosotros.

Sentí su ritmo volverse errático, su respiración pesada junto a mi oído, y supe que él también estaba al límite. Un momento después, se tensó contra mí, hundiéndose profundamente mientras un gemido gutural escapaba de su garganta. Durante unos segundos, el mundo pareció detenerse. El eco de nuestras respiraciones entrelazadas llenaba el aire, y el calor de su cuerpo aún envolvía el mío.

Cuando nuestras respiraciones volvieron a la normalidad, me giró suavemente para que lo mirara. Sus dedos rozaron mi mejilla con una ternura inesperada, casi como si estuviera memorizando cada contorno de mi rostro. Luego, sus labios se posaron sobre los míos en un beso lento y profundo, muy diferente a cualquier otro que hubiésemos compartido antes.

No había urgencia en él, ni hambre desbordada. Solo calma, conexión, como si en ese momento ambos buscáramos algo más que placer físico. Era un beso cargado de algo que no me atrevía a nombrar, pero que sentí tan real y tan tangible como el calor que aún quedaba entre nosotros.

Sus manos, que momentos antes me habían poseído con firmeza, ahora descansaban suavemente sobre mis caderas, sosteniéndome con cuidado, como si temiera romperme. El contraste entre la pasión desenfrenada de minutos atrás y la dulzura de ahora me dejó temblando por dentro.

—¿Qué estamos haciendo?

—¿No te ha quedado claro? Te he follado tan profundamente que vas a sentirme dentro de ti por días.

Negué con la cabeza y le di un golpe en el hombro.

—Sabes a qué me refiero.

—Lo sé, pero no tengo una respuesta, *zayka* —dijo con un suspiro—. Ni yo mismo... —No pudo continuar porque fue interrumpido por el sonido de una puerta abriéndose y unos pasos resonando en los azulejos.

Nos quedamos paralizados. El temor se apoderó de mí y lo único que podía hacer era contener la respiración. Por suerte, la chica que había entrado al baño se metió en unos de los cubículos y no pudo vernos, pero solo era una tregua, si no nos dábamos prisa nos encontraría.

Me vestí a toda prisa mientras él hacía lo mismo. Lo tuve que hacer sin ropa interior, ya que él la había roto. Recogí las bragas desgarradas, pero antes de poder guardarlas en el bolso, Mikhail me las quitó y se las metió en el bolsillo.

—Quiero llevarme un *souvenir* —me susurró, guiñándome un ojo. Antes de que pudiera responder, me dio un rápido beso en los labios y salió de allí.

Me quedé un rato apoyada en la pared de la ducha, dándome cuenta de que cada vez era más descuidada, pero también siendo consciente de que no me importaba. De que una parte de mí deseaba que nos hubieran descubierto porque no quería casarme con otro.

Quería estar con él. Pero no quería solo una aventura que contar a mis nietos. Tampoco era rebeldía. Tenía más claro que nunca que lo quería todo con Mikhail. Quería el sexo, quería la dulzura, quería la brutalidad, quería una boda, quería hijos. Quería compartir el resto de mi vida con él.

No podía luchar contra esos sentimientos, no quería hacerlo. Tampoco quería seguir escondiéndome.

Era suya, pero también quería que él fuera mío. Había tomado una decisión y la llevaría hasta el final.

Capítulo 29

Isabella

—Bella, ¿puedo elegir el que quiera? —me preguntó Ivo, observando con ojos abiertos las cajas de puzzles que llenaban las estanterías.

—El que quieras.

Una sonrisa iluminó la preciosa cara de mi hermanito a la vez que se dirigía a una de las estanterías para observar con más detenimientos los puzzles.

Desde el instante en el que me enteré de que habían abierto en el centro comercial al que solía ir una tienda de puzzles supe que tenía que llevar a Ivo. Mi padre no iba a estar contento. Probablemente, se enteraría, ya que uno de sus hombres, que en ese momento se encontraba fuera de la tienda vigilando, nos había acompañado. Pero, la realidad era que, no podía importarme menos.

En las últimas semanas había aceptado que mi hermano no solo había comprendido que, de mayor, seguiría el mismo camino que todos los hombres de la familia, sino que parecía hasta estar feliz por ello. Pero eso no quitaba que intentase ofrecerle una infancia lo más normal posible.

Mientras Ivo se decidía entre las interminables opciones, sabiendo que le tomaría al menos una hora debido a su meticulosidad, me acomodé en un banco en una esquina de la tienda. Aunque no estaba llena, había más gente de la que había esperado. Al parecer, los puzzles eran más populares de lo que pensaba.

Saqué el móvil de mi bolso y vi un mensaje de mi prima avisándome que ya había llegado a su casa. Serena se había marchado esa mañana. En principio, iba a quedarse varios días más, pero había adelantado el vuelo con una excusa que no me había convencido ni un poco.

Algo en ella no estaba bien desde el brunch. Traté de que me contara qué le pasaba, pero se escudaba en que solo estaba un poco constipada. Al principio la creí, pero algo en su actitud me decía que no era solo eso. Finalmente, decidí esperar a que ella misma me lo contara cuando se sintiera lista. A veces, las personas necesitan su espacio para procesar lo que les ocurre antes de compartirlo.

Aunque era algo raro en Serena, porque ella solía compartir todas sus preocupaciones, que generalmente eran muy pocas. Algo en su actitud me decía que esta vez había algo más. Mi prima nunca había sido de guardar secretos, y su comportamiento estaba fuera de lo común.

Justo cuando estaba a punto de escribirle para preguntarle directamente si todo estaba bien, mi teléfono vibró. Era un mensaje de Mikhail. Los dos días que habían pasado desde el brunch no nos habíamos visto en persona, pero habíamos mantenido el contacto intercambiando mensajes que siempre lograban dejarme una sensación cálida. En este mensaje simplemente me preguntaba cómo me encontraba, pero sus palabras lograron arrancarme una sonrisa sin que pudiera evitarlo.

Le respondí de inmediato. Él me contestó de vuelta, pero antes de poder escribir una sola palabra, una mujer se sentó a mi lado.

—Espero que no te importe —me dijo.

—La verdad es que si lo hace —murmuré con el ceño fruncido, sin levantar la mirada de la pantalla de mi móvil—. Hay un banco vacío allí. —Señalé vagamente con mi barbilla un banco

que se encontraba frente a nosotras.

Me molestaba muchísimo que la gente tendiera a invadir el espacio personal de los demás. Además, aunque en el banco cabían dos personas, hasta tres, no era lo suficientemente alargado para que pudiera seguir escribiendo con tranquilidad. ¿Tanto pedir era tener un poco de intimidad?

—Veo que haces honor a tu apellido.

Aquellas palabras captaron mi atención. Bloqueé mi teléfono y ladeé mi cabeza hacia ella para mirarla por primera vez.

La chica tenía el cabello rubio y lacio, recogido en una coleta. Apenas llevaba maquillaje, y por sus facciones aniñadas parecía tener una edad similar a la mía, lo que me hizo preguntarme si quizá habíamos coincidido en alguna fiesta o en la universidad. Aunque tan solo necesité echarle un vistazo para darme cuenta de que no frecuentábamos los mismos círculos sociales. Además, pese a que no era demasiado buena recordando nombres, sí lo era a la hora de acordarme de una cara, y la de esa chica no me era familiar.

—¿Nos conocemos?

—No, pero he oído hablar mucho de ti, Isabella Carbone.

—Mucha gente ha escuchado hablar de mí.

—Imagino.

—Pero eso no les da permiso a abordarme y no te lo da a ti —respondí, porque hubo algo en la manera en la que ella me contestó que no me gustó y eso me hizo ponerme a la defensiva. Tendía a ser desconfiada por naturaleza, así era como mis padres me habían educado para ser. Siendo la hija de quién era, no podía permitirme ir confiando en cualquier desconocido que se me acercase—. Así que si no te importa... —Hice un gesto con mi mano.

—Creo que te interesa escucharme —espetó con furia, cruzando sus brazos por encima de su pecho. Aunque rápidamente pareció pensárselo mejor y relajó su expresión, como si se diera cuenta de que esa no era la actitud correcta—. Mira, Isabella —ella esbozó una sonrisa ensayada que me recordó a las mías. Sabía reconocer a una persona que estaba acostumbrada a fingir sonrisas y ella parecía hacerlo tan bien como yo—, no estaría molestándote si no tuviese algo importante que contarte.

Aquellas palabras hicieron que sonaran todas mis alarmas. Que una chica que no conocía de nada me abordara de esa manera no era algo habitual, ni tampoco que me dijera que tenía información relevante que compartir conmigo.

Mi padre me había advertido de este tipo de situaciones. Podía tratarse de una emboscada.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor, localizando a mi hermano, que estaba a unos metros de nosotras y observaba una caja de puzzle que sostenía en sus manos con interés. Después, localicé al hombre de mi padre, que seguía en la puerta.

Había unas pocas personas en la tienda. Un grupo de tres adolescentes, una pareja de señores que debían tener unos setenta años y una madre con un hijo. Ninguno de ellos parecía sospechoso.

Y los dos dependientes que estaban atendiendo parecían hacerlo con normalidad.

Aunque nunca se sabía. Cuando eras hija de un Don tenías que estar siempre en alerta.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para hablar —dije, sosteniendo el móvil que tenía en mi mano con fuerza. Fui a levantarme con rapidez del banco y a coger a mi hermano para sacarlo de la tienda cuando la chica me lo impidió, agarrando mi muñeca con fuerza.

—Isabella, tienes que escucharme —me pidió, suplicante.

—Suéltame —le exigí, alzando un poco la voz—. No te lo voy a volver a repetir.

Pude ver un atisbo de pánico revolotear en los ojos de la chica. Como si no hubiera contemplado la posibilidad de que no quisiera hablar con ella, como si no supiera qué hacer si eso pasaba.

Ella me soltó, pero lo que dijo consiguió que no me levantara del banco.

—Tu exprometido Yaroslav era mi amante.

No me sorprendía que Yaroslav hubiera estado con otras mujeres mientras estaba comprometido conmigo. Mientras que a las mujeres se nos exigía llegar vírgenes al matrimonio, estaba normalizado que los hombres estuvieran con otras chicas. Así de machista era nuestro mundo.

Lo que no esperaba era que esa chica se acercase a mí a contármelo y encima cuando ya ni siquiera estábamos comprometidos. Yaroslav hacía meses que había muerto. ¿Cuál era su propósito?

—¿Y quieres que te aplauda por ello?

—No... yo... —balbuceó, y se pasó la lengua por los labios, como si estuviera pensando en qué decir—. Yaroslav y yo estábamos enamorados. Nosotros nos queríamos, teníamos tantos planes juntos...

¿Planes juntos? ¿Eso quería decir que Yaroslav pretendía dejarme por ella?

Esa era una posibilidad que antes de conocer a Mikhail ni siquiera me hubiera planteado, porque en nuestro mundo no había lugar para el amor. El dinero, el poder y los negocios siempre estaban por encima de cualquier emoción.

Sin embargo, ahora que sabía lo que era estar enamorada y lo que era sufrir por no poder estar con el hombre al que amas, que yo misma quería luchar por mi amor por Mikhail pese a saber que tal vez no sería posible o correspondido, esa posibilidad no me pareció tan descabellada.

Quizá esa chica decía la verdad y su historia era cierta.

—Yo no lo sabía —dije, aunque estaba segura de que ella era consciente de que yo no tenía ni idea de su existencia—, pero Yaroslav está muerto. Desgraciadamente, nada de eso importa ya. —Mis palabras no pretendían ser crueles, ni tampoco quería consolarla, porque no era su amiga ni nadie cercano a ella para hacerlo. Solo estaba constatando un hecho.

—Sí que lo hace —replicó la chica, negando con la cabeza—. Si me he puesto en contacto contigo es porque necesito tu ayuda, Isabella. —Ella hizo una pausa—. Sé que todos creen que Yaroslav se suicidó, pero a él lo mataron. Y tengo pruebas en mi poder que lo demuestran.

Para todo el mundo, excepto para Mikhail, Yaroslav se había suicidado. No había insistido más en el tema, principalmente porque lo que menos deseaba era hablar de mi exprometido cuando estaba con él. Sabía que era egoísta de mi parte, especialmente porque esa cuestión estaba consumiendo a Mikhail por dentro. Pero, a veces, ser egoísta era necesario para sobrevivir en mi mundo. A decir verdad, era solo una excusa. El egoísmo estaba tan arraigado en mí que se había convertido en parte de quién era, algo de lo que no me sentía orgullosa, pero que, al mismo tiempo, no sabía cómo cambiar.

Sin embargo, por primera vez en mi vida, sentía que debía hacer algo al respecto. Amaba a Mikhail y sus preocupaciones eran importantes para mí. Y si podía ayudarlo a encontrar a la persona que mató a su mejor amigo para que pudiese obtener la venganza que tanto deseaba, lo haría.

Antes de hablar, observé a la chica durante unos instantes, tratando de averiguar si estaba siendo sincera conmigo. A pesar de que era muy guapa, sus ojos verdes parecían apagados y su rostro lucía demacrado, como si hubiera tenido una vida complicada o estuviera pasando un mal

momento. Tal vez, ambas.

—¿Qué pruebas tienes? —pregunté finalmente.

La chica miró a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera escuchar nuestra conversación. Sin embargo, nadie parecía prestarnos atención. Aun así, ella no se relajó. Sin decir nada, abrió su bolso con movimientos rápidos y sacó un papel doblado, que me extendió con cierto nerviosismo.

—Ven a las ocho al lugar que aparece en esa dirección. Te estaré esperando —dijo en un tono bajo, casi susurrante—. No puedo hablar aquí, no es seguro.

Miré el papel que ahora sostenía en mis manos y luego volví a alzar la vista hacia ella. Su expresión estaba cargada de urgencia y algo más... miedo, quizá.

—¿Por qué has venido a mí y no a... su hermano? —me corregí a tiempo antes de pronunciar el nombre de Mikhail.

—Él y su hermano apenas tenían relación. Además, no estoy segura de que alguno de ellos no esté involucrado en su muerte. El asesino, él... —comenzó a decir, pero antes de que pudiera terminar, una mujer se acercó a nosotros para observar uno de los puzzles terminados que descansaban sobre una mesa de cristal cercana. La interrupción pareció desestabilizarla y se quedó en silencio—. Debo irme —murmuró con prisa, levantándose.

—Dime tu nombre al menos —le pedí, pero la chica se limitó a girarse y salir de la tienda sin responderme.

Suspiré con frustración y guardé el papel en mi bolso.

Antes de dejarme llevar por cualquier impulso, me aseguré de que Ivo seguía ocupado, eligiendo con calma su puzzle favorito. Luego, salí de la tienda por un momento y cuando me aseguré de que estaba lo suficientemente alejada del hombre de mi padre para que no pudiera escucharme, llamé a Mikhail.

Esperaba de corazón que esa mujer no mintiese y tuviese las pruebas necesarias para inculpar al asesino de Yaroslav. Porque no obtener la justicia que Yaroslav tanto se merecía parecía estar consumiendo a Mikhail por dentro.

Y yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Mikhail.

Capítulo 30

Mikhail

Después de la llamada de Isabella cancelé todas las reuniones de esa tarde y me dirigí hacia el barrio empobrecido donde la mujer que había contactado con Isabella la había citado.

El lugar era exactamente lo que esperaba: calles mal iluminadas, edificios con fachadas descuidadas, y un aire de abandono que parecía colarse por cada rincón.

Aparqué el coche y caminé hasta el edificio que tenía enfrente. Uno de cinco plantas que parecía haber visto días mucho mejores décadas atrás. Las ventanas estaban rotas en varios puntos, cubiertas por cartones o viejas persianas que apenas colgaban de sus marcos oxidados. La pintura de la fachada, alguna vez blanca, se descascaraba dejando al descubierto el cemento gris. Observé que los grafitis cubrían las paredes del nivel inferior, mezclándose con manchas de humedad que trepaban como raíces hasta el segundo piso.

La puerta de entrada era de metal, oxidada y abollada en algunos puntos, con una cadena rota que colgaba sin uso alguno. Entré con un fuerte empujón y el rechinar de las bisagras resonó como un eco en el pequeño vestíbulo.

El olor de dentro era peor que el del exterior: una mezcla de humedad, orina y comida rancia. Las luces del techo parpadeaban intermitentemente, y en una esquina había un cubo de basura desbordado. Eché un rápido vistazo a los buzones, todos destrozados y sus puertas colgando, como si hubieran sido forzadas años atrás.

Subí hasta el tercer piso por las escaleras, ya que no había ascensor, aunque tampoco me hubiera montado. No era tonto y era más que consciente de que aquello podía tratarse de una trampa.

Aun así, había ido solo. No quería que Leonid se enterase de que había sido Isabella la que me había llevado hasta allí y tampoco quería involucrar a mis hombres.

Por supuesto, mi pistola estaba desenfundada, descansando firme en mi mano mientras mis ojos se movían con rapidez a mi alrededor, analizando cada rincón de los pasillos desolados. El lugar seguía el mismo patrón de abandono: paredes manchadas de humedad, un olor agrio que impregnaba el aire, y una tenue luz amarillenta que parecía luchar por mantenerse encendida.

Al llegar a la puerta correspondiente, me detuve un instante. Toqué el timbre y, sin bajar la guardia, apunté con mi arma directamente hacia la entrada.

La puerta se abrió despacio, revelando a una joven rubia, vestida con un jersey ajustado y unos vaqueros desgastados. Me mantuve alerta, estudiándola en silencio mientras mis dedos se mantenían firmes en el gatillo. En este tipo de situaciones, la precaución siempre era la mejor aliada.

—Mikhail, ¿Isabella no ha venido contigo? —preguntó, buscándola con la mirada.

Ella estaba más preocupada por su ausencia que por mi pistola apuntando su rostro.

—¿Cómo sabes quién soy?

Ella tragó saliva.

—Yaroslav me enseñó fotos tuyas.

Solté una risa seca, carente de humor, porque ella me estaba mintiendo y, aunque tuve la sensación de que estaba acostumbrada a hacerlo, era una mentirosa de mierda. Di un paso hacia delante y ella fue lo suficientemente inteligente como para apartarse y dejarme entrar en el

apartamento.

El lugar era incluso más deprimente que el exterior del edificio. La estancia principal era pequeña y desordenada, con una cocina abierta que daba directamente a un salón diminuto. Los muebles parecían haber visto mejores días décadas atrás, y el aire estaba impregnado de un ligero olor a humedad y comida recalentada.

—¿Yaroslav estaba enamorado de ti y permitía que vivieras en este lugar de mierda? — pregunté con sarcasmo, sin siquiera intentar disimular mi incredulidad, mientras escuchaba cómo cerraba la puerta detrás de mí.

—Él me alquiló un buen apartamento en el centro, pero tras su muerte tuve que regresar aquí —respondió, su voz temblorosa pero decidida, como si estuviera recitando un guion aprendido de memoria.

Mentiras.

Cada palabra que salía de su boca era otra mentira más.

—Muy enamorado de ti no estaría para no asegurarse de que si le pasaba algo, tendrías una buena vida.

Mi amigo nunca me había hablado de una mujer, aunque teniendo en cuenta todo lo que me había ocultado, no me hubiera sorprendido que fuese verdad. Pero no lo era, porque esa mujer estaba mintiendo. Lo que no sabía, era por qué.

—Lo estaba, pero tenía que mantener lo nuestro en secreto.

—¿Dónde están las pruebas que le has prometido a Isabella?

—Le dije que se las daría a ella. Debería haber venido contigo.

Avancé hacia ella con pasos lentos y calculados, cada uno amplificando la tensión en la pequeña habitación. Su expresión pasó de la mentira forzada al miedo real cuando se dio cuenta de que no tenía salida. Retrocedió instintivamente hasta que su espalda chocó contra la pared.

—¿Y cómo sabías que ella hablaría conmigo?

Ella abrió los ojos como platos al darse cuenta de su error.

—Isa... Isabella me dijo que vendría contigo —balbuceó, su voz casi inaudible.

Negué con la cabeza lentamente, dejando que el gesto hablara por mí. Estaba harto de su teatro.

—Dime le nombré del asesino y dame las putas pruebas. Dime lo que le has prometido a Isabella que le ibas a dar —siseé, colocando el cañón de mi pistola en su frente. Pude ver cómo tragaba saliva con fuerza, sus labios temblando mientras trataba de encontrar una salida que no existía. Sabía que estaba acorralada. Tan solo necesitaba presionar un poco más y obtendría la información que necesitaba—. Tienes tres segundos o apretaré el gatillo. Tres... —comencé a contar— dos...

—¡Es todo mentira! —explotó—. Yo no conocía a Yaroslav —confesó entre sollozos, mientras las lágrimas comenzaban a caer por su rostro—. ¡Tenías que haber venido con Isabella! Él me dijo que ella te traería.

—¿Quién te lo dijo?

—No me mates... Por favor, no me mates...

De repente, la chica se deslizó por la pared hasta dejarse caer en el suelo, abrazando sus piernas y escondiendo la cabeza entre ellas, sollozando con fuerza.

Joder, estaba muerta de miedo. No iba a sacar nada útil de ella así.

—Cálmate. Si me das la información que quiero, no te haré daño —le dije, bajando la pistola. Retrocedí un paso, dándole un poco de espacio—. Solo necesito que me digas su nombre.

—Yo... yo no quería. Solo necesitaba el dinero. No quería hacer daño a nadie —respondió entre lágrimas.

—Nadie ha salido herido —mentí, tratando de tranquilizarla—. Y puede seguir siendo así, pero tienes que decirme la verdad.

—Él me va a matar... —susurró, su voz apenas audible.

—Si me dices la verdad, yo te protegeré de él —prometí, aunque sabía que mis palabras no eran suficientes para calmarla.

Porque no necesité más que sumar dos más dos para darme cuenta de lo que estaba pasando. Aquella chica era una pobre diabla, seguramente, una prostituta, a la que alguien había contratado aprovechándose de su mala situación económica.

Estaba convencido de que quien la había contratado para mentirme estaba directamente involucrado en la muerte de Yaroslav. Y si no lo estaba, conocía la identidad del asesino del que fue mi mejor amigo. Pero antes de que pudiera continuar, un ruido proveniente del pasillo oscuro llamó mi atención.

—No me jodas —murmuré mientras desenvainaba la pistola de nuevo.

Antes de que pudiera reaccionar, la chica se puso de pie y corrió hacia el pasillo, gritando desesperada:

—¡No ha sido mi culpa! ¡Yo solo hice lo que me mandaste...!

No pudo terminar la frase. Un disparo resonó en el aire y su cuerpo cayó al suelo como un muñeco de trapo. Una bala le había atravesado el cráneo.

Corrí hacia el pasillo, siguiendo el sonido. Vi una puerta entreabierta al fondo. Al cruzarla, llegué a lo que parecía ser un baño pequeño y deteriorado. La ventana estaba abierta.

Me acerqué rápidamente y miré hacia afuera. Una escalera de incendios bajaba hacia un estrecho callejón. Ya había oscurecido, y aunque alcancé a ver una sombra que descendía apresuradamente por las escaleras, la falta de luz me impidió distinguir quién era.

—¡Joder!

No me podía creer esa puta mierda. ¿De qué coño iba todo eso? ¿En qué cojones había estado metido Yaroslav?

Aunque lo que realmente me preocupaba era que no había sido una trampa solo para mí, sino también para Isabella. El tirador estaba esperando en una habitación, probablemente, para matarnos a los dos. Por alguna razón que desconocía, solo yo no le servía.

Sin quererlo, había puesto en peligro a Isabella. Y eso era algo que no iba a permitir.

Acababa de amanecer cuando Isabella apareció en el paseo marítimo de Clontarf. Ese parecía ser nuestro lugar. La brisa fresca jugaba con su cabello, enredándolo de una manera que solo a ella podía sentarle bien. Le había enviado un mensaje citándola allí. Se acercó con paso firme y, con unos movimientos rápidos, ocupó un lugar a mi lado en el malecón en el que estaba sentado.

—Me he perdido el amanecer —se quejó, mirando al cielo que aún mostraba las últimas pinceladas de colores cálidos—. ¿Has conseguido el nombre del culpable? —preguntó, yendo directamente al grano cuando vio que no le respondía de inmediato.

—Era una trampa —solté a bocajarro. Nunca me andaba con rodeos y sabía que ella tampoco lo hacía.

Los ojos castaños de Isabella se abrieron de par en par y pude escuchar cómo un leve jadeo se escapaba de sus labios.

—Yo no lo sabía —dijo, pese a que la creía. Ella no me tendería una trampa, no de esa

manera tan burda. Puede que me equivocara, pero confiaba en Isabella—. ¿Estás bien? —preguntó, pese a que me escaneó rápidamente, comprobando que no tuviera ninguna herida visible.

—No soy tan fácil de derribar, *zayka*. La mujer que te abordó en el centro comercial no era la amante de Yaroslav. Ni siquiera lo conocía. Tan solo era una pobre diabla que necesitaba el dinero y alguien se aprovechó de esa necesidad para contratarla. ¿Te acuerdas de la dirección que te entregó? —Isabella asintió, aunque no hacía falta que lo hiciera—. Era la dirección de un apartamento en un barrio de mala muerte. Pero no solo estaba ella en el apartamento, había un hombre escondido en una de las habitaciones. Huyó antes de que pudiera atraparlo. Ni siquiera llegué a verle la cara.

—¿Ella te dijo quién era él?

—No tuvo la oportunidad. La mató antes de irse.

La expresión de Isabella cayó y estiró su mano para apoyarla sobre mi hombro.

—¿Seguro que estás bien? —repitió, esta vez clavando sus ojos en los míos como si buscara algún signo de daño que yo hubiera omitido mencionar—. ¿Seguro que no estás herido?

—Ni siquiera intentó atacarme, Isabella. Él nos estaba esperando a los dos.

—¿Cómo dices?

—La mujer entró en pánico cuando se dio cuenta de que tú no habías ido. Joder, Isabella, era una trampa para matarnos a los dos. —Ella asintió cuando comprendió mis palabras, pero no parecía asustada, sino aliviada de que yo estuviese bien—. Te he puesto en peligro, *zayka*. —Mi voz salió más grave de lo habitual, cargada de un peso que no podía evitar—. Corres peligro estando conmigo y no lo voy a permitir.

Ella movió la cabeza con firmeza y me miró con esa altivez tan característica en ella.

—Soy la hija de un Don, Mikhail. Siempre estoy en peligro.

—Cierto, pero por eso tienes guardaespaldas.

—De los que me escapo con facilidad.

—Para estar conmigo —rematé, terminando la frase que ella había dejado a medias, adrede. Isabella soltó una carcajada, su risa como un eco desafiante en el aire fresco del amanecer.

—No eres el centro del mundo, Mikhail. Me escapaba de ellos mucho antes de conocerte.

—Lo que es una insensatez por tu parte. —Ella abrió la boca para replicar, pero levanté una mano para detenerla—. Hasta ahora has tenido que lidiar con los enemigos de tu padre, que raro sería que fuesen a por ti. En cambio, la mayoría de los míos no tienen tantos reparos en atacar a una mujer. Y está claro que alguien se ha enterado de lo nuestro; probablemente, el asesino de Yaroslav. No voy a arriesgar tu vida.

—¿Me estás dejando? —preguntó, su voz más baja, casi vulnerable.

Me quedé paralizado por un momento. ¿Cómo podía siquiera pensarlo? ¿No me conocía lo suficiente como para saber que era demasiado egoísta como para dejarla ir?

—En la puta vida —dije, y su rostro se relajó visiblemente, provocando en mí una oleada de satisfacción—. Eres mía, *zayka*. Vas a casarte conmigo. Y me aseguraré de que varios de mis hombres te sigan a todas partes. Te garantizo que de ellos no podrás zafarte.

Noté cómo la furia se apoderaba de ella.

—Estoy harta de que me den órdenes.

Suspiré, intentando no perder la paciencia.

—Podrás ir adonde quieras y hacer lo que quieras. Mis hombres solo velarán por tu seguridad, no restringirán tus movimientos.

Ella rodó los ojos y levantó las manos en un gesto exasperado.

—Por Dios, los hombres sois unos obtusos. No me importa que me vigilen, eso no es lo que estoy diciendo. No me casaré contigo porque me lo ordenes. Toda mi vida me han dicho lo que debo hacer, de quién debo ser amiga, cómo debo vestir. Incluso han elegido a mi prometido por mí. Estoy harta. —Hizo una pausa, y su mirada se suavizó mientras extendía las manos hacia mí, invitándome a tomarlas—. Contigo me siento libre, yo misma. Te quiero, Mikhail. Nunca pensé que me enamoraría, pero estoy profundamente enamorada de ti. —Mi corazón se detuvo al escuchar aquellas palabras, porque ella me estaba confesando que me quería—. Sin embargo, quiero elegir. Quiero que sea mi decisión.

—Isabella, no podemos esperar. No voy a permitir que te cases con Leonid. No voy a permitir que...

Ella soltó mis manos y se levantó.

—Pídemelo, Mikhail. Ponte de rodillas y pídemelo que me casé contigo.

—Yo no me pongo de rodillas por nadie, *zayka*. Nunca.

Isabella arrugó sus labios con una evidente decepción en sus ojos.

—Entonces, no me casaré contigo —dijo, girándose lentamente. Aunque se quedó quieta, como si estuviera dándome tiempo a recapacitar o, quizá, como si tuviera la esperanza de que cambiara de opinión.

Y, de repente, lo entendí. No se trataba de romanticismo absurdo; Isabella no era así. Era fuerte, práctica, con los pies en la tierra. Pero también era una mujer que necesitaba saber que yo estaba dispuesto a hacer por ella lo que nunca haría por nadie más.

Yo también la quería. Deseaba a esa mujer más de lo que había deseado nunca nada en toda mi existencia.

Suspiré profundamente, dejando que mi orgullo se desmoronara.

—*Zayka* —la llamé mientras me levantaba. Di un paso hacia ella y ella se giró ligeramente, mirándome por encima del hombro con una chispa de esperanza en sus ojos que me pareció adorable. Con resignación pero decidido a hacerlo por ella, me arrodillé, apoyando la rodilla derecha en el suelo y dejando la pierna izquierda doblada con el pie sobre el suelo—. Isabella Carbone —estiré mi mano para agarrar la suya—, ¿quieres casarte conmigo?

Menos mal que, a esas horas, no había nadie en el paseo. Aunque enseguida me di cuenta de que no me importaba. Es más, me hubiera gustado que hubiera estado lleno de gente, para que todos pudiesen ver cómo aquella mujer se convertía en mi prometida.

Isabella me miró en silencio durante unos largos segundos. Su expresión era seria, pero podía ver el brillo en sus ojos. Sabía cuál iba a ser su respuesta, y aun así, me estaba haciendo sufrir. Arqueé una ceja e iba a quejarme, cuando ella habló.

—Sí, Mikhail. Mil veces sí.

Me levanté y le rodeé la cintura, acercándola a mí con suavidad pero firmemente, evidenciando que nunca la dejaría ir.

—Te quiero, *zayka*. —Ella sonrió, y aunque no necesitábamos las palabras para entendernos, sentí que debía decirlo en voz alta, darle un peso tangible a lo que había entre nosotros—. Eres mía, ahora y para siempre.

Mis labios buscaron los suyos con urgencia contenida, y cuando finalmente se encontraron, el mundo pareció detenerse. El beso era profundo, sin prisas, pero cargado de una intensidad que me quemaba por dentro. Sus manos se deslizaron por mi cuello, aferrándose a mí como si fuera su ancla mientras la brisa marina nos envolvía. Mis dedos se hundieron ligeramente en su cintura, marcando la frontera entre el deseo y la necesidad de protegerla.

Nunca pensé que un beso podría ser esto. Para mí, siempre había sido algo mecánico, el

preámbulo de algo físico, nada más. Pero este beso... este beso era diferente. No se trataba de deseo carnal, aunque ese fuego también ardía en algún lugar de mi pecho. No, esto iba más allá. Era como si, a través de nuestros labios, tratara de transmitirle todo lo que no podía expresar con palabras. Lo que probablemente nunca podría. Pero no hacía falta porque ella lo entendía.

Cuando el beso se rompió, ambos respirábamos agitadamente, como si hubiésemos estado conteniendo el aliento todo ese tiempo.

—¿Y qué pasará con Leonid? —preguntó Isabella en un susurro, sus labios aun rozando los míos mientras hablaba—. ¿Tus hombres te repudiarán?

Era una buena pregunta, y aunque la preocupación estaba en sus ojos, su tono era firme.

—Es algo que resolveré. No voy a renunciar a ti, pero tampoco a la Bratva. Seguiré siendo el Pakhan, incluso si tengo que enfrentarme a Leonid y a la mitad de mis hombres para lograrlo. Aunque, con algo de suerte, no llegaremos a tanto. —Le sostuve la mirada—. Cuando lo resuelva hablaré con tu padre. Él aceptará.

Estaba seguro de que lo haría, aunque si no lo hacía por voluntad propia le obligaría a ello. No pensaba renunciar a ella.

Ella asintió despacio, confiando en mis palabras. Tomé su mano entre las mías, y al hacerlo, una idea cruzó mi mente.

—Hay algo que aún falta.

—¿Qué cosa? —preguntó, curiosa.

—Tengo que comprarte un anillo.

Ella alzó una ceja y sonrió de manera traviesa.

—Eso espero. Y más vale que sea uno con muchos diamantes.

Negué con la cabeza, conteniendo una sonrisa.

Por supuesto, Isabella no era de las que decían que no necesitaban un anillo. Era caprichosa, materialista, y eso era parte de su encanto. Pero también era fuerte, leal, y mía.

Y yo haría lo necesario para que siempre lo fuera.

Capítulo 31

Isabella

—¿Dónde estabas? —La voz de mi padre retumbó por las paredes del hall, llena de autoridad y reproche.

Mi madre, de pie a su lado, me miraba con una mezcla de decepción y cansancio reflejada en sus facciones.

—He salido a dar un paseo —respondí, intentando mantener la calma.

—¿Un paseo? —cuestionó mi padre, su tono cargado de incredulidad—. Sin tus guardaespaldas y escabulléndote como si fueras un delincuente.

Respiré, intentando calmarme y aclarar mis ideas. Lo que menos esperaba era que mis padres estuvieran esperándome cuando regresara a casa. Aunque ni siquiera ellos podían opacar la felicidad que sentía en esos momentos.

—Siempre he hecho lo que se espera de mí. No pasa nada porque de vez en cuando necesite un respiro.

Mi padre soltó una carcajada seca, sin una pizca de humor, y abrió la boca para hablar, pero mi madre se le adelantó.

—Isabella, uno de los soldados de tu padre te ha visto en el paseo marítimo de Clontarf —dijo, su voz afilada como una navaja—. Besándote con un hombre que no era tu prometido.

Sentí un nudo formarse en mi garganta mientras tragaba saliva con dificultad. Mis manos comenzaron a temblar, y las entrelacé en un intento desesperado por mantenerlas quietas. Ya era suficientemente malo escaparme para besarme con Leonid, algo que mi padre probablemente solucionaría a puerta cerrada con él. Pero esto... Otro hombre.

Mi mente giraba con rapidez, buscando una salida. Mi madre no había mencionado el nombre de Mikhail. Lo más probable era que no supiera quién era. Solo los hombres de más alto rango en su círculo conocían a Mikhail, y si el soldado que me había visto era de bajo rango, no habría reconocido al Pakhan.

Además, no había visto a nadie cerca mientras estábamos en el paseo marítimo. Si alguien nos había observado, tendría que haber estado lo bastante lejos como para no captar todos los detalles.

Esto me daba una ventaja. Por ahora.

Y era suficiente, porque Mikhail hablaría pronto con mi padre.

Debería haber dado la llamada por respuesta. Dejarles que me gritasen, y esperar pacientemente a que todo se solucionase, pero, por una vez, no me dio la gana. Estaba harta de agachar la cabeza delante de mi padre, cansada de ser la hija obediente que se esperaba. No iba a esperar a que Mikhail solucionase mis problemas. Era más que capaz de hacerlo yo sola.

—No me voy a casar con Leonid. Estoy enamorada de otro hombre y me voy a casar con él.

Mi madre se colocó una mano en la boca, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando y la cara de mi padre se enrojeció por la ira.

—Mocosa insolente —masculló mi padre, dando un paso hacia mí—. No te hemos educado para que te comportes así.

Sonreí con frialdad.

—Lo sé, me habéis educado para que sea una mujer sumisa, que acepte al marido que le

elegís para ella. Pero no pienso hacerlo.

—Isabella —intervino mi madre, que parecía estar recuperándose del impacto de mis palabras—. Mira, no sé qué te habrá dicho ese hombre o que te habrá contado para que actúes de esta manera, pero él te está utilizando. El amor no existe, cariño.

Sí existía.

Había creído que por ser la hija de un Don no merecía conocer el amor, que nunca sabría que sería enamorarme de alguien y entregarle mi corazón, pero me había equivocado. Yo me merecía vivir mi historia con Mikhail como cualquier chica de mi edad. Puede que no fuera perfecta, que fuera equivocada y retorcida, pero así éramos nosotros.

—¿Quién es él? —exigió saber mi padre, señalándome furiosamente con su dedo índice.

—Eso no importa —respondí, porque no pensaba darle esa información. No todavía.

—Importa. Voy a matarlo por tocar a mi hija. Y luego, te casarás con Leonid.

Negué con la cabeza.

Mi padre no estaba enfadado o preocupado porque el hombre con el que estaba viéndome no fuera bueno para mí o tuviera malas intenciones, a él lo único que le interesaba era que sus negocios no se vieran manchados por mi romance. Él tan solo quería que siguiera manteniendo mi compromiso con Leonid porque creía que le beneficiaba.

Mis sentimientos no le importaban. Nunca lo habían hecho.

—Si intentas obligarme, haré público que no soy virgen. Haré saber a todos que me he enamorado de otro. ¿Crees que tus hombres te respetarán al saber que no puedes controlar a tu hija?

Vi cómo mi padre apretaba las manos en puños. Estaba ardiendo de ira. Y yo era quien lo estaba provocando. No tenía por qué hacer lo que estaba haciendo, ya que lo más sensato hubiera sido negar todas las acusaciones del hombre de mi padre y haber esperado a que Mikhail hablase con él, pero lo cierto era que me sentía mejor que nunca.

Por fin estaba poniendo a mis progenitores en su sitio.

Mi madre se acercó y me quitó el bolso. Al principio, no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que cogió mi móvil.

—Ve a tu habitación, Isabella. No volverás a ver a ese hombre y tampoco a tu prima Serena. No hasta después de la boda. Te ha metido esas ideas románticas tuyas en la cabeza. Pensé que eras más lista.

Mi padre estaba allí quieto, intentando controlarse.

Sin despedirme, me giré y me marché a mi habitación. Ellos no lo sabían, pero yo había ganado esa batalla y pronto ganaría la guerra. Aunque, en realidad, ya la había ganado en el momento en el que logré conquistar el corazón de Mikhail.

Habían pasado varias horas desde que mis padres me habían quitado el móvil. A lo largo del día mi madre me había visitado, con voz dulce y una sonrisa que trataba de ser comprensiva pero que no lo era, tratando de hacerme entrar en razón. Diez minutos más tarde, se había marchado disgustada y llevándose también mi portátil y mi *smartwatch*.

Se había asegurado de cortarme cualquier vía posible con la que pudiera comunicarme con el exterior, por lo que no tenía ninguna manera de poder hablar con Mikhail. Aunque tampoco tenía intención de hacerlo, ya que era demasiado arriesgado y no solucionaría nada. Tan solo me quedaba esperar. A pesar de que confiaba en él, no pude evitar que las dudas se apoderasen de mí.

¿Y si él se arrepentía y me dejaba tirada?

No, eso no pasaría. Mikhail podía ser muchas cosas, pero no era un mentiroso y no hacía

promesas en vano. Si él me había asegurado que lucharía por mí y me había pedido matrimonio, era porque se casaría conmigo. Estaba segura de ello.

Unos golpes en la puerta me hicieron levantarme de la cama. ¿Tal vez era mi padre, para decirme que Mikhail había hablado con él? ¿Y si era el propio Mikhail?

—Bel, soy Alessandro. ¿Puedo pasar?

No pude evitar exhalar un suspiro de abatimiento, aunque la visita de mi tío siempre me resultaba reconfortante.

—Claro.

El tío Ale llevaba una camisa blanca y unos pantalones de traje. Me saludó con una sonrisa suave, esa que siempre tenía reservada para mí, aunque parecía más cansado de costumbre, como si algo le estuviera pesando. Me fijé en que llevaba la camisa arremangada, con varias arrugas en la tela, lo que me sorprendió, ya que el tío Ale siempre lucía impecable.

Se acercó a mí y me dio dos besos.

—¿Cómo estás? —me preguntó, con una mezcla de calidez y cautela en su voz.

—¿Te ha llamado mi padre? Te ha pedido que vengas para sacarme el nombre de hombre del que estoy enamorada, ¿verdad? —Por supuesto que el tío Ale siempre sería el plan B de mi padre. Él sabía que era mi debilidad.

Mi tío soltó una carcajada.

—Siempre tan directa y perceptiva. Por eso siempre has sido mi favorita, Bel. —Pasó una mano por mi cabeza de manera cariñosa, un gesto que tan solo le permitía a él—. Como siempre, tus percepciones son las acertadas.

A pesar de que me lo esperaba, no pude evitar sentir una pequeña punzada de decepción. Mi tío, aunque siempre había seguido las instrucciones de mi padre por ser su superior, en lo que a mí respectaba solía ser mi mayor aliado. Esta vez, sin embargo, parecía que había decidido ponerse de su lado.

—No tengo nada que decirte.

—Isabella, no estoy aquí porque tu padre me lo haya pedido. Estoy aquí por Mikhail.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Cómo sabes...? —no pude terminar la frase. Si él estaba allí y no mi padre, eso solo podía significar que este aún no sabía nada—. Todo va a ir bien, tío. Mikhail lo va a solucionar, él va a...

—Isabella —dijo mi nombre, interrumpiéndome—. Él... —Hizo una pausa, como si las palabras le quemaran en la lengua—. No sé cómo decirte esto.

—Solo dilo —espeté. Sabía que lo que iba a escuchar sería duro, pero necesitaba saberlo.

—Las cosas no han salido bien. Sus hombres se han rebelado en su contra. Está grave. Él quiere verte... antes de morir.

Ni siquiera me pregunté cómo mi tío tenía esa información. En ese momento, mi mundo se detuvo. Había sido una ilusa pensando que todo iría bien. Por supuesto que no lo haría. Me había dejado llevar por una fantasía, una a la que le había arrastrado a él, y ahora iba a morir.

—Vamos —dije mientras corría hacia la puerta.

No me molesté en preguntarle a Alessandro qué excusa le había puesto a mi padre para que me dejase salir, porque me daba igual. Como tampoco me importaba ninguna otra cosa que no fuese ir junto a Mikhail.

Necesitaba estar con él, despedirme. Aunque, en el fondo, no podía evitar que una chispa de esperanza me recorriera. Tal vez, solo tal vez, aún podía salvarse.

Rechacé esos pensamientos de inmediato. No podía permitirme seguir alimentando

fantasías. No cuando por culpa de ellas él estaba en esta situación. No cuando, por mi culpa, Mikhail iba a perder la vida.

El coche se detuvo frente a un almacén en el puerto. El edificio, grande y decadente, tenía las paredes de chapa corroída por la sal y la humedad, y ventanas rotas que dejaban pasar la tenue luz del amanecer. Los muelles estaban desiertos, salvo por un par de figuras borrosas a lo lejos que parecían guardias.

Fruncí el ceño.

—Pensé que vendríamos a un hospital.

—Él no puede estar en un hospital, Bel. Pero te aseguro que está siendo atendido por buenos médicos.

—En un hospital podrían salvarle la vida. Lo sé.

—Vamos, él te espera.

Me bajé del coche, sintiendo el aire salado llenar mis pulmones mientras avanzábamos hacia la entrada del almacén. El lugar olía a moho y a combustible viejo, y la tenue luz de los fluorescentes rotos parpadeaba como si también estuvieran al borde del colapso.

Dentro, el almacén era un laberinto de cajas apiladas y maquinaria oxidada. El ruido de nuestras pisadas resonaba, aumentando la sensación de vacío. Había un silencio extraño, casi expectante, roto solo por el eco de nuestros pasos.

Mi tío caminaba unos pasos delante de mí. Me llevó hacia una pequeña habitación al fondo, donde una puerta metálica entreabierta dejaba entrever luz en el interior.

—¿Está ahí? —pregunté, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Sí, Isabella. Él está esperando por ti. —Su voz era pausada, pero había algo en su tono que no terminaba de convencerme.

Empujé la puerta con decisión y entré, esperando ver a Mikhail. Pero, en lugar de eso, me encontré con una escena completamente diferente. La habitación era pequeña, con paredes grises y una mesa en el centro iluminada por una sola lámpara colgante y, en medio, una silla.

No había nadie allí.

—Siéntate en la silla —me dijo mi tío, cerrando la puerta tras él.

—¿Dónde está Mikhail?

En vez de responder, mi tío sacó su móvil del bolsillo.

Tras un par de tonos, escuché una voz que respondía al otro lado de la línea. Una voz cargada de tensión, una voz que reconocí a pesar de que no podía entender lo que decía.

—Veo que Callum O'Donell ya ha hablado contigo —dijo mi tío en un tono de voz más serio de lo que le había escuchado nunca. —Mikhail respondió algo, pero no pude comprender ni una sola palabra—. No, Mikhail, no me matarás. No lo harás si quieres que Isabella salga de esta sana y salva. —Antes de que yo pudiese reaccionar a lo que acababa de escuchar, en un rápido movimiento, mi tío sacó una pistola y me apuntó con ella en la sien—. Lo siento, Bel.

Capítulo 32

Mikhail

Había citado a Leonid en mi despacho en la discoteca esa misma noche. Era martes, por lo que estaba cerrada al público. A pesar de que había varios de mis hombres encargándose de nuestros negocios, me había asegurado de que estuviesen lo suficientemente lejos de mi despacho para no poder escuchar nuestra conversación.

Quería que fuese algo privado. Algo entre Leonid y yo.

—Pasa —dije cuando escuché el sonido de unos nudillos golpear la puerta. Al parecer, Leonid había aprendido un poco de respeto en estos meses que llevábamos trabajando juntos. Comprobé la hora en el reloj de madera maciza de pared de péndulo que se encontraba frente a mí mientras él entraba en mi despacho. Las once en punto. Había llegado exactamente a la hora en la que lo había citado.

—Mikhail —me saludó mientras cerraba la puerta detrás de él—. ¿Has averiguado algo nuevo sobre el asesino de Yaroslav?

A pesar de que Leonid ni siquiera había tratado de sonsacarme información a través del escueto mensaje que le había enviado esa misma mañana diciéndole que quería reunirme con él, sabía que estaba ansioso, pero él era lo suficientemente inteligente como para saber que no conseguiría que le contara nada si no lo había hecho ya. A cada día que pasaba y no descubríamos nada, su nerviosismo aumentaba.

—No, no es sobre eso sobre lo que quiero hablarte.

Su rostro cayó al escuchar mi respuesta, pero él asintió y se sentó en una de las dos sillas que se encontraban frente a mi escritorio.

—Claro, dime —dijo mecánicamente, utilizando el mismo tono de voz apático que empleaba cada vez que hablábamos de negocios.

Inspiré profundamente. No tenía ni puta idea de qué iba a decirle, no había elaborado un guion en mi cabeza de cómo decirle que iba a casarme con su prometida. Porque pese a que quizá eso hubiera sido lo más inteligente, no iba conmigo.

—Quiero hablarte sobre Isabella Carbone —espeté, yendo directo al grano. Evité dirigirme a ella como su prometida, porque ya no lo era—. Ella y yo estamos juntos.

—Ya lo sé —respondió, encogiéndose de hombros, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones.

Aquella no era la respuesta que me esperaba. Ni siquiera parecía un poco molesto.

—¿Cómo que lo sabes?

—No habéis sido precisamente discretos al respecto. Me sorprende que nadie se haya dado cuenta. —Leonid hizo una mueca—. Sospeché que había algo raro desde la primera vez que os vi juntos. Y cuando ella apareció en la discoteca, lo confirmé. Sé cómo se miran dos personas que se desean. Así que, cuando tú y yo terminamos de hablar, seguí a Isabella. Ella no tardó demasiado en separarse de sus amigas y dirigirse a nuestros baños privados. —Leonid sacó su teléfono, lo desbloqueó y me mostró una foto. Era de Isabella, de la misma noche sobre la que estaba hablando, entrando en el baño—. Me pareció extraño, así que me escondí en el cuarto de limpieza que hay en el lateral de ese pasillo y esperé. Ni cinco minutos más tarde apareciste tú. —Me enseñó otra foto mía entrando al baño—. Y media hora más tarde, salisteis los dos con

diez minutos de diferencia cada uno. —Me mostró una imagen de cada uno.

¿Por qué si Leonid nos había estado espiando no me había dicho nada hasta ese momento? Joder, eso pintaba mal.

—¿Qué cojones quieres, Leonid? —pregunté directamente, porque era evidente que estaba buscando algo.

Pero a Leonid le gustaba andarse por las ramas.

—Pensé que era un rollo, de esos que son tan habituales en nuestros círculos. Pero cuando te envié el mensaje en el parque y apareciste, por la manera en la que la miraste a ella y me miraste a mí, supe que iba en serio. Me di cuenta de que estabas enamorado de ella. No sé qué has visto en una niña caprichosa y mimada.

No lo soporté más, y en un rápido movimiento, me levanté de la silla en la que estaba sentado y me abalancé sobre Leonid. Agarré su cuello con mi mano y lo empujé hacia atrás, tirándolo al suelo con silla incluida. Por el impacto de su espalda contra la silla y la leve mueca que se formó en su rostro supe que le había hecho daño, pero él ni siquiera emitió un quejido.

—Cuidado en cómo hablas de ella —le advertí con los dientes apretados—. No pienso permitirte que le faltes el respeto.

—No pretendo faltarle el respeto, Mikhail. No tengo nada en contra de Isabella.

—Podría matarte... —gruñí, apretando su cuello con más fuerza—. Lo tendría tan fácil... Joder, ni siquiera te soporto. No sabes todas las veces que he deseado hacerlo.

—Pero no vas a hacerlo, porque también tengo un vídeo de Isabella y de ti el día de la fiesta de máscaras en la que la llevas al coche. —Las palabras de Leonid salían temblorosas por la falta de aire, pero las comprendí a la perfección—. Y no hace falta que te diga que, esas imágenes que te he enseñado tan solo son una de las múltiples copias que tengo. En el caso de que muera, se enviarán automáticamente a mi padre y todos nuestros hombres, junto a una carta mía, diciendo que temo que me mates para quedarte con mi prometida. Nadie lo dudará, Mikhail. Y ambos sabemos que hay muchos hombres esperando el momento perfecto para poder sustituirte. Eres el eslabón fácil.

Maldita fuera. Él tenía razón.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté—. ¿Quieres el poder? Quieres derribarme y convertirte en el nuevo Pakhan, ¿no?—A pesar de que las traiciones para obtener el poder eran muy comunes en nuestro mundo, nunca creí que ese fuera el objetivo de Leonid. Pero, después de todo lo que había descubierto sobre Yaroslav, ¿de qué me sorprendía?—. No te servirán esas estrategias baratas. Deberás matarme en una pelea justa. —No pensaba ponérselo fácil.

—¿Pakhan? —repitió, abriendo muchos los ojos—. No, por favor. —Él parecía espantado, como si ser el Pakhan fuera una maldición y no un privilegio—. Ese es tu puesto, no el mío. Quiero desertar.

Lo solté y retrocedí un paso.

—¿Desertar?

Él no podía estar hablando en serio.

—La Bratva no está hecha para mí, Mikhail —dijo mientras se levantaba del suelo y trataba de recuperar el aliento—. No soy como vosotros. No me gusta la violencia, ni soy un asesino.

No estaba de acuerdo con él, pero no era el momento de rebatírselo.

—Sabes lo que les pasa a los que desertan, Leonid. Tú mismo me lo dijiste con Orel.

—Conozco las normas, Mikhail. Por eso yo he decidido montármelo mejor. Quiero que lleguemos a un trato. Tú nunca me has querido como tu segundo y yo no quiero estar aquí. Cásate con Isabella y tened hijos. Yo me marcharé y tú dirás que no he podido soportar la

presión de ser tu segundo, por eso he decidido quitarme la vida. Será una muerte en la bañera. Nadie dudará de tu palabra y nadie confía lo suficientemente en mí como para dudar de esa historia. Aunque si eso pasara, que no lo creo, tengo un falso certificado de defunción que confirmará mi muerte. —Leonid hizo una pequeña pausa, como si quisiera cerciorarse de que estaba asimilando toda la información que me estaba dando—. Me darás 500.000 euros para empezar de cero. Eso más el dinero que llevo años destinando a una cuenta extranjera me servirá para ir apañándomelas.

¿Certificado de defunción? ¿Cuenta extranjera?

Tenía la sensación de que Leonid llevaba mucho tiempo planeando su propia muerte. Desde que Leonid se convirtió en mi segundo me di cuenta de que había algo extraño con él. Siempre parecía apático, como si los negocios o la Bratva no le interesara, pero todo era mucho más profundo.

—¿Estás pirado? No pienso hacer eso.

—Si no lo haces, no aceptaré tu relación con Isabella. Te acusaré de traición. Sabes que con las pruebas que tengo tus hombres me apoyarán a mí. —Mierda. Él no se equivocaba. Y él se dio cuenta por mi silencio—. Vamos, me quitas de en medio. Los dos salimos ganando.

—¿Y tu padre? ¿No te importa que él crea que pierde a otro hijo?

—El descansará. Mi padre hubiera deseado que nunca hubiera nacido. Él quería que mi madre abortara, que nunca se hubiera sometido a ese parto de riesgo. Si no lo hubiera hecho, ella seguiría viva.

—Te crees que eres diferente a mí, pero eres exactamente igual que yo, Leonid.

—No somos iguales, Mikhail. No pertenezco a la Bratva, nunca pedí nacer en este mundo y no sirvo para ser parte de él. Quiero tener un trabajo normal de oficina, de ocho a cinco y, en el futuro, formar una familia. Ser alguien es normal, es todo lo que quiero, es todo lo que soy.

—Tienes razón, Leonid. No somos iguales, hay una gran diferencia entre nosotros: yo acepto mi naturaleza, abrazo mi oscuridad, y tú huyes de ella.

—No hay ninguna oscuridad en mí, Mikhail.

Me reí, porque ni siquiera él parecía convencido de lo que estaba diciendo.

—¿Eso te dices a ti mismo para dormir a las noches?

—Es la Bratva la que saca eso de mí. Es este mundo.

—No, Leonid, eres tú. No hay nada de malo en ser un monstruo. Pero por mucho que huyas, da igual lo lejos que vayas, la oscuridad en ti te consumirá. No puedes aplacarla, Leonid. No servirá de nada.

—Me iré lejos, empezaré de cero. Por fin tendré la vida que siempre quise, que siempre me merecí —dijo, y atisbé en sus palabras esa desesperación cruda que él quería disimular pero que estaba ahí. Porque Leonid se estaba autoconvenciendo de algo que no era real y que nunca lo sería—. Entonces, ¿aceptas?

—¿Sabes de la de hombres que venderían su alma con tal de tener el puesto que tú tienes? —espeté, cabreado. Joder, ser mi segundo era un puto privilegio. Pertenecer a la Bratva era un privilegio—. No eres consciente de toda la mierda que he tenido que pasar para ser el Pakhan, Leonid. Todo lo que he tenido que luchar para conseguir que no me quiten lo que me pertenece por nacimiento. ¿Y sabes qué? Si volviera a nacer, elegiría una y otra vez pasar por todo eso con tal de volver a pertenecer a la Bratva. —Porque la Bratva era mi familia, lo era todo para mí. Y no entendía cómo él estaba siendo tan obtuso como para no verlo y sentirlo de la misma manera en la que yo lo hacía—. Ser de la Bratva es un orgullo. —Giré mi muñeca para mostrarle mi tatuaje en mi antebrazo, el mismo que él tenía.

Pude ver que mis palabras estaban llegando a Leonid, lo hice por el pequeño destello de orgullo que bailó en sus ojos mientras me escuchaba, pero también me di cuenta de que no conseguiría hacerlo cambiar de opinión por la expresión decidida en su rostro.

—¿Aceptas o no? —se limitó a preguntar.

—Acepto —respondí.

Porque aunque quisiera, aunque odiase que me chantajeara y quisiera matarlo solo por eso, no tenía otra opción. Leonid me tenía entre la espada y la pared. Quería a Isabella y quería casarme con ella, no me quedaba más remedio que pasar por el aro.

Mi teléfono, que descansaba sobre la mesa de mi escritorio, comenzó a sonar, interrumpiendo nuestra conversación. Me giré para ver el nombre de Callum. Sabiendo que podía ser algo importante, cogí el móvil y lo descolgué.

—¿Has descubierto algo?

—He encontrado al que borró las imágenes de la sala privada —respondió Callum al otro lado de la línea—. Fue uno de mis trabajadores, que dimitió poco después de la visita de Yaroslav. Él estaba en las Bahamas, pero llevaba consigo una copia de las imágenes como seguro de vida.

—¿Seguro de vida?

—El hombre que lo contrató para borrarlas es el mismo que aparece en las imágenes junto a Yaroslav. Mi extrabajador es listo y guardó una copia para asegurarse de que no lo quitaría de en medio una vez hiciese el trabajo.

—¿Quién aparece en esas imágenes?

—La pena es que no hay audio. Tengo micros por la sala, pero estaban apagados.

—Me importa una mierda, Callum —dije, intentando controlar los nervios pero fallando—. Quiero el nombre.

A pesar de que no podía verlo, estaba completamente seguro de que Callum O'Donnell estaba sonriendo en esos momentos.

—Lo puedes ver por ti mismo. Acabo de enviarte el vídeo.

Sin tan siquiera molestarme en despedirme, corté la llamada. Leonid estaba a mi lado, no sabía cuanto de la conversación había entendido, pero parecía que bastante porque su cara era el reflejo de la furia. Y en un hombre como él que luchaba por contener sus emociones a raya era mucho.

Abrí la conversación con Callum y vi el último mensaje que me había enviado hacía menos de un minuto. Efectivamente, era un vídeo. Reproduje el vídeo que acababa de enviarme y vi cómo Leonid, que se encontraba a mi lado, estiraba la cabeza para ver mejor.

Tal y como Callum me había confirmado, era el vídeo de la noche que Yaroslav viajó a Dublín. Él estaba sentado en uno de los sofás de la sala privada, sosteniendo un vaso de lo que estaba seguro que era vodka en su mano derecha. A su lado, había un hombre que no reconocí hasta que no giró levemente la cabeza hacia el extremo en el que se encontraba la cámara de seguridad y pude ver su rostro con claridad.

No me lo podía creer.

—¡Qué diablos! —masculló Leonid a mi lado—. Tenemos que ir a por él, Mikhail. Ha matado a mi hermano, estoy seguro. Ha sido él.

No le respondí, porque mi móvil sonó de nuevo. Esta vez, no era Callum.

No teníamos que ir a por él, ya que él mismo estaba viniendo a nosotros por medio de una llamada.

Y mi experiencia me decía que aquello no era algo bueno.

Capítulo 33

Mikhail

Nunca sospeché de Alessandro Roveda.

Aunque nunca confié en él, no era algo personal, ya que no confiaba en nadie, pero nunca pensé que uno de los italianos estuviese detrás de su muerte. No cuando les beneficiaba que estuviese vivo.

Tenía que haber sido más perspicaz.

No sabía cuáles fueron sus motivos para asesinar a Yaroslav, pero lo descubriría.

Alessandro quería dinero para poder escapar, huir lejos. A cambio, dejaría a Isabella con vida. No iba a permitirlo. Él había asesinado a Yaroslav y se merecía una muerte lenta y sin compasión. Pero tampoco iba a poner en riesgo la vida de Isabella.

Ella era demasiado importante para eso. ¿Pero lo era más que Yaroslav? ¿Más que mi mejor amigo? ¿El hombre que había estado siempre a mi lado?

No tenía una respuesta para ello, lo que sí sabía era que él estaba muerto y, aunque vengaría su muerte, Isabella ahora lo era todo para mí.

Había oscurecido y el puerto estaba en penumbras. Llegué al almacén donde Alessandro me había citado. Era más que evidente su desesperación. Él estaba atrapado, sabía que no tenía escapatoria. No solo por lo sucedido con Yaroslav, sino porque Callum había descubierto que Alessandro estaba traicionando a su familia e intentando derrocar al padre de Isabella.

Toda esta información no tardaría en llegar a oídos de Edoardo Carbone, si es que no lo sabía ya. Alessandro lo sabía, y probablemente por eso estaba actuando a la desesperada.

Entré en el almacén. Aunque la estancia estaba abarrotada de chatarra, herramientas oxidadas y cajas abandonadas, reinaba un silencio inquietante. No había rastro de personas, ni siquiera el eco de pasos lejanos que pudiera delatar a alguien escondido.

Sujeté mi pistola con firmeza, ya desenfundada, sintiendo el peso frío del metal en mi mano. El corazón me latía con fuerza, pero mi respiración se mantenía controlada. No podía permitirme ningún error.

Una luz tenue al fondo del almacén llamó mi atención. La luz parpadeaba ligeramente, como si proviniera de una lámpara defectuosa o una bombilla al borde de apagarse. Avancé despacio, mis sentidos en alerta máxima. Gracias a mi abuelo había aprendido desde mi más tierna edad a saber actuar con templanza en situaciones como esa.

La puerta, apenas abierta, parecía una invitación y una trampa al mismo tiempo. Me detuve frente a ella, ajusté el agarre de mi arma y respiré hondo. Fuera lo que fuera lo que me esperaba al otro lado, no tenía intención de retroceder. No cuando Isabella estaba en peligro.

Empujé la puerta con un movimiento firme, pero silencioso, y entré. Aunque creía estar preparado para cualquier cosa, la escena que me encontré provocó que mi corazón diera un vuelco.

En el centro de la habitación, Isabella estaba atada de pies y manos, inmovilizada en una silla vieja de madera. Su cabello caía desordenado sobre su rostro y su boca estaba cubierta con lo que parecía ser una mordaza improvisada, un trozo de tela apretado que apagaba sus intentos de gritar.

Sus ojos se clavaron en los míos, pero lo que vi en ellos no fue el miedo y la desesperación

que sin ninguna duda sentía. No había pánico, ni la fragilidad que esperarías de alguien en su situación. En lugar de eso, Isabella me miraba con una firmeza que me sorprendió. Era como si quisiera asegurarme, con esa mirada silenciosa, que confiaba en mí, que creía que todo saldría bien y que la salvaría.

Aunque no sabía de qué me sorprendía, mi *zayka* era fuerte y valiente.

Incluso ahora, en una situación que habría quebrado a cualquiera, ella se mantenía firme. Su mirada me decía que no estaba dispuesta a rendirse, que no iba a dejar que el miedo la venciera y que confiaba plenamente en que yo encontraría una salida. Esa fuerza suya me recordó que ella no era una víctima, sino alguien que lucharía hasta el final, incluso sin poder moverse o hablar. Porque Isabella nunca se rendía.

A su lado, Alessandro permanecía de pie, con el cañón de su pistola apuntándole directamente a la cabeza. Su expresión era una mezcla de nerviosismo y determinación. La desesperación en su rostro no hacía más que confirmar lo que ya sabía: estaba acorralado, y eso lo hacía aún más peligroso.

—No des un paso más —me advirtió Alessandro, su voz temblando ligeramente, pero con suficiente firmeza para dejar claro que no era una amenaza vacía.

Levanté las manos, manteniendo la pistola en una posición visible, pero sin apuntar directamente.

—He traído el dinero —dije, levantando ligeramente el maletín en mi otra mano, manteniendo mi tono de voz calmado pero firme, como si todo estuviera bajo control.

—Déjalo en el suelo y dale una patada hacia mí —me ordenó Alessandro.

Lo hice sin apartar la mirada de él, estudiándolo cuidadosamente, mientras también escudriñaba con disimulo la estancia. No parecía haber nadie más allí. Eso, al menos, era algo bueno. Podría enfrentarme a un ejército entero y salir victorioso si era necesario, pero cuanto menos riesgos corriera Isabella, mejor.

Alessandro cogió el maletín sin soltar el arma que apuntaba a Isabella. Lo abrió rápidamente, como si esperara encontrar una trampa.

—Llévate el dinero y suelta a Isabella —pedí con la voz apenas controlada.

Alessandro soltó una risa seca y amarga, que resonó en la sala. Dejó el maletín en el suelo.

—Lo haré, pero, primero, haz lo mismo con la pistola... y desnúdate.

Su petición no me tomó por sorpresa. Por supuesto que sabía que llevaba más armas que esa pistola escondidas entre la ropa. Era un hombre desesperado, pero no estúpido.

Sin vacilar, dejé caer la pistola al suelo y la empujé con el pie hacia él, siguiendo sus instrucciones. Después, me quité la chaqueta y la camiseta con rapidez, manteniendo mis movimientos fluidos y calculados, sin darle ningún motivo para apretar el gatillo. Luego el cinturón, los pantalones... hasta quedarme solo en calzoncillos. El frío del almacén se coló por mi piel, pero apenas lo noté. Mis ojos estaban clavados en Isabella y en Alessandro, buscando cualquier signo de oportunidad.

—¿Contento? —pregunté con voz neutral, mientras alzaba las manos ligeramente en señal de que no tenía nada más.

Alessandro sonrió, una sonrisa torcida que delataba tanto su victoria momentánea como su creciente paranoia.

—Eres más listo de lo que pareces, Mikhail —murmuró—, pero no te confíes. Sé perfectamente que tu mente ya está trabajando en cómo salir de esta. Te advierto, un solo movimiento en falso, y ella... —Acercó el cañón de la pistola a la sien de Isabella, que cerró los ojos un instante, pero luego volvió a abrirlos, mirándome con esa firmeza que me hacía no perder

el control.

—Tío —la voz de Isabella interrumpió lo que Alessandro estaba por decir. Ambos la miramos, sorprendidos. De alguna manera, había conseguido aflojar la mordaza lo suficiente para poder hablar—, ¿por qué me estás haciendo esto?

Alessandro la observó por un instante, y en sus ojos casi percibí una chispa de cariño. Hasta lo que había averiguado al investigar a los Carbone, sabía que Alessandro y Edoardo mantenían una relación muy estrecha. Por algo Alessandro había logrado que Edoardo lo nombrase como su segundo cuando era hijo de un soldado de bajo rango de la familia. Y esa relación se había transmitido a los hijos de Edoardo, con los que Alessandro tenía una relación muy estrecha. De hecho, era el padrino de Ivo, el hermano de Isabella.

—No es personal, Bel. Siento que tengas que pasar por esto. El plan era que hubieras acudido a la casa de Rosaura junto a Mikhail. Pero ella no hizo las cosas bien, no te mandó el mensaje adecuado. Putas... no sirven para nada más que follar. El plan era sencillo: mataros a los dos y culpar a Mikhail. Tú quedarías como una mujer íntegra, a la que él intentó conquistar y, al no lograrlo, asesinó. Y yo sería el héroe: el hombre que llegó tarde para salvarte, pero que mató a Mikhail.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Isabella con una vulnerabilidad que casi me hizo perder el poco control que me quedaba.

Alessandro exhaló un suspiro.

—Poder y dinero, ¿qué otra cosa iba a ser.? Tu padre le declararía la guerra a la Bratva. Al morir Mikhail, tu prometido Leonid se convertiría en el nuevo Pakhan. Él es débil, caería con facilidad.

—Mi padre... ¿Él?... —Isabella intentó hablar, pero su voz tembló y no terminó la frase.

—No —la interrumpió Alessandro con frialdad—, tu padre no tiene tanta iniciativa. Por eso nuestra familia no es lo poderosa que debería ser. Pero las guerras son crueles, Isabella. Tu padre moriría en una emboscada, y yo tomaría el control de la familia mientras tu hermano crece. Desgraciadamente, él tampoco llegaría a la edad adulta. No antes de que yo tuviera la confianza total de nuestros hombres.

—Pero ahora nada de eso sucederá —dije, forzando una sonrisa desafiante para atraer nuevamente su atención. Podía ver cómo Isabella seguía luchando por desatarse. Tenía que ganar más tiempo.

—No, por tu culpa, Callum O, Donell ha indagado donde no debería haberlo hecho. Pero tengo un seguro de vida —dijo, mirando a Isabella—. Me la llevaré conmigo. Hubiera sido mejor hacerlo directamente sin este numerito, pero no tenía el dinero suficiente. He tenido demasiados gastos.

—¿Como pagar al hombre que mató a Yaroslav?

En su rostro apareció la sorpresa.

—Yo no lo maté —dijo Alessandro—. ¿Por qué lo haría? Él era mi hijo y estaba dispuesto a derrocarte. Él iba a deshacerse de ti y quedarse con el poder. Después, ambos nos desharíamos de Edoardo e Ivo. Padre e hijo dominaríamos Dublín.

Solté una carcajada.

—Yaroslav jamás haría eso.

Sacó el móvil de su bolsillo con la mano libre y lo desbloqueó para reproducir un vídeo. Un instante más tarde, la voz de Yaroslav resonó en la estancia. Aunque estaba un poco lejos, podía ver a mi amigo junto a Alessandro en lo que parecía ser un aparcamiento.

«Mikhail no sabe nada. Él confía en mí y esa será su ruina. Él es temperamental y ni

quiera se lo pensará, caerá en nuestra trampa. Después de lo que hizo su padre, ninguno de nuestros hombres dudará que es un traidor. Al fin y al cabo, está en su genética, ¿no? Me agradecerán que me deshaga de él».

¿Trampa? ¿Genética?

No podía creer que Yaroslav estuviera hablando de mí de esa manera tan fría, con ese desprecio, como si no fuera su mejor amigo. Pero las palabras eran inconfundibles, de la misma manera que lo era su voz. Ese era él.

¿Estaba Yaroslav tratando de derrocarlo? Por eso no me contó de su visita a Dublín, porque quería mantenerlo en secreto para que no descubriera su plan.

No podía creer que Yaroslav fuera capaz de traicionarme, pero no podía negar lo que mis ojos estaban viendo.

—Tengo muchos más videos como este —dijo Alessandro con una sonrisa cruel cuando el vídeo se detuvo—. No creo que a tus hombres les guste saber que Yaroslav te tenía completamente engañado, que eres tan débil que ni siquiera lo descubriste.

En realidad, eso era lo que menos me importaba.

—¿Por eso pusiste pruebas para culpar a Orel? ¿Porque él lo descubrió todo?

Alessandro entornó los ojos.

—¿Orel?

—Sabes perfectamente quién era. Tú sabías que él mandó matar al hombre que le aportó a Yaroslav las pruebas de que Georgy no era su padre e imagino que fue quien le llevó hasta ti.

—No sé de qué me hablas —dijo—. Fue Yaroslav quien vino a mí hace unos meses. Él había descubierto que era su padre, nunca me dijo cómo lo supo. Él también había descubierto que yo estaba intentando derrocar a Edoardo para quedarme con el puesto de Don. Y fue él quien me propuso unir fuerzas.

—Mientes. Eres un mentiroso de mierda.

Alessandro se encogió de hombros.

—Ya hemos hablado bastante. Es hora de que Bel y yo nos marchemos.

—Es una locura tío —le dijo Isabella, como si intentara hacerlo entrar en razón, pero ambos sabíamos que eso no sería posible—. ¿Adónde vamos a ir?

—Lejos. Te dejaré regresar cuando esté a salvo.

Él estaba mintiendo. La usaría mientras la necesitase, y después, la mataría. No iba a dejar cabos sueltos. Probablemente, su idea era matarme a mí también antes de irse.

Como si yo fuese a ponérselo tan fácil.

Alessandro se inclinó hacia Isabella, dispuesto a levantarla a la fuerza, pero un ruido al otro lado de la puerta rompió el silencio. Alessandro se tensó al instante y giró la cabeza hacia mí con sospecha.

—¿Has venido con alguien? —preguntó, sus ojos entrecerrados con furia contenida.

Aprovechando su distracción, Isabella, que había estado luchando en silencio con las cuerdas, finalmente logró liberarse. Sus manos quedaron libres y, sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre Alessandro. En un movimiento desesperado, empujó el arma que este tenía en la mano, consiguiendo que lo soltase y cayera al suelo con un golpe seco.

—¡Mikhail! —gritó ella mientras forcejeaba con Alessandro.

En ese preciso momento, la puerta se abrió de golpe. Leonid irrumpió en la habitación, su mirada feroz y su pistola lista. Sin dudar, apuntó a Alessandro.

—¡Apártate de ella! —rugió.

El forcejeo entre Alessandro e Isabella se intensificó. En un intento por recuperar el control,

Alessandro consiguió empujar a Isabella al suelo, pero, en ese movimiento, perdió la oportunidad de alcanzar su arma.

Momento que yo aproveché para coger la pistola que descansaba en el suelo y, sin dudarlo, apreté el gatillo, disparando a Alessandro en el pecho. Él se detuvo en seco y sus ojos se abrieron por el impacto, mientras su cuerpo se tambaleaba hacia atrás. Finalmente, cayó al suelo, llevándose una mano al pecho, donde un círculo oscuro comenzaba a expandirse rápidamente a través de la tela de su camisa blanca.

Por un momento, el silencio fue absoluto, roto únicamente por la respiración agitada de Isabella. Corrí hacia ella y la ayudé a incorporarse, rodeando su cintura con mi brazo derecho a la vez que colocaba el suyo alrededor de mis hombros.

—¿Estás bien? —le pregunté con preocupación.

Ella se esforzó por darme una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Sí, no soy tan fácil de derribar, Mikhail —respondió, repitiendo las mismas palabras con las que yo le había contestado a ella esa misma mañana.

—Eso ya lo sé, *zayka*. Si hay alguien invencible en este mundo, esa eres tú. —Me incliné hacia ella para posar mis labios sobre los suyos.

—He intentado entrar por el respiradero como me dijiste, pero era imposible.

La voz de Leonid hizo que me separara de Isabella. Por un instante, me había olvidado por completo de que él estaba allí. Joder, cuando estaba junto a ella me olvidaba de todo lo que pasaba a mi alrededor.

Cuando me aseguré de que Isabella podía estabilizarse por sí sola, la solté y me acerqué al cadáver de Alessandro. Leonid se encontraba de cuclillas al lado de él, mirando un punto fijo en el suelo. Me agaché para comprobar el pulso de Alessandro.

—Está muerto —dije. Aunque ese cabronazo había obtenido una muerte más rápida de lo que me hubiera gustado por haber intentado asesinar a Isabella.

Escuché una exhalación de alivio que provenía de Isabella, pero Leonid apenas se inmutó. Sus ojos seguían fijos en el suelo, y no fue hasta que no escuché la voz inconfundible de Yaroslav, que no me di cuenta de que estaba reproduciendo el vídeo que Alessandro me había mostrado. Al parecer, Alessandro no había llegado a bloquear el móvil.

—Miente, Mikhail. —Leonid alzó la mirada de la pantalla para centrar su atención en mí—. Yaroslav jamás intentaría hacerte algo así.

—No podemos seguir negando la realidad, Leonid.

Joder, él acababa de reproducir un vídeo en el que el propio Yaroslav estaba afirmándolo.

—Tiene que haber una explicación —insistió—. Si Alessandro no mató a Yaroslav, entonces alguien más lo hizo. Tenemos que averiguar que...

—Leonid —le interrumpí—, no pienso seguir perdiendo el tiempo. Puede que a ti no te importe, pero tengo una organización que dirigir, familias que me necesitan. Me debo a ellas. —Y también me debía a Isabella. Ladeé mi cabeza para mirarla durante un instante. Joder, estaba deseando que saliésemos de allí.

—¿Así que eso es todo? —preguntó Leonid con los labios apretados.

—Sigue adelante, Leonid.

—No.

Arqueé una ceja.

—¿No?

—Sí tú no quieres perder el tiempo, lo haré yo. Me quedará hasta limpiar el nombre de mi hermano. Lucharé porque se sepa la verdad.

Leonid fue a inclinarse para coger el teléfono de Alessandro que seguía en el suelo, pero yo me adelanté y lo sostuve antes de que él pudiera hacerlo.

—Si te quedas, lo haces para siempre. Si quieres malgastar tu tiempo en limpiar el nombre de tu hermano en vano, hazlo, pero en tu tiempo libre, cuando no te estés encargando de los negocios. A partir de ahora empezarás a comportarte como mi segundo. Renunciarás a Isabella, me apoyarás cuando le pida su mano a Edoardo Carbone y también lo harás cuando se lo cuente a tu padre. Georgy no se negará, no después de que se entere que Yaroslav me traicionó. A cambio, me guardaré la información de lo que hizo Yaroslav. Aunque ese desgraciado no se lo merezca, dejaré que todos sigan pensando que se suicidó.

—Él no...

Leonid no pudo terminar la frase, porque lo interrumpí.

—¿Aceptas o no? —pregunté, extendiendo mi mano, dejando el móvil en la palma.

Leonid ni siquiera se lo pensó.

—Acepto —respondió, cogiendo el móvil. No sabía si Alessandro decía la verdad o no cuando me aseguró que tenía más vídeos que demostraban que Yaroslav quería derrocarme, pero, honestamente, no me importaba. Leonid podría hacer lo que quisiese con el teléfono—. Me quedo. Lo hago por mi hermano.

—Lo que tú digas —murmuré, encogiéndome de hombros, porque sabía que había mucho más que limpiar el nombre de Yaroslav en la decisión de Leonid. Pero eso no era algo que yo fuese a decirle. Si quería seguir mintiéndose a sí mismo, allá él.

Me di la vuelta para observar a Isabella. A simple vista, podía parecer que tenía la mirada fija en nosotros y estaba escuchando nuestra conversación, pero yo la conocía mejor y sabía que sus ojos estaban en un punto fijo, evitando mirar el cadáver de Alessandro. Ella estaba en su mundo, tratando de no derrumbarse.

Tenía que sacarla de allí.

Recogí mi ropa con rapidez, que estaba desperdigada por el suelo, y me vestí. Después, me acerqué a Isabella y pasé mi brazo alrededor de sus hombros, acercándola a mí.

—Es hora de irnos, *zayka* —le dije, dándole un beso en el pelo mientras tiraba de ella hacia la puerta. Isabella no me respondió, pero me siguió—. Y tú —me dirigí a Leonid antes de salir del almacén—, si quieres quedarte empieza a comportarte como mi segundo y limpia este desastre.

Capítulo 34

Isabella

Mikhail me condujo hasta su coche. Apenas me senté en el asiento del copiloto, sentí como todo lo que acababa de suceder me golpeaba con la fuerza de un muro de piedra.

Mi mente iba a mil por hora, incapaz de asimilar los acontecimientos. Nunca, ni en un millón de años, habría imaginado que Alessandro, el hombre al que siempre consideré como un tío, que siempre fue un aliado para mí, intentaría secuestrarme... incluso matarme.

Alessandro hubiera terminado con mi vida por poder y dinero. No tenía nada en contra de mí, de hecho, estaba convencida de que, a su manera retorcida, su cariño era real. Pero el puesto de Don valía mucho más.

Escuché a Mikhail sentarse a mi lado, en el asiento del conductor. Por el rabillo del ojo noté su mirada preocupada, pero yo no pude hacer más que abrocharme el cinturón de seguridad. Mis ojos permanecían fijos en el parabrisas, perdidos en el vacío.

Mikhail no dijo nada. Simplemente encendió el motor, dejando que el silencio se apoderara del coche mientras recorríamos las desiertas carreteras bajo la oscuridad de la noche. Poco a poco, comencé a calmarme. Los pensamientos ya no gritaban en mi mente con tanta fuerza, aunque seguían ahí, pero no eran tan persistentes y puede recuperar la voz.

—Alessandro me dijo que tus hombres se habían rebelado contra ti y que estabas moribundo. Pensé que te perdería —le dije, rompiendo el silencio.

Ladeó la cabeza para mirarme.

—Estoy bien, Isabella.

—Yo... yo he sido una tonta. Él era el único de mi familia, aparte de mi hermano, en quien creía que podía confiar. Yo lo quería y él... —Me callé. Las lágrimas amenazaban con desbordarse, y estaba segura de que, si empezaba a llorar, sería incapaz de detenerme.

Mikhail no respondió de inmediato. Tomó una curva con calma y, unos metros más adelante, detuvo el coche en una cuneta. Apagó el motor, se quitó el cinturón de seguridad, y luego desabrochó el mío con cuidado. Sin decir una palabra, me tomó por la cintura y me acercó hacia él, envolviéndome en un abrazo.

Por primera vez en mi vida, me permití llorar en el hombro de alguien. Dejé que todo lo que sentía, el dolor, la traición y la impotencia, salieran de golpe. Las lágrimas fluyeron sin control, llevándose con ellas parte del peso que cargaba.

Mikhail pasó sus manos por mi espalda, mostrándome su apoyo, estando ahí para mí, pero sin decirme ni una sola palabra. No trató de consolarme con palabras vacías porque sabía que no había nada que pudiera decirme que cambiara el hecho de que mi tío había tratado de matarme.

Si alguna vez había albergado dudas sobre si él era el hombre perfecto para mí, todas se desvanecieron en ese momento.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté, separándome de él cuando finalmente logré calmarme un poco.

—Ahora voy a llevarte a casa. A estas alturas, tu padre ya sabrá de la traición de Alessandro. Le pedí a Callum O'Donnell que se lo comunicara. Y también le pediré tu mano.

—Pensaba que nunca pedías nada, que solo tomabas.

Él esbozó una de esas sonrisas suyas, seguras, pero llenas de una calidez que era solo para

mí.

—Haré una excepción por ti.

El aire en el coche pareció cambiar. Había una intensidad nueva, un entendimiento silencioso que nos envolvía a los dos. Por primera vez, el miedo y la incertidumbre del día comenzaron a disiparse, reemplazados por algo más sólido, más seguro.

—No voy a contarle a nadie lo que ha pasado en el almacén. Diré que estoy en shock y no me acuerdo. Guardaré el secreto de lo que Yaroslav hizo. —Había escuchado la conversación de Mikhail con Leonid a la perfección y estaba de acuerdo con el trato al que habían llegado.

—Sé que no lo harás. Eres una mujer leal.

—Leal a ti.

No dijo nada, pero me tomó de la nuca con una delicadeza que contrastaba con la fuerza que solía mostrar. Su boca buscó la mía, y en ese beso encontré algo más que pasión: encontré refugio, certeza, un lugar al que pertenecer.

No me había dado cuenta hasta ese instante, pero nunca había sentido que realmente perteneciese a la mafia. Había creído que sí, lo había aceptado, pero en mi fuero interno nunca lo había hecho. Ahora ya no era así. Ese mundo era el mío, porque así lo deseaba, no porque me lo impusiese nadie.

Por más retorcido que pareciera, sabía que estaba exactamente donde tenía que estar. Lo que había sufrido no era en vano, porque había servido para traerme hasta este momento, hasta Mikhail.

Cuando el beso terminó, me quedé un momento con los ojos cerrados, sintiendo su frente apoyada contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose.

—Te quiero, Isabella Carbone.

—Yo también te quiero, Mikhail.

No dijimos nada más porque no había nada más que decir. Cuando él volvió a conducir para llevarme a casa de mis padres, me recosté en el asiento, dándome cuenta de que lo que había sucedido en el almacén había pasado a segundo plano.

Porque nada importaba. Nada lo hacía mientras estuviese con él.

Y en ese momento supe con certeza que cualquier batalla que estuviese por venir la enfrentaríamos juntos y la ganaríamos. Porque juntos éramos invencibles.

Epílogo

Isabella

7 meses después...

Prácticamente desde que tenía uso de razón supe que me casaría. Siempre me tomé mi boda como una obligación, un trámite por el que debía pasar. Por eso nunca soñé con la boda de mis sueños.

Pero si lo hubiera hecho, sería la que estaba teniendo.

Observé el lago por la ventana. Estaba precioso en esa época del año. Mayo era el mes perfecto para una boda.

O, por lo menos, la celebración de una, porque lo cierto era que habíamos unido nuestras almas quince días después de que Alessandro me secuestrase. Había sido una pequeña ceremonia civil donde solo habían acudido mis padres, mi hermano, Leonid, y su padre. Una manera de que pudiésemos vivir juntos con el beneplácito de mi familia y a la vez demostrar que todos los implicados estaban felices con la unión.

Esa tarde tendríamos la boda católica y multitudinaria que llevaba meses preparando junto a mi madre. La boda que deseaba.

—Estás guapísima, Bella —me dijo mi prima mientras me miraba—. Te veo tan feliz... Me alegro mucho por ti.

Mi prima era una de mis tres damas de honor. Aunque era la única que realmente había escogido yo.

—Lo soy.

Y era la primera vez en toda mi vida que lo decía de verdad.

Aquellos últimos siete meses no habían sido fáciles para mí, no después de lo que Alessandro había intentado hacerme. Pero, a la vez, habían sido los más felices de mi vida. Porque Mikhail había estado a mi lado.

—Y eso es todo lo que me importa, Bella —respondió Serena, acercándose a mí para abrazarme con fuerza. Nunca había sido demasiado dada a las muestras de cariño, pero dejé que pasara sus brazos alrededor de mi espalda. Aunque tuve la sensación de que ella necesitaba ese abrazo más que yo.

Mi prima había aceptado mi romance con Mikhail. Sabía que no era santo de su devoción y tendía a ponerse nerviosa cuando estaba en el mismo espacio que él, pero me veía feliz y eso era lo único que le importaba.

—Te enviaré fotos de Barbados. —Mikhail y yo nos íbamos una semana de luna de miel. Podía parecer poco, pero para la posición en la que se encontraba, era todo una suerte que hubiera podido cogerse siete días libres. Y lo había hecho por mí—. Aunque espero que vengas a visitarme cuando regresemos a Dublín.

La boda se iba a celebrar en Bellagio, en el hotel en el que nos habíamos conocido. El sacerdote de mi parroquia se había trasladado hasta allí, ya que yo no quería casarme en una iglesia y mi madre estaba de acuerdo conmigo.

Últimamente ella y yo estábamos de acuerdo en casi todo. Nunca sería la clase de madre que era ella. No obligaría a mis hijas a casarse con un hombre que no amaban, pero, de alguna

manera, había entendido sus razones. Y tal vez su educación fue la que hizo que terminase buscando mi propio camino. El camino que me hizo feliz.

Serena se separó de mí y se mordió el labio inferior.

—¿No lo sabes? —preguntó.

—¿Qué no sé? —respondí de regreso.

Ella me miró, como debatiéndose en sí decírmelo o no.

—Da igual, hoy es tu día.

Iba a intentar sonsacárselo, pero la puerta se abrió de golpe, interrumpiéndonos.

Mikhail apareció vestido de traje. Eran pocas las veces que lo había visto con chaqueta de traje y corbata, pero estaba guapísimo.

—Estás impresionante, *zayka*.

—Mikhail, no puedes estar aquí —lo regañó Serena, poniéndose delante de mí, como si Mikhail no me hubiera visto ya—. Da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Mikhail se rio.

—Eso es una idiotez. Ya estamos casados.

—Pero no por la iglesia —replicó Serena.

Me hice a un lado.

—Estoy de acuerdo con Mikhail. —dije antes de que él pudiese responder. Serena hizo una mueca, mostrando su desacuerdo, pero no dijo nada más—. Nos das cinco minutos, ¿Rena?

—Bella, tú...

—Rena.

Serena exhaló un suspiro.

—Vale —respondió con resignación, para darse la vuelta y caminar hasta la puerta, cerrándola detrás de ella.

Cuando nos quedamos solos, Mikhail se acercó a mí, acortando la distancia que nos separaba.

—Estás increíble vestida de blanco, *zayka*.

—Cuando te conocí en este mismo hotel hace poco más de un año nunca pensé que terminaríamos así —confesé.

—Yo tampoco, *zayka*

—¿Y cómo pensaste que terminaríamos?

—Con mi polla dentro de ti.

—Y después llevándome de regreso a mi casa para no volver a verme.

Él se encogió de hombros.

—En realidad, la idea era pedirte un taxi —bromeó provocando que le golpease el hombro.

—Eres un cerdo.

—No, *zayka*. Si lo fuera, ahora mismo estarías con las piernas abiertas encima del tocador —dijo, tomándome de la cintura y sentándome sobre el mueble.

—Mikhail, se me va a estropear el peinado y arrugar el vestido.

—Intentaré que no.

Antes de que pudiera replicar, inclinó la cabeza y atrapó mis labios con los suyos. Sus manos, firmes pero cuidadosas, se posaron en mi cintura, acercándome más a su cuerpo. Poco a poco, el beso se intensificó, cargado de pasión y ese deseo inconfundible que siempre me hacía olvidar el mundo que nos rodeaba.

Mis manos subieron hasta su cuello, enredándose en su cabello mientras él profundizaba el beso, explorando mi boca como si fuera la primera vez. Sentí el latido de su corazón, fuerte y

constante, sincronizándose con el mío.

Rompiendo el beso se separó ligeramente de mí, lo justo para que nuestras miradas se encontraran. Sus ojos grises me observaban con lujuria, pero, sobre todo, con amor.

Un amor que ambos nos procesábamos. Un amor capaz de todo. Un amor por el que sería capaz de matar. Porque sería capaz de cualquier cosa por él.

—¿Ves? Ni tu peinado ni tu vestido han sufrido daños irreparables

—Eso espero, porque hoy tengo que lucir perfecta.

—Tú siempre estás perfecta.

—¿Puedo entrar ya? —preguntó Serena desde el otro lado de la puerta, con evidente impaciencia.

Mikhail suspiró, apoyando su frente contra la mía.

—Cuando antes se celebre la ceremonia y el banquete, antes podremos estar a solas en la suite. ¿Sabes que tiene jacuzzi? Lo malo es que no he traído bikini —dije, mordiéndome el labio inferior como si de verdad lo sintiese.

—Mierda, *zayka* —dijo—. Ahora voy a imaginarte desnuda durante el resto del día.

—Esa es la idea.

—Eres malvada —respondió, dándome un beso suave en los labios antes de ayudarme a bajar del tocador.

Me ajusté el vestido y alisé las pequeñas arrugas que habían aparecido. Sentí su mirada fija en mí, intensa como siempre, y cuando levanté la vista, allí estaba él, mirándome como si yo fuera lo único que existiera en el mundo.

—Nunca pensé que sería tan feliz —reconocí.

—Y me voy a asegurar que lo seas el resto de tu vida. Que seas tan feliz como tú me haces a mí.

Y así sería, porque siempre que estuviéramos juntos, todo tendría sentido.

Redes sociales:

Instagram: lexi_thurman03